
Alma de Juglar
Ignacio Merino

ALMA DE JUGLAR

Ignacio Merino



1.ª edición: enero, 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-649-1

Gracias por comprar este ebook.
Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales







Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

A Daniel Bryan Medrano von Oppenheim,
ahijado de honor,
un buscador de verdades
como el protagonista de este libro.

Contenido

Epílogo

Primera Parte

UN PÍCARO CORDOBÉS

1

Parecía una mañana como las demás: tersa, limpia, aún sin estropear. Por los aleros del destartalado pajar la luz resbalaba hasta sacudir el letargo más perezoso: mi cuerpo, allá arriba, el bulto rebujado del lecho donde cada noche hallaba refugio.

Nada escapaba a la caricia que con tanta levedad ahuyenta el sueño. Tampoco mi mente caprichosa, empeñada en sujetar jirones de sueños del duermevela que me hacía feliz, despreocupado como un bajá. Y tan distraído de mis cuitas, que apenas podía imaginar que esa jornada iba a cambiar mi suerte para siempre.

Era mediada la estación de las flores y la brisa se colaba por el portón abierto. El aroma del campo despabiló mis sentidos, obligándome a abrir los ojos. Me volví hacia la luz y vi agitarse unas briznas por el dintel de la puerta. Al instante mi cuerpo sintió una punzada, el ansia por su diaria ración de vida.

Veleidosa y al descuido, así era mi vida en la inmortal Córdoba, caballeros. Aún no me había salido la barba pero ya me titulaban capitán de ladronzuelos y espejo de golfos.

A mi alrededor las cosas recuperaban sus bordes olvidados durante la noche, pero yo demoraba mi voluntad y me entretenía en las cosas minúsculas. Un haz de luz, desde la oquedad del techo, mostraba miles de partículas flotando en el aire. Observé su danza perpetua como si fuera el respirar del día. ¿Sería algo así la infinitud? ¿O acaso la materia del presente?

No quise mirar más ni pensar en filosofías que no me conducían a nada, bastante tenía con mover la cabeza sin que se fuera con ella el horizonte de mi patria entera y hasta las cuencas de los ojos detrás, anegados como estaban por la borrachera de la noche anterior. La pesadumbre en la cabeza me recordó con cuánta insensatez había trasegado el vino que trajo escondido el diablo de Hassan, ese malnacido que jurando ser mi amigo me procuraba tanta ruina como yo condenación.

Cuando ordené al fin mis sentidos, reparé en el incesante parloteo de los pájaros, excitados por la estación primaveral. Sin embargo, esa mañana de hierros en mi cabeza su alegre piar se trocó en jerga infernal, cháchara sin orden cada cual a lo suyo. Había de todo, desde los que intentaban callar a los demás con trinos estridentes, hasta gorjeos a dúo que más parecían riña que entretenida conversación. Tenían ganas de vivir los condenados.

Decidí prestarles atención, como solía hacer de vez en cuando, divertido por la variedad del canto. Y aunque su insistencia me taladraba las entendederas hice por escuchar, pues confiaba en ahuyentar así los sombríos presentimientos que me acechaban en el despertar de aquella mañana. Para entretener mi aprensión comencé a imitar los silbos del ruiseñor hasta que contestó alguno. Luego hice la alondra y también obtuve respuesta. Rompí a reír. No tenía la cabeza para jerigonzas, pero piar con los pájaros era un remedio infalible que me hacía recuperar el humor. Así podría encarar otra jornada de triquiñuelas y engaños en la ciudad de los mil ojos, Luz de Occidente, la Córdoba de mis amores donde nací fruto de una bella cristiana que cautivó el corazón del emir. Y aunque crecí mimado entre los almohadones del serrallo hasta que cumplí seis años, la edad prescrita para abandonarlo, fui arrojado sin miramientos a la calle, solo, pues aunque mi pobre madre había dejado de ser la Favorita, siguió confinada en el palacio.

Desde entonces yo no era más que un mendigo al paso de cualquier migaja, señores míos, un truhán experimentado que se esforzaba desde el amanecer para buscarse el sustento. No quería dejarme arrastrar por la desidia, ni consentía que la abulia arruinara mi ánimo hasta abatirme y quedar como los mugrientos pedigüeños a quienes la gente desprecia y no da una triste moneda. No señor. Lo mío era un oficio que requería cuidados e imaginación. Me esmeraba en tener un aspecto agradable para los demás, inventaba canciones, ensayaba danzas y lavaba mi ropa para que no oliera a miseria. Cada día me limpiaba los dientes a conciencia con esparto y hierbabuena para sonreír sin vergüenza y preservar mi aliento. No me eran ajenos los trucos del hurto y el disimulo, debo admitir, pues no siempre conseguía por las buenas una limosna. Pero por encima de todo, os lo aseguro, trataba de aprender del mundo. Me empeñaba en observar la Naturaleza y conocer los manejos de los hombres, pues siendo por entonces un iletrado que ni sabía leer, tenía bien aprendidos los saberes que me transmitía el viejo y querido Alí, mi mentor callejero.

A él no le gustaba la ciudad, aunque se veía obligado a gastar la vida en Córdoba pues ahí siempre encontraba quien lo cobijara y le diera algo de comer. Pero me repetía a menudo: «Quietud y silencio, Abdú. Busca la paz en el horizonte limpio y observa la alegría que anida en las copas de los árboles que se abren al cielo. Así encontrarás la serenidad que anhela tu corazón.» Y ahí estaba yo, escondido en aquel pajar en medio del campo, tratando de encontrar la serenidad perdida la noche anterior por las callejuelas de la ciudad.

Ese día, sin embargo, no hubo paz en mi corazón, ni siquiera alegría con el canto de los pájaros. Resultó que un graznido siniestro vino a quebrar la algarabía y su eco insistente se impuso hasta quedar

prendido en mi miedo. Tuve un presentimiento como si algo estuviera a punto de suceder. Y en verdad que ocurrió, pues esa comezón supersticiosa fue el primer suceso de una jornada que habría de mudarme la existencia. Cercado como estaba siempre por la aprensión a caer en manos de la justicia, viví la irrupción del graznido como si fuera campanada que alerta de una defunción.

¡Qué huérfanos ante el futuro estamos!

¡Qué perdidos ante nuestro destino!

Apenas reconocemos los indicios ocultos en el trasiego diario, nos afanamos en el presente de tal manera que no podemos comprender los signos que el cielo envía por doquier. Andamos casi ciegos, empujados por fuerzas que no podemos distinguir, pero nos agarramos al pálpito que dicta nuestro corazón. Con la voluntad cohibida, preferimos reconfortarnos en la creencia de que existe un plan superior para guiar nuestra vida. Alí siempre decía que no se podía dejar todo a la voluntad de Dios, que había que saber interpretar el vuelo de los pájaros y la disposición de las cosas, pues el destino se manifiesta implacable en cualquier signo al acecho.

Yo era antaño crédulo en esas cosas, así que esa mañana escuché estremecido el reclamo de aquel pájaro de mal agüero, convertido para mí en heraldo de la ruina. Fue tal la turbación que sentí al escuchar la sequedad del chillido, que de inmediato me preparé: debía estar vigilante por lo que pudiera pasar. Ahora comprendo que era sólo mi mala conciencia la que interpretaba una simple nota de la naturaleza, adornando su mensaje, pero dispensaréis, caballeros, que un joven sin crianza de estudios como yo tratara de descifrar los fenómenos del mundo para orientar su vida. Por eso os juro que para mí ese búho, cuco, corneja o lo que demonios fuera, graznaba como tañido fúnebre con el único fin de mostrarme que el futuro estaba ahí, de cuerpo presente, proclamando mi perdición.

Cosas del vino, diréis, que ensombrece el ánimo al despertar. Pero lo cierto es que además del arrepentimiento por la noche anterior, tenía pánico, un escozor que me roía la entraña hacía tiempo llevándome a creer que de cualquier lado y en cualquier momento llegaría el desastre. Pues aunque por lo común me mostrara alegre al punto de creerme todos despreocupado y hasta conforme con lo que me había tocado, la verdad era que me tenía invadido el temblor de la suspicacia, un estado de desasosiego que me hacía presentir ocultos peligros hasta convencerme de que tarde o temprano, sin que pudiera remediarlo, algo habría de acabar conmigo, con mi libertad quiero decir, hasta dar con mis huesos en algún calabozo mugriento, terminar con los pies aherrojados al banco de una galera o, lo que es peor, atado a un potro de tormento donde habría de confesar hasta los

delitos que jamás hubiera osado cometer.

Con ese aldabonazo del inframundo, pensaba yo en mi desvarío, una conciencia superior venía a señalarme que estaba desperdiciando mi vida regalada. Y que por más que tratara de engañarla y reírme en su cara, el mísero discurrir de mis días iba a seguir siendo malaventura y pérdida, engaño de la fortuna, una desgracia tras otra.

«Pero ¡qué demonio! —pensé—: ¡Abdú, reacciona!» Si había vencido la torpeza que provoca al despertar el vino en demasía, si había llegado a piar con los ruiseñores riendo, tampoco iba a permitir que un pájaro ruin, por muy funesto que fuera, echara a perder mi vuelta al mundo de los vivos.

Ruin y funesto.

Me fascinaban esas dos palabras. Las decía a troche y moche, a veces sin venir a cuento y en medio de las carcajadas de Hassan que no las comprendía y me llamaba asno con birrete.

Había tantas cosas ruines en mi vida que digo yo que para exorcizarlas y me hicieran menos daño me reía de ellas. Ruin me parecía el pastelero Yussuf, que te partía en dos un dulce si tu moneda no era lo bastante grande. Ruines los almorávides venidos de África, que nos amargaban cada día con sus decretos y aires de superioridad. Me lo había explicado el viejo Alí, que era hombre instruido y me enseñaba con ejemplos lo que querían decir las palabras:

—Ruin es lo peor que se puede ser en esta vida, Abdú, muchacho. Igual que mezquino. Si das poco, recibes poco. Si te guardas demasiado, la justicia del Cielo te hurtará en proporción para castigarte.

Sabio Alí, ¡cómo le echaba de menos!

No sabía si había muerto o estaba cautivo de los cristianos, el caso es que nadie lo había visto por la ciudad desde hacía más de dos años. Tal vez se hubiera ido al campo, «al retiro final a la manera de Horacio» como a él le gustaba decir.

Funesta. Eso era exactamente lo que significaba su desaparición, que me había dejado más huérfano todavía.

«Funestas» había menos cosas que ruines. Incluso algunas podían parecerlo al principio y luego no serlo, como cuando te echaban el guante robando en un puesto y después te soltaban. Aquello no eran más que sustos que te curtían, o como mucho un «mal trago» que decía el caradura de Hassan, pues a él lo pillaban un día sí y otro también.

Enredado en las palabras como era mi costumbre en el lecho antes

de levantarme, trataba de repetirme que no había nada que enturbiara la libertad de mis dominios en aquel pajar donde dormía, pues ya fuera por buena ventura o porque en realidad no merecía castigo alguno, sentía cómo el aroma de pan horneado se colaba ya por los resquicios del almiar hasta hacerme olvidar los tormentos que acechan el despertar de los condenados.

¿Qué me esperaba hoy? ¿Un día aciago —esto era todavía peor que funesto— tan esquinado que no tienes ganas de sonreír ni hacer zalamerías y sólo anhelas que acabe cuanto antes? Llamaba esquinados a esos días porque ésa era la distancia máxima de lo que podía soportar mi pensamiento en un día malo: la siguiente esquina. Pero tenía que esforzarme para que esas esquinas se abrieran en avenidas de palmerales, no dejar que el ánimo veleidoso me enturbiara la voluntad. Debía volver a lo mío: decir poesías y enredar con engaños, recorrer el empedrado de la mezquita sin más cuidado que recoger las monedas que me arrojaban por mi arte de cantar a la buena de Dios. No dependía del destino ni de mis buenas obras sino del corazón que pusiera en el empeño y la generosidad de los viandantes, casi siempre parca.

Antes de empujar con los pies la frazada que me cubría y levantar el cuerpo, me complací en estirar el momento agridulce en que los sueños van y vienen de la cabeza y tratar de recordarlos. Seguro que os repugna esta costumbre, vosotros que sois hombres de disciplina y levantar presto, pero es que había algo en aquellas ensoñaciones que me hacía vivir con más vigor que mi existencia de mendigo, historias que pasaban por la imaginación como si fueran ciertas y me daban esperanza de conocer algún día cosas mejores.

Cuando soñaba, mi mente era como un escenario sin tregua donde se representaba cualquier disparate: justas de caballeros en las que luchaba contra los más célebres y otras en las que me tocaba ser escudero torpe o hasta el caballo, cortejos con damas a las que hacía el amor como la cosa más natural, combates en el mar contra los piratas berberiscos y otras historias de parecido jaez. Había cogido tal arte en domeñar los sueños que cuando me veía en apuros, lo que ocurría a menudo, cambiaba el curso de los acontecimientos o salía volando, que eso era lo que más hacía. Daba impulsos con los pies y empezaba a mover los brazos, a ganar altura como las águilas hasta que veía pequeñitos a mis perseguidores y me alejaba. Luego se imponía la certeza del despertar. Entonces ya no había cielo que surcar ni doradas cúpulas allá abajo.

Ése era el momento peor. Tenía que olvidarme del brillo de las armaduras, de las damas y sus cuerpos hermosos. Había que ponerse en pie, mojarse la cara, buscar un par de huevos entre la paja con los que matar el gusanillo y soltar la primera gracia a la panadera para

que me diera, una vez más, un dídimo ácimo con el que untar las yemas. Y continuar así, regalando mis versos al paso y deambulando por el zoco hasta que el muecín llamara y pudiera reunirme con mis amigos luego del rezo, para salir de estampida y perdernos por los huertos a buscar manduca.

Parecía otro día cualquiera, sí, pero aquél cambió mi vida.

2

Apareció varias horas después, ni me di cuenta por dónde vino. Estaba yo sentado junto al muro de la Mezquita haciéndome el ciego, como era mi costumbre cuando me invadía la pereza y sólo deseaba que el sol me diera en la cara mientras desgranaba historias de visires y amores trágicos, unas aprendidas y otras inventadas según me vinieran.

El hombre que se detuvo ante mí llevaba una túnica andrajosa y se notaba que era godo. Tenía el pelo blanquísimo pero la barba roja, de eso pude darme cuenta con los ojos entreabiertos; se apoyaba en un bastón de limonero y estaba ahí plantado, mirándome.

Yo no hice caso, pensé que era un loco, un pobre extraviado de los que hablan solos, confundidos entre la gente.

—¡Eh, tú!

Me había tocado con el cayado en una pierna; yo volví la cabeza para otro lado y rezongué que me dejara en paz.

No se movió.

—Sé que no eres ciego, muchacho. Ayer vi cómo robabas dos naranjas a un mercader. Y con bastante habilidad, es de ley reconocerlo.

Lo miré desde abajo. Puse mi cara de perro callejero, mitad inocente mitad peligroso.

—¿Qué quieres, viejo?

—Que hablemos.

—No me gusta perder el tiempo hablando. Y menos con ancianos lunáticos.

—No te confunda mi pobreza, que soy hombre de bien y honrado. Tampoco mi cabeza cana, pues aún tengo fuerza en los brazos para sujetarte contra el suelo y darte una buena tunda.

—¡Vaya! Está peleón el abuelo. ¿Por qué no vas a darle la murga a otro? Si quieres camorra, dile a Mohamed que el té que sirve sabe a orines de cabra. O mejor todavía, date un buen coscorrón contra la pared y así nos reiremos todos un rato.

—No temas, no voy a denunciarte. Sólo quiero saber si eres capaz de servirme para un trabajo.

Eso era ya otra cosa. Aunque, la verdad, no acertaba a imaginar en qué podría servir a aquel pobre desgraciado; y lo que es peor, me maliciaba que la paga iba a ser escasa o que estuviera hecha más bien

de pescozones y hambrunas como la de esos pobres zagales que acompañan a los ciegos. Pero me equivocaba con mi sabiduría hecha de remiendos, tratando de parecer curtido ante los desconocidos como me recomendaba Hassan.

Yo, que me creía más listo que nadie, el príncipe de los mendigos cordobeses, hijo de una legendaria favorita cristiana que había hecho llorar de amor al emir, tan consentido de los mercaderes que hasta toleraban que les robara de cuando en cuando, siempre que no fuera más de una vez a la semana; el zagalillo que decía versos inventados y cantaba a todas horas pero también uno de los jefes de los Jalah, la banda más peligrosa del zoco. Yo, el hábil Abderramán, hermoso como el arcángel Gabriel según el ulema de la madraza y rubio como un príncipe godo según me sentía yo, era también el más ignorante, ya que sólo veía aquello que tenía delante de las narices. No alcanzaba por entonces a vislumbrar las ganancias que habría de procurarme aquel andrajoso ni podía imaginar que su paga iba a ser tan grande como Medina Zahara y más valiosa que los mármoles de la Gran Mezquita.

Menos mal que no tengo el pronto de los criminales ni me domina el pánico de los ladronzuelos que enseguida salen corriendo. Esta vez miré al hombre de verdad, sonreí un poco y contesté:

—¿Por qué hablas árabe si eres godo?

—¿Y tú?

—He nacido aquí, en Córdoba.

—Pero tienes sangre cristiana.

—Y musulmana. Mi madre vive en el harén del emir.

—Ya, comprendo.

El viejo me miró con curiosidad y vino a sentarse a mi lado en un poyo de piedra. Le noté un aire de dignidad que me intrigó.

—Verás, muchacho. Yo también he sido cautivo. Muchos años. Ahora han pagado mi rescate y quiero volver a Castilla. Con los míos.

Nunca me gustaron demasiado las historias sentimentales de los extraños, así que no dije nada y me quedé mirando al suelo.

¿Qué querría el hombre? ¿Un salvoconducto? Yo no era diestro en las cosas de escribir ni con las falsificaciones, pero podría encontrar a alguien.

—¿Cómo te llamas?

—Abderramán.

—Vaya, como el gran califa.

—Me lo puse yo. Mis amigos me llaman Abdú.

—Y tu madre, ¿cómo te puso?

—Mi madre... Diego... pero eso no lo sabe la gente.

—¿Y también te enseñó a hablar en romance?

—Sí.

—Bien, Diego, pues si no te importa vamos a hablar en esa lengua que también es grata a los oídos de Dios.

—¿Qué dios?

—El que tú quieras, el que escuches en tu corazón.

—Yo no escucho a ninguno, pero rezo a Alá.

Evité decirle que tanto Alá como el dios de los cristianos me parecían seres lejanos que estaban más en la cabeza de los fieles que en la realidad. Y si era verdad que existían, debía tratarse de dioses terribles y vengativos, porque si no, ¿qué hacía mi pobre madre desde hacía veinte años encerrada en un harén musulmán lejos de sus parientes y su aldea toledana, consumiendo la vida entre mujeres que se odian y esperando a que el amo del corral bajase a gozar con ella?

—Si vuestra merced quiere que hablemos en la lengua de Castilla, sea, que no tengo rencor ni pereza en ello, pero deje ya de enredar con Dios que para eso tiene la madraza ahí enfrente y puede discutir lo que quiera sobre esos galimatías con el imán, que estará encantado.

La verdad es que tenía miedo de enredarme con las cosas de la religión. Desde que hacía poco habían llegado de Marruecos los almorávides, con su empeño en que vivíamos en el pecado, teníamos que esforzarnos para ser más religiosos o nos obligaban ellos con sus látigos de piel de camello. Había que andarse con ojo porque a más de uno lo habían azotado en medio de una plaza por impío.

—Pierde cuidado, no son las prendas de la religión lo que busco en ti, sólo quiero conocerte un poco. Que pasemos un día conversando, a ver si tienes las cualidades para afrontar lo que yo quiero y así...

Uno de los vigilantes marroquíes de la mezquita se acercó a nosotros con la cara avinagrada. Nuestros rostros europeos no debieron gustarle, así que me levanté, agarré de la manga al viejo y me puse a andar con él en dirección opuesta.

—Vamos, abuelo, no vaya a caerse ahora.

Y continué hablando en árabe mientras en mi interior me escamaba con tanta introducción del viejo y empezaba a pensar que tal vez quisiera algún comercio carnal como el tintorero de la rúa angosta, aunque me extrañaba que lo fuera a decir así, a plena luz del día y tan a las claras.

—Diego, no empujes, que me vas a tirar.

—Calle y apriete el paso, maldito demonio. ¿No ve el vergajo que le cuelga a ese desgraciado? ¡Por las barbas del profeta que no me gustaría probarlo!

—Bien, de acuerdo. Vayamos a tomar un tazón de leche a una casa de té. Seguro que no has probado bocado hoy.

—Pues sí lo he probado, señor sabelotodo. —A ver qué se creía el viejo, ¿que estaba hablando con un mocoso muerto de hambre?

De todas formas, me gustó la oferta. No era habitual que alguien se ofreciera a pagar por una colación temprana sin que yo tuviera que ganármelo o hacer melindres. Además, os confieso que me seducían las maneras de aquel hombre. Parecía un mendigo pero se le veía caballero.

—Vamos a casa de Rachid. Allá podremos hablar cuanto quiera sin que nos importunen. Pero debe ponerme un dinar de plata en la mano, por la leche y por mi tiempo.

—Está bien, hijo. Y deja de sulfurarte, hombre. Trata de ser más dócil, que tal vez el día de hoy pueda cambiar tu suerte.

—¿Mi suerte? No quiera el cielo que cambie si es a peor, que yo me defiendo muy bien cada día y tengo amigos y hasta alguna moza que cuida de mí. No, señor cristiano, estoy muy bien como estoy, no quiero jaleos de la fortuna.

—¿Y vas a vivir siempre así, mendigando y robando? ¿No te gustaría conocer mundo, aprender a tocar el laúd, saber leer y escribir?

Creo que le contesté diciendo que claro que me gustaría tocar el laúd pero que dudaba mucho que fuera él a enseñármelo. En cuanto a lo de leer y escribir, me sonó a imposible. Sólo tenía prisa por llegar a casa de Rachid. Una cara goda ya era una afrenta para esos malditos alfaquíes de Marrakech que nos vigilaban. Dos juntas, una provocación.

Seguía desconfiando de lo que me decía el viejo, aunque me acababa de deslizar en la mano el dinar de plata, pero eso de ver mundo... ¿Qué querría decir? Yo no conocía nada de lo que había ahí fuera, más allá de la barbacana de Córdoba. Me consideraba una persona afortunada, un cosmopolita, porque era consciente de vivir en una de las grandes ciudades de Occidente, si no en la mejor. Pero la verdad es que aparte de las calles, los patios, la mezquita y los tugurios de mi ciudad, no había visto nada más. Cuando mi madre me tuvo que sacar del gineceo, y como a ella no se le permitió abandonarlo, me confió a una de las lavanderas. En aquella casa sólo conocí gritos, trabajo y malos modos, así que me largué dos años después. Desde entonces vivía por ahí, a salto de mata, durmiendo en donde fuera y sin buscar la protección de ningún golfo, ciego o señora opulenta como hacían otros. Hacía poco que había encontrado mi refugio en aquel pajar que nadie usaba y en el que nada me molestaba. Allí dejaba volar mi imaginación con fantasías de

caballeros que miden su fuerza de machos encelados en justas donde los demás apuestan, aunque en Córdoba no se hacían. El sabio Alí me hablaba de esos torneos en las cortes cristianas, en los que se combatía por el favor de una mujer y donde era posible hablar con ellas e incluso hacerles requiebros o cantar delante de sus tocas sin que ningún varón las apartara.

Ya me gustaría, pensaba yo.

Tampoco me hubiera importado conocer las tabernas donde se bebía vino y la gente coreaba canciones con las palmas. Pero ¿adónde iba a ir yo, un mozo mestizo, callejero y sin oficio?

—Tienes alma de juglar.

Iba perdido en mis pensamientos y me había vuelto hacia él para señalarle la casa de té. Me dijo eso de sopetón, a la cara, con una sonrisa maliciosa.

3

No estaba seguro de lo que significaba juglar, entre los mahometanos no había esa clase de oficio. Sí teníamos poetas, y muchos, aunque cada año se veían menos por culpa de los almorávides. También abundaban los músicos, más que entre los cristianos según tenía entendido, pero sólo de acompañamiento en los palacios y cuando eran contratados para bodas o en las tertulias de los hombres mayores. No iban por ahí cantando romances.

Sin embargo, todos habíamos oído hablar de los trovadores. Los mercaderes que comerciaban con los cristianos nos contaban que andaban por plazas y mercados pidiendo monedas por sus romanzas. Yo mismo las cantaba, me sabía unas cuantas, pero nunca había visto uno de esos juglares que en mi atolondramiento me imaginaba con sus calzas de colores chillones entrando por las chimeneas de las casas, tocando el laúd y cantando mientras todos los habitantes de la morada hacían corro aplaudiendo.

¿Por qué alma de juglar?

—Te he estado observando. Tienes facilidad para hacer versos y contar historias bonitas. Además, cantas muy bien. La gente te escucha, sabes improvisar... deberías aprender música.

Después de traerme un tazón de leche tibia y sin abandonar su parsimonia, Rachid comenzó a verter agua hirviendo sobre el té y las hojas de menta con esa sonrisa suya, pendiente de la conversación. Le daba igual que mi acompañante fuera noble o mendigo, a todo el que llegara a su casa lo trataba como a un pariente al que acabara de conocer.

Una de las mejores cosas de ese lugar era que se podía hablar sin trabas. Vosotros, que sois discretos y parcos en el habla, tal vez receléis de lo que digo, pero os puedo asegurar que para nosotros, que vivíamos vigilados por fanáticos, aquel reducto de libertad era lo mejor de la vida.

—No me hacen falta instrumentos ni saberes para decir mis versos. Aquí en Córdoba, como en todo al-Ándalus, hay cientos de trovadores espontáneos que no necesitan calzas de colores ni laúdes. —Adornaba la realidad muy en mi papel de venderme caro—. Es una costumbre, incluso hacemos concursos. Y además, ¿cómo podría aprender a tocar instrumento alguno si no tengo dinero ni para un triste rabel?[1]

—Yo podría ayudarte.

—¿Vuestra merced? No parece que gaste hábito de potentado.

—Déjate de resabios. Piensa que existen cosas más allá de lo que vemos. Las apariencias no son siempre reflejo de la verdad.

—¿Qué queréis decirme? ¿Acaso tenéis oculto algún tesoro? O tal vez seáis un vengativo cristiano que por alguna razón desea la muerte de un musulmán y queréis que yo sea el brazo ejecutor.

—A tanto no llego.

—Pues si es así, hablad de una vez. Ni siquiera sé cómo os llamáis.

—Me llamo Suero, muchacho. Suero a secas, sin apellidos, y así está bien.

Rachid vio que ahí podía empezar una conversación interesante y se sentó con nosotros. Dejó que Muley, el chico que lavaba los vasos y llevaba las bandejas, atendiera a los pocos parroquianos que había por allí en esos momentos.

—Decid, buen Suero, ¿qué hacéis en Córdoba?

Rachid terció con naturalidad mostrando sus dientes blanquísimos. Debía ver raro a su amigo Abdú —a quien el cristiano llamaba Diego — hirsuto con la compañía, tan inquieto que no dejaba de jugar con las briznas de menta. ¡Ah!, el querido Rachid, una de esas personas cuya bondad hace que el mundo sea más llevadero. Estoy seguro de que con su afabilidad trataba de evitar que su amigo Abdú tuviera uno de sus ataques de mal humor y acabara haciendo alguna de las suyas, como amenazar al pobre viejo o dejarlo allí plantado con la palabra en la boca.

—Ha sido cautivo —contesté lacónico, como si compartiera yo mismo aquella condición miserable.

—¿De veras? ¿Y os han liberado hace poco?

—Sí, amigo Rachid. Fue hace unos días.

El tal Suero asentía frunciendo sus ojos azules de una manera que daba a su rostro aire de pillo. Rachid no se lo pensó dos veces, se levantó y fue a abrazarlo. El cristiano correspondió divertido y le agradeció el gesto. Como podréis comprender, yo me sentía como un bobo entre tanta carantoña. Parecía uno de esos alfaquíes de aire severo en vez de un golfo ante una buena oportunidad.

La escena era bastante grotesca, ahora lo veo que soy hombre cultivado y me tengo por diestro en las artes cortesanas. Aquel zagal sentado con aire mohíno entre el cristiano y Rachid parecía muy distinto del auténtico, el de todos los días. El ladino Abdú, que era la alegría del zoco y abrazaba a todo el mundo, estaba remolón y con cara de enfado cuando, venido del cielo, alguien parecía dispuesto a hacerle un favor.

La verdad es que me resistía porque odiaba que se metieran en mi vida. También porque no encontraba argumentos para rechazar lo que

me estaba proponiendo aquel hombre. Pero, sobre todo, porque me agarraba a mi vida de pícaro como el mendigo a su chusco de pan.

—¿Y cómo fue que caísteis preso? —Rachid seguía a lo suyo, su curiosidad nunca se saciaba.

—Veamos. Según los cálculos que hice mientras estuve cautivo, debemos estar en el año 1090 de la era cristiana. Excusad que no me exprese en el tiempo de la hégira, pero es que no me oriento muy bien. Me apresaron hace cuatro años, cuando las tropas almorávides recién llegadas de África vencieron a las mesnadas de mi señor don Alfonso en Sagrajas, cerca de Badajoz.

Fue en este punto cuando empezó a interesarme de verdad su historia. Tanto tiempo oyendo hablar de esa batalla como la gran gesta de nuestros hermanos musulmanes que vinieron del Magreb para restaurar la verdadera fe y ahora resultaba que podía hablar con alguien del bando contrario que había estado allí.

—Suero...

—Dime, Diego.

—¿Por qué vinieron esos almorávides desde las montañas del Atlas?

El hombre se quedó un momento pensativo, con los ojos hacia arriba como si escrutara el aire.

—Verás, no es fácil explicarlo con pocas palabras aunque lo intentaré. Lo que ocurrió fue a consecuencia de la conquista de Toledo por el rey Alfonso...

—Algo que no honra demasiado a tu rey, querido Suero, porque arrebató ese reino y su alfoz de manos de quien tanto lo había protegido.

—Tienes razón, buen Rachid, pero ya que eres un muchacho instruido sabrás que la alta política es tornadiza y que quien hoy es amigo mañana puede ser mortal contrario si los vientos cambian o el interés lo exige. Alfonso tomó Toledo porque así lo demandaba la política de reconquista de sus mayores y porque al hacerlo recuperaba la capital de la antigua Patria Goda y podía titularse al fin *Imperator totius Hispaniae*, a la manera de los reyes leoneses. Eso le permitía crear la gran Corona de Castilla como un imperio, en la que quedaban comprendidos los reinos de León, Galicia y Toledo, además del Señorío de Vizcaya y los reinos de taifas que quería conquistar.

—Bien, comprendo, pudo más la ambición que la convivencia, la codicia que la amistad.

—Es difícil juzgar los grandes hechos de la Historia por un único rasero, Rachid. Fíjate lo que le ocurrió al emir de Sevilla. Llamó al sultán almorávide en su ayuda y terminó siendo su víctima.

—Eso es muy cierto, cristiano. Discúlpame, no he querido ofender a tu rey.

—La inteligencia no ofende, muchacho, sólo la mala fe.

Yo prestaba toda mi atención a este diálogo de filósofos, maravillado de oír hablar de una manera que nunca había escuchado. Pero quería saber más.

—Todo eso está muy bien, pero aún no me ha dicho vuesa merced por qué llamó el emir al-Mutamid al sultán de los almorávides.

—Tienes razón, Diego. Bien, el caso es que la conquista de Toledo llevó la frontera cristiana hasta el Tajo, amenazando Cuenca y las fortalezas defensivas en el norte de las taifas de Córdoba y Sevilla. Por otra parte, los reyes de Granada y Badajoz y el valí[2] de Murcia, aliados de don Alfonso, estaban agobiados por los impuestos que les hacía pagar la Corona de Castilla. Al emir de Sevilla le mortificaba la ingente cantidad de oro que salía de estos territorios para llenar las arcas castellanas y pensó que el sultán Yusuf podría ayudarle a deponer a estos reyezuelos y hacer que esas riquezas fueran para él.

—Así que aquí también intervino la codicia...

—En efecto, así es.

Rachid, más versado que yo, sacaba sus conclusiones y no le costaba seguir el hilo de los razonamientos en cuestiones de estrategia política.

—¿Y qué pasó después?

Yo ya sólo quería saber lo que ocurrió. Tenía muy claro que la codicia y el relumbrón eran los causantes.

—Pues que el sultán de Marrakech cruzó el Estrecho con un ejército poderosísimo y en poco tiempo inclinó la balanza a favor de sus hermanos musulmanes. Lo malo es que a los africanos no les ha parecido suficiente ayudar en la yihad andalusí, sino que tratan de recuperar el antiguo dominio de los califas omeyas y gobernar ellos solos. Ya han depuesto a varios reyes de taifas. Acabaron con al-Manun aquí en Córdoba y el gran al-Mutamid languidece en la prisión de Marrakech.

Yo me revolví, escuchando hablar de mi padre por su nombre, pero no dije nada.

—Los almorávides —explicaba Rachid muy en su papel de interlocutor— tienen una visión estricta del islam y la organización del gobierno. Quieren extender la *umma*[3] lo más posible y se sienten con fuerzas para hacerlo. Hace poco que avanzaron desde el Sahara, pero ya se han impuesto a los beréberes del Atlas y el Sahel y han

hecho de Marrakech la capital de su imperio. Me han dicho que la ciudad es tan hermosa que no tiene nada que envidiar a Córdoba, aunque yo sinceramente lo dudo, pues si los santones no permiten la música ni la poesía, ya me dirás qué Córdoba es ésa.

—Pues como la que harán de la nuestra a este paso —dije con fastidio y añadí, mirando al cristiano, porque quería cambiar de tema —. ¿Y es tan poderoso el rey de Castilla como para enfrentarse a los invasores de Marruecos?

—Eso pensaba él y muchos vasallos como yo.

—¿Y ahora ya no?

—Las cosas cambian, Diego, y no siempre a nuestra voluntad. Cuando el rey conquistó Toledo hace dos lustros estaba convencido de que restauraba el trono de la Spania[4] visigoda al recobrar su antigua capital. Se convertía así en el más poderoso señor entre los cristianos del norte peninsular, el monarca llamado a cumplir el sueño de recuperar la patria goda.

—Pero el reino de Toledo solo no cierra todo el norte peninsular, quedan taifas musulmanas al este —terció Rachid, con sonrisa de mercader y dejándome alelado por sus conocimientos.

—No, desde luego, pero cortaba al-Ándalus en dos, dejando el reino huní de Zaragoza aislado y desabastecido. Además, la franja incorporada era bastante grande, suponía las villas del Tajo y los pasos montañosos del centro. No olvidéis que además de Toledo, Alfonso se quedó con todo su reino taifa. Un rosario de ciudades como Talavera, Mayerit, Guadalajara, Consuegra, Cuenca o Atienza han pasado a manos cristianas. Ahora tienen iglesias, castillos y alcaides castellanos.

—Y luego los castellanos quisieron apropiarse del territorio de Murcia. —Rachid seguía tirándole de la lengua.

—Me temo que así fue. García Jiménez, alférez del rey, comenzó a exigir mayores cargas de dineros y a hostigar las fortalezas musulmanas ayudado en algunos casos por las tropas de El Cid Campeador, aunque don Rodrigo y García son enemigos irreconciliables.

—Pero besan la mano del mismo señor.

—¿Te refieres al rey Alfonso o al emir de Zaragoza? Ya veo, Rachid, que sabes de quién estoy hablando.

—Aquí a veces viene gente importante que cuenta cosas.

—Y si no, él se las pregunta.

Sonreí dando una palmada en la espalda de mi amigo. La desconfianza hacia el cristiano estaba desapareciendo. Ya veis, yo era un muchacho fácil de engatusar con historias de conquista. Las hazañas de los héroes rivales me apasionaban.

—Por entonces gobernaba en Murcia Ibn Ammar —añadí ufano recordando lo que mi maestro Alí me había contado de aquel poeta que llegó a visir.

—Sí, al que nosotros llamamos Abenamar de Silves, pobre hombre —respondió enigmático el cristiano.

—¿Qué ha sido de él? Hace tiempo que no sabemos nada —dije intrigado—. Al parecer el emir de Sevilla lo tiene preso en algún castillo.

—Me temo que es algo peor, Diego. El propio Muhammad al-Mutamid lo mató.

—¡Qué Alá nos proteja! ¿Fue por llamar a los almorávides?

—No, no fue él sino el emir quien pidió ayuda al sultán.

Era evidente que mis conocimientos sobre la historia verdadera eran escasos y no podía intervenir con soltura en la conversación. Lo mío eran los chismes del mercado, aunque también me gustaba pegar la oreja en casa de Rachid, pero los señorones no hablaban conmigo. A veces ayudaba a llevar los vasos, sobre todo los viernes tras el rezo en la Gran Mezquita cuando se llenaban las tres salas y había que servir té constantemente. Me hacía el remolón entre las salas y escuchaba retazos de las conversaciones, pero enseguida alguno me echaba.

—¿Y por qué habría de matar el emir a quien fue su mentor y amigo?

Rachid había hecho la pregunta en alto, pero parecía formulársela a sí mismo. Su espíritu bondadoso le impedía entender la maldad o la ambición o lo que quiera que hubiera llevado al poeta a tan triste fin, seguramente fácil de comprender para alguien menos inocente.

—Al-Mutamid era un hombre apasionado que siempre puso gran empeño en todo —dijo el cristiano—. Debéis estar orgullosos de él, ha sido uno de los mejores reyes de al-Ándalus desde que surgieron las taifas tras la muerte del caudillo Almanzor, hace ya casi una centuria. La amistad con el poeta empezó cuando su padre lo envió de muchacho a una hermosa villa en los Algarves llamada Silves para que lo educara allí Abenamar.

—Los ayos suelen hacerse amigos de los príncipes —murmuró Rachid presintiendo lo que habría de venir.

—Y a menudo codician su poder —respondió don Suero

—¿Y qué sucedió entre ellos? —Yo estaba verdaderamente intrigado.

El cristiano me sonrió con expresión de hombre paciente.

—Cuando Mutamid heredó la taifa de Sevilla puso a Abenamar de visir y se apoderó de Córdoba concediendo el emirato a su hijo mayor. Pero como seguramente sabréis, el rey moro de Toledo mandó a un

caudillo suyo llamado Ukasha para que reconquistara la ciudad, cosa que logró matando al joven príncipe. Aquí fue donde Abenamar se ganó su posición de favorito, porque en tres años consiguió vencer al tal Ukasha y restablecer el señorío del emir, junto a una buena porción de villas entre el Guadalquivir y el Tajo.

—A fe que fue un buen vasallo.

—Ciertamente, Diego, pero no fue sólo por eso. Al emir le gustaba la poesía y la música y Abenamar componía las mejores canciones.

—Lo sé, conozco alguna.

—Bien, espero oírlas algún día. Lo cierto es que además de vasallo y señor eran amigos como sólo los poetas saben serlo. Dicen que Abenamar conseguía lo que quería del emir porque lo tenía subyugado. Hay quien afirma que le administró un bebedizo, aunque me temo que la realidad es que mantenían una relación amorosa, vamos, que no sólo cantaban juntos.

—Ibn Ammar era un hombre seductor. Yo le escuché en la mezquita. —Rachid se puso muy serio, como si padeciera por la suerte de aquel hombre—. Estábamos todos fascinados por su voz y seguíamos con atención la cadencia de sus palabras. Era muy hermoso de rostro y tenía la mirada limpia.

—Pero el poder lo deslumbró y no supo frenar sus ambiciones. —El cristiano parecía sufrir también, yo estaba admirado—. El ejercicio del gobierno ennoblece a los fuertes y corrompe a los más débiles. Hubo un tiempo en que como favorito y visir, Abenamar fue ejemplar. Hace tres lustros, cuando el rey Alfonso atacó Sevilla, él le retó ante un tablero de ajedrez como en los duelos que se hacen entre caballeros y puso como prenda la paz. El poeta ganó la partida y consiguió que don Alfonso se retirase, aunque con la condición de doblar las parias[5] que la taifa de Sevilla entregaba al trono castellano. El éxito le perdió porque llegó a creerse más hábil que nadie. Fue ese mismo año cuando se alió con el conde Ramón Berenguer de Barcelona, mediante la entrega de diez mil dinares, con la intención de apoderarse del reino de Murcia. Hasta aquí, todo bien. Pero Abenamar cometió uno de esos errores en los que suelen caer los validos engreídos: consintió, añadiendo una cláusula secreta al pacto, que quedara como prenda del trato otro hijo de al-Mutamid, sin que lo supiera el padre. El emir, al enterarse, quiso recuperar a su vástago y se vio obligado a satisfacer tres veces lo estipulado.

—¡Vaya! Parece mentira en un hombre tan listo cometer esa torpeza —dije yo poniéndome en lugar del visir y lamentándolo de veras.

—¿Pero es cierto que Abenamar se hizo finalmente valí de Murcia y que trató de independizarse del emir?

Rachid seguía preguntando pero ya no sonreía. Fuera el asunto que fuese, yo siempre aprendía con él. Primero con sonrisas, siguiendo la corriente, y luego de verdad interesado, era capaz de sacar información a quien fuera. Yo sabía que a veces traficaba con lo que le contaban y sacaba sus buenas monedas por alguna información, pero no me importaba. A su lado me sentía protegido. Creo que era un amigo de verdad, en realidad mi mejor amigo, porque Hassan me hubiera traicionado por cuatro dinares de plata. Preferiría olvidarlo y ni siquiera mencionar su nombre en este relato, aunque supongo que tendré que hacerlo porque me habéis pedido que diga toda la verdad. Ya llegará el momento. En fin, ahí estábamos escuchando al caballero cristiano que tan bien parecía conocer nuestra historia y os aseguro que yo no perdía ripio pues ignorante como era, quería saber las cosas que habían sucedido y aprender de ellas.

El castellano había relatado cómo Abenamar se hizo con el poder en Murcia y ahora explicaba cómo cayó en desgracia.

—Como buen gobernante, al-Mutamid tenía leales informadores en todas las ciudades, y antes de que Abenamar se proclamara independiente de Sevilla y Córdoba envió un pequeño ejército para apresarlo. El barbián consiguió huir y llegar a Zaragoza donde aún tuvo arrestos para intentar conquistar la plaza de Segura, pero ahí su tiempo de gracia terminó. Cayó prisionero y fue entregado al emir.

No parecía que el cristiano quisiera añadir nada más a aquella historia, aunque presentíamos que aún quedaban cosas importantes.

—Lo peor en esta vida es traicionar a los amigos. —El anciano continuó como si hablara para sí mismo—. Nadie queda impune de semejante falta. Yo os digo, muchachos, que quien traiciona al amigo debería recibir el peor de los castigos.

Nosotros asentíamos sin saber qué decir. Me maliciaba que el viejo iba a ponerse sentimental, pero tornó el gesto vivaz a su semblante y continuó.

—¿Sabéis? Yo también conocí a Abenamar, por eso me da pena. De hecho fuimos buenos amigos, cuando él era visir en Sevilla y yo estaba al mando de una compañía que el rey Alfonso envió para ratificar las paces. Muchas veces hablábamos en los Alcázares y decíamos versos. Soy un modesto cultivador del arte de trovar y en eso él era un maestro. Fue en aquellos días cuando el emir conoció a Rumaikiya.

—«La más hermosa flor que hay en mi jardín» —dije yo recitando un verso de una jarcha[6] que se refería a ella.

—«La que dobla juncos a su paso» —continuó Rachid, que también la conocía—. Siempre hemos oído hablar de ella, pero no sabemos cómo llegó a favorita del harén.

—Fue rápido y sencillo como es el amor. Un día iban paseando el emir y Abenamar por la orilla del Guadalquivir en Sevilla, improvisando poemas. Al levantarse una ligera brisa sobre el río, dijo al-Mutamid: «El viento teje lorigas en las aguas», esperando que su amigo continuara la rima. Sin embargo, Abenamar no tuvo tiempo de responder, porque antes de que pudiera decir nada ambos oyeron una voz femenina entre los juncos que completó el verso: «¡Qué coraza si se helaran!»

La muchacha, que estaba escondida tras un cerezo en flor, apareció después de que el emir se lo ordenara. Era la bellísima esclava de un arriero que andaba por allí cargando agua. Al-Mutamid se enamoró al instante de ella, la llevó a palacio y la tomó como esposa con el nombre de Itimad. Ella también debió amarle, pues cuando el emir fue depuesto, Rumaikiya fue la única de sus mujeres que lo acompañó al exilio.

—Lo que demuestra que el amor puede ser más leal que la amistad.

—Así es, Rachid. Y más generoso si es auténtico.

—Pero también más egoísta.

—Tienes razón, muchacho. El desprendimiento de la amistad supera al amor, porque mientras éste exige atención absoluta, aquélla es capaz de compartir su afecto con otros.

A mí, la verdad, aquellas filosofías me superaban porque mi cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Quién sería en verdad este Suero? Si había tratado a Abenamar, y aun al emir, debió ser hombre principal. ¿Qué nos podía estar ocultando? ¿Por qué se interesaba tanto por mí?

—No nos habéis dicho cómo terminó Abenamar, buen caballero, aunque a mis oídos había llegado la noticia de que murió de hambre en una mazmorra. ¿Fue estando preso cuando lo mató el emir?

Seguramente Rachid se lo estaba inventando, pero era su manera de tirar de la lengua al cristiano.

—No, rapaz. El gran poeta Abenamar no murió en ninguna mazmorra. Una vez preso, las huestes del emir lo llevaron encadenado a Sevilla. Al-Mutamid quiso recibirlo en la sala de los reyes, rodeado de sus visires y chambelanes. Entre un silencio sepulcral habló sobre la traición y leyó unos versos que había compuesto años atrás el propio Abenamar en honor de la amistad entre ellos dos. Luego lloró tapándose la cara. Después, mirándolo fijamente, se acercó al desgraciado que estaba de rodillas implorando y en ese mismo lugar, delante de todos, lo estranguló con sus propias manos.

—¿Vos estabais allí?

—No, me lo contaron.

Lo había descrito con tal dramatismo que parecía haberlo visto. Me di cuenta y estuve rápido con la pregunta, pero con la misma agilidad él la esquivó.

Para distraer mi curiosidad y despejar la sospecha que mi desconfianza hacía evidente, el viejo continuó como si tal cosa tratando de responder a mi pregunta sobre los almorávides.

—A partir de la muerte de Abenamar las cosas fueron de mal en peor. Diez años después, el rey Alfonso rindió Toledo y aumentó las parias a las taifas andalusíes. Al-Mutamid pensó que el poderoso sultán almorávide que había establecido su corte en Marrakech podría serle de gran ayuda y le escribió solicitando su favor. Así es como llegaron los temibles hombres del desierto.

—Más le hubiera valido no hacerlo —dijo Rachid apesadumbrado.

—Verdaderamente, pues la espada que vino a sostenerlo se volvió contra él y sus hermanos andalusíes. —El cristiano estaba lanzado, nuestras caras atentas debían ser como un reclamo—. Al año siguiente el rey Alfonso fue derrotado en Sagrajas por un enorme ejército en el que se unieron los musulmanes spanios y los del Magreb. Castilla se vio obligada a detener su avance y bajar los impuestos. El sultán Yusuf regresó a Marrakech, pero en cuanto se hubo ido, los emires de Sevilla, Badajoz, Zaragoza, Granada y Almería volvieron a pelearse. Alfonso VI tomó ventaja de la situación, conquistó el castillo de Aledo en Murcia, les obligó a satisfacer nuevas parias y cortó además las comunicaciones y el abastecimiento a los reinos orientales de al-Ándalus.

—Se repitió la historia —dije, siguiendo con naturalidad el relato y tratando de aguijonear para que continuara, mientras le servía otra taza de té y repetía «decid, decid, maese Suero».

—Sí, pero con final distinto, pues a menudo los gobernantes no aprenden de sus errores.

—¿Volvió el emir a llamar al sultán? —preguntó Rachid, quien parecía haber abandonado las cautelas y los trucos para interesarse cada vez más por el curso de los acontecimientos.

Al cristiano se le puso el rostro severo, como si fuera a dictar alguna sentencia.

—En efecto, de nuevo al-Mutamid se vio en la necesidad de pedir ayuda al sultán, pero esta vez tuvo que ir en persona hasta Marrakech y allí lo retuvieron como rehén. Los almorávides pensaban que los emires andalusíes eran unos degenerados incapaces de gobernar, así que cuando volvieron al-Ándalus un año después no combatieron sólo a los cristianos. Uno a uno depusieron a los reyes taifas y en su lugar nombraron gobernadores de su imperio y ulemas venidos del Magreb para que vigilaran el estricto cumplimiento de las leyes coránicas.

—¡Él no tuvo la culpa! ¡Decís que lo hizo con su mejor voluntad!

Me había puesto tenso.

—Diego, ¿qué te ocurre?

Rachid me miró intrigado. De pronto su rostro se dulcificó y me puso una mano sobre el hombro.

—Estamos hablando de su abuelo.

El cristiano abrió los ojos con gesto de sorpresa y cayó en la cuenta.

—Pero si hemos dicho sólo cosas buenas de él, Diego. No le quedó otra alternativa que sacrificar a quien siendo su mejor amigo lo había traicionado. Tuvo que hacerlo de aquella manera y delante de los otros porque era rey. Pero cuando vivía en Sevilla y su hijo, es decir, tu padre, gobernaba Córdoba, el pueblo estaba contento.

—Así nos va ahora —dije yo esbozando una sonrisa para tratar de olvidar las circunstancias de mi orfandad callejera—. En tiempos del emir y su hijo —evitaba decir el nombre de mi progenitor, a quien odiaba— había cientos de poetas en Córdoba que se reunían en la corte y otros lugares para declamar sus versos. Pero ahora, apenas nos dejan cantar en público esos condenados almorávides.

—Chisss! Calla, Abdú. Nunca sabemos dónde está el oído que puede delatarnos.

—Tiene razón, Rachid —dijo don Suero—, debes ser prudente. Si la providencia nos asiste, dentro de unos días estaremos lejos de estos guardianes de la ortodoxia y podremos cantar tus trovas y reír a gusto sin la amenaza del látigo.

Recuerdo que enrojecí. El viejo daba por hecho que me iría con él. Rachid me contemplaba con una de sus cálidas sonrisas, aunque algo desdibujada, como si yo ya estuviera lejos.

---

1 Instrumento musical de origen pastoril que consiste en una caña sujeta a una vejiga hinchada con tres cuerdas que se hacen sonar con un arco. Antecedente del violín.

2 Gobernador.

3 Comunidad islámica de todos los creyentes.

4 Utilizo la expresión «Spania», creada por los cartagineses con la raíz «Span» («tierra del norte») porque es la que siguieron romanos, godos y los propios peninsulares cuando se levantaron contra los musulmanes queriendo recuperar lo que ellos ya llamaron «patria».

5 Tributos que debían pagar los reinos de taifas, principalmente en oro.

6 Poema amatorio andalusí, escrito en árabe.

4

Hacía rato que había pasado la hora del mediodía. El tiempo se iba volando y yo no había ido a la plazuela del Agua a ver a mis amigos. Un grupo de hombres con acento de las montañas del Rif entró en el local y se sentó cerca de nosotros. Empecé a inquietarme. El anciano se cubrió la cabeza y cuchicheó con Rachid. Al poco nos levantamos y fuimos a otra estancia, más pequeña, donde no había nadie. Esta vez, Rachid nos dejó solos.

El cristiano se quitó la túnica y se quedó sólo con una camisola que le llegaba por debajo de la rodilla. Hacía calor. Como yo no tenía más que mi raído caftán, me quedé como estaba. Entonces él se sentó frente a mí y me pidió que le enseñara las manos. Podéis imaginar que yo seguía con la mosca detrás de la oreja, así que extendí a regañadientes los brazos. Estuve a punto de largarme. Tal vez fuera cierto que deseaba convertirme en querido suyo, por eso ahora iba a comprobar si tenía las manos suaves como una mujer, pero yo no estaba dispuesto a que me tratase como a un puto. Nunca había vendido mi cuerpo y no lo iba a hacer ahora, cuando ya me salía la barba.

—Vamos, enséñamelas. No te va a pasar nada —decía socarrón mientras me palpaba los nudillos y me estiraba las palmas para, según explicaba, comprobar su flexibilidad.

Yo seguía esquivo, pero había algo en aquella voz, hermanos, que me arrastraba hasta confiarme. Sin apenas resistencia, como el jilguero que cogemos con cuidado acariciándole las alas, abandoné mis manos entre las suyas para que las examinara.

—No tienes callos ni señales de haber trabajado en el campo o haber acarreado.

—No, señor. —No sabía si aquello era halago o reproche, pero por una vez en la vida dejé que las cosas siguieran su curso sin tratar de torcerlas a mi favor.

—Manos para tocar el laúd. Dedos de juglar.

—¡Y vuelta otra vez con los juglares! Si lo que quiere vuestra merced es raptarme y venderme luego como un juglar de ésos, os aseguro que no se saldrá con la suya. Abderramán será un pobre chico de la calle pero tiene honor y arrestos para defenderse.

Por primera vez rio abiertamente. Yo había apartado los brazos con brusquedad, pero aunque me mostrara gallito —por si acaso— lo cierto es que el contacto con las manos de aquel hombre, examinando

con cuidado las mías, me había trastornado. Era como si estuviera descubriendo algo oculto que yo poseía, aunque todavía no supiera de qué se trataba exactamente.

—No te alarmes, rapaz, que no hay doble intención en mis palabras ni tampoco quiero turbios negocios contigo. Lo que te propongo es llanamente que me hagas de acompañante en el camino de vuelta. Podrás cantar cuanto quieras y recitar poemas, conocer otras ciudades.

Agaché la cabeza, no sabía qué decir, nunca me habían hecho una proposición decente en la vida. Me gustaba mi vida en Córdoba aunque no tuviera mucho horizonte, pero tampoco tenía alma de cántaro ni temple de criadillo fiel.

—¿No te gustaría perder de vista, aunque sólo fuera por una temporada, a estos almorávides que tantas ganas te tienen? En el reino de Castilla nadie te va a pedir explicaciones ni tampoco te obligarán a orar. Además podrás beber buen vino y cortejar a las mujeres.

El hombre me miraba con el cuello forzado y un gesto divertido no sé si de abuelo bonachón o del mismísimo diablo.

Esta vez el que sonrió fui yo: vino, mujeres, cantares… era más de lo que podía esperar.

—¿Iremos a Toledo?

—Y a León, si te place.

Una llamada se despertaba en mi interior al evocar las tierras de los godos, negarlo sería hipócrita. De pronto, la ciudad de Córdoba que tanto amaba, con sus columnas de mármol, sus decenas de minaretes y palacios, me pareció extraña.

—¿Seré vuestro criado?

—No hace ninguna falta. Me valgo bien por mí mismo. Sólo quiero tener conversación durante el camino.

Me sorprendió tan buen ofrecimiento.

—¿Es acaso ése el amor cristiano?

—No es necesario ser cristiano para practicar la amistad.

—Pero, perdonadme que lo sugiera, ¿y si vos morís o nos apresan?

—No temas, para el caso de que algo salga mal, tendrás una libranza de cien dinares de plata que yo depositaré aquí, en Córdoba, en alguien en quien confíes.

Aquello empezaba a sonarme como música celestial. Una aventura, un viaje por tierras desconocidas llenas de doncellas y tabernas y con seguro de vuelta. ¿Acaso tenía algo mejor a la vista?

—Bien está lo que está bien. Acepto, Suero.

Él alargó su brazo derecho y yo se lo estreché a la manera

cristiana.

—De acuerdo, toma esta bolsa con monedas. Consigue un par de frazadas, pues aunque es primavera por la noche puede refrescar. Hazte también con un laúd, ocho o diez resmas de papiro de escribir, tinta y varias plumas de oca. Quiero enseñarte las letras y que aprendas a tocar un instrumento de cuerda. ¡Ah! Y es mejor que me llames don Suero, nos separa edad suficiente.

—Perded cuidado, señor don Suero, que todo lo que me pedís lo consigo yo en un santiamén. Pero ¿a qué tanto empeño en que aprenda a tañer instrumentos y escribir palabras?

—Tienes talento, muchacho, ya te lo he dicho. Quiero oírte cantar y que me cuentes esas historias que inventas, como las que te escuché ayer en la alameda. Así entretendremos el camino y, quién sabe, tal vez aprendas un oficio.

Don Suero seguía hablando con una mezcla de instrucciones y buenos deseos. Estaba entusiasmado. A mí, os confieso que aquella aventura me llenaba de excitación, sabiendo además que el cristiano había estado observándome de lejos para ver cómo era. Jamás nadie se había interesado de verdad por mí.

—Marcharemos a pie. Si fuéramos montados en caballerías nos darían el alto. Si no te parece mal, diremos que soy un peregrino y tú mi hijo.

Aquí el viejo miró al suelo y no pudo disimular un velo de tristeza que cruzó su cara como el nubarrón que oscurece una tarde de verano. Yo abrí los brazos y puse una mueca de resignación, qué iba a hacer. Como lo noté parado en un momento de nostalgia o dolor, hablé para despejar el trago. Dije lo primero que se me vino a la cabeza, pero resultó la verdad más desnuda que pude haber pronunciado.

—Mucha merced me hacéis, pues no he conocido padre y ni en mis años chicos pude llamar jamás a un hombre de esa guisa.

Él apoyó una mano en mi hombro y sonrió sin demasiadas ganas.

—Yo hace tiempo que tampoco puedo llamar a nadie hijo.

Lo miré con insistencia, no quería que me dejara con la miel en los labios. Yo ya había confesado, así que le tocaba a él. Habló como ausente, mirando fijamente hacia la puerta.

—El que tenía murió, combatiendo en la batalla de Sagrajas. Era de tu edad.

Cuando nos disponíamos a salir, vino Rachid muy apurado y quiso llevarme a un rincón para hablarme al oído. Alarmado, don Suero se levantó y le sujetó el brazo.

—¿Qué ocurre, Rachid, qué es esto?

Rachid trataba de zafarse, mientras me hacía gestos con la cabeza como si quisiera que lo acompañara. Yo permanecía sentado sin saber qué hacer, pensando que algo grave sucedía y que tal vez debía salir corriendo.

—Vamos, muchacho, habla de una vez —insistió don Suero abandonando su aire paternal.

Yo me levanté y fui a él.

—¿Son ellos, los alfaquíes?

Rachid negaba con la cabeza.

—Un hombre pregunta por ti, Abdú. Está ciego y espera ahí fuera.

Quise abalanzarme a la salida, pero don Suero me lo impidió. Miró a Rachid, luego a mí, preguntó si el hombre venía solo y si parecía inofensivo, Rachid afirmó con la cabeza y entonces dijo muy serio:

—Si es así, es mejor que entre.

Esta vez fuimos Rachid y yo quienes nos miramos. Yo no tenía ni idea de quién podía estar buscándome, pero como me parecía que don Suero se sentía amenazado le hice a mi amigo una señal de asentimiento con la cabeza.

Abandonó la saleta y al poco volvió llevando por el brazo a un hombre sin turbante pero con la túnica echada sobre los ojos.

—Aquí está Abderramán, buen hombre, frente a ti.

El hombre se alzó la túnica y su cabeza quedó al descubierto. No pude evitar lanzar un grito de sorpresa y correr para echarme en sus brazos.

—¡Alí! ¿Dónde has estado? ¿Qué te ha ocurrido?

—Abdú, muchacho, te he echado mucho de menos...

Vi que sus ojos se llenaban de lágrimas pero no podían verme.

Rachid estaba nervioso. Dijo que había explicado a los parroquianos almorávides que se trataba de un tío suyo, mientras lo introducía en la saleta del fondo.

—Ahora tengo que ir a atenderlos y hacer como si no pasara nada. Voy a cerrar esta puerta, cuando salgan volveré. Os lo ruego a los tres, hablad bajo, como si no estuvierais, no quiero que me cierren el establecimiento.

Ayudamos a sentar a Alí, que parecía completamente desvalido. Yo tenía lágrimas en los ojos y no hacía más que preguntarle qué había pasado.

—He estado preso, Abdú. Esos bárbaros del desierto me llevaron a las pocilgas donde mantienen prisioneros a cientos de los nuestros como si fueran perros infieles. Me obligaban a vaciar y limpiar sus

orinales, pero Alá el Magnánimo me concedió el don de la ceguera y como ya no les servía, me echaron a la calle.

—¿De qué te acusaban?

—De impío y corromper a la juventud con mis enseñanzas.

—¡Malditos animales!

—No jures, muchacho. Ellos ya llevan su perdición con ellos por la forma de comportarse con el prójimo. No añadas maldad a tu inocencia. Además, no es de mí de quien debemos hablar sino de ti. El buen Rachid me ha dicho que este cristiano que está contigo te ofrece acompañarlo de vuelta a Castilla.

—Así es, querido Alí, mi maestro, pero me quedaré y cuidaré de ti. No debes preocuparte.

—No harás tal cosa. Yo tengo quien me cuide, nunca faltan almas caritativas. Tú sigue tu destino. Eres libre y la vida te ha maltratado. Ahora es turno de que te devuelva en dones tus padecimientos.

—Pero...

—Hazme caso, Abdú. Siempre has sido un buen chico. Limpio de corazón y animoso. Irás a la tierra de tus mayores, quién sabe, tal vez allí encuentres lo que aquí te estaba vedado: la dignidad y el decoro, la paz contigo mismo, el amor de una familia... No debes rechazar una invitación a prosperar.

Aquí terció don Suero, quien se presentó y explicó a Alí lo que ya nos había dicho a nosotros.

—Perded cuidado, amigo Alí, me comprometo a velar por él. Aprenderá a leer y escribir y no cejaré hasta hacer de él un hombre de provecho.

Yo no podía creer que en tan poco tiempo aquel hombre tomara tanto interés sobre mí. Su seguridad en hacer de mí «un hombre de provecho», con el comprensivo beneplácito de Alí, me tenía tan impresionado que me sentí incapaz de decir nada.

—Sois un buen hombre —dijo Alí a don Suero—, y por vuestra forma de hablar me doy cuenta que además sois caballero. Os confío a Abderramán. Él ha sido la luz de mis ojos y espero que sea para vos un firme cayado. Idos ya, juntos estamos en peligro. Rezaré por ti, Abdú. Vete en paz.

Besé las manos y la frente de mi anciano maestro y, con los ojos arrasados, me dejé llevar por don Suero. Cuando alcanzamos el exterior, me limpió los ojos con el borde de su túnica.

—Ánimo, Diego, piensa que empieza una nueva edad para ti. Tienes que apretar las mandíbulas y echar a andar. El camino te irá enseñando. No te faltará un brazo que te ayude si eres noble de corazón.

Rachid nos despidió con fuertes abrazos y su gran sonrisa. Aceptó de buen grado ser el depositario de aquellos cien dinares de plata que me devolvería en caso de que saliera mal la empresa en la que acababa de embarcarme. Eran mis primeros dineros, aunque se quedaran en Córdoba. Yo fiaba totalmente a su discreción y buen recaudo.

El cristiano y yo llegamos hasta la plazuela del Agua y allí nos separamos, él se dirigió a los baños y yo debía hacerme con las provisiones que me había encargado. No sabía si decirles a mis amigos que me iba. Al final decidí ocultarlo, seguro que me marearían con preguntas y puede que hasta le fueran con el cuento a alguno de esos ulemas de la mezquita para denunciarme por traidor y sacarse unas monedas.

A Hassan sí se lo dije. Era mi deber de camarada, por mucho que desconfiara de cómo iba a reaccionar. Había sido expulsado también del harén, aunque él no era hijo del emir sino de un guardia. Igual que yo, vivía en la calle desde pequeño, pero con menos escrúpulos, eso sí, porque desde los catorce se iba ya con hombres que lo mantenían un tiempo pues era de piel blanca, labios carnosos y sabía hacer zalemas como nadie. Tampoco es que yo me las diera de mojigato o santo, que no lo era ni por asomo, pero aquel comercio no casaba con mi temperamento, prefería mi libertad y no tener que ponerle caras a un viejo. Hassan decía que yo era como los zorros, que no los puedes domesticar porque en cuanto te descuidas se escapan.

—¿No pensarás irte dejándome aquí, Abdú?

Ni se me había ocurrido que quisiera venir conmigo.

—Dudo que a don Suero le parezca bien.

A menudo me daba la sensación de que las cosas que le decía a Hassan eran de una inocencia insoportable, que me comportaba como un ababol según decíamos entonces, un tonto distraído al que siempre se le puede engañar.

—Don Suero, don Suero… Y a mí qué me importa lo que le parezca al cornudo del cristiano. Yo también quiero conocer mundo y tú eres como mi hermano, ¿o no, Abdú?

—Sí, Hassan, claro que sí.

Preferí no llevarle la contraria, sería peor. Ya encontraría la forma de darle esquinazo o al menos ganar tiempo para exponérselo al viejo.

Pero no hubo manera.

Hassan no se despegó de mí. Hasta el rabel lo trajo sin que nos costara un céntimo. Don Suero miró escamado el instrumento aunque finalmente aceptó al ver que me gustaba, pero cuando comprendió que Hassan quería acompañarnos se mostró inflexible: no había sitio para dos, aquello no estaba entre sus planes. Hassan se enojó pero no

dijo nada, se limitó a seguirnos a una prudente distancia.

Poco después el cristiano y yo salíamos por la Puerta del Arrabal, confundiéndonos con el tropel de viandantes que salían y entraban. Dejamos atrás a Hassan con cara de perro apaleado, pero yo lo conocía bien y sospechaba que ya andaba tramando algo para resarcirse.

5

Apenas recuerdo los primeros días de aquel viaje en mi nueva vida. Sólo la creciente sensación de ascender, el vértigo de notar cómo se me expandía el alma. Los montes de la serranía eran un paraíso en esa época del año, con flores por todos los sitios y árboles enormes que cobijaban nuestros descansos.

Pasaron varios días de luz y sonrisas entre el caballero y yo. Don Suero me enseñaba los nombres de las aves en castellano y por vez primera vi el vuelo majestuoso de las águilas y los buitres. Cuando llegamos al paso de la cordillera que separa el reino de Jaén de la meseta superior quedé anonadado, nunca imaginé que pudieran existir tales montañas ni tanta belleza en la Naturaleza. Como evitábamos los burgos y aldeas hasta llegar a territorio castellano, el recorrido fue un festín para mis sentidos, hechos al parco horizonte de la ciudad.

Quince días con sus noches tardamos en llegar a Toledo. Pasábamos las jornadas caminando sin prisa pero deteniéndonos poco, hablando de muchas cosas entre silencios largos. Al llegar la noche, el viejo me pedía que cantara romanzas y recitara versos, corrigiéndome cuando a menudo confundía las palabras o no me acordaba bien del castellano. Insistía en que probara con el rabel hasta que me ordenaba callar porque no resistía más. La música salía como deforme, pero yo iba notando como mis dedos conseguían sacar de vez en cuando sonidos hermosos.

Cuando llegamos a la mítica ciudad, ya había anochecido y nos costó encontrar posada. Antes de ir a dormir, pedí a don Suero que me dejara deambular por las calles. Como había insistido en que nos iríamos pronto por la mañana, pues según él «había demasiados peligros allí», no quise perder la ocasión de ver la bellísima ciudad que reclamaban como suya godos, hebreos y mahometanos.

Era imponente y recoleta al mismo tiempo, llena de templos y casonas señoriales, con más callejas que plazas, perfecta para perderse. Había pocas personas a aquellas horas, pero pude ver vestiduras moriscas que se deslizaban por las esquinas, hombres con birrete hebreo caminando presurosos y soldados castellanos que salían de una taberna.

De Hassan, afortunadamente, no tuve noticias.

Salimos al amanecer y sentí pena cuando dejamos atrás la hoz del Tajo y sus farallones. ¡Qué hermosa la ciudad erguida, asomándose al agua!

Mi visión del mundo cristiano había cambiado radicalmente. Ya no era aquel campamento de soldados borrachos, rudos y pendencieros que los ulemas nos contaban y que yo había llegado a creer.

Aún llevaba en mi cabeza el sonido de las campanas toledanas. Me asombró la pulcritud y el recogimiento que no existía en Córdoba, tan bullanguera en cualquier rincón, con cientos de hombres urdiendo en cada plaza hablando como si discutieran, esperando no se sabía qué. Al recorrer de noche Toledo, tuve la sensación de que los fantasmas de los reyes godos nos vigilaban desde las terrazas de los palacios. Aquella gente del norte europeo, me contaba don Suero, había logrado vencer a los romanos y hacer de la ubérrima Spania una nación independiente donde antes hubo un revoltijo de tribus mal avenidas.

Tendríais que venir a conocer la Península, caballeros. Es tierra bronca de peñascos pero dulce al mismo tiempo en valles y riberas. Tiene llanos en los que la vista descansa hasta la inmensidad, montañas donde los osos y las cabras salvajes desafían riscos infernales, cielos abiertos que surcan águilas y buitres, huertas y alamedas en las vegas de grandes ríos.

De las palabras de mi señor comprendí cómo aquellos bárbaros curtidos en paisajes yermos pudieron amar esta tierra. Y me sentí culpable porque los árabes llegados de Damasco les arrebataran su reino. Pero hacía ya diez años que el rey Alfonso había reconquistado la ciudad y mi alma musulmana también se lamentaba por la pérdida.

Cosa difícil es tener dos naturalezas y dos lealtades, diréis, y no os faltará razón. Por mi parte, os puedo asegurar que desde que era un mozuelo con algo de discernimiento hice por no fiar demasiado en ninguna de ellas para buscar el abrazo de la humanidad entera, como el maestro cordobés Averroes, aunque yo por entonces no hubiera oído hablar de él. Pues en verdad nunca me gustaron las barreras ni los fosos. Tampoco esas creencias que dicen: tú eres distinto, eres mi enemigo.

El viaje era largo y debíamos ajustarnos a un plan meticuloso para llegar a tiempo, aunque yo no supiera a qué por más que preguntara. Unas veces era el ansia de volver a casa, otras las premuras de la edad madura, repetía don Suero. «Hay que tener disciplina, muchacho —solía decirme—, cumplir con lo que nos proponemos sin desmayo.» Y así se sucedían los días como por ensalmo, siempre atentos al camino, yo contento por la novedad y las maravillas que veíamos, escuchando historias, aprendiendo los números y las letras e inventando canciones para entretener al viejo.

Un mediodía que don Suero parecía fatigado le rogué que

descansara un rato mientras yo trataba de cazar algo para la comida. Me había hecho una ballestilla como las que usaba de niño, con la que acertaba con facilidad si la pieza se quedaba quieta. Don Suero se recostó bajo un olmo y yo me fui a recorrer el ribazo que pasaba por allí. Como quería alcanzar las aves también al vuelo, debía procurarme una vara de mimbre para hacer un arco y varillas de fresno que me sirvieran de flechas. Cuando lo tuve tenso con un cordel que saqué de las alforjas, me ajusté la ballesta al hombro derecho de forma que pudiera encararla con un rápido movimiento, manteniendo el arco en el izquierdo. Así tendría más posibilidades. Mientras me adentraba en la espesura iba afilando las flechas, contando para mis adentros con los números que me había enseñado el viejo. Como no salían conejos ni vi torcaz alguna, me entretenía haciendo sumas y restas, metiéndolas y sacándolas de mi carcaj.

El vuelo de dos perdices interrumpió mis afanosos cálculos. Conseguí disparar la ballesta, pero fue inútil. Poco después una liebre me salió de los pies, pero entre el barullo y que la condenada corría haciendo más quiebros de los que pude contar, también erré el tiro con el arco. Comenzaron a salir conejos entre la jara, pero apenas podía atisbarlos, así que cuando encontré una charca pensé que era el lugar apropiado para quedarme apostado y esperar. En medio de la sequedad del paisaje, con el calor que estaba subiendo, a buen seguro vendría a refrescarse algún bando de palomas zuritas, que por allí se veían muchas. Aunque lo que más deseaba mi soñadora imaginación era que un ciervo macho, de esos con grandes cuernas y que yo sólo había visto una vez disecado en una casa de empeños del zoco cordobés, apareciera majestuoso ante mí y yo lo sacrificara como los caballeros de las historias que me contaba don Suero.

Pero al rato, lo que llegó no fue ave ni conejo ni mucho menos ciervo, hermanos míos, sino un marrano del tamaño de un obispo, feo y gruñendo como si le doliera el alma. Me quedé estupefacto. Jamás había visto un jabalí de cerca ni sospechaba que tuviera el aire tan de fiera, con los colmillos hacia arriba, la pelambre hirsuta y ese color negruzco alrededor de los ojos que le daba un aspecto salvaje como de salteador de caminos.

Despacio, con el corazón desbocado, monté la ballestilla y la levanté hacia él. En ese momento me atisbó, porque cambió de rumbo y se dirigió justo al sitio en el que yo trataba de esconderme lo mejor posible. O tal vez me oliera. El caso es que antes de que pudiese tensar del todo la tripa de la ballesta ya lo tenía encima gruñendo y amagando, como un toro dispuesto a embestir.

Casi sin apuntar y completamente aterrado, disparé un dardo y se lo clavé en el cuello. Eso hizo que se abalanzara sobre mí aunque pude esquivarlo rodando sobre mi cuerpo. Ya estaba volviendo el bruto

sobre sus patas con una agilidad sorprendente, mientras mi pobre persona yacía de costado sin tiempo para enderezarse y viendo que aquella bestia infernal se me venía encima otra vez. Tenía espuma en la boca y sus ojos me miraban. Yo era incapaz de reaccionar y no me creeréis si os digo que tenía la impresión de conocerlo. En el fondo de mi alma, estaba convencido de que aquel cochino enrabietado era un heraldo del inframundo, un tormento del diablo que yo debía merecer como castigo a mis fechorías.

No hubo tiempo de más.

Cuando estaba a punto de dar el salto más grande de mi vida, apareció por detrás la figura de don Suero con un puñal en la mano. Tenía la cara encendida y fue asomar y comenzar un griterío tan fiero que hasta el jabalí quedó como en suspenso, al parecer impresionado. Sin dejar de dar voces para intimidarlo, el cristiano fue rodeando al animal haciéndolo volver, mientras yo me escabullía como podía.

Una vez enfrentados don Suero y el puerco, empezaron una suerte de danza que me pareció cosa de otro mundo. Ahí estaba el viejo con una energía portentosa entablando combate con esa fuerza de la naturaleza sin que se le quebrantara el ánimo. Temblaba la hoja del puñal en su mano de tanto como amenazaba, pero aquí vino a ganarme la imprudencia y traté de interponerme.

No sé qué me pasó. Debió ser que temí por la vida del anciano o que mi orgullo de cazador se sintió humillado. El caso es que avancé con la ballesta a modo de hacha y quise golpear al bruto mientras le gritaba al hombre que saliera corriendo.

Pero fui yo el alcanzado, pues mientras bajaba el brazo ofreciendo el costado como un bisoño, el animal me hincaba un colmillo en la ijada que me desgarró el muslo.

—¡Voto a bríos, muchacho, aparta de una vez! ¡Eh, tú, diablo disfrazado, ven por mí que ya estoy hecho! ¡Pardiez que he de acabar contigo, súcubo inmundo!

Y diciendo estas lindezas y otras maldiciones que no escribiré para no enojaros, asestó tres cuchilladas en la garganta del bicho mientras lo sujetaba por debajo de la mandíbula.

De un salto don Suero se retiró resoplando, con la mano ensangrentada, mientras el gocho chillaba con toda la fuerza de sus pulmones y se revolvía en el suelo. Allá que se fue otra vez mi señor y hasta cinco puñaladas más le dio sin que le alcanzaran sus colmillos carniceros.

Era cosa de ver al anciano convertido en Hércules. Él, que amaba los animales y hasta los bendecía cuando íbamos a comer alguno, se había trocado en matarife por sacarme del aprieto y enmendar mi impericia. Él, que se negó a llevar espada durante el viaje porque no

quería «verter sangre alguna» según me dijo en la Puerta de al-Akam, estaba plantado delante de mí con el puñal chorreando líquido viscoso hasta el codo.

Hay momentos en la vida en que algo se endereza o cambia, instantes que iluminan la conciencia como un relámpago, en los que el niño que llevamos dentro deja de hacer pucheros y empieza a mirar de frente.

La Naturaleza quiso rendir tributo al esfuerzo humano y se confabuló con el vencedor. Como un sacerdote antiguo que acabara de ejecutar su sacrificio a los dioses, don Suero recuperaba el resuello con los brazos pegados al cuerpo y el rostro levantado hacia el cielo, respirando a pleno pulmón; el sol, detrás de él, iluminaba su figura de perfil, el mentón erguido y los ojos cerrados aspirando el instante; el viento aventaba su túnica blanca secando las grandes manchas de sangre. Abriendo su mano, dejó caer el puñal, que rodó hasta el hoyo donde me hallaba.

Y ahí estaba mi persona medio deslumbrada por la visión, el cuerpo despatarrado sobre una mata de espino que me pinchaba las posaderas y los codos hincados en la costra de la tierra, con la boca abierta bebiendo el momento como si la sangre que destilaban los dedos de mi protector fuera emblema de mi martirio esquivado. Como si aquel acto de cruda supervivencia me hubiera colocado de golpe en el mundo de los adultos.

El padrino que por azar había dispuesto para mí el destino no era ya más mi guía ni yo su báculo. Desde ese momento fuimos compañeros en el andar de la vida, aunque la edad y el magisterio le pertenecieran a él. Ese combate contra la adversidad fue la cima que coronó unas jornadas en las que aprendimos a velar el uno por el otro. Al final, el lazo de camaradas nos unió ante el devenir, pues compartir el peligro alivió su carga. Ésa es la auténtica lid que pone a prueba el temple de la amistad. Lo afirmo ante vosotros, que hacéis de ella razón de vida.

Yo entonces no podía pensar esas cosas, como habréis de suponer, sino que es ahora cuando las medito y entiendo. Y os digo que durante el tiempo condensado en que nos contemplamos con el despojo entre nosotros, yo derrumbado en un hontanar de matojos, él desafiante en la cresta del montículo, hubo un fuego instantáneo, un acabose que parecía desolación al principio y resultó ser bálsamo, júbilo callado por vencer al infortunio y permanecer juntos.

Sonriendo, don Suero se limpió el sudor de la frente con lentitud, como un guerrero tras el arduo combate, y el rastro de sus dedos le

dejó sobre la piel un reguero sanguinolento que me hizo sonreír a mí también, tan fiero quedó su aspecto y tan distinto de lo que hasta entonces me tenía acostumbrado. Él tomó mi sonrisa como un cumplido y dulcificó el gesto, tendiéndome la mano. La misma que yo había conocido bendiciendo el pan y me palmeaba animosa la espalda cuando daba con una buena rima, la que era venerable y ahora tenía mi salvador hollada en sangre.

De esta manera, fuera por azar o porque estaba escrito, esa mano fue para mí señal de un comienzo en la vida, una estación en la que habrían de germinar las simientes que arrojé al abandonar Córdoba y la vida regalada de quien no tiene nada que perder.

Al levantarme, sentí que el pícaro Abdú terminaba ahí para convertirse en Diego. Con el corazón abrumado por la gratitud, comprendí que el golfo que apuraba cálices ajenos y temblaba al rebujo de su soledad con demasiada frecuencia quedaba atrás para dar paso al aprendiz de juglar. La verdad de las cosas se revelaba tal cual, sin tapujos ni disfraces, pues al fin no era más yo el pretendido custodio ni tampoco don Suero el desvalido anciano. De una hora a otra fui aprendiz, caballero en agraz, fruto que la providencia había preservado. Supe de golpe que la vida, en su sencilla grandeza y sin que nosotros la intentemos forzar, es noble afán que trae sabiduría pues el albedrío enseña el camino y cada cual es artesano de su felicidad.

Entonces me hice hombre, os lo puedo asegurar.

Fue como si mi sangre goda se incorporara para besar mi descuidada infancia musulmana y le dijera adiós y en paz, hermana. Desde entonces sé que en los momentos duros, el ser humano puede hallar no sólo traición sino una mano amiga, el apoyo fraternal sin el que, bien lo sabéis, no somos nada.

¿Cómo no iba a estarle agradecido a don Suero? Si el pacto de sangre nos hizo amigos, ¿qué iba a hacer sino agradarle? A partir de ese día dejé de ser zumbón, cesó mi estúpida desconfianza. Hice caso de sus explicaciones y escuché con deleite sus historias. Intenté aplicarme con el rabel y acepté sus lecciones sobre el arte de escribir, así que comencé a juntar palabras en las resmas de pergamino que con tanto empeño él había conservado desde que salimos de Córdoba.

Aún recuerdo la emoción que sentí al escribir las cinco vocales, una junto a otra. Admiraba el empaque de la *a* con su pequeña cola como una dama altiva, el guiño alegre de la *e* que parecía alejarse de ella y la prisa de la *u* por irse a algún sitio. La *o* no me era muy simpática y la *i* resultó mi preferida, con ese punto insolente que

tantos borrones me costó. Me gustaba hacerla despacio de un trazo, con su rabo por la izquierda y el pie levantado a la derecha, poniéndola como estandarte el dichoso trazo que al principio me salía demasiado grueso. Cuando más tarde don Suero fue enseñándome a unirlas con las consonantes para formar palabras, quedé deslumbrado.

¿Cómo podía expresarse de manera tan sencilla lo que cabe en el alma?

Sentí como si tuviera en mi mano la llave de la sabiduría y pude comprender que el ser humano no es tan cerril como a menudo parece, si es capaz de inventar un prodigio así.

A veces transcurría la mañana entera y yo andaba aún entretenido con el cálamo y los dedos pringados de tinta hasta que mi mentor me urgía.

—Diego, ea, vamos ya, que aún quedan siete leguas hasta Mayerit,[7] la villa tras los montes toledanos que deseo conocer, pues me han dicho que tiene un agua tan pura que puede curarme los riñones.

Yo me apuraba, miraba de refilón la herida del muslo envuelta en bandas, cogía el cayado con el que me ayudaba para caminar y obedecía. Don Suero me contemplaba con infinita paciencia, solícito pero sin alargar su brazo no fuera que mi orgullo se resintiera y porque la mejor medicina para un tullido es que no se lo crea demasiado.

Por las noches, él me limpiaba la herida con agua en la que había hervido tomillo y a la mañana siguiente volvía a colocarme la banda de tela, limpia y seca.

---

7 Nombre árabe de Madrid.

6

Por fin divisamos el burgo de Mayerit, un enclave musulmán vuelto a conquistar por los cristianos hacía poco, pues aunque fue el rey Ramiro de León quien primero clavó sus pendones en la ciudadela, había pasado otra vez a manos de los seguidores del islam, durante la taifa toledana, hasta que don Alfonso lo retomara hacía poco más de un lustro.

No es tan suntuoso como Toledo ni tan repleto de iglesias y mezquitas, pero posee un hermoso alcázar que se divisa a distancia y una muralla del tiempo del califato, con cinco o seis puertas, que bordea el promontorio donde se levanta. Está surcado de arroyos y a sus pies corre un río escuálido lleno de huertecillos y muy agradable en sus orillas siempre animadas, aunque no sea tan señorial como el Guadalquivir de mi añorada Córdoba ni tan bravo como el ancho Tajo que abraza Toledo.

Animados, cruzamos por la Puerta de Valnadú sin que nadie nos molestara y no tardamos en encontrar posada en la rúa grande que va hasta la plaza del mercado. Estaba la fonda en un caserón abrigado cerca de San Pelayo, la ermita visigoda junto al alcázar que los castellanos habían vuelto a consagrar. Descansamos, cenamos caliente y esa noche dormimos como hombres civilizados.

Por la mañana nos despertó un rumor de chirimías y tambores que venía del fondo de la calle, un murmullo creciente sobre el que se alzó el bramido de unas trompetas que alertaban el alma.

Nos levantamos sobresaltados.

La urgencia de aquella música hizo que nos precipitáramos a la ventana y allá abajo, para nuestra sorpresa, vimos desfilar heraldos con oriflamas, reyes de armas portando mazas y varias filas de pajes soplando por unos clarines relucientes de los que pendían guiones con la enseña de Castilla y León. Luego, en tropel, venía un gran número de caballeros al trote; los más con armadura completa, gualdrapas sobre la montura y un penacho de plumas tremolando sobre el casco; otros con jubones de terciopelo sobre la cota de malla, largas capas que caían sobre la grupa del caballo exhibiendo la heráldica de su linaje y yelmos rematados por águilas o dragones. Les seguía una cohorte de damas montadas a la jineta en mulas ricamente enjaezadas y, por fin, el hombre que recibía las mayores aclamaciones, un gigante vestido con sobriedad, cubierto de loriga y calzas de metal y bajo una hopalanda sujeta a la cintura, cuyos faldones llevaban bordados los leones y castillos del reino. Sostenía su cabeza un simple casco, en el

que relucía una pequeña corona de oro.

—¿Es el rey?

—No, aunque se le parece mucho. Es el conde Ansúrez, gobernador de esta plaza, como lo es de Valdolid y otros cuantos burgos más. Iremos a enterarnos de qué es lo que ocurre.

—¿Don Pero Ansúrez? ¿El alférez de don Alfonso?

Don Suero me miró con expresión de felicidad.

—Así es, querido muchacho. ¿Y tú cómo lo sabes?

—He oído algunas de sus hazañas en Córdoba.

Traté de no darle importancia e incluso mentí, porque lo cierto es que lo había aprendido de él, por las historias que me contaba, pero aquella mirada de orgullo me intimidó.

—Bien, eso está muy bien. —Don Suero rodeó mi hombro con su brazo atribuyéndome todo el mérito—. Me satisface comprobar que aprendes y sabes relacionar las cosas. Esta noche, si quieres, te hablaré sobre la vida de este caballero insigne y tú la escribirás a tu aire, como si la fueras a contar a un público reunido para escucharte.

—¿Escribir yo un romance? No sé si podré.

—Claro que podrás. Anda, vamos, que ahí abajo parece que va a haber fiesta.

Nos mojamos la cara y sacamos una camisa limpia del hato. Sin coger el cayado, ofreciéndome su hombro para que me apoyara, don Suero me llevó hasta la puerta dándome palmadas y diciendo entre dientes: «Has de poder, ya lo verás.»

Estaba tan animado que en ese momento me pareció mucho más joven.

—Buen hombre —don Suero alcanzó a un aguador que pasaba voceando su mercancía en la calle—, ¿qué sucede? ¿A qué ha venido nuestro señor el conde?

—¿No lo sabe vuesa merced? Si hasta a los minaretes de Córdoba deben haber llegado las nuevas. Hoy el rey Alfonso, y por su mano el conde, otorga fuero de villa a Mayerit y va a confirmar sus privilegios en el reino de Toledo.

—Enhorabuena sean tales noticias —dijo don Suero alargándole un maravedí mientras tomaba un buen trago del odre en el vaso de metal que le ofrecía—. Y excusad mi ignorancia, os lo ruego.

Luego bebí yo. Al irse el aguador, don Suero me guiñó un ojo.

—Tendremos que andar con tiento, rapaz. ¡Hay que ver cómo se las gasta la gente de este lugar!

La comitiva se dirigía a San Pelayo, donde esperaba reunido el concejo de *omes buenos* que iba a recibir el fuero real de manos del

conde, de modo que allá nos fuimos, no sin regalarnos antes con unas torrijas embadurnadas en miel que se nos deshicieron en la boca.

Pudimos ver bastante de la ceremonia porque las puertas quedaron abiertas. Mi señor y yo, subidos a un pretil de piedra justo enfrente, nos dispusimos a contemplar la escena a placer.

En el presbiterio, el conde desplegó un pergamino del que pendía un gran sello de plomo, tan pesado que un pajecillo lo sostenía con una espada corta para que no desgarrara el pliego. Con una voz que debieron oír hasta las lavanderas del río, don Pero Ansúrez proclamó la concesión de título de villa para Mayerit, sujeta al reino de Toledo y encomendando su gobierno a los hombres del concejo que se agrupaban en los bancos a los costados.

El que parecía más anciano avanzó por el pasillo central entre la expectación de todos. Tras algún trabajo, con la ayuda de dos maceros, se arrodilló frente al presbiterio y con mucha calma tomó el pergamino entre sus manos. Agradeció al conde la merced y acto seguido le juró fidelidad tres veces. Luego se levantó y se volvió hacia los congregados con voz pausada y una emoción que debía haber reservado para ese momento:

> Nosotros, los hombres elegidos para el Concejo de Mayerit, juramos estas leyes y con ellas defender la vida y hacienda de nuestros vecinos. El rey don Alfonso VI es testigo de este pacto y garante de nuestra independencia frente a otros poderes que quieran subyugarnos. Así lo aceptamos y así se lo exigimos. Porque somos villa libre de Castilla, sin otro señor que el buen rey a quien representa don Pero Ansúrez como alcaide del alcázar. Dios lo quiere, la ley lo proclama y nosotros consentimos en ello.
> ¡Mayerit por el reino de Toledo!
> ¡Mayerit por la Corona unida de Castilla!
> ¡Mayerit por el conde don Pero y el Rey Nuestro Señor!

Siguió un estruendo de voces.

Con gran dignidad, el anciano se dirigió a una mesa y firmó en otro documento allí preparado. Otros seis hombres del Concejo hicieron lo mismo. Desde ese momento Mayerit era un burgo gobernado por los representantes elegidos por el pueblo, como en la antigua democracia de las ciudades griegas, según me estaba contando don Suero.

Por segunda vez en el día, pude ver en su cara un guiño de satisfacción al contarme estas cosas y comprobar que yo respondía porque quería saber más. Sin embargo, cuando los caballeros estaban saliendo del templo, se puso repentinamente serio.

—Excúsame un momento, Diego.

Y tan decidido fue el hombre hacia la ermita, con tales bríos en el andar, que la gente se apartaba a su paso alarmada, pues al que no lo hacía lo empujaba él a un lado. No sólo se plantó delante de la puerta sino que allí se quedó en jarras, desafiante. Yo pensé que tanta emoción le había trastornado las entendederas, así que recogí el zurrón y el palo que me servía de bastón y me dirigí al atrio para ir por él y quitarlo de en medio.

Un vozarrón, que me heló la sangre, detuvo mis pasos.

—¡Voto al cielo, don Suero, vos aquí!

El conde, con los brazos extendidos, iba hacia él. Lo abrazó, lo apretó contra su pecho y le plantó en ambas mejillas el ósculo de la paz que luego he visto a los caballeros darse en los momentos solemnes. Yo no salía de mi asombro y como los que estaban alrededor me miraban señalando y diciendo «¡Mira, ése es el escudero de don Suero!», no sabía qué hacer sino balbucir que me dejaran en paz y echarme la capucha al rostro para escapar de allí.

Conseguí andar unos pasos y esconderme en la multitud. Observé cómo el conde y mi señor se apartaban un poco y sin soltarse los brazos hablaban muy animados. Yo miraba de reojo, incrédulo ante la familiaridad entre el viejo cautivo y señor tan principal.

Poco duró el encuentro entre los dos ancianos. Al cabo, don Suero se volvió y buscándome entre los curiosos gritó:

—¡Diego!, muchacho, ¿dónde te escondes?

—Aquí, mi señor —respondí con alivio saliendo entre el grupo de mozos donde había buscado refugio.

—¿Mi señor? ¿Es que ha cambiado nuestro voto de amistad en tan poco tiempo?

—Claro que no, viejo enredador —dije yo entre dientes, recuperando mi dignidad y el tono perdonavidas que tanto le divertía —, pero avisadme de que sois tan importante para que otra vez vista mis mejores galas y ser digno de vos en vuestras audiencias.

No sé bien por qué me salió ese reproche, tan petulante. Lo que me molestaba, en realidad, no era que no me hubiera llevado con él a saludar al conde sino que me tuviera en ignorancia de su valía.

—Pero Diego, hijo, si no soy más que un cautivo que vuelve a casa. No veas en mi persona ninguna importancia. Lo que ocurre es que he combatido con el conde en Toledo y en Badajoz y él es hombre que sabe reconocer a un camarada.

No me parecían a mí efusiones de camarada aquel trato de todo un conde sino reencuentro entre viejos amigos, y por ende iguales. Se me daba que el cristiano escondía algo sobre su origen, o tal vez renegaba

de ello porque lo olvidaron mientras el cautiverio. Y así estaba yo, tramando en las mientes con la retranca que suelen tener quienes han aprendido a vivir en la calle, cuando el demonio de don Suero me tiró del brazo, sacándome de mis cavilaciones.

—Ven aquí, hombre, que voy a presentarte a Su Señoría. ¡Conde Pero! ¡Acá, señor!

Salió el alcaide entre los heraldos que lo rodeaban prestos a escoltarle de regreso al alcázar y que miraron enojados hacia donde aquel anciano volvía a robarles a su señor.

—Decid, don Suero. ¿Qué se os ofrece?

Y según se acercaba, señores míos, un color se me iba y otro se me venía. Sentí sudor frío, me flaqueaban las piernas. Aquel gigante se dirigía hacia nosotros. Podía distinguir la fina trenza metálica de su loriga, las torres y los castillos de su hopalanda y el casquete con la corona condal que le cubría media frente. Entre sus piernas, sujeto a un cinturón tachonado, pendía un espadón que daba miedo mirarlo. Apenas pude oír lo que dijo don Suero.

—Señor, quiero presentaros al joven Diego, que hace conmigo el camino de vuelta a casa y es mi fiel cayado en estas jornadas.

—Bien me place el muchacho si tan noble propósito guía sus pasos.

Yo incliné la cabeza, rodilla en tierra, y sólo acerté a decir:

—Mis respetos, excelencia.

Él puso su mano sobre mi cabeza y exclamó:

—Yo te bendigo, Diego. Desde ahora tendrás mi protección en todos los reinos de mi señor don Alfonso. Que la virtud que demuestras acompañando a don Suero premie tu vida con toda clase de venturas.

Sentí como un calor que me llegaba de aquel brazo y deseé que no quitara la mano. Pero ya don Suero me alzaba por un brazo y se despedía del magnate sin ceremonias.

—Adiós, don Pero.

—Que Él os guarde, don Suero. Hasta pronto.

Yo contemplaba atolondrado aquel corpachón de espaldas, caminando como si en vez de hierros vistiera gasas. Luego miré a don Suero y pregunté con los ojos fijos, sabiendo que tampoco esta vez iba a obtener cumplida respuesta.

—¿Por qué «hasta pronto»?

—Es su forma de despedirse.

No hubo manera de sacarle más. Cada vez que me refería a la cuestión, me hablaba del asedio de Cuéllar o de la batalla que las mesnadas del rey libraron con el conde a la cabeza, en las mismas

puertas de Sevilla.

Pasamos la tarde paseando por las estrechas callejas de la villa. Había mucho jolgorio, corría el vino de los toneles que había hecho distribuir el conde y en cada esquina se veían jóvenes y no tan jóvenes brindando, cantando y haciendo danzas. Al atardecer nos llegamos hasta el río para comer algo en una de las ventas que había por allí. Era una tarde plácida, el sol iluminaba las murallas y grupos de lavanderas con cestos cargados de ropa venían desde la orilla.

Así pasamos varios días entretenidos, yendo y viniendo de las praderas de la ribera a los toldos de la plaza, don Suero bebiendo sin cesar jarrillos de agua, sobre todo si era la que traía temprano nuestro amigo el aguador desde los montes del Pardo que, según aseguraba, contenía la pureza y el vigor de los manantiales de la sierra.

Todo el tiempo estuvo el viejo hablándome del conde para que me hiciera una idea cabal de su persona, mas cuando le preguntaba por qué conocía todo aquello siempre me respondía que era cosa archisabida. Y es que a mí no se me quitaba de la cabeza que aquel hombre me ocultaba algo, que su persona valía más de lo que pretendía y que en las historias que narraba con tanta pasión había tenido un mayor papel que el que quería hacerme creer. Se me escapaba el motivo, aunque decidí dejar de pensar en ello. Tal vez no quisiera el bueno de don Suero revivir un pasado que lo había llevado preso, tal vez hubiera sido degradado de alguna manera y aborreciera de su vida anterior aunque siguiera hablando de sus recuerdos, pero en realidad ¿quién era yo para juzgar o tan siquiera entrar a conocer los verdaderos motivos de tanta veladura? Allá él si le complacía contar esto y callar lo otro. Era libre de hacerlo, sus razones tendría.

Nos quedamos varias jornadas antes de continuar viaje, porque quería aprovechar para «depurar los riñones». Al tercer día de pláticas en el sotechado de nuestra posada, bebiendo agua sin tregua, me miró fijamente y declaró convencido:

—Ahora que la conoces, tú escribirás la historia del conde.

7

Noble estirpe de León
caballero sin desmayo
de su rey Alonso el Bravo,
fiel alférez y vasallo.

Por ser Banu Gómez, noble
por ser de Liébana, bravo,
dos leones y castillos
llevan sus escudos pintados.

Un su abuelo acompañó
a Fernán I el Magno
y otro en la Corte leonesa
fue el mejor de los soldados.

Este don Diego Muñiz,
que fuera su padre amado
por su coraje sin par
en Saldaña hubo condado.

Para ganar su favor
el buen rey le tiene dado
título en Sarriá y honor
en Carrión de los más largos.[8]

No recuerdo bien el resto, pues no guardé las resmas de aquel romance que se perdió entre tanta mudanza de mi vida, pero como quiero que tengáis noticia del conde Ansúrez, pues conviene a nuestra historia, más vale que siga el relato en román paladino para no cansaros y porque a estas alturas de mi vida me cuesta recordar los versos que escribí para don Suero y que ahora no sé si duermen marchitos en algún baúl o quedaron sepultados entre la hojarasca de los años.

Y así, sin trabas de metro o rima, quiero contaros las hazañas del conde, más como el amanuense que escribe la crónica de la Storia, que a la manera del juglar con sus trovas. Por ello os participo que don Ansur Díez, padre de don Pero, aunque leonés de cuna, fue castellano acérrimo, defensor de la igualdad entre los nobles de cuna y los

caballeros villanos, venerado en el ejército del común hecho de sangre goda y raíz celta que un día se plantó frente al monarca de León, a orillas del Órbigo,[9] y rompiendo el libro de las leyes visigodas dijo:

Vos, Señor, sois más que nos,
pero nos, todos juntos,
somos más que Vos.

Por ese apoyo a los rebeldes castellanos, que suponía una afrenta para los linajes leoneses y una amenaza al trono, sufrió don Ansur persecución y alejamiento de la Corte, más a la postre el fiel vasallo se reconcilió con Fernando el Magno al proclamar éste que el condado de Castilla se convertía en reino. El monarca, como premio a su lealtad por no haberse rebelado aunque apoyara a los castellanos, le concedió un solar junto a la Puerta Cauriense de la muralla romana leonesa donde levantó la casa en la que habría de ver la luz su hijo Pero.

El muchacho creció en intimidad con los infantes regios. Compañero de juegos y ayo del príncipe Alfonso, a él juró fidelidad y le mantuvo ley hasta en los peores momentos. Cuando al morir el rey Fernando Alfonso fue perseguido por su hermano Sancho y más tarde desposeído de la corona leonesa y encerrado en el castillo de Carrión, don Pero sufrió prisión con él. Nuestro conde, que sólo tenía veinte años por entonces, urdió una fuga habilísima con la ayuda de sus criados y consiguió sacar al joven Alfonso de la fortaleza palentina para llevarlo hasta la taifa de Toledo, donde el rey al-Manun les concedió asilo. El príncipe musulmán, que como ya os dije y dicho sea en memoria de su noble proceder, sufrió años después la conquista de su reino por el mismo a quien cobijó.

Os relato todo esto para que comprendáis mejor lo que ha de venir después y porque durante las últimas jornadas que pasamos en aquel burgo despejado, empleé gran parte de mi tiempo escribiendo con tal ahínco la historia del conde que aún la recuerdo bien. También puse empeño en hacer ejercicios con mi pierna tullida, que ya empezaba a recuperar la movilidad. Cuando ya pude caminar sin ayuda del bastón, don Suero decretó que debíamos continuar viaje.

Mayerit está construida en un promontorio al que se llega muy bien una vez pasadas las cumbres de los montes béticos, porque el terreno está despejado y los caminos son buenos, algunos del tiempo de los romanos que aún conservan sus losas como si las hubieran puesto ayer. Pero seguir hacia el norte es ya otro cantar. Debíamos volver a cruzar grandes montañas. Para un chico de ciudad como era yo, poco dado a caminatas entre riscos, perezoso como un lagarto y con una pierna aún maltrecha, la empresa de remontar de nuevo laderas enormes resultaba agotador sólo pensarlo, una auténtica temeridad para mi capacidad de aguante en aquella endiablada

empresa de hacernos pasar por pacíficos peregrinos.

—¡Vamos, muchacho! Que no tienes piernas de bailarina, así te curarás del todo. Da gracias que al menos ahora no hay nieve. Ya verás, ya, qué bien se respira allá arriba. Y el agua, Diego, es tan pura que te despejará los riñones.

—¡Y dale con los riñones! Ocúpese de los suyos vuestra merced y deje en paz los míos que no tienen morbo ni piedra y no necesitan triscar por los montes para estar sanos. En cuanto al agua, ¿no dijo acaso que esta de Mayerit era la mejor? Pues cojamos unos odres, paguemos a un carretero para que nos cruce esas condenadas montañas y déjese de monsergas que las piernas están para sostener el cuerpo y no para hacer la cabra.

—Está bien, hombre, no se hable más. Tal vez tengas razón y sea mejor administrar nuestras fuerzas.

Así de sencillo. La verdad es que nunca hubiera creído que me haría caso a la primera. Estaba acostumbrado a protestar, a rogar por todo lo que hay en el cielo y en la tierra sin que nadie tomara en cuenta no ya la urgencia de mis deseos sino los impedimentos de mis achaques, aunque fueran de juventud holgazana.

—¿De veras?

—Sí, zagal. Vamos a buscar una carreta que nos lleve por esos montes. No es bueno que andes demasiado con esa herida aún sin curar del todo.

Y diciendo esto, me dio uno de esos pescozones que más que castigo eran caricia de aquel puño que yo sabía fuerte como una maza.

Nos pusimos en camino hacia mediodía. Dejamos atrás la villa engalanada y todavía en fiestas por haber sido declarada de realengo, libre de feudos y con gobierno propio de hombres del común. Mientras alcanzábamos el camino de Burgos, don Suero me fue contando lo importante que era la conquista de este lugar para don Alfonso, el rey a quien yo empezaba a ver ya como un pariente.

—Estas tierras centrales de Spania, Diego, fueron asiento de godos, el solar donde se establecieron las gentes venidas de Europa que habrían de unirse a la sangre hispanorromana. Aunque eran feroces y tenían afición a degollarse para ocupar el trono, sus leyes son las nuestras. Muchas estirpes que aún quedan vinieron con ellos desde la lejana Gothia.[10] Aquellos godos «brillantes» se llamaron así, visigodos, porque se trasladaban hacia Occidente acompañando la luz del sol. En la rica y ancha Iberia encontraron el hogar definitivo y por ello la llamaron Patria Goda. Una hermosa palabra esa de «patria», a fe mía, pues hace casar la tierra madre, que es idea femenina venida del latín, con la noción de solar paterno, que es masculina y nos la legó la civilización germánica.

—Teneos, mi señor, y andad con cuidado en hilar tan deprisa lo que me decís, pues el tapiz que sale de vuestras palabras es demasiado rico para comprenderlo al instante, o demasiado sabio, o todo a la vez y me embarullo.

—¡Quiá! A mí no me engañas, doncel, que eres más rápido que un gazapo y tan listo como una ardilla. Ya me dirás si no, cómo se te ha ocurrido eso tan hermoso del tapiz. Tú lo que necesitas es ejercitarte en las cosas del saber para manejarte bien entre caballeros cultivados, como otros ejercitan sus músculos y las artes del combate cuerpo a cuerpo para vencer en la batalla.

—Si vuestra merced lo dice...

—Lo afirmo. Y además te exhorto al estudio una vez más, pues ahora que conoces las letras y sabes cómo unirlas en hermosas palabras, más te vale escuchar los hechos de la Historia que no divagar con tu cabeza soñadora y protestar como un gandul.

—No os sulfuréis, don Suero, que bien sabéis cómo gozo y aprendo con vuestras historias y más estas de los godos que suenan a mis oídos tan bellas como el mejor pliego de cordel.

—Pues bien, escucha. El mayor deseo de la monarquía de don Alfonso, como ocurre con las de Navarra, Aragón y Cataluña, su tarea frente a los siglos, es recuperar esa patria goda que hace casi cuatrocientos años nos arrebataron los musulmanes cuando los traidores hijos de Witiza llamaron a Tarik y sus secuaces para que les ayudaran a recuperar el trono. Ésa es la empresa de nuestro tiempo, la llamada del destino para nuestro rey, a quien ya los documentos saludan como Emperador de Spania y Señor de las Dos Religiones.

Yo oía contar estas cosas y quedaba maravillado. A veces perdía el hilo, como cuando habló de ese tal «Ouitiza», un rey en verdad «funesto» si fue capaz de vender el país a mis antepasados musulmanes, o al menos dejar que lo hicieran sus hijos, pues eso decía don Suero mientras mascullaba «los muy bastardos» como si los hubiera conocido.

Le dejaba hablar, al principio preguntando «don Suero, ¿dónde está Gothia?». Y él me respondía: «Al norte de Europa, Diego, donde los hielos cubren las tierras y los hombres beben lúpulo fermentado en cuernos de animales.» Luego iba acortando las respuestas y seguía a lo suyo, así que para no irritarle más con mis interrupciones callaba y dejaba que su voz empapara por completo mi mente, como lo hacían mis ojos con la inmensidad de los campos que se abrían a nuestro paso.

Las ruedas de la carreta traqueteaban, las mulas avanzaban a trote ligero y una brisa cálida me revolvía el pelo, a medida que nos acercábamos a los pasos de montaña. Sin darme cuenta, caí dormido y

me acurruqué en el regazo del viejo, dejándome acunar por la suavidad del momento. Cuando desperté, noté su mano sobre mi hombro, sujetándome.

Nunca me había sentido mejor.

Encantado de escuchar las historias de don Suero, que despertaban en mí el hambre por saber, con la promesa de correr aventuras mientras se sucedían amables los días, sentí que brotaba en mí una gratitud que tal vez expresaran mis ojos, pero por si acaso, para que quedara claro, besé furtivamente aquella mano y seguí mirando al frente. Me avergoncé entonces de haber pensado una vez que aquel hombre quería comercio carnal conmigo. Por entonces ya sabía que el constante cuidado, su afán porque entendiese de las cosas del mundo, venían no sólo de su bondad, que era mucha, sino de un sentimiento paternal que lo tenía herido. Aquella noche, cuando paramos a dormir en un encinar, fui yo quien se levantó para ajustar su frazada cuando después de hablar sin tregua cayó rendido por el sueño.

Pasaron tres jornadas completas hasta que llegamos al pie de la sierra, y dos días más para cruzar el paso montañoso. Comíamos pan, queso y jirones de una cecina leonesa muy envuelta que el carretero guardaba como oro en paño y nos racionaba con avaricia, a pesar de que don Suero le pagaba más de lo que valía.

Me sentía mejor de la pierna; ya podía correr un poco y bajaba de la carreta dando un salto. Don Suero había decidido no vendar más la herida para que se secara al aire.

Volví a perseguir conejos con la ballestilla. Una tarde cacé un macho de liebre que se me quedó mirando parado como si no supiera qué iba a hacer o acaso me retara. Me dio pena atravesarlo, pero qué le iba a hacer, teníamos que comer y yo no era quién para alterar el orden cósmico de las cosas, como diría el viejo.

En la aldea que llaman de Cerezo, pasada ya la montaña, debíamos abandonar la carreta y tomar en dirección oeste hacia Segovia. Estábamos a menos de una legua del poblado, despidiéndonos del hombre, cuando se acercaron dos jinetes. Con un sobresalto me di cuenta de que uno de ellos era Hassan.

—Alá esté contigo, Abderramán.

—También contigo, Hassan.

Hubo un silencio apretado. No quería que se me notara mucho, pero mi pregunta sonó impertinente, como un reproche.

—¿Qué haces tan lejos de Córdoba?

—He venido a probar fortuna en tierras de Castilla, como tú.

Don Suero tenía cara de pocos amigos, pero se mantuvo en silencio. Yo traté de seguir la conversación como si el encuentro fuera normal y estuviéramos departiendo en la plazuela del Agua.

—¿Y adónde piensas dirigirte?

—Donde tú vayas, porque voy a acompañarte.

—De eso nada, muchacho —don Suero se adelantó hablando en árabe mientras ellos desmontaban—, aquí no hay sitio para acompañantes.

—¿Ah, no? ¿Y tú vas a impedírmelo, perro cristiano? Si no eres más que un pobre viejo.

Eso es lo que dijo el muy descarado. Así era él, un golfo tratando de aprovecharse siempre de los débiles. Quise acercarme para afearle sus palabras y hacer que entrara en razón pero, antes de que nos diéramos cuenta, él y su acompañante habían sacado unas espadas roñosas con las que nos amenazaron a mí y al carretero. A don Suero, que puso aires de desvalido, no le hicieron ni caso.

—¡Eh, tú, gañán! Dame lo que tengas si no quieres que te rebane el pescuezo.

Con los ojos muy abiertos, el carretero empezó a murmurar que era más pobre que las ratas y que tenía cinco hijos. Yo quise ir a su lado, pero el compinche de Hassan, que parecía aún más bruto, me sujetó por la espalda retorciéndome un brazo.

Daba rabia contemplar a un hombre honrado suplicar de rodillas a un malnacido que le escupía en la cara. Agaché la cabeza y recé a Alá: «Tú que proteges a los hombres de buena voluntad, sálvanos, y haz que a este buen hombre no le quiten lo suyo, aunque sea cristiano.» Lo hacía convencido, la verdad, porque creía que tenía derecho a pedir algo, después de las muchas oraciones y el sinfín de horas en la mezquita.

Pero no fue Alá quien vino a socorrernos sino el diablo de nuevo encarnado en don Suero. Con un pedrusco dio tal arreón en el occipucio al que me tenía cogido que lo tiró desmayado al suelo. Sin respirar dos veces le arrebató la espada y se fue hacia Hassan. No hizo más que un movimiento con la muñeca y la espada del jayán salió por los aires. El bandido de Hassan, fuera de sí, quiso echarse contra don Suero con las manos desnudas, pero el viejo se agachó y el que yo creía mi amigo cayó con todo su cuerpo al tropezar por encima con el de mi señor. Ya en el suelo, don Suero le dio un pisotón en el cuello, que yo creo que se lo partió, y le sujetó la cabeza.

—¡Sube a la carreta, buen hombre, y arrea a las mulas para que corran! Diego, coge los caballos. Nos vamos. Estos malhechores necesitan un boticario. Tal vez la próxima vez sean más prudentes y no juzguen a la ligera la fuerza de un anciano.

El postillón se fue como alma que lleva el diablo sin hacer cuentas ni nada. Con los dos malandrines descalabrados en el suelo, irnos de allí parecía fácil. Pero mayor peligro tuvo montar el alazán que me tocó en suertes, un animal gigantesco que me miraba con ojos asesinos.

—¿Qué ocurre, zagal? ¿No sabes montar?

—En mi vida me he subido a uno de éstos, mi señor —dije yo, casi gritando de espanto y sujetando las bridas pero sin atreverme a subir la pierna.

—Pues hoy será la primera. ¡Ea!, dame esa mano.

Don Suero colocó su caballo junto al mío y me tendió el brazo a través de la montura. Yo lo agarré como pude y sentí un tirón que casi me descoyunta. Subí sin darme cuenta y me sorprendió notar al animal entre mis piernas, moviendo sus orejitas. Desde el momento en que me senté sobre la grupa, cesó su nerviosismo y parecía esperar órdenes.

Don Suero me miró divertido, mientras comprobaba que el carretero llevaba buen paso.

—Así, muy bien. Ahora aprieta las piernas y agárrate a la crin, hoy comienzan tus lecciones de monta. ¡En marcha!

Una palmada en el anca de mi caballo lo soliviantó de tal suerte, que echó a correr a la desesperada. Yo me puse a gritar improperios como un loco y a lanzar juramentos contra esta vida perra, maldiciendo la hora en que había entrado en el reino de Castilla. Eran tales las sacudidas, tanta mi desazón y el convencimiento de que me iba a partir la crisma, que pedí a don Suero con todas las fuerzas de mis pulmones que aquello parara, amenazando con volverme a casa si no lo hacía.

—Pero si tú no tienes casa —oía decir al viejo truhán, muerto de risa, cabalgando al costado un rato hasta que se adelantó para cerrar el paso a mi caballo y hacer que su galope se fuera calmando.

—¡Por las barbas del profeta! Casi me mato y vuestra señoría se burla de mi desgracia.

Estaba a punto de llorar, si es que no lo estaba haciendo ya. Don Suero se reía tanto que apenas podía decir palabra.

—Un mozo como tú no puede perder el tiempo con remilgos ni hacer ascos a las cosas buenas de la vida. Es hora de que sepas que un hombre con su caballo es el rey de la creación, muchacho. Si tus posaderas te lo permiten, cabalgaremos un par de jornadas para que el cuerpo se te acomode y luego continuaremos a pie. No quiero que nos detengan y nos hagan preguntas. Y ahora, un poco de calma. ¡So!, caballo, ¡¡sooo!!

Habíamos cruzado por la falda de un otero y ya ni se veía el lugar donde fuimos asaltados. Los caballos dejaron de correr y se acercaron, entrechocando sus atalajes. Don Suero me dio una palmada en la espalda.

—Bueno, ya eres caballero, al menos has sabido sujetarte a la montura. Ahora suelta las crines, coge las bridas con la mano izquierda y deja que tu cuerpo cabalgue al compás de la caballería. Es un precioso animal ese tuyo, manéjalo con suavidad y te hará caso enseguida. ¡Venga!, mueve la cintura, haz como esas bailarinas de la danza del vientre que tanto te gustan.

Solté mi cuerpo y dejé que se balanceara con la cadencia del paso. Cogí las riendas, mantuve el puño un poco levantado y hasta apoyé la mano derecha en la cadera como hacía el alfaquí de Bab-el-Medina cuando se paseaba de un lado a otro de la calle.

—Eso es. Presiona un poco con la rodilla cuando quieras torcer a un lado. Háblale, Diego, que sepa tu caballo que lo gobierna un hombre.

—Vale, sí, está bien... Caballo, caballito, sé bueno y no me hagas una tarascada... caballo, caballito. Te llamaré *Trueno*.

—Vaya, hombre, qué poco te has esforzado en buscar un nombre para ser un juglar.

Me volví irritado contra el viejo. Ya estaba otra vez fastidiándome.

—Yo no soy ningún juglar y el nombre me gusta.

—Como a todos los niños...

Se puso serio y me pareció que se había enfadado conmigo.

—¿Qué ocurre? ¿Es que no puedo llamarlo como a mí se me antoje?

—Está bien, cabezota, te lo diré... Así se llamaba el caballo de mi hijo.

Nos miramos un momento en silencio. Advertí cada uno de los surcos de su cara y una sombra oscura bajo los ojos. Bajé la cabeza. Me arrepentí de haberle hablado como a los golfos de Córdoba.

—Disculpad, no soy más que un aprendiz lerdo que aún no conoce las maneras de un caballero, aunque teniendo un maestro como vuestra señoría, a buen seguro que las aprenderé todas.

Su sonrisa con los labios apretados fue la mejor de las respuestas.

—Y ya que sois tan ducho en bautizar caballos —quería darle conversación, que se le olvidara lo suyo—, dadme un nombre para este trueno, rayo, o descendiente del mismísimo Atila.

Don Suero no tardó en responderme.

—Te lo daré, ya que me lo pides. Y de buen grado. Le pondremos *Campeador*.

—*¿Campeador?*

—Sí, porque se traga el campo cuando galopa y porque así llaman a ese otro alférez del rey que aunque no sea tan de fiar como el conde Ansúrez, tiene más fama y laureles.

—Os referís al Sidi Roderigo del que hablamos en casa de Rachid, ¿no es cierto?

—Sí. Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Vasallo de mi señor don Alfonso, pero más del emir de Zaragoza. ¿Hablan de él también en Córdoba?

—Muchas veces. Unas llamándole señor y amigo; otras, perro infiel enviado por el diablo.

—Bueno, no me sorprende. Cuando tú eras muy chico, él ya andaba en amistad con el emir de Zaragoza. Luego se enfrentó a la taifa de Valencia y pasó a ser el mayor enemigo de los almorávides.

—¿Y por qué cambia de bando?

—Es una historia muy larga, Diego. Viene de cuando era joven y gozaba del favor del rey Sancho, el hermano mayor de don Alfonso, que lo llevaba siempre consigo.

—¿Tuvo algo que ver en su muerte? ¿Qué pasó?

—Que don Sancho había recibido el reino de Castilla de su padre pero ambicionaba también el de León que le había tocado a Alfonso, así que le hizo la guerra a su hermano hasta que lo encerró preso en Carrión y lo despojó de la corona leonesa. Don Alfonso se escapó con la ayuda de Ansúrez y fue a refugiarse en la corte del rey moro de Toledo, aunque creo que eso ya te lo he contado.

—Sí, pero ¿qué ocurrió después?

—Que la guerra entre los hermanos continuó y como suele ocurrir en estos casos hubo de todo, traición incluida. Un día, en el cerco que sostenían las huestes alfonsíes contra las de Sancho en la ciudad de Zamora, éste fue a inspeccionar las defensas de la muralla en compañía de uno de sus alféreces, Bellido Dolfos, quien aprovechando que su señor tenía la guardia baja, lo asesinó de una cuchillada.

—¡Perro bastardo!

—Sí, en verdad. Rodrigo Díaz de Vivar estaba allí, pero no se encontraba presente en el momento del regicidio. En las exequias de su señor pronunció la oración fúnebre y no se recató en proclamar para quien lo quisiera oír que la voluntad que había movido la mano asesina había sido la de don Alfonso.

—Yo hubiera hecho lo mismo. Un caballero de verdad debe ser siempre fiel a su señor.

Don Suero sonrió.

—Lo cierto es que a don Alfonso le mortificaba que un hombre tan

cabal como Rodrigo estuviera en su contra, más aún cuando ciñó la corona de Castilla, junto con la de León y Galicia y quiso congraciarse con todos.

—¿Fue entonces cuando le tomó juramento?

—Nadie puede tomar juramento a un rey, por muy cabal que sea. Pero si es verdad que en Santa Gadea de Burgos, Rodrigo se avino a la concordia del rey con la condición de que jurase ante las Sagradas Escrituras que no había tenido «arte ni parte» en la muerte de su hermano. Sí, lo hizo, el muy porfiador lo hizo. Obligó a jurar al rey.

—¿Qué hizo entonces don Alfonso?

—Morderse la lengua y jurar solemnemente. Pero cuando quitó la mano del Evangelio se volvió hacia Rodrigo y lo desterró con palabras duras, mandando que partiera y nadie lo ayudara bajo pena de muerte. En ese momento se convirtió en un apestado, pero años después volvió a la Corte para ofrecer a don Alfonso un reino.

Y así, hablando de las hazañas del Cid, seguimos nuestro camino. Los caballos cabeceaban y soltaban relinchos entrecortados, como si quisieran mediar en la conversación. La potente luz del mediodía había dejado paso a la tarde, con esa quietud que se apodera de las cosas del campo al declinar el sol. Yo iba encantado, sujetando las riendas con el puño levantado y escuchando a don Suero, relamiéndome por las aventuras que habrían de ocurrirme. Por primera vez en mi vida me sentí seguro cara al mañana. Con un horizonte en la vida.

Y alguien en quien confiar.

---

8 Cuartetas escritas por Gonzalo Escarpa.

9 Río leonés, próximo a Benavente, que en el siglo x fue frontera entre castellanos y leoneses.

10 Gothia ocupaba la actual Suecia. Fue la tierra madre de los godos antes de que comenzaran su largo periplo migratorio por el este y centro de Europa, en busca de tierras fértiles. Al llegar a los Balcanes se dividieron en ostrogodos («godos de la luz o de Oriente»), que eligieron Italia y visigodos («godos brillantes o de Occidente), que recalaron en Spania.

8

Ni un solo día pasó sin que me ejercitara en la escritura y el rabel ni tampoco hubo noche en que don Suero no me hiciera leer una buena ristra de palabras. Nos levantábamos al alba, practicábamos con las letras y luego cabalgábamos tres o cuatro leguas. Viendo lo contento que iba yo en mi *Campeador*, y que no me quejaba de dolor en el trasero, mi señor dejó que siguiéramos el viaje montados como auténticos caballeros.

Entonces yo no sabía por qué quería tanto disimulo, aunque me escamaba que algo andaba tramando, porque si no a qué tanto saber de reyes y alféreces. Pero a fuer de hacerse el sordo o repetirme que sólo eran cosas de mi imaginación, me tenía engañado. Ya sabéis vosotros, que sois diestros en la milicia de los jóvenes, cuán fácil es intoxicar el corazón de un mozuelo inexperto. Tan confiado andaba yo de mi pericia en destapar los engaños comunes, que se me escapaban las imposturas mayores, sobre todo las que obliga a representar el arte de la política.

Tardamos poco en llegar a Segovia. Íbamos al paso en nuestras monturas, don Suero a lo suyo, hablando del antiguo castro celtíbero que acabó convirtiéndose en emporio romano, cuando al rebasar un repecho apareció majestuoso el acueducto. Quedé sin habla, pues jamás pensé que los romanos hubieran llegado a tanto. En Córdoba nos tenemos por descendientes directos de la madre Roma, pero allí de ruinas quedan pocas pues hasta las columnas de los templos se han vuelto a utilizar para la mezquita y la hermosa Medina Zahara. Al llegar al pie del monumento me costaba creer que aquellos arcos que aún se mantenían en pie después de casi mil años no tuvieran siquiera argamasa.

Don Suero prefirió no pernoctar en la ciudad por ser tierra de mercaderes y, según él, cueva de ladrones. Yo, os juro, sólo vi monjes, gente del común afanándose en sus cosas y tropillas de soldados en grupos de seis que vigilaban las entradas. Con un par de monedas que sacó mi señor de la faltriquera compramos queso curado, embutido de cerdo que yo al fin empecé a probar sin escrúpulos, y una buena hogaza de pan blanco.

—Te voy a llevar a un sitio que te gustará. Allí podremos comer.

Por unas callejuelas tan estrechas que los tejados de las casas casi se tocaban, fuimos a dar a una explanada. Al fondo, encaramado a un saliente del terreno que miraba a un precipicio, apareció el alcázar moro, otra maravilla.

—Éste es mejor que el de Mayerit —dijo don Suero con ojo experto.

Nos fuimos al atardecer y yo sentí pena. Había una paz en la ciudad que me tocaba el alma.

—Quedan diez leguas para Cuéllar. Ésa es nuestra siguiente etapa.

No había nada que replicar. El viejo tenía su plan y no había quien lo sacara de él. Volvieron las largas cabalgadas en silencio, escuchando el canto estridente de las codornices o las historias de don Suero, cada vez más cortas. Le notaba yo como ausente, ensimismado, tal vez tuviera ya ganas de volver a su tierra y los recuerdos le asaltaban.

El paisaje se fue haciendo llano como al sur de Mayerit. Los pinares se sucedían entre tierras de labor y viñedos. Una mañana de frescor y raudales de luz, de esas que te reconcilian con el mundo, andaba yo entre los pinos con la ballesta cargada por si sorprendía una torcaz y de pronto vi, a pocas yardas, un venado que pastaba tranquilamente junto a un arroyo. Como me escondía entre los árboles e iba casi gateando, con total sigilo, no debió verme aunque sí levantó la cabeza y olisqueó el aire. Antes de que pudiera calibrar por dónde le venía el olor, lo tenía apuntado entre las paletillas de delante con la flecha más grande del carcaj, la que había pulido durante muchas noches mientras descansábamos al amor de la lumbre.

El venablo le entró más de dos palmos. El ciervo dio un salto en el aire, luego un par de pasos lastimeros y por fin cayó al suelo con la lengua fuera y bramando. Yo me asusté tanto que empecé a gritarle a don Suero sin acercarme a aquellos cuernos que podían ensartar dos hombres.

No tardó en llegar mi señor, que venía en camisa y gritaba alarmado.

—¡Diego! ¿Qué tienes? ¿Estás malherido?

—No, esta vez no, os lo juro.

Y señalaba al bulto palpitante junto al agua, que ahora había dejado de berrear y parecía en agonía.

—¡Por san Dámaso y santa Leocadia! ¡Un macho con toda la cuerna! Ésta si que es buena, rapaz.

—¿No estáis enojado porque lo haya matado?

—No, hombre, no. La caza es la caza y un ciervo, además, es otra cosa, es como un trofeo de la Naturaleza.

Primero me abrazó y tanto me estrujó que me hizo toser. Más contento que unas pascuas, se fue hacia el pobre animal, lo observó

detenidamente, le tocó por un asta y comprobó que estaba muerto. Le oí decir: «¡Qué tino, justo en el corazón!» Luego me hizo una seña para que me acercara y me mostró la res como si me perteneciera.

—Has abatido tu primer ciervo, Diego. Ésta también es prueba de caballero.

Yo, la verdad, me sentí un asesino.

A lomos de *Campeador* transportamos al desdichado animal —«tu trofeo», insistía don Suero burlándose de mi sentimiento de culpa— hasta Cuéllar, otra villa castellana conquistada por el conde Ansúrez. Tenía una fortaleza enorme que era de antes de los moros y hasta de los romanos, según don Suero. El viejo ladino entregó el venado en una casa de postas a cambio de posada y provisiones, pero ordenó que le guardaran la cuerna. Después de visitar el castillo y hacerme escribir cosas sobre su fábrica y conservación, aquella noche cenamos ciervo, bebimos vino áspero y dormimos como los mismos godos.

Al día siguiente nos levantamos tarde. Como era domingo, el viejo quiso ir a la iglesia de San Pedro, un templo de piedra blanca que acababan de construir. Yo me hacía el remolón para no acompañarle, incluso intenté zafarme diciendo que iba a buscar algún arroyo para asearme y lavar las ropas.

—Déjate de ropas, que ya lo harás luego. Quiero que vengas conmigo a la iglesia.

Me tenía cogido por los hombros y yo tenía clavados los ojos en el suelo.

—Diego, mírame. ¿Qué recelo tienes? ¿Nunca has entrado en un templo cristiano?

—No.

—Pues hoy ha llegado el momento.

—No sé si debo.

—¿Por qué no? Nadie te lo va a impedir.

—No es eso, mi señor.

—¿Y qué es? Vamos, muchacho.

Ni siquiera yo hubiera podido explicarlo. Toda la vida oyendo pestes de los cristianos pesaba demasiado en mi ánimo. Tenía la sensación de entrar en la guarida del diablo, aunque bien sabía que no era tal. ¿Por qué tenía el viejo que forzarme? Yo estaba contento a su lado, pero de ahí a comportarme como un cristiano...

—No estoy bautizado. No sé rezar ni conozco el latín. No estaría bien que entrara en la casa de Jesucristo.

—La casa de Jesucristo es la casa de todos, zagal. En cuanto al

bautismo, tiene fácil enmienda. Después de la misa le digo al sacerdote que vierta agua bendita sobre tu cabeza y asunto arreglado.

—¡No! ¿Por qué ha de disponer vuestra merced de mi vida? Yo soy hijo del emir de Córdoba, ¿os enteráis? Y aunque bastardo también tengo mi orgullo. Mis antepasados vinieron a esta tierra creyendo en Alá y no seré yo quien los traicione. Id a vuestros rezos y dejadme. No soy más que un pobre chico del arroyo.

Dije esto para compensar la vanidad de haberme proclamado hijo del emir, pues aunque fuera cierto, era como si no. También me salió, creo, por la pena que sentía en ese momento hacia mi persona, como el desheredado que no tiene nada ni pertenece a nadie.

Estaba al borde de las lágrimas. Con mis ojos claros y el pelo pajizo, hubiera querido en ese momento ser hijo de don Suero para acompañarlo a misa mayor y hablar con amigos y parientes. Pero ése no era el caso, así que me solté de sus brazos, di media vuelta y corrí calle abajo. A mi espalda, pude oír con claridad las palabras del anciano.

—También eres hijo de cristiana. Y a tu madre seguro que le gustaría mucho que te bautizaras.

¡Maldito entrometido! ¿Quién era él para levantar las pústulas de mi niñez? ¿A qué jugar con las creencias, con lo que uno es o no es si no trae más que confusión y enredo? ¿Que quiere que trove?, pues trovaré, pero no me obligue ni me empuje que no soy galeote ni esclavo de nadie.

Iba yo enrabietado, con lágrimas en los ojos, hasta que encontré una fuente y pude lavarme la cara. Cuando tenía la cabeza debajo del chorro para poder llorar mejor y que no se me conociese luego, escuché las campanas del templo llamando a los fieles. No estaba hecho a ese sonido que parece volverte el alma. En Toledo me gustaron, creo que era la primera vez que oía tal estrépito de bronces y todas juntas como si quisieran competir por ver cuál era más seria, o más alegre, intentando hacerse escuchar unas por encima de otras.

La de San Pedro, sin embargo, era más honda. Inmensa como la voz de un profeta, golpeó mis sienes y se me metió en el cuerpo. Tuve un estremecimiento. Vi el rostro de mi madre, tanto tiempo olvidado. A don Suero con gesto de desafío pidiéndome que fuese con él. En mi mente aparecieron mis amigos del zoco, con caras serias, reconociendo que yo era distinto a ellos, mirándome con ojos desconfiados. Recordé al mulá almorávide cuando quiso impedir mi entrada a la mezquita llamándome sucio godo.

¿Quién era yo?

¿Por qué el destino me había arrancado de mis callejas cordobesas?

Me limpié la cara con el borde del jubón. Miré al cielo y contemplé los vencejos volando alrededor de la iglesia. Si ellos eran tan libres como los de Córdoba, ¿por qué no iba a serlo yo? Si mi madre, que me dio la verdadera vida, pudiera decirme algo en ese momento, seguro que le gustaría que entrara en aquel lugar y me comportara como un cristiano.

Las campanas volvieron a doblar y esta vez su llamada me pareció menos sombría. Ahora eran dos, a la del timbre grave se unió otra más alegre que repicaba con mayor velocidad, casi con prisa. Su tañido se confabulaba para llamar a rebato en la calma de la mañana. Parecían urgir a los rezagados y al mismo tiempo desentenderse de las cosas de este mundo para proclamar que, más allá de los afanes de los hombres, había una alegría que merecía la pena compartir. Y así estaban, repicando con insistencia porque los seres humanos somos dados a olvidar las cosas importantes.

Si en el templo cristiano lo que se celebraba era el amor al prójimo y la comunión de los fieles, no tenía por qué quedarme fuera. Entraría sin avergonzarme, sin miedo a nada. Decidí hacerlo por mi madre, por mí mismo y también por don Suero, el viejo truhán que cuando me acerqué al pórtico estaba allí esperándome con gesto de sabiondo, aunque cuando lo tuve cerca pude observar que le temblaban un poco las manos.

—Quiero bautizarme.

—Diego, hijo mío.

Ahí estábamos los dos. Un padre falso aunque más entregado que el Comendador de los Creyentes que me engendró, y un hijo por accidente que podía parecerlo. En medio del gentío que nos miraba con curiosidad, don Suero me abrazó. Yo correspondí como pude.

—Que Dios os bendiga, mi señor, por todo lo bueno que hacéis por mí.

—Ya me ha bendecido, rapaz, con haberte puesto a mi lado.

Lo que más me impresionó del ceremonial fueron las voces de los monjes que acompañaban el oficio. «Voces blancas», me susurró don Suero, con aire pícaro y enigmático hasta que mi gesto en suspenso le obligó a aclarármelo en voz baja.

—Son castos, sin mácula. Muchos de ellos nunca han tenido trato carnal de ninguna clase.

Para vosotros, que sois observantes, resulta fácil de comprender, pero para mí fue un completo descubrimiento. Me resultaba inaudito que un grupo de hombres maduros ofreciera su virginidad a Dios —excusadme si ofendo vuestro decoro— «como las antiguas vestales

paganas» que decía ahora don Suero entre dientes y con la boca torcida, el muy guasón.

Tras la bendición final, fuimos a la sacristía para hablar con el oficiante. Nada más entrar, don Suero comenzó a alabar su homilía y luego se deshizo en frases encendidas sobre el tesón de la Reconquista y el empeño que Castilla tenía en ello, como si fuera un general. Al terminar su discurso, sin dejar replicar al fraile que le escuchaba benévolo, me tomó por el hombro y lo dijo.

—Quisiera que bautizara al chico. Es hijo de una cautiva cristiana que lo tuvo que abandonar cuando era muy pequeño. Nació en Córdoba y viene conmigo para conocer la tierra de sus mayores.

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—Os lo ruego, padre. Mirad que si caemos en una celada y el chico perece, estará sin bautizar.

Don Suero sabía ponerse dramático cuando quería convencer. El fraile me contempló desde la altura de sus ojos beatíficos, con las manos entrelazadas sobre el pecho. Era más alto que yo y me sobrecogía la serenidad que desprendía.

—¿Y tú, muchacho, quieres bautizarte?

Sin responder de inmediato, me quedé un rato observando aquel rostro que me miraba curioso tratando de adivinar el embrollo de mi espíritu. No estaba seguro de poder contestar afirmativamente a su pregunta, pero un fuerte apretón del viejo en el cuello me hizo reaccionar.

—Sí, sí señor.

—Padre. Llámame padre, que no soy señor de nadie, si acaso pastor.

El tonsurado me puso la mano sobre el hombro con dulzura.

—Voy a avisar a mis hermanos para que nos acompañen con su cántico. No todos los días tenemos la dicha de añadir una oveja a la grey de Nuestro Señor.

Al cabo de un rato estaba todo preparado. Nos dirigimos a una pequeña capilla junto a la entrada del templo donde había una pila bautismal y a su alrededor nos colocamos todos. Don Suero, con un cirio encendido en la mano, era mi padrino de bautismo. Seis monjes se situaron detrás del oficiante.

Empezó el rito del sacramento. Con la cabeza reclinada me entregué al preludio celestial de aquellas voces blancas que me transportaron a un mundo de armonía y delicadeza donde sólo debía existir la buena conciencia. Pero enseguida tornaba a pensar en otras cosas, más mundanas, pues por aquel entonces era yo distraído y de poca fijeza en el pensamiento, así que intentaba comprender cómo

unos hombres con toda la barba podían convivir con decencia sin llegar a las manos o robarse. Ya veis cuán castigada era entonces mi visión del mundo.

Al mismo tiempo, y sin que quisiera evitarlo, venían a mi memoria las suras del Corán tantas veces escuchadas. No podía borrar de mi pensamiento las enseñanzas de Mahoma ni dar la espalda a Alá por una cuestión de conveniencia. Pero tampoco tenía fuerzas para decir no a Jesucristo, al amor redentor que igualaba a un desheredado como yo con los más grandes de la Tierra. El Dios de Jesús y el de Mahoma tenían que ser por fuerza el mismo, tal vez no lo hubieran entendido del todo sus seguidores. Y sus profetas, puede que fueran hermanos en pie de igualdad. ¿No eran ambos mesías, hijos predilectos de Dios? Después de todo, los dos se habían manifestado por los mismos lugares y enseñaron casi las mismas cosas.

Pensaréis que soy un hereje y que no merezco el consuelo de la religión. Pero he prometido ser franco con vosotros y por eso no voy a ocultaros las mudanzas de mi ánimo ni la verdad de aquellos sentimientos que podrían llevarme ante los tribunales de los hombres pero atraerme, estoy seguro, la benevolencia de Dios.

No podía renunciar a mis raíces, y como eran dos, las asumía como soporte del mismo tronco espiritual. Mi corazón se negaba a partirse y la verdad es, caballeros, que en el fondo no sufría conflicto alguno que me exigiera un abandono. Así que fui contestando a todas las fórmulas, que me las decía antes don Suero muy despacio, y tomé en mi corazón la fe en el Nazareno como una filosofía que debía complementar y aún mejorar mis creencias mahometanas. Estaba convencido de prestar un servicio a nuestra humanidad dividida y aún lo estoy, de manera que tal vez dejéis de leer mi alegato en este punto y os olvidéis de mí. Pero os juro por la Jerusalén eterna que vosotros tanto amáis, que lo hice sin pesar por las leyes de los hombres que siempre me parecieron sesgadas. Tanto en el islam como entre los que adoran el signo de la cruz, los puros de corazón poseerán la Tierra. Y yo, por mucho que me las diera de entendido en artes y engaños, estaba convencido de pertenecer al batallón de inocentes que pueblan el mundo.

Viviría la religión a mi aire, como lo había hecho hasta entonces, pues no quería renunciar a seguir siendo libre. Las oraciones ya me las inventaría yo, eso seguro.

9

Pusimos rumbo a Valdolid, una ciudad que no había sido reconquistada sino que era fundación de nuevo cuño a la que estaba engrandeciendo el propio conde Ansúrez. La villa se encuentra entre dos importantes castros celtas[11] y a orilla de un gran río, donde al parecer se celebraba ya, desde antes del tiempo de los romanos, un mercado de ganado al que acudían las gentes de la comarca.

—El rey concedió a don Pero unos terrenos conquistados por su padre que eran heredad de un caíd moro llamado Olid. Poco después, el conde dispuso que el lugar se convirtiera en villa de realengo y así poder establecer su solar cerca de la frontera, sin cargas señoriales porque él continúa con su feudo de Saldaña y al parecer le basta. Un buen hombre, el conde, que siendo leonés y de linaje sabe respetar el espíritu llano castellano que aborrece de los usos feudales y la condición de siervos. Y no creas que ha perdido el tiempo, ya ha mandado construir en Valdolid una colegiata, un puente, una muralla y una gran casa del común para que se reúna el concejo y se conserven las leyes. Todos los años se levantan nuevas edificaciones porque son muchos, leoneses y castellanos, los que han decidido establecerse en esta cabecera del reino. Allá nos dirigimos, querido muchacho, pues ésa es la villa donde está mi hogar y podremos descansar de nuestra aventura.

Por fin me enteraba de la meta final del viaje, que hasta ese momento no me había confiado. Sentí alegría porque al parecer no quedaba lejos, pero me dio pena porque siempre creí que sería León, la sede regia que deseaba conocer y en la que mi imaginación comparaba con la amada Córdoba, pues aunque todavía escaso de conocimiento sobre los reinos y sus ciudades, sabía que aquellas dos urbes habían sido las más grandes y hermosas de las tierras de Spania en tiempos de mis abuelos.

Cuando llevábamos como dos leguas recorridas desde que salimos de Cuéllar por la puerta de El Henar, quiso don Suero que tomáramos un desvío hacia Íscar, otro enclave del cinturón de los vacceos, me explicaba don Suero, junto con la cercana Coca, donde incluso había nacido un emperador romano.[12]

—En poco tiempo, Íscar se ha convertido en una villa industriosa con serrerías que trabajan la madera de pino y un mercado lanar que se celebra los viernes con gran número de forasteros —decía don Suero muy ufano, tratando de hacerme ver las ventajas de la reconquista castellana—, pero es más conocida por ser donde se

produce el cascajo de piñón que alimenta los braseros castellanos y las glorias[13] de las casonas.

Como vio que yo no preguntaba ni parecía mostrar demasiado interés ante tamaño progreso, añadió:

—Tiene una magnífica fortaleza, ya verás.

Volvía a escamarme esa afición a los castillos en alguien que ansiaba la vuelta a casa, pero en fin, este don Suero era hombre que gozaba tanto con las construcciones y las cosas de la Historia, que tampoco me extrañó demasiado.

Lo cierto es que el castillo impresionaba de verdad. Construido en una piedra blanquísima que se recoge por allí, parecía recién hecho con sus muros pulidos y las almenas intactas del torreón de poniente.

—No creas, este muro puede haber sido levantado hace más de mil de años. Lo que ocurre es que esta piedra es dura como el pedernal y cuando se la pica un poco queda tan limpia como si la hubieran puesto hoy. Hay mucho construido nuevo, pero yo diría que los paños de la muralla son los originarios y aún pueden durar mil años más. Anda, saca los bártulos de escribir y anota.

Sentado sobre una roca y con el pergamino sujeto al soporte de madera, yo iba apuntando despacio todo lo que me decía. Don Suero describía cualquier pormenor que alcanzaba a ver, o incluso a imaginar, y hasta medía a zancadas las distancias entre uno y otro punto.

En medio de aquellos trajines vino un hombre muy serio, vestido de negro, con sombrero grande de paja y una vara rematada con empuñadura de plata, a pedir explicaciones de lo que estábamos haciendo.

—Hago mediciones y mi hijo las apunta por orden de su señoría el conde don Pero Ansúrez, dueño de esta fortaleza, pues quiere construir un castillo similar para su mayorazgo.

—No os molestaré más si es así, pero no tardará en anochecer y tendréis que descansar. Venid a cenar más tarde a mi casa, que está junto a la iglesia, y allí podréis pasar la noche.

—Mi hijo y yo os lo agradecemos porque mañana tenemos que partir pronto hacia Olmedo y nos vendrá bien cenar caliente y dormir en un lecho mullido.

—Así será, descuidad.

El hombre se fue tan tieso como había llegado y yo me quedé mirando a don Suero, que se sacudía las manos como si tal cosa, tras poner una piedra frente al torreón que le iba de servir de referencia y añadir otro pedrusco a cien pasos hacia el norte, para observar, según él, la inclinación del terreno.

—Bien, señor cuentahistorias, y ahora, ¿qué anoto? ¿Que el ladino don Suero y su hijo postizo tomaron ventaja del alcaide del castillo para obtener posada y pitanza, engañando su inocencia y ocultando el vicio irrefrenable del anciano por estudiar fortalezas como si fueran patrimonio propio?

—Si lo haces, desperdiciarás tinta y te ganarás un pescozón. Pero tengo que reconocer, muchacho, que tienes arte para narrar las cosas. Creo que podré hacer carrera de ti en esto del trovar. Vamos, guarda el anaquel y acerquémonos ya a esa casa, que tengo los huesos molidos y nos esperan unos colchones mullidos.

—No sé cómo andará de huesos o de riñones vuestra merced, pero hay que ver la maña que tiene contando cuentos. Si lo vieran mis amigos del zoco, allá en Córdoba, le tomarían por maestro porque en esto de llevar a los demás por donde uno quiere, todos sabemos que hay que ser dulce y severo a la vez, fiero si hace falta o dar tanta pena que se descorran los goznes para que los postigos cedan sin esfuerzo.

—Ya veo que eres buen aprendiz en el negocio de la vida y aunque noto sarcasmo en tus palabras, creo que son más bien fruto de la envidia por no llevar la voz cantante. Pero no desesperes, doncel, tiempo habrá y si Dios me concede salud y a ti paciencia, iremos por esos mundos como te he prometido y podrás desplegar las artes tuyas, que no parecen pocas, con esa palabrería tan natural a tu lengua como el trinar a un ruiseñor. Pero, eso sí, tendrás que hacerlo acompañándote con un laúd de verdad y no ese rascamirlos tuyo que suena como si estuviera acatarrado.

—¿Y a quién piensa robárselo vuestra señoría esta vez?

—¡Quiá! ¡Demontre de chico! Que no todo han de ser hurtos ni baladronadas. En Valdolid te conseguiré uno de buena factura, lo juro por la memoria de mi querido muchacho.

Callé. Mis chanzas habían logrado sacar de nuevo aquel dolor y lo lamenté, aunque en el fondo estaba más que contento. No podía negar que su insistencia me había convencido y me agradaba sobremanera su empeño en que algún día pudiese tocar el laúd. La verdad es que cada vez tenía más ganas de poner mis manos sobre las tripas bien tensas de un instrumento delicado y dejar correr los dedos.

A la cena de cordero y sopas de pan con ajo en casa del munícipe se añadió por la mañana una colación de gachas y migas de cerdo fritas que me dejaron listo como un toro en la amanecida. Debí de dormir durante al menos tres ampollas de las grandes, en una habitación sombría y silenciosa que tenía, además de colchón de lana, pesados cortinajes, jofaina y hasta alfombra. Por una vez pude pasar la noche de un tirón, sin interrupciones por los ronquidos del viejo. Soñé que participaba en un torneo de caballeros y que cuando sonaba la

trompeta no podía con el peso de la lanza y el yelmo me impedía la visión. Pero la angustia del sueño, que debía ser ya cuando el sol levantaba por encima de las copas de los árboles, fue cediendo con naturalidad porque luego me hallé en una especie de serrallo donde había hermosas mujeres con la cara descubierta, hombres que trovaban con extraños instrumentos, manjares por doquier y animales exóticos. Yo entraba y era el príncipe de aquel lugar, pues todos se levantaban e inclinaban su cabeza a mi paso. Don Suero me seguía y repetía: «Os lo dije, mi señor, el pueblo os ama.» Era como haber alcanzado el paraíso. El despertar me dejó un sabor agridulce por la maravilla ida y por el sentimiento que me invadió al darme cuenta de hasta dónde podía llegar mi vanidad.

Los caballos estaban felices con la ración generosa de avena que les mandó poner maese Suitverto, que así se llamaba el munícipe. Nos despedimos de él y de su mujer, quien no se recató en darme un par de besos en las mejillas que me recorrieron la espina dorsal.

No quise relatar mi sueño a don Suero porque me daba reparo, pero no se me quitaba de la cabeza y a medida que me dejaba mecer en la grupa de *Campeador* lo recordaba y trataba de apresar las imágenes y sensaciones, aunque cuanto más lo intentaba, más rápido se escapaban.

—¿Cree vuesa merced que los sueños son anuncio de lo que nos reserva el porvenir?

—Eso dicen, pero para que así ocurra me temo que hay que tener una madera especial, como los profetas o los caudillos. Aunque también pienso que los sueños encierran verdades ocultas y enseñanzas sobre nosotros mismos. —Me miró con aire alarmado como si sucediera algo grave—. ¿Has tenido alguna pesadilla?

—No exactamente, pero sí un sueño que me ha dejado desasosegado.

—Tranquilízate, la mezcla de deseos y miedos provoca en nuestra mente delirios que no son sino sombras, aunque a veces parezcan más ciertos que el mundo real.

Esto último lo dejó caer con aire melancólico y pronto me di cuenta por qué. Antes de que siguiera hablando ya había imaginado lo que iba a decir.

—A menudo sueño con mi hijo Alvar. Que vamos a cazar y comemos junto a un arroyo o cosas así. Él siempre está riendo y continuamente dice que no me preocupe, que se encuentra bien y que volverá a verme. Al principio me provocaban al despertar tal desazón que lloraba como un alma en pena. Luego me fui dando cuenta de que

eran un consuelo, otra verdad de mi vida interior aunque oculta, incluso inalcanzable. Mas no importaba, puesto que yo seguía viendo a mi hijo, observando incluso que se iba haciendo más hombre, pasé de temer aquellos sueños a meterme en el lecho con la ilusión de tener un nuevo encuentro.

—¿Y sigue vuestra merced viéndose con él en sueños?

—Cada vez menos, Diego. El recuerdo empalidece, gana distancia. Ya apenas asoma y cuando lo hace es sólo su rostro, no habla. Y, además, creo que está triste.

—¡Qué ha de estarlo! Es vuestro deseo de retenerlo lo que tal vez le ponga triste... Dejadlo partir, don Suero, él ya pertenece a otro mundo, lejos de la materia, un lugar mejor donde os estará esperando.

Acercó su caballo al mío. Me miró con aquellos ojos azulados de celaje gris, casi perdidos en sus cuencas como si no supieran dónde meterse. Alargó su brazo para que le alcanzara mi mano. Se la di de mil amores. Él la apretó, agradeciendo mis palabras y llegó a besarla. *Campeador* resoplaba notando quizá que algo pasaba allá arriba. Yo no lloraba porque la pena que me causaba su dolor venía a cauterizar otras heridas.

Tan cierto como el día y la noche, la amistad es algo grande que nos salva de las miserias de este mundo. Incluso a un zagal mahometano en busca de sí mismo y un viejo loco cristiano con más mollera que un juez. Ahí estábamos los dos, cruzando la soledad del páramo mientras comenzábamos a cultivar un cariño que nos brotaba con la urgencia de las cosas naturales, fuerte como la verdad, fraterno a fuer de igual. Pues tan cierto como el día y la noche, hermanos mío, teníamos de qué dolernos y de qué alegrarnos.

Ahora que he vivido ya tantas cosas, comprendo por qué mi amistad con Hassan me molestaba. No compartía con él más que la necesidad, nunca el sentimiento; en todo lo demás éramos iguales, salvo en el verdadero sentir. Con don Suero sucedía lo contrario: en casi todo diferíamos menos en lo esencial; precisamente aquello que fraguaba nuestra amistad con fuerza de argamasa. Y como el afecto difumina los recelos, incluso la prudencia o el decoro que tenemos con desconocidos, me atreví a decir en voz alta lo que mi corazón proclamaba.

—Yo podría ser un buen hijo para vuestra señoría, os lo juro, si llegarais a admitirme como tal. Aunque no llegue a tanto como Alvar.

—Aprecio tu voluntad en lo que vale, mi buen muchacho. Tienes el corazón limpio como un arroyo de montaña. Y eso es lo que importa.

No supe si el ofrecimiento había sido atinado, pero pude darme cuenta de que había tocado su fibra más generosa porque a renglón

seguido, y para aliviar la tensión de tanto sentimiento, comenzó a deshacerse en explicaciones de todo lo que íbamos a hacer y lo que me quedaba por ver y conocer. Yo me imaginaba ya en países lejanos o exóticos, viajando en barco por el mar que no había visto nunca, lugares por descubrir y aventuras que me esperaban para probar mi valor como a un príncipe sus hazañas. La sensación en el dorso de la mano, que aún palpitaba con los raspones de la barbaza sin rasurar de don Suero, me recordaba que nunca antes me la habían besado de aquella manera, que las palabras del viejo en mi sueño sonaban demasiado reales: «El pueblo os ama.»

¿Quién iba a ser yo? ¿Un juglar, un caballero?

¿Acaso un conquistador?

De nuevo la cabeza galopaba más allá de la prudencia y los límites de la realidad. Yo no era más que un mocoso crecido a quien un buen cristiano había recogido de la calle, un huérfano de la fortuna que probaba de destrón sin saber qué habría de ocurrirle, aunque en la partida que estaba jugando ahora pintaran triunfos. Puede que el destino me estuviera bendiciendo por una vez, o quizá fueran mis propios deseos de mejorar en la vida, o ambas cosas felizmente conjugadas. Lo que entonces no sabía, caballeros, era que la verdadera aventura que me estaba ofreciendo don Suero era la más singular y duradera de todas: la capacidad de llevar una vida digna, auténtica, abierta a las muchas posibilidades que ofrece el mundo; dejar de ser un menesteroso y aprender entre todo el caudal de conocimiento que ponía al alcance de mi mano para poder ser yo mismo de una vez; asistir al festín de la sabiduría y gozar de su eterno banquete.

—Venga, ¡arriba ese ánimo! —soltó don Suero de pronto—. Vamos a echar una buena carrera con estos jumentos, que para eso han comido más que heliogábalos. Tú tienes que ejercitarte si quieres llegar a ser un buen jinete.

Y sin más preámbulo dio con los talones en los costados a su montura y salió como una exhalación. *Campeador* no se lo pensó dos veces y echó a galopar. Yo gritaba asustado, aunque divertido. Cogía de las crines al caballo y hasta le insultaba, pero en ese momento lo quería más que a nada en el mundo.

---

11 Simancas y Cabezón.

12 Teodosio.

13 Sistema de origen árabe para calentar las estancias a través de un fuego lento de paja que se comunica con pequeñas galerías huecas debajo del suelo.

10

Llegamos a Olmedo, otra población antiquísima antes de alcanzar Valdolid. Allí volvimos a repetir los pases y las mediciones, el poner piedras y calcular pendientes. Esta vez no era castillo sino muralla y a ella nos fuimos tan despachados, recorriendo los adarves, asomándonos aquí y allá, contando el tiempo que tardaba en caer un guijarro desde lo alto de cada torre.

Don Suero estaba exultante. Gruñía de satisfacción, decía «bien», «excelente», incluso «bestial», una expresión que no dejaba de chocarme porque hasta entonces lo «bestial» siempre había sido signo de destrucción para mí. Pero ya me había acostumbrado a que con el viejo las cosas no acabaran de ser lo que parecían y siempre hubiera un más allá. Así que «bestial» podía ser fabuloso en vez de terrorífico. De la misma manera, «pícaro holgazán» se podía convertir en «diestro juglar». No había que dejarse llevar por las apariencias ni tampoco por condiciones adversas. A mal tiempo, buena cara; hacer de la necesidad, virtud. Bien por el viejo.

Os cuento esto porque él fue mi mejor maestro en el arte de cabalgar la vida, el hombre que me enseñó a aceptar los vaivenes de la fortuna y ser capaz de adaptarme a los cambios. Mucho he de reconocer cuanto hizo, entonces y más tarde, por mi aprendizaje.

Como debió de pensar que era tedioso andar en jornadas de viaje sin tener nada que hacer, se había inventado aquel frenesí de castillos y murallas, creía yo que para divertirme o para que viera sus conocimientos. Sin embargo, su humor se fue agriando a medida que nos acercábamos a Valdolid. Incluso cambiaba bruscamente. Igual que la luz lleva su sombra y al regocijo le sigue la melancolía que apacigua el ánimo, no bien dejamos Olmedo y enfilamos la villa del Pisuerga, don Suero entró en un mutismo que llegó a acongojarme, pero ya que no respondía sino con gruñidos y monosílabos ni dejaba de mirar al frente, cejé en mi empeño de distraerle o hacer que me contara algo.

Saqué del macuto uno de los libros que llevaba y me puse a leer en voz alta. Era la *Eneida* de Virgilio. Aunque no entendía los latines, me atraían sus versos, sus palabras claras, dichas con lentitud pues tampoco es que leyera ya igual que un canónigo.

Me gustaba la historia. El joven príncipe Eneas huye de Troya arrasada por los aqueos con un puñado de fieles, se abre camino entre las filas enemigas y los pueblos que quieren acabar con él, vagabundea por el litoral del *Mare Nostrum*, explora territorios y por fin halla en la península Itálica el solar donde asentar su pueblo. Roma, la ciudad de

las siete colinas fundada por los latinos, será el núcleo de la nación que impulsa el héroe conquistador.

Leía un párrafo y me callaba esperando que el viejo hiciese sus comentarios o me ayudara a traducirlo, pero nada. Hasta que se lanzó.

—Eneas era un muchacho más entre los jóvenes príncipes de Troya, alguien seguramente condenado al anonimato de no haber ocurrido aquella tragedia. Pero de la desgracia él supo sacar bríos y plantar cara al destino. Dirigió un éxodo que podía haber sido penoso y lo convirtió en gesta conquistadora. Fue capaz de aprovechar los flujos de la Historia, no se dio por perdedor sino que aspiró a ser otra vez lo que los griegos le habían arrebatado de forma tan violenta. Sabía que la vida no está hecha de las pequeñas derrotas que estragan nuestro ánimo, sino del esfuerzo que hace realidad lo que creíamos inverosímil.

Se había puesto trascendental. Estaba claro que tenía algo aquella mañana que no quería decir o compartir conmigo. Veía los surcos de su boca muy marcados y los ojos más encapotados de gris que otras veces.

—¿Qué significa inverosímil?

—Aquello que creíamos imposible de ser o suceder.

Yo tiré de la brida a *Campeador* para ponerme a su lado y seguí leyendo en voz alta. Cabalgaba sin manos, llevándolo con las piernas sólo. Parecía increíble que en tan poco tiempo nos hubiéramos entendido tan bien aquel caballo y el aprendiz de trovador. Si me lo hubieran dicho media luna antes, lo hubiera creído «inverosímil».

Hubo un párrafo que no conseguía entender ni aun repitiendo las palabras al viejo, así que le pasé el libro para que me lo dijera en romance.

—«Eneas, dejando de lado su turbación ante el viaje sin un claro destino, da esperanza a los suyos confiando en el triunfo de la voluntad.»

—Gracias, don Suero. Sois muy amable.

Por vez primera aquella mañana, él sonrió.

La historia del joven aqueo me pareció el ejemplo preciso para que yo continuara aprendiendo. «Sacar bríos de la desgracia»; «plantar cara al destino»; «olvidarse de sí y estimular a los otros»; «tener voluntad». Ése era el combustible que necesitaba mi espíritu. El oráculo definitivo. Tenía que salir al encuentro de la verdadera vida, no esquivarla. Aceptar el envite de cada día, sí, pero atento y dispuesto a afrontar los retos severos que el vivir depara. «Querer es

empezar a poder», como decía el sabio Alí.

Ya tenía un norte la barca sin rumbo que había sido hasta entonces mi vida cotidiana. Sin comprender aún cómo guiarla, ni mucho menos sospechar lo que habría de ocurrirme a lo largo de la travesía, veía claro que había una meta, o al menos una razón de ser. Que a poco que me empeñara y dejara venir las cosas, el destino, o la Providencia si queréis, habría de asignarme una tarea.

En aquellos días arraigó en mi ánimo la convicción de tener algo que hacer en este mundo, una misión, vosotros sabéis de ello pues es una de vuestras divisas. Por el momento me aplicaba sin trucos a lo más inmediato: comer de lo que obtenía con la pericia de la caza o recolectando frutos sin pedir nada a nadie, compartiendo ración con quien me protegía y a quien yo ayudaba; aprender rápido, gracias al tesón y al método de repasar; abrirme paso entre los saberes que encierran los libros, deslumbrado pero con los ojos bien abiertos; mirar de frente, vivir sin engaños, saboreando la libertad que da una conciencia limpia. Con regocijo, comencé a sentir que era capaz de vencer las dificultades reales que acechan a cualquier persona honesta.

Como Eneas, tal vez pudiera superar la condena de huérfano, desprenderme del pánico de niño arrojado a la calle y ser capaz de bruñir la voluntad para fundar, a mi manera, un mundo nuevo en derredor mío.

Así anduvimos dos leguas más. Ensimismados. Sin hablar apenas, rumiando cada uno nuestros pensamientos. Llegamos a Alcazarén, una aldea cristianizada. Dejamos los caballos atados a una columna de la plaza y nos sentamos en un banco junto a la puerta de una posada. Hacía un tiempo agradable sin demasiado calor, el campo olía a mies crecida. Yo me sentía contento, pero no con la exaltación de la vida callejera hecha de bromas y azuzada por el vino. La armonía de ese momento tenía fuerza interior, una serenidad natural acorde con las cosas en vez de en su contra.

Estábamos así sosegados, refrescándonos con agua de cebada tostada y espantándonos las moscas, cuando un caballero de edad entró por la plaza a paso cansino, montado en un rocín que parecía del tiempo de su mocedad, aunque bien se veía que era caballo de guerra por la anchura del pecho y las ancas macizas que sostenían un pequeño baúl.

Vi a don Suero con los ojos fijos en aquel hombre y observé un revuelo de los parroquianos que en ese momento andaban por la taberna. El caballero avanzó hasta la fuente que había en el centro de

la plaza y descabalgó. Iba vestido con un justillo de cuero cubierto de escamas metálicas. Llevaba puesto un casquete metálico que se quitó, enjuagó y llenó de agua para el caballo, y una espada a la montura que debía medir una vara.

Los murmullos del interior crecieron. Hasta el posadero se asomó a la puerta, secándose las manos.

—¡El Cid! ¡El Cid ha entrado en la plaza!

Sin dejar de mirarlo, don Suero preguntó al vacío por si alguien podía responderle:

—¿Qué hace don Rodrigo por aquí, solo, sin que lo acompañen sus mesnadas?

Un joven salió entre el grupo de gañanes.

—Va otra vez al destierro. Don Alfonso lo ha vuelto a extrañar del reino. Dicen que ahora quiere luchar con el emir de Granada para conquistar Badajoz.

—No, esta vez se dirige a Zaragoza. He oído que el rey moro le ha nombrado visir. —Quien así habló era la mujer del posadero, que parecía mirar con malos ojos al silencioso caballero.

—¡Bah!, murmuraciones... No sabéis lo que decís. —Un viejo con el mentón apoyado en una cachava habló para quien quisiera oír—. Prudencio, el chico del Aquilino, que ya luchó con él hace unos años, me ha contado que tiene decidido reconquistar Valencia.[14]

—¿Él solo?

—Al Cid nunca le faltarán mesnadas ni arqueros, ni tampoco caudales para emprender una guerra.

Yo estaba subyugado. Mientras oía las voces imprudentes de los espectadores, observaba cada uno de los movimientos de aquel hombre de barba cana y porte contenido, que no se había dignado mirarnos. Parecía tener un halo alrededor, algo que le hacía impenetrable y casi sagrado.

El Campeador se mojó la cara, bebió en el cuenco de su mano, llenó dos pequeños odres que colocó sobre la grupa de su caballo, montó y se fue sin tan siquiera levantar la mano.

Al ver mi gesto contrariado, pues no entendía que caballero tan nombrado llegara a una villa y nadie le saludara ni fuera a sostenerle el estribo, el anciano del cayado me explicó:

—No le está permitido a nadie socorrerlo ni hablarle. Por eso él tampoco saluda.

Quedé cabizbajo y comencé a cavilar. ¿Cómo podían torcerse las cosas para que un caballero tan principal como él se viera solo y extrañado? ¿Era una víctima o tenía él la culpa? ¿O quizá se trataba del «destino inexorable» de los valientes, como decía a menudo el

viejo?

—Es el destino inexorable de los héroes —afirmó don Suero—. La soledad. Ya le ocurrió la primera vez, cuando tuvo que salir de Vivar desasistido entre el llanto consternado de sus vecinos.

—¿Y qué hizo?

—Ayudó a unos y otros. Se puso al servicio de quien pagara soldada a sus mesnadas. Pero me temo que conserva un concepto de su dignidad lo bastante elevado como para no tener señor. Desciende de aquellos caballeros villanos convertidos en jueces que se plantaron ante el rey de León, exigieron justicia y fundaron Castilla.

—¿Caballeros villanos?

—Sí, hidalgos y hombres del común venidos del norte, que con su caballo y espada, y sobre todo con la dignidad que da el sentido de la justicia, hacen frente al mundo, a los poderosos, tratando de ayudar al débil y sostener al igual.

—Qué historia tan hermosa.

—Pues si tanto te gusta, escríbela. —Don Suero me miró con los ojos encendidos y ese gesto inconfundible suyo cuando tramaba algo —. Yo te cuento los pormenores y tú los pones en verso; te ayudaré, no te preocupes.

Una nueva empresa del viejo. Tenía que tener algo entre manos para estar contento. Yo no me sentía capaz de cumplir el encargo, pero dije que sí; no quería ver su rostro sombrío.

Durante la tarde me contó las hazañas de El Cid y cuando llegó la noche saqué una resma de pergamino, afilé la pluma, hice un poco de tinta y me puse a ello.

Fue más fácil de lo que creí. Los versos me venían y encajaban unos con otros. A veces don Suero me deletreaba las palabras, porque aún no sabía unirlas bien del todo o separarlas por el sitio justo. Aquella noche hice más de treinta versos y cuando el viejo me preguntó cómo llamaría el romance, dije sólo «Mio Cid».

De sus ojos tan fuerte mientras llorando,
Tornaba la cabeza y estabalos catando;
Vio puertas abiertas y uzos sin cañados,
Alcandaras vazias sin pieles e sin mantos
Y sin falcones y sin adtores mudados.
Suspiró, ca mucho hauia grandes cuidados,
Fabló mio Çid bien y tan mesurado:
Grado a Ti, Señor Padre, que estás en alto.
¡Esto me han vuelto los míos enemigos malos!
Allí piensan de aguijar, allí sueltan las riendas.
A la exida de Bivar hobieron la corneja diestra,

Y entrando a Burgos hobieronla siniestra.
Meçió mio Çid los hombros y engrameó la tiesta.
¡Albriçias, Alvar Fañez, ca echados somos de tierra!
Mio Çid Ruy Diaz por Burgos entraba,
En su compaña, sesenta pendones;
éxienlo a ver mugieres y varones:
Burgueses y burguesas por las finiestras son
Plorando de los ojos, ¡tanto habian el dolor!
De las sus bocas, todos, decían una razón:
¡Dios que buen vasallo, si hobiese buen señor!

---

14 En efecto, se trata del segundo destierro de El Cid durante el que habrá de conquistar Valencia a los almorávides.

Segunda Parte

JUGLAR EN CASTILLA

11

Entramos en Valdolid por la Puerta del Campo y nos detuvimos junto a la fuente del mercado. Encontramos allí mucho comercio de ganado, venta de aperos, arreglo de guarniciones y, mezclados entre los tratantes, escribanos que ofrecían su oficio, vendedores de rosquillas, aguadores con sus vasijas de cobre y mozas que despachaban cuartillos de leche y se turnaban para traer o llevar cántaras de leche. Encontramos labriegos de sombrero ancho y faja al vientre, acarreando tinajas repletas de chacinas. Otros transportaban tablas con quesos curados, sujetas con cuerdas que llevaban a hombros, entre dos, con una pértiga. Vi unos hombres vestidos de forma extraña —«son maragatos», me dijo don Suero— que ofrecían ristras de ajos y pimientos secos y las traían colgadas al cuerpo como si fueran adornos. Todo era animación, trueque, vocerío de vendedores mostrando la mercancía y ajetreo de gentes mirándolo todo, o dispuestas a comprar. Se notaba que corría el dinero por ese burgo que andaban construyendo los leoneses en el corazón de Castilla.

Tirando de mí el anciano, pues me entretenía en cada recodo, dejamos al fin el mercado al que los naturales llaman Campo de Marte, otra vez la huella romana que tanto me complacía encontrar, pues me enseñaba que antes de la separación de las religiones hubo un tiempo de concordia, lengua común y misma cultura. Alcanzando el gran río que abraza el lugar, nos encaminamos por la vereda de la margen izquierda hasta que distinguimos el Puente Mayor, un largo y majestuoso paso sobre ojivas de piedra que había mandado construir el conde Ansúrez, y ya estaba terminado, donde antaño sólo había una pasarela de madera para cruzar el Pisuerga. Nos enteramos de que había otros dos, uno al norte, en el pueblo que le dicen del Cabezo, y otro al sur, en la antigua ciudadela de Simancas, los dos, cómo no, levantados por mis admirados romanos.

La ciudad se abría al este del cauce, desde el brocal del puente. Bordeamos la muralla por el poniente, hasta descansar junto a una presa que alimentaba varios molinos y hacía caer el agua en cascada. Había gente pescando, mujeres que lavaban ropa y ánades de todas clases.

Ya desde fuera de la ciudadela, me gustó el aire de la villa. Bien se veía que era nueva y que los tiempos modernos habrían de prender en ella, pues por doquier podían verse grandes poleas y andamios de construcción que llenaban el cielo. Aquí y allá se oía a los canteros

trabajar la piedra, entre un sinfín de carretas que recorrían las calles abiertas por las que habría de crecer el burgo recién fundado. Aún quedaban paños de muralla por rematar y junto a la puerta de San Benito se veían los muros de una iglesia que estaba ya muy avanzada. Decenas de hombres se afanaban haciendo mortero, serrando madera, templando hierro o acarreando argamasa y piedras. Había capataces en cada esquina y mucho atronar de voces de operarios. ¡Qué distinto de mi querida Córdoba, donde el tiempo parecía haberse detenido y apenas se veían obras!

Cruzamos el alcazarejo por el portillo de San Martín y anduvimos por una callejuela de la judería atestada de talleres de orfebres. Allí no existían restos árabes ni visigodos. La villa, me contaba don Suero, había sido en realidad fundación castellana en el reinado anterior de Fernando el Magno y ahora el conde quería darle marchamo leonés con edificios palaciales y templos magníficos. «Ha nacido para ser capital de ambos reinos», dijo orgulloso don Suero quien, aunque natural de Palencia, sentía la villa como si fuera su cuna.

En ésas estábamos, hablando de Valdolid como plaza adelantada en la frontera leonesa, cuando llegamos a una vaguada rodeada por edificios admirables y grandes casas.

—A partir de aquí, comienza la parte que ha engrandecido el conde —siguió explicándome don Suero—. Hemos atravesado lo que se construyó bajo el rey Fernando, padre de don Alfonso, pero las torres que ves allí son obra de don Pero, que está levantando su residencia condal junto a la iglesia de Santa María. Aquellos arcos de arriba forman parte de la colegiata que acaban de terminar. Ahora iremos a la rúa de Francos para buscar posada.

—¿No va vuestra merced a su casa?

—Sí, más tarde, primero quiero dejarte acomodado. Debo ir solo, Diego.

Intenté comprenderlo, después de todo no iba a ser más que un extraño allí. No quise que se me notara ninguna tristeza o decepción porque tampoco era justo con él, aunque me royeran ambas. Debía esperar acontecimientos. Sabía que don Suero se comportaría como un amigo leal y, aunque enredador y guasón, era hombre de palabra.

Encontramos un figón que a mí me pareció casi palacio, más señorial que todas las fondas que habíamos conocido durante el camino; tenía un patio con columnas delgadas, arcas en los corredores, una enorme cocina que daba al refectorio y un zaguán a la entrada lleno de silletas y butacones, donde se sentaban los hombres para hablar y ver pasar las mozas y la vida.

Dejamos los caballos en un establo en el que hubieran cabido al menos veinte de ellos. Don Suero se había echado la capucha sobre la

frente porque prefería no ser reconocido antes de encontrarse con los suyos. Subimos a la segunda planta y el posadero me dio un cuarto para mí solo, con un ventanuco desde donde se veía el campanario de la colegiata.

—Ya han terminado las obras del altar mayor y, según acaban de decirme, mañana consagrará el templo un obispo franco en presencia del rey. Haremos una cosa, Diego. Yo me quedo con los míos esta noche y mañana nos encontraremos en la puerta sur de la colegiata, junto al crucero, a la hora tercia, así no nos perderemos el espectáculo. Toma estas monedas por si necesitas algo, pero ten cuidado, aquí hay mucho rufián que va tras la bolsa de los forasteros.

—Descuide vuestra merced, que más trabajo habrán de tener esos ladronzuelos con sus dineros que yo con los míos. No ha sido Abdú príncipe de los mendigos, como para que venga ahora cualquier ratero a engañarme.

—Tampoco quiero broncas, juegos ni engaños. Aquí, no. Y recuerda que te llamas Diego.

—¡Pues no ha de creer el señor que es mi amo! Yo sabré comportarme, quedad tranquilo. Y andad presto, por vida del profeta, que por fin vais a abrazar a vuestra familia.

Don Suero sonrió con ese gesto que le velaba los ojos y hacía que levantara un poco el mentón con cara de paciencia. Me acarició la cabeza, meneó la suya como dándome por perdido, se dio media vuelta y desapareció.

La verdad, tenía ganas de quedarme solo y gozar de todo aquello. Después de dejar caer mi cuerpo en el lecho y asearme, salí por la ciudad. Aún no había anochecido y en la plaza del mercado había corrillos y gente paseando de un lado a otro. Vi alguna moza que me encendió el alma pero fui incapaz de hacer nada. No estaba acostumbrado a que las hembras jóvenes, con el busto marcado por las ropas, se me quedaran mirando como si tal cosa. Trataba de parecer normal, incluso me las daba de altanero, pues hubo varias que no se recataron y hasta hacían dengues con sus compañeras y se reían al verme pasar, pero lo cierto es que iba amedrentado y apenas me atrevía a mirar.

Estuve dando vueltas, viéndolo todo, y acabé bebiendo más de la cuenta en uno de los figones de la rúa Angosta, junto a la plaza del mercado, donde me gasté hasta la última moneda que me dio don Suero. Luego me costó encontrar la posada pero al fin llegué, aturdido y dando traspiés. La felicidad de la vida en el campo durante las últimas semanas, la excitación de aprender las letras y el gusto por escuchar historias al amor de la lumbre, toda aquella sensación de plenitud que había alcanzado de forma natural, sin darme cuenta, se

esfumó en un momento. Volvía la comezón del desamparo y la soledad, el vértigo de huir hacia ninguna parte.

Las luces del alba me despertaron. Me revolvía en mi cama mullida de lana y no conseguía volver a dormirme. «Y ahora ¿qué? —pensaba —. El viejo encontrará a su familia y tal vez quiera tomarme a su servicio, pero ¿qué pinto yo en esta ciudad?»

Hastiado de mi desencanto, hice por levantarme. Tenía una jofaina con agua, paños limpios para secarme y una bacinilla en la que vaciar las aguas menores que estaban a punto de reventarme la vejiga.

¿Por qué demonios tenía que preocuparme?

Aquello sí era vida.

Intentaba convencerme de mi buena fortuna por todo lo que me estaba ocurriendo, pero ni siquiera este pensamiento consiguió animarme. Tenía el ánimo lúgubre, me dolía el cuerpo por el exceso de vino en la noche pasada. Quise comer algo en el refectorio común, pero mi estómago se negó a recibir nada. No tardé en escurrirme y salir de allí tras escuchar conversaciones que no acababa de comprender y me daban miedo. Hablaban de conquistas, de la nueva campaña del rey contra los musulmanes, de que hoy iba a ser un gran día.

Fuera, el ambiente era festivo. Cerca de la colegiata estaban levantando un arco con postes y colgaduras de hiedra. Pregunté a unos hombres, que construían un estrado junto a la entrada principal, para qué lo estaban haciendo.

—Es para el rey. Celebra nuevos esponsales una vez que el obispo haya consagrado el templo.

—¿Aquí?

—Sí, aquí mismo, muchacho.

—¿Cuándo?

—A la hora tercia.

Me alarmé. Era la misma hora en la que debía encontrarme con don Suero. Aquello se llenaría de gente y más en la puerta, donde él me había pedido que lo esperara.

Preocupado, con pesadez en la cabeza, fui a buscar una fuente. Anduve por callejas y plazoletas buscando la sombra, porque el sol calentaba y me embotaba más. En el atrio de la iglesia de San Martín me paré a escuchar a un ciego que cantaba un romance. Hablaba del rey Alfonso y su leal Ansúrez, de una batalla en las Extremaduras y hasta había un don Suero, senescal del rey.

Llegó la hora y me encaminé hacia la colegiata. La muchedumbre abarrotaba el altozano donde se encuentra y las calles aledañas. Me abrí paso a codazos sin mucho miramiento, entre protestas e insultos.

Estaba rabioso contra el viejo por meterme en aquel desbarajuste.

Poco a poco fui llegando hasta el crucero cerca de la entrada. Subido al tercer peldaño, divisé a los heraldos portando trompetas y tabardos cuartelados de leones y castillos que anunciaban la próxima presencia del rey. Conseguí sujetarme medio abrazado sobre el fuste de piedra y así pude contemplar bien la escena. La gente estiraba el cuello y hacía bromas. Un enterado daba su versión.

—El rey se casa con su princesa mora. Luego se quedará con Córdoba.

Me alarmé. ¿Es que iban a hacerle la guerra a mi ciudad? ¿Quién sería aquella princesa mora?

—Tú qué sabrás, Ervigio —dijo otro que estaba cerca de él—. No está ya nuestro rey para guerras, ya tiene bastante con la que le da esta amante suya. En un lustro ha pasado de ser la reina de Córdoba expulsada por los almorávides a concubina del rey. Ya le ha dado un hijo, pero quiere más. Creo que estas princesitas andalusíes necesitan tanto que te dejan más seco que la mojama.

—¿La reina de Córdoba? ¿La viuda de mi padre?

Tragué saliva. Las risas y bromas de los hombres sobre la fogosidad de las hembras musulmanas se mezclaban con retazos de conversación entre gente que quería saber más o alardeaba de estar bien informada.

—Pero ella se habrá bautizado, ¿no?

—Sí. Zaida se convirtió en Isabel y ahora será la reina.

—¿Y el niño Sanchuelo?

—Parece que el rey quiere hacerle su heredero, por eso se casa.

—¡Pobre Urraca! Ella que es legítima, empujada por un bastardo medio moro.

—Sí, pero es mujer.

—Ya.

—Chisss, callad, que vienen.

Tuve que agarrarme fuerte al oír tales cosas. ¿Había traicionado a Córdoba aquella mujer a la que mi padre prefirió por mi madre? ¿Quién era «la pobre Urraca»? La cabeza me daba vueltas, quise saber más y estaba a punto de empezar a preguntar yo también cuando observé a los primeros heraldos tomar posiciones y preferí callar, no fuera que descubrieran que yo también era medio moro, como el niño Sanchuelo.

Decenas de soldados cubrieron rápidamente el perímetro de la colegiata mirando de cara a la muchedumbre. El paseo que daba a la explanada del templo fue ocupado por varias filas de hombres a pie con lanzas y escudos. A mi alrededor cesaron por completo las voces.

La chiquillería corría y los buhoneros se apartaban. Se oyeron los primeros aplausos al final de la calle mientras el aire se llenaba con el sonar de pífanos y el redoble de tambores.

Una voz anunció su llegada antes de que pudiéramos verlo.

—¡El rey! ¡Llega el rey!

Atisbé los primeros pajes apartando a los que se salían de la fila y a varios reyes de armas[15] con sus dalmáticas y mazas, abriendo la comitiva con la cara avinagrada, como si la muchedumbre atosigara sus exquisitas narices, aunque alguno bien se veía que era tan del pueblo como quienes los miraban con cara de asombro o burla, según los casos.

Por fin divisé el baldaquino regio que se mecía al compás con las borlas marcando el ritmo. El rey iba con el ceño fruncido como si estuviera enfadado, o eso me parecía. Podía distinguir ya sus ojos claros y su piel arrugada, las manos en el pomo de la montura y un ligero balanceo de los hombros. Llevaba un enorme collarón sobre el manto y la corona algo echada hacia atrás. A veces levantaba la mano derecha y saludaba con los dedos enguantados y llenos de sortijas. Era exactamente lo que siempre había pensado que habría de ser un rey. Detrás, a cierta distancia, cabalgaba el príncipe Sanchuelo con un portaestandarte por delante y jóvenes a caballo rodeándolo.

La gente se abalanzó hacia el pórtico y hubo algunos golpes entre los que querían ponerse adelante. Yo me acerqué lo que pude y cuando conseguí sacar la cabeza ya estaba don Alfonso en el estrado rodeado de sus senescales y lugartenientes. De nuevo las trompetas lanzaron sus acordes estridentes y un heraldo anunció la llegada de la infanta Urraca, aquella hija de la segunda esposa del rey que estaba a punto de perder su título de heredera.

No debía tener más de veinte años. Bajó de su hacanea[16] como si descendiera de un trono, saludó a la multitud con un pañuelo largo que llevaba en la mano, sonrió mucho, se inclinó ante su padre y se sentó a su lado, junto al príncipe.

A mí se me detuvo el mundo.

Ver aquellos ojos, hermanos míos, aquella piel, fue una impresión demasiado intensa. Era la belleza personificada, la mujer más extraordinaria que había visto jamás.

Pero ahí no acabaron mis emociones. Un dignatario de la Corte avanzó hacia el borde del estrado y leyó un pergamino anunciando que la colegiata iba a ser consagrada con ocasión de los nuevos esponsales del Emperador de Toda Spania, don Alfonso VI Rey de Castilla, de León, Asturias, Galicia y Toledo y Señor de las Dos Religiones. La esposa, añadió, era la princesa Isabel, nuera del depuesto emir de Sevilla por los almorávides, y viuda de su hijo el

heredero, que había sido bautizada con el nombre de Isabel. Para presentar sus capitulaciones matrimoniales, acordadas con los antiguos embajadores de la taifa de Córdoba, y representarla *in absentia* pues se hallaba en Toledo, el heraldo anunció la presencia en el estrado del embajador plenipotenciario de Su Alteza para esta empresa, el senescal don Suero Mendoza de Quiñones, que venía de cumplirla a la perfección.

Un estrecho pasillo se abrió por el lado izquierdo y entonces apareció él. Lustroso, ricamente vestido, con un aire de dignidad que me resultaba familiar aunque esta vez estuviera disfrazado de quien realmente era.

Me quedé boquiabierto.

¡Condenado embustero!

A la sorpresa inicial le siguió una intensa admiración, debo confesaros, al contemplarlo allí tan señorial. Luego me fue ganando la rabia al pensar por qué demonios me había ocultado la verdad. ¿Qué significaba yo en todo aquello? ¿Es que no valía bastante para que fuera sincero conmigo? Tanto aprender a escribir, tanto juglar… ¿Qué había querido de mí? Si lo que deseaba era un criado que le cazara los conejos, me lo podía haber dicho en vez de poner caras y mirarme las manos. Conociéndolo, tampoco es que me extrañara mucho esta mudanza aunque la condición de embajador del rey resultara harto exagerada incluso para mi imaginación. Difícil de tragar para un pícaro callejero, tan monumental engaño.

Don Suero sujetaba con las manos un documento sellado con lacre. —¡Acabáramos! El famoso rollo envuelto en piel de gamuza en el que decía que llevaba su carta de libertad—. Lo leyó y fue a entregarlo al rey, rodilla en tierra. Sin levantarse, añadió que también había inspeccionado el estado de los castillos en la frontera y que en breve le presentaría un detallado informe.

Yo iba de pasmo en pasmo. ¡Mis propias manos habían estado escribiendo un memorial para el rey de Castilla!

Acabado el parlamento, don Alfonso se levantó del trono, alzó con ambas manos a su embajador y le dio un abrazo, mientras la gente aplaudía y daba vivas al bribón de don Suero como si fuera uno de esos héroes de los romances caballerescos que tanto me gustaban.

El viejo besó la diestra al monarca y dejó que se sentara antes de darse la vuelta y acercarse al borde del estrado con las manos extendidas pidiendo silencio.

Por lo visto quería hablar.

Yo me había escondido entre un grupo de gente que llevaba

sombreros de paja. Sacaba la cabeza de vez en cuando para ver si seguía allí, pues tenía la perturbada impresión de que en cualquier momento saldrían unos guardias y se lo llevarían preso, tan incrédulo seguía yo del sortilegio.

—¡Pueblo de Valdolid! Es un alto honor para mí traer el consentimiento de los ulemas cordobeses para el matrimonio de la princesa Isabel con nuestro amado rey, especialmente hoy, cuando vuestra ciudad consagra la colegiata que ha mandado erigir mi señor el conde Ansúrez. Doy gracias al Cielo por haberme concedido la merced de llegar sano y salvo con los documentos firmados, de esta misión que trata de acercar a andalusíes y castellanos por encima de credos y tronos. —Aquí hubo un silencio rubricado por algunos aplausos—. También quiero agradecer aquí, delante de vosotros, a quien me ha acompañado en el camino, alegrando mis horas con sus cantos.

Me miró. Lo juro. Supo desde el principio dónde estaba y sus ojos se clavaron en mí con una sonrisa de las suyas. Yo oía murmullos alrededor, pero sentía tal espanto que era incapaz de mover un músculo o decir nada. Don Suero, con aire triunfal, me señaló con una mano mientras con la otra abarcaba la multitud de la plaza y exclamaba:

—Quiero que conozcáis al juglar Diego de Córdoba. Gracias a su buena compañía y cuidados, hoy estoy aún entre vosotros.

La gente comenzó a aplaudir y a dar vivas. Me zarandeaban, tiraban de mí hacia delante y me tocaban por todas partes. Yo balbucía que no, no sé bien si por terror o porque quería decir que de eso nada, que si alguien estaba aún en el mundo de los vivos era yo y gracias precisamente a las argucias de ese viejo fanfarrón que nos seguía engañando a todos.

Don Suero dio una orden a los soldados.

—¡Subidlo!

Me vi empujado, cogido por los brazos y antes de darme cuenta ya estaba de pie al borde del estrado, con la mano de mi señor agarrándome del pescuezo y docenas de gargantas coreando mi nombre. Don Suero me soltó dejándome solo ante la muchedumbre.

No había escapatoria.

Me tranquilicé y recordé a mi madre, seguro que sería feliz si pudiera verme allí aclamado como si fuera un poeta famoso. Sin pensármelo demasiado, hice una reverencia y los aplausos arreciaron. Luego me volví hacia donde estaban las personalidades y me incliné de nuevo aunque en mi azoramiento lo hice frente a la princesa, sin darme cuenta del rey.

La carcajada de don Alfonso inundó la plaza.

15 Portadores de las insignias reales. Aún se ven acompañando en actos oficiales al alcalde de muchos municipios españoles.

16 Jaca grande, aunque menor que el caballo, muy apreciada por ser de temperamento noble y la mejor montura para las damas de la época.

12

—Tú ven detrás de mí —dijo don Suero cogiéndome del brazo.

Don Alfonso se levantó bromeando con sus alféreces, al parecer a costa mía. Don Suero me miraba de soslayo para comprobar si estaba enfurruñado con una rabieta de las mías pero, caballeros, os confieso que me sentía más que encantado. Sin haber movido un dedo y como por encantamiento, me veía ya juglar en la Corte de Castilla.

La infanta pasó ante nosotros y me saludó con ojos divertidos, inclinando un poco la cabeza. Yo correspondí como pude y noté que el calor se me subía a las orejas. El cortejo real entró en la iglesia donde esperaban muchos clérigos con incensarios y una veintena de obispos reunidos en torno al altar junto al nuncio del Papa. Detrás fuimos todos, yo pegado a don Suero tratando de controlar el paso y que no se me fueran los ojos a todas partes. Él puso su mano sobre mi hombro y murmuró:

—No te preocupes de nada.

Curiosamente, eso era exactamente lo que me estaba ocurriendo. Todas mis preocupaciones se habían evaporado de repente. Un extraño sentimiento de confianza en este mundo se iba apoderando de mí a medida que avanzábamos por el pasillo central del templo.

La ceremonia me impresionó más de lo que podía imaginar. El incienso que impregnaba el aire, las voces de los monjes cantando en latín, los movimientos ceremoniales frente al altar, las genuflexiones continuas que hacían crujir las vestiduras. Había veinticuatro oficiantes en total, los conté uno a uno y no me equivoqué. Nunca hubiera podido hacerlo en la mezquita porque allí sólo hay uno.

Estuvimos casi media jornada inmersos en aquel ritual que parecía no acabar nunca. Don Suero me tiraba de la manga cada vez que había que levantarse o hincar la rodilla en tierra y yo le escuchaba decir frases en un latín incomprensible que se unía a los rezos de los demás, entre golpes de campanilla y muchos amenes.

Las campanas doblaron a júbilo. El que parecía el jefe de los obispos bendijo tres veces a la muchedumbre y con la misma ceremonia que habíamos entrado, volvimos a salir. Al dejar la colegiata nos dirigimos, llevados por el cortejo de cabeza, al palacio del conde Ansúrez que quedaba enfrente.

Siempre al lado de mi señor cené con todos, tratando de no parecer un mendigo.

—Buen muchacho tu Diego. —El rey se había acercado a nosotros

y tomó del brazo a don Suero—. Se conoce su buena crianza. ¿Qué edad tiene?

Una intensa emoción se apoderó de mí. Tras dudar unos momentos porque al igual que yo, él no lo sabía, don Suero respondió:

—Dieciocho años, señor. Es hijo del antiguo emir cordobés y de una cautiva cristiana.

Volví a enrojecer. Mis orejas se habían acostumbrado aquel día a arder como pavesas. El rey me miró de forma extraña, yo no sabía si conmovido o disgustado. Me contempló concentrándose, luego puso una mano en mi hombro y me dio un beso suave en la mejilla.

—Sé bienvenido a nuestra Corte, hijo mío.

Caí de rodillas y llevé su mano a mis labios. Pero la turbación pudo conmigo y ahí mismo comencé a hipar sin freno, con unos lagrimones que salían de la madriguera de mis cuencas raudos y asustados como conejos.

—Disculpad, Alteza —dijo don Suero—, son demasiadas emociones para un mismo día.

—No es de extrañar. Llévalo a tu casa. Ya tendremos ocasión de escuchar sus trovas.

Me levanté atemorizado, maldiciéndome por no haber prestado más atención al rabel que me hizo traer el viejo. Y aunque empezó a abrumarme la idea de cantar ante la Corte, me sentía contento. Qué digo contento, estaba en éxtasis, aunque saliera de allí sorbiendo por la nariz como un desgraciado.

Y así fue, respetables señores, cómo tuvo lugar mi entrada en la Corte más poderosa de Spania, lo mismo que un funambulista al que empujan para atravesar la cuerda floja. Sin preparativo ni escuela, como habéis podido comprobar. Mas si se trataba de actuar, tablas tenía, ya que mis años cordobeses habían sido un contar historias sin tregua y hacer teatros con el descarado fin de mover el corazón de la gente, sacar mi vivir e intentar que me quisieran. Aunque en el fondo bien sabía yo que mis zalamerías eran ante todo una tentativa para que se dieran cuenta de que era uno más, que existía igual que ellos, pues me daba miedo llegar a ser uno de esos vagabundos que van de un sitio a otro como ausentes hablando consigo mismos, o tal vez demasiado conscientes pero en silencio, como si una barrera invisible les impidiera cualquier trato humano.

La vida en casa de don Suero resultó harto placentera aunque no pudiera holgazanear por las mañanas como en el pajar de Córdoba. Tenía mi señor unas casas de piedra rubia al final de la rúa de los Francos, con sus escudos labrados junto al dintel de la puerta, el

corralón grande para los animales y unos huertos que dan a un riachuelo que llaman la Esgueva. Don Suero no me puso a vivir con los criados sino a su lado, en lo que fue la habitación del hijo. Su esposa había muerto poco antes que el joven Alvar.

Empecé a cuidar mucho mi aspecto, tanto como el aprendizaje del romance y el latín. Tomaba baños a menudo como hacía en Córdoba a la manera musulmana y me rasuraba a diario un pajecillo que también se ocupaba de secarme con paños de hilo y atender mis ropas. Una mujer y su hija venían para probarme telas y hacerme calzas, jubones, bridales y justillos.

Hecho todo un caballero. Si me viera Rachid, pensaba yo.

Me levantaba pronto y desayunaba con don Suero en una pequeña estancia junto a la cocina que olía a pan y cereales cocidos. Siempre me hacía leer poemas de un libro de romances que contaba viejas historias de los godos. Luego él se iba a sus quehaceres que consistían en atender sus posesiones y criados o ir a ver al rey si se encontraba en la ciudad, aunque la mayor parte del tiempo lo pasaba con el conde Ansúrez, que era de su edad y el mejor amigo que tenía.

Mis jornadas matinales estaban totalmente ocupadas. Don Suero me puso un tutor de gramática con el que también leía pasajes de la Historia, sacados de libros encuadernados en piel de cordero que yo reverenciaba; luego venía otro para mejorar mi destreza con el laúd y por último un tercero con el encargo de mostrarme los pasos de danza y ayudarme en su ejecución, aunque el lechuguino era tan amanerado que me daba grima cogerle la mano y hacer reverencias, así que le pedí a la sastra que me dejara intentarlo con su hija, por lo que las sesiones de prueba de ropa acababan con pavanas y primas[17] pues la muchacha tenía el don de la danza y le gustaba bailar conmigo. La madre daba palmas y a veces nos corregía diciendo «más elegancia, más elegancia», «esa espalda», «ahora al otro lado».

Tras la comida del mediodía iba con don Suero a cabalgar y a volar halcones. Era el mejor momento del día. Cuando llevaba el ave posada en el guante, erguido en mi montura, me sentía como un príncipe. Aquel pájaro y yo empezamos a conocernos, le daba de comer y lo tapaba con su caperuza por las noches. Cuando don Suero terminó por regalármelo le puse de nombre *Abenamar*, como el poeta. Después de la cetrería tenía tiempo libre hasta la cena. Me gustaba quedarme en mi cuarto tocando el laúd y componiendo romanzas que luego cantaba ante el corro de criados.

De esta manera se fue el resto de la primavera y todo el verano. Entrada ya la vendimia, una tarde que nos recogimos antes y andábamos prendiendo el primer fuego en la chimenea de la sala mayor, don Suero me dijo:

—Mañana llega el rey desde León. Dará audiencia a la Corte, con banquete y danzas. Quiero que cantes alguna canción de las tuyas.

Lo miré sin responder pero supongo que mi gesto lo dijo todo. No me daba miedo ni quise que la emoción me alterara. La verdad es que lo deseaba con todas mis fuerzas.

Además, estaría ella.

Me levanté temprano y la primera tarea fue arreglarme a fondo las manos con una pequeña lima y unazjs tenacillas. Luego vino Pelayo, el paje, y trajo varias jofainas de agua caliente que vertió en la artesa del baño. Durante un buen rato me sumergí en aquella mezcla jabonosa con olor a verbena mientras dejaba que el chico me aplicara un paño en la cara y me rasurara a conciencia.

Elegí un jubón de terciopelo grana acuchillado y unas calzas color aceituna. Todo nuevo, impecable, según había dispuesto don Suero para el día que tuviera que presentarme en la Corte. Pelayo recortó mi melena a la altura de los hombros y me friccionó el pecho y los brazos con aceite de caléndula, aplicando gotas de espíritu de violeta allá donde el cuerpo exhala sus olores más intensos. Cuando estuve vestido, vino una criada con un gran cesto de mimbre tapado.

—De parte de Su Alteza la infanta doña Urraca, señor.

Me quedé aturdido. La princesa se acordaba de mí y alguien me llamaba «señor» por primera vez en la vida.

De aquel cesto saqué una capa corta hecha de un tejido que no había visto en mi vida y una gorra de fieltro en la que iba prendida una pluma de faisán. Acaricié la pluma y el tejido como si fueran objetos sagrados que hubiera tocado ella.

—Dile a tu señora que me siento honrado con tan rico presente y que trataré de no defraudar sus prendas.

—Así lo haré, señor.

Pelayo sonrió con ironía y me puso capa y gorra con mucha destreza; en ese momento llegaba don Suero vestido como un duque. Al verme, soltó un silbido.

—¡Oh la lá!, Esto más que juglar es todo un caballero. ¿De dónde han salido esos adornos?

—Me los ha enviado doña Urraca.

—¿La infanta? Bien, eso es entrar con buen pie en la Corte, muchacho. Ven, tengo algo para ti.

Fuimos a su escritorio y allí, sobre un cojín, me mostró un pequeño collar de oro, engarzado con leones. Don Suero lo cogió y me lo colocó con cuidado sobre los hombros.

—Pertenece a mi familia desde hace varias generaciones, lo suele llevar el hijo primogénito. Alvar lo usó el día de su presentación en la Corte. Hoy quiero que lo lleves tú.

Hinqué la rodilla en tierra.

—Voy a ser un buen juglar, os lo juro.

Don Suero me dio unas palmadas en el hombro.

—Ea, vámonos. No se puede hacer esperar al rey.

---

17 * Danzas antiguas: la primera de origen castellano y ejecución cortesana, se bailaba grave y pausada, en pareja, con muchas reverencias; en la segunda, más popular y de raíz galaico-astur, los hombres y mujeres se cogían de las manos en alto, daban vueltas y formaban corros para abrirse y plegarse dando pasos cortos.

13

—Creo que voy demasiado vestido, don Suero.

—No te preocupes, cuando lleguemos al palacio del conde dejarás la capa y la gorra en el zaguán y si el collar te molesta para tocar el laúd, también te lo quitas.

—No, eso no.

Aquel collar se había convertido en la prueba irrefutable de que todo lo que estaba ocurriendo era verdad. Un talismán para mi voluntad de estar a la altura.

Íbamos en un pequeño carromato de maderas nobles, cubierto con un toldo del que sobresalían dos gallardetes, uno con las armas de los Mendoza al lado derecho y otro a la izquierda con las de Quiñones. Además del hombre que guiaba el caballo, nos acompañaban Pelayo y Dagoberto, el criado alsaciano de don Suero, ambos de pie en el pescante de atrás. No tuvimos que recorrer mucho camino, sólo la rúa de Francos, pero la gente nos rodeaba vitoreándonos y tardábamos en avanzar.

En la plaza de Santa María bajamos y Plácido, el postillón, tuvo que llevarse la carretuela porque allí no había sitio donde dejarla. Toda la explanada de entrada al palacio estaba ocupada por carros de diverso tamaño, algunos verdaderamente magníficos, además de caballos, mulas y escuderos que se ocupaban en destensar correajes, traer brazadas de hierba y piedras de sal para las caballerías.

Entramos con los criados y los despedimos en el zaguán dejándoles capas y gorras. Don Suero llevaba un collar parecido al mío, pero más grande y con castillos engarzados a los leones. Avanzamos muy erguidos por los corredores y atravesamos un patio con arcos en el que había muchas personas hablando. Noté cómo miraban, pero hice como que no me daba cuenta. Llegamos a las puertas del gran salón y don Suero susurró algo a un hombre apostado a la entrada con el mentón hacia arriba y una vara de pomo dorado en la mano. Dos golpes en el suelo anunciaron nuestra presencia.

—¡Su señoría el senescal don Suero de Mendoza y Quiñones, conde de Sarriá y Castroponce, señor de Fuensaldaña, notario mayor y embajador del reino! Le acompaña el caballero juglar don Diego de Córdoba.

Una fila que llegaba justo ante el trono del rey se abrió ante nosotros. Avanzamos. Yo caminaba tenso, notaba los comentarios y cuchicheos como si me acariciaran el cuerpo con matas de espino,

pero don Suero tuvo la delicadeza de poner una mano sobre mi hombro para que anduviéramos juntos el último tramo.

El rey, sentado, hablaba con don Pero Ansúrez, quien a su espalda escuchaba y reclinaba la cabeza. Tuve tiempo de echar un vistazo al pequeño trono de al lado y lo que vi me deslumbró. Otra vez la garra en el estómago, el temblor de piernas. Aquellos ojos aguamarina fijándose en mí con su extraña sonrisa. Noté que los dedos de mi señor me apretaban el hombro. Miré entonces hacia delante y casi me doy de bruces con el estrado. Don Suero dijo en voz baja: «Rodilla izquierda.»

Nos postramos ante Alfonso VI y esperamos a que fuera él quien hablara.

—Me complace veros de nuevo, don Suero, saber que estáis bueno y que conserváis a vuestro juglar. ¿Deseáis presentarlo a la Corte?

—Sí, mi señor, si así os place. Y que nos deleite con su arte cuando Vuestra Alteza disponga.

—Tenéis mi venia. Alzaos y uníos a la celebración.

—Gracias, señor.

—Gracias, señor —repetí yo con una voz que apenas reconocí, completamente aturdido por la escena. Trataba de estar concentrado y no hacer ninguna tontería, de modo que pude oír perfectamente a don Suero cuando me dijo: «Y ahora, besar la mano a la infanta, sin rodilla.»

No sé si se escucharon coros angélicos pero a mí me lo pareció. De cerca era aún más bella. Su mano se colocó perfectamente entre la mía, como si hubiese sido creada para ser adorada allí. Le di un beso lento, sostenido, con los ojos cerrados y los flecos de mis cabellos haciendo de telón al portento. Cuando quise retirar la mano, ella la retuvo y me habló.

—Celebro encontraros de nuevo, Diego de Córdoba. Me han dicho que trováis muy bien y que lleváis pluma de faisán como si fueseis el cetrero mayor.

—Es la prenda de una dama a la que defendería con mi vida.

—¿Tanto os importa ella?

—Más que cualquier cosa del mundo.

—Pues andad con cuidado, que un juglar no puede entregar su corazón porque es de todos.

—Seguiré vuestro consejo, Alteza, pero dudo que obedezca mi corazón.

Don Suero carraspeó impaciente.

—Señora, desde la última vez que os vi os encuentro aún mejor.

—Excusadme, don Suero, por no haberos saludado antes que a la

grata sorpresa que viene con vos. Os agradezco vuestras palabras y aún más que traigáis a la Corte del rey mi señor a un juglar que alegre nuestras horas.

Ahí quedó el parlamento y nos retiramos caminando hacia atrás. Al poco rato, llegó la hora del banquete. Cuatro largas mesas formaban un cuadrado en el que se sentaron con el rey y la infanta los grandes dignatarios, los magnates y los embajadores de Borgoña, Florencia y Estiria. Yo me quedé detrás de don Suero, de pie, ayudando a los pajes para que su plato estuviera servido y las copas escanciadas.

Quienes no podíamos sentarnos junto a los grandes, que éramos un batallón, íbamos y veníamos de las cocinas a las mesas y en el camino afanábamos un muslo de pollo o lo que fuera para ir comiendo. Hubo brindis por el rey, el conde, los embajadores presentes y por las nuevas campañas. Un hombre joven gritó «¡Córdoba y Sevilla cristianas!» y a mí me dio un vuelco el corazón aunque me tranquilicé pensando que muchas veces había oído en mi infancia «¡Burgos y León musulmanas!» y tampoco había ocurrido. Alguien hizo callar al que lanzó esa consigna. Aunque la nueva reina no estuviese presente, era sevillana.

Llegaron los postres y casi me vuelvo loco. Siempre me había gustado lo dulce, pero aquello superaba cuanto conocía. Hecho a los pastelillos de almendra y a los hojaldres de mi tierra, probé una delicia hecha de yema, a la que dan el extraño nombre de «tocino de cielo», que se me derritió en la boca. Luego tuve que esconderme tras una columna para saborear a gusto un bizcocho relleno de nata, bañado en licor y espolvoreado de aljófar, esta vez con el infamante nombre de «brazo de sarraceno», no sé si por las marcas de hierro candente que tenía en la corteza. Un mozo me limpió las motas blanquecinas que habían caído al jubón cuando regresé al salón del banquete. La mirada de la infanta disipó mis aprensiones. Las damas se habían levantado y los hombres apuraban de pie pequeñas copas con licor de endrina.

Todo se dispuso para el baile. Los criados se llevaron mesas, silletas y butacones y quitaron las alfombras del suelo. Unos músicos se situaron en un pequeño templete con rabeles, laúdes, dulzainas y panderos, mientras dos más se sentaban al pie frente a espinetas[18] mozárabes. Las parejas se colocaron en el centro del salón, el rey dando la mano a la infanta.

Comenzó la pavana.

Había vivido experiencias y emociones intensas desde que salí de

Córdoba, momentos de ilusión por los mundos que se abrían ante mis ojos y las cosas que la vida habría de ofrecerme sin tener que reñirlas o robarlas. Pero aquella danza fue algo especial, una experiencia que me transformó, creo, y hasta me hizo más considerado. Pude ver con asombro a hombres y mujeres en mutuo homenaje, moviéndose con elegancia al son de una música que arrebataba los sentidos. Los quiebros, el vuelo de las vestiduras, la forma de volver el cuello, todo tenía un compás, una belleza exquisita que me hizo experimentar una clase de armonía que jamás creí que existiera. En esa estancia iluminada se podía respirar una serenidad sin quebrantos del ánimo que te hacía sentir superior, pero no a la manera del amo entre sus servidores sino igual entre muchos, no ufano, sino feliz por comprender que una sencilla danza es capaz de expresar el equilibrio del mundo.

En medio de mis cavilaciones oí la voz de don Suero, que estaba detrás de mí apoyado en una columna.

—¿Te complace la música?

—Más de lo que nunca hubiera creído.

—Alivia la melancolía y sana la pesadumbre del corazón.

—Es como si me diera esperanza en un mundo mejor.

—Por eso quise desde el primer momento que te dedicaras a la música. Lo llevas en la sangre.

Me volví y lo miré a los ojos.

—Nunca podré agradeceros todo lo que hacéis por mí, ni tendré vida para pagaros.

—Sí puedes pagarme.

—¿Cómo?

—Haciendo siempre todo a conciencia, sin desmayar. Tratando de mejorar cuando puedas. Siendo sincero, honesto. No dejes que te humillen, pero tampoco humilles. Busca el entendimiento. Siempre es preferible la concordia, agradar en vez de agredir.

Lo dijo de corrido como si lo llevara aprendido, sujetándome el brazo y sonriendo de tal forma que los demás lo hubieran tomado por chanza o comentario malicioso.

—No os defraudaré, os lo prometo.

—Pues aplícate ya, porque ahí llega tu primera prueba.

Mientras hablábamos, había comenzado una nueva danza. El rey se había retirado y la infanta venía derecha hacia mí.

—¿Sabe un juglar cordobés llevar la mano de una pobre infanta de Castilla?

Su estilo burlón, tan cortesano, no me arredró el ánimo.

—A fe que lo intentaré, señora. Pero os ruego que no os burléis de mí porque si Vuestra Alteza es pobre, yo no debo llegar ni a menesteroso.

Don Suero hizo una inclinación de cabeza, dando su consentimiento a que bailara con doña Urraca, mientras me empujaba suavemente hacia ella. Me puse a su lado, alcé la mano derecha para que posara la suya y me sujeté la cintura con la izquierda. Sabía bien los movimientos y los había ensayado decenas de veces con la hija de la sastra, así que no me daba ningún miedo.

Cuando los músicos comenzaron a tocar la nueva pieza entramos a pasos cortos desde el fondo, avanzando el pie derecho sin dejar de mirarnos. Antes de que pudiera darme cuenta, estábamos en medio de una veintena de parejas que sin atropellarse formaron un círculo alrededor de nosotros. Comenzaron las vueltas y las inclinaciones hacia los lados. En cada quiebro, un hombre o una mujer me daba una palmada en la mano izquierda mientras no dejaba de sonreír y a cada vuelta tornaba a encontrar aquellos ojos.

Yo me sentía como en las nubes.

Los brazos, las piernas, mi cuerpo entero, todo parecía haber estado esperando ese momento. Seguía la cadencia de la música fielmente, con exactitud, incluso adelantándome porque adivinaba lo que iba a venir. Ella danzaba como si no le pesara el cuerpo, en el centro de la atención, regalando a cada segundo su presencia. Yo era su caballero, el galán elegido que le daba la réplica sin amilanarse. Podía leerlo en las miradas de los cortesanos, que aunque me parecieron de admiración entonces bien pudieron ser aviesas y envidiosas, pues más adelante pude comprobar que una corte regia no es el paraíso de armonía que yo entreví aquella tarde sino más bien un batallar continuo de ambición y resentimientos, aunque siempre bajo la apariencia de una perfecta naturalidad.

Nuestra última reverencia provocó aplausos de los que estaban alrededor y entre los propios danzantes. La infanta, con su mano aún en la mía, hizo ademán de saludar a derecha e izquierda mientras yo trataba de sonreír y sentía en la boca el sabor metálico del triunfo.

Unos pajes sirvieron licores y pastelillos de piñón entre los hombres que acercaban sus asientos, al tiempo que otros servidores traían silletas, escabeles y almohadones para las damas que iban distribuyendo frente a un estrado pequeño.

Llegaba mi turno.

A medida que fui tomando conciencia de que la actuación era inevitable, se me hizo un nudo en la garganta ante lo que podía ser tanto peana de gloria como cadalso de mi desgracia. Traté de despejar la mente y pensar con claridad; tenía dos caminos: ponerme en

evidencia con una mala actuación hasta quedar como un estúpido a la vista de ella, o dar con la entonación, controlar los nervios, soltar la tenaza del estómago y desgranar con tiento algún romance del tiempo de los godos. A todos les gustaban esas historias.

Me trajeron un laúd que más que tañer, gemía de gusto. Un maestresala me guio hasta el tablado sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, poniendo una cara el hombre que parecía darle pena mi situación. En menos de lo que canta una calandria ya estaba ahí subido y los cortesanos sentados enfrente con la infanta en medio. A don Suero pude verlo de pie, al fondo, departiendo con el conde Ansúrez, muy sueltos y descuidados ahora que el rey no se hallaba presente.

Cuando acabé de prepararme, se hizo el silencio. Hubo una pausa en las palabras y un contener la respiración entre las damas. Sus miradas eran como brasas que enardecían el ánimo. Quería toser pero no me atreví, así que tragué varias veces y alguien debió notarlo porque escuché unas risitas traidoras.

Canté el romance del rey don Rodrigo, que lo sabía al dedillo y tenía unas partes melancólicas en las que podía lucirme con los tonos más graves, seguidas por el cascabel juguetón del estribillo. Gustó, pero aún más la romanza de amor que recité con el pandero, inventada por mí. Seguí con unos madrigales que me enseñó el maestro de música y concluí con varias coplas cordobesas, en árabe, que levantaron continuos rumores de palmas.

No pecaré de soberbia si os digo que mi interpretación resultó un éxito rotundo. Don Suero y el conde aplaudían a rabiar desde el fondo, las damas hacían gestos de aprobación y, lo que más me impresionó, los jóvenes aullaban de excitación pidiendo más.

Urraca se alzó y tras ella se levantaron sus doce damas. Con cara de satisfacción y un gesto de malicia que seguía confundiéndome, ordenó que me acercase.

—Venid, dulce jilguero. Habéis hecho que la tediosa jaula en la que estoy recluida resplandezca hoy con vuestros trinos. Os felicito. Y ya que no lleváis puestas las prendas que os envió una dama para que defendáis sus colores en los dulces torneos del trovar, os doy esta joya para que la guardéis cerca del corazón.

Tomó mi mano y depositó en ella un broche con un topacio engarzado que me pareció deslumbrante.

—Lo guardaré siempre conmigo como un rayo de la luz que os ilumina.

—Sabéis decir cosas bellas y eso es algo que una mujer aprecia de verdad.

—Es vuestra presencia, Alteza, la que pone la melodía.

—Adiós, Diego, quedad con Dios.

—Que Él os preserve de todo mal, señora. Espero volver a veros sin tardanza.

—Confiad en ello.

Yo no debía de ser muy consciente de que estaba hablando a una joven de diecinueve años, adorable sí, pero muy lejos de mi alcance, tan libre en sus palabras como atada en el vivir por su condición de hija de rey. Y si es verdad que me daba cuenta del abismo entre nosotros, tampoco me importaba dar pábulo a sus requiebros como si tuviera carta blanca, porque así era en efecto. Mi presencia debía ser un elemento exótico en aquella corte en la que nadie podía salirse de su papel. Los juglares estaban cerca de los bufones, cuando no eran directamente como ellos, y éstos tenían el privilegio de la libertad y de soltar la lengua a su antojo sin que nadie les pudiera recriminar. Eso provocaba una curiosa mezcla de desdén y admiración que noté en la envidia soterrada de los cortesanos y su forma de mirarnos cuando don Suero y yo salimos de la estancia entre los saludos y hasta «bravos» de los que allí quedaron.

---

18 Arcaico clavicordio pequeño a modo de arpa horizontal, de una sola cuerda en cada orden, antecedente del piano.

14

Los días y semanas en Valdolid se llenaron de luz. La misma que cada mañana inundaba el topacio que no me cansaba de observar al trasluz y luego ponía sobre mi pecho para que me esponjara los pulmones y diera alegría a mi vida. Todos los días me aplicaba durante horas con el laúd, poniendo música a las coplas que se me ocurrían. También escribía romances larguísimos que aprendía de memoria, en los que siempre había una doncella prisionera en las redes del amor o una princesa triste por su condición de cautiva ante el destino. Los jueves y viernes seguía ensayando bailes con Jimena, la hija de la sastra, bajo la mirada compungida de mi maestro de danza que llevaba el ritmo con una vara puntiaguda y daba continuas palmadas a veces sin ton ni son, interrumpiéndonos cuando estábamos más acaramelados.

Los domingos por la tarde acudía al palacio de la infanta para cantar. Las damas se sentaban en grandes almohadones de plumón diseminados por el suelo alfombrado de la estancia. Ella permanecía erguida en su sitial justo en el centro, iluminada su cara por un lado con el sol de poniente y velada el otro, que yo creo que lo hacía adrede para resaltar su belleza sobrenatural.

Nunca resistía más de tres o cuatro canciones, sobre todo cuando cantaba aquella del doliente doncel que ansía ir al baile de la Corte para tocar la mano de su amada. Enseguida pedía a dos de sus damas que tocasen algo a la vihuela[19] para ponernos a danzar, ella y yo solos, entre la concurrencia de mujeres que batían palmas y nos acompañaban al son de panderos, campaniles y esos crótalos[20] que usan en mi tierra.

Pasaba la semana preparándome para el día en que debía ir a palacio a entretener a la infanta. Ejercitaba mi cuerpo con cabriolas y levantando pesos en el corral de las caballerías. Para endurecer los tendones de los hombros y el cuello, luchaba con Dagoberto a brazo partido tratando de derribarnos. Utilizábamos espadas de madera y escudos livianos pero antes, para adiestrarme en los movimientos, me servía Pelayo que era muy hábil aunque no lo pareciera por lo enclenque de su cuerpecillo.

Antes del yantar de mediodía nos limpiábamos el sudor, en la diaria sesión de higiene exigida por don Suero. Después del baño, Pelayo se ocupaba de lavar y cuidar mis cabellos con pomadas y aceites, lo mismo que la piel del rostro, que friccionaba con agua de camomila y aceite de caléndula para librarla de impurezas y rojeces.

«Un caballero cortesano debe atender con esmero su aspecto», me decía cuando notaba que yo tenía prisa por terminar la sesión, «Y más mi señor don Diego cuyo arte provoca que todas las miradas se fijen en él», añadía compasivo ante mi impaciencia pero sabiendo, el muy tuno, que razón no le faltaba. Luego me limpiaba los dientes con un cepillito de tejón en el que untaba cáscara de huevo en polvo y aceite de lino, para que después de comer sólo tuviera que enjuagarme con agua de raíces. Por fin me rasuraba el rostro con delicadeza y terminaba con unas buenas friegas de árnica por la espalda y las piernas, a modo de recompensa final, que me provocaban oleadas de placer. A veces me entraban ganas de besar a ese hermoso doncel, reservado como un cervato, a quien don Suero trajo a casa cuando sus padres murieron durante una aceifa[21] musulmana. Como solía besarme la mano al terminar su servicio, yo aprovechaba para revolver su pelo con cariño o darle un pellizco flojo en el carrillo que le ponía rojo como un fresón.

En la cetrería hice progresos. Sabía mandar sobre el halcón y que respondiera a mis silbidos. También conservé a *Campeador*. Recuerdo las buenas cabalgadas que di con él todo el invierno abrigado con una capa guarnecida de piel de marta que don Suero me regaló por Navidad.

A primeros de mayo, cuando hacía diez meses que iba los domingos al palacio de la infanta, ocurrió algo inesperado. Bailábamos entonces una danza borgoñona que se había puesto de moda desde los días de la reina Constanza. Terminábamos acalorados por los continuos saltitos en el aire con los pies cruzados, así que cuando completamos tres rondas tuvimos que parar para recuperar el resuello.

La infanta mandó que nos sirvieran limonada fresca en una salita contigua, haciéndome un gesto para que la siguiera. Fui tras ella y cuando íbamos a entrar volví la cabeza y pude ver a muchas de sus damas riendo con discreción, con la boca tapada. Una vez que nos trajeron las bebidas, despidió a la azafata y ordenó que nadie nos molestara. Yo empecé a ponerme nervioso.

—No tiembles, no voy a comerte.

—*Inshallá*

—¿Cómo dices?

—Perdonad, me ha salido... es una expresión árabe que significa «Dios lo quiera».

—Pues es muy bonita... mmm... En fin, pierde cuidado, pues aunque lo quiera tu dios yo no podría hacer tal cosa.

—Estoy bautizado.

—¿Ah, sí? Creí que tendrías la fe de tus mayores.

—Mi madre es cristiana.

—Y tu padre, rey musulmán.

—Sí.

—Ya… al contrario que mi padre y mi madrastra.

No supe bien cómo habíamos llegado a ese punto, pero yo había dejado de estar nervioso para quedarme serio, taciturno. Ella lo notó —debía dar pena, sentado a su lado en la litera, con los ojos bajos y sin saber qué decir—, pues de pronto acarició mi rostro, hablándome con dulzura y una sinceridad que me maravilló.

—Comerte no, pero acariciarte y besarte es lo que más desearía, Diego.

Levanté la vista admirado por su franqueza. Me abrumaba el deseo por aquel cuerpo de diosa pagana pero aún más el intenso amor que me inspiraba su persona. Hacía meses que no yacía con ninguna mujer porque no me interesaban. Ella era mi obsesión.

Ahora había dicho con claridad que me deseaba y yo no quería quedar como un pazguato. Simplemente abrí mi camisa y dejé que cayera al suelo. Entonces fui yo quien le acarició el rostro, hasta que empecé a sentir como si me elevara del suelo una fuerza suave y descomunal al mismo tiempo.

—Diego…

Ella ofrecía su cuello como un camino de perfección para mi boca, un sendero hacia el altar de sus senos que recorrí lentamente con mis labios, luego con la punta de los dedos, desabrochando los lacillos de la esclavina[22] y abriéndole el bridal.[23] Exhalaba su pecho un aroma a madreselva que me recordó mi infancia en el serrallo. Abracé su cuerpo y sellé sus labios con los míos. No podía más. Quería probar la humedad tentadora de esa boca, sorber su ser hasta fundir mi aliento con ella. Libar sus labios emborrachó mi mente y la transportó a un mundo sobrenatural donde los amantes viven la verdadera vida, el amor hecho carne.

—Diego, no podemos pasar de aquí, ¿lo entiendes, verdad?

—Sí, señora.

—Llámame por mi nombre. Quiero oírselo a alguien distinto a mi padre.

—Urraca, princesa mía… Te adoro desde que te vi llegar a la colegiata.

—Y yo desde que subiste al estrado, mi bien. Me duermo por las noches recordando tus canciones, con tus ojos mirándome mientras bailamos.

—Urraca… mi amor, cada día me acuesto y me levanto contigo

como horizonte. Escribo poemas y no dejo de pensar en ti. Hasta cazando te recuerdo y pienso que eres el halcón que viene a posarse en mi mano.

No voy a repetir todo lo que nos dijimos en tan poco rato para no cansaros y porque sé que receláis del trato con mujeres, pero debo contaros lo que ocurrió para someterlo a vuestra consideración y que me juzguéis por ello. Sí os diré, empero, que aquel instante de eternidad me curó de muchos sinsabores pasados, aunque también levantara el dolor de la ausencia. Fue tanta la nostalgia por mi madre cautiva que acabé refugiado en los brazos de Urraca sollozando sin poder remediarlo, mientras ella besaba mis lágrimas y me acunaba con el cuerpo.

No poder dar rienda suelta a mi amor me dejó abatido. No sólo debíamos ocultar nuestra atracción, tampoco había camino despejado ni refugio, ni siquiera más ratos como aquél, pues en adelante la infanta, mi Urraca, fue más recatada y no volvió a llevarme a su aposento, incluso disminuyó la frecuencia de mis visitas.

La villa de Valdolid se quedó pequeña para la enorme desazón que me invadió a partir de entonces. Dejé de ejercitarme por las mañanas, sólo quería salir a galopar con *Campeador* por la ribera del Pisuerga, el rabel a la espalda, hasta que encontraba algún lugar bajo un árbol y me ponía a cantar poemas de amor, posiblemente los peores que se me hayan ocurrido nunca.

Don Suero se sintió alarmado al principio pero luego dejó de darle importancia, siempre que no faltara a mis lecciones. Yo no le conté nada, pero él lo supo, avezado como era en conocer a los hombres.

—El amor es así, muchacho. Te da tanto como te quita. Puede convertirte en un menesteroso o en la más feliz criatura. Para soportar un amor inalcanzable, lo mejor es cultivarlo sin pedir nada a cambio, como una flor que ofrece el esplendor de su belleza sin reclamar ningún premio.

Don Suero me decía estas cosas desde el lecho, pues andaba enfermo aquellos días.

—Y vos, mi señor, ¿tuvisteis algún amor imposible en vuestra juventud?

—Claro que sí. Antes de conocer a mi esposa doña Mencía.

—¿Y de quién se trataba, puedo saberlo?

—Bueno, puedes, si tanto te importa. Pero a condición de que no saques cantares del asunto.

—Lo prometo —dije yo riendo, con la mano alzada—. Confiad en mí.

—Pues bien, aquella mujer era Jimena, la hija del conde de Oviedo y pariente regia, que luego casó con el Cid.

—¿Sí? —dije asombrado—. ¿Y ella os correspondía?

—Más de lo que yo creía. Una vez que justaba con sus colores y me derribaron, ella saltó a la liza para socorrerme, hecha un mar de lágrimas. Pero no hubo ocasión de formalizar nuestros amores porque el rey dispuso su matrimonio con Rodrigo y desde entonces dejamos de mirarnos a los ojos.

Como no salíamos con los halcones, mientras don Suero soportaba de mala gana una larga convalecencia, tuve más tiempo para escribir poemas y mejorar con el rabel, aunque por entonces comencé a preferir el laúd porque era más dulce y conseguía mayores contrastes. La amargura de mi amor fue amainando hasta hacerse soportable, real y llevadera como una enfermedad. La música, además, ayudaba a cauterizar la melancolía, me convertí en un consumado trovador que cantaba a todas horas romanzas, la mayoría compuestas por mí.

Una mañana como cualquier otra, en la que me afanaba por sacar a mi instrumento delicados requiebros, una noticia cayó cual cimitarra sobre mi corazón, «funesta» como cuchillada traidora. Sin más introducciones, un documento llegado de la Chancillería Real, que tuve que leer a don Suero, anunciaba que la infanta doña Urraca iba a casarse en breve con el conde Raimundo de Borgoña.

Me había hecho a la distancia, pero no a que me arrancaran la ilusión de cuajo. Fue como si me hubieran robado mi mejor tesoro. Me quedé sin ganas de nada, incluso olvidé el laúd en un rincón junto a los demás instrumentos. Las resmas de pergamino dormitaban amarillentas sobre la mesa y la tinta se secó en su frasca. Lo único que me aliviaba eran los entrenamientos con Pelayo y las peleas feroces con Dagoberto, esta vez con espada de hierro, subiendo y bajando por los pesebres de las bestias hasta que yo mismo me asustaba de mi ferocidad. Don Suero, sin embargo, rumiaba palabras ininteligibles que parecían de aprobación.

Otra noticia venida de la Corte de León vino esta vez a despejar la asfixia de mis jornadas y prestar bríos a la existencia. Corría el año 1093 de la era cristiana. Los almorávides, con ben-Yehaf al frente, habían tomado Valencia. Tras ejecutar al rey al-Kadir por traidor a la causa islámica, se disponían a resistir porque El Cid, que era protector del monarca asesinado, se dirigía ya con sus mesnadas para asediar la ciudad y rendirla.

No lo dudé un instante y decidí unirme a las mesnadas de don Rodrigo. Tenía que salir de Valdolid. Podía ir con mi fiel criado de

escudero, acompañando a los caballeros del concejo que a buen seguro acudirían a apoyar al Cid, si don Suero me daba su bendición.

—Vete, hijo mío. Lamento no poder acompañarte, pero no es mi lugar combatir junto a don Rodrigo. Nunca nos llevamos bien por causa de don Pero y por lo que tú ya sabes. Y tú, Pelayo, cuida bien de él. Veremos si nuestro juglar tiene espíritu de soldado. Tal vez sea el momento de hacerse un hombre acabado y probar su honor por la valentía.

---

19 Instrumento de cuerda de diverso tamaño, pulsado con arco o plectro, antecedente de la viola.

20 Pequeños platillos redondos de madera o metal sujetos a los dedos para repiquetear, origen de las castañuelas.

21 Correría musulmana sobre tierras cristianas para destruir y sacar botín. Son célebres las de Almanzor, que sumaron cerca de cien y de las que salió siempre vencedor salvo en la última, la de Calatañazor, donde perdió el *atambor* (la alegría), porque estaba enfermo de cáncer, muriendo días después en Medinaceli.

22 Prenda sobre los hombros que podía ser de gasa, tela o terciopelo según fuera el tiempo y la ocasión.

23 Camisa larga hasta los pies, de tela liviana, que se ponía debajo del vestido y que los hombres usaban para dormir, antecedente de la enagua.

15

Apenas fui soldado, tengo que confesaros. Yo iba preparado para la guerra, no para llegar a las puertas de una ciudad y sentarme a esperar. Nada más alcanzar el campamento, nos asignaron una tienda en la parte del septentrión y fuimos advertidos de las normas y toques de cuerno que debíamos obedecer. Entregué la carta credencial y las doblas de oro que llevaba de parte de don Suero a uno de los alféreces mayores, sobrino de don Rodrigo. A él no lo vi hasta mucho después.

La situación era bastante complicada y tardé en comprenderla. El Cid, con un gran ejército reclutado en Castilla, Aragón, Navarra y el Condado de Barcelona, además de los voluntarios como yo que corrían con los gastos de manutención, había puesto sitio a Valencia con la perentoria exigencia de rendición. Entre los cristianos había gran confianza en conquistar la ciudad, pero nadie sabía si el objetivo era devolverla a los musulmanes españoles, entregarla a Castilla o si habría de quedársela el Campeador en su nombre y a título de rey. No estaba claro, sobre todo porque don Rodrigo y el rey Alfonso andaban peleados de nuevo.

Al quinto día entramos en acción. Las alas norte y este del ejército nos movimos hacia la muralla, acercando las torres de asalto, mientras los que defendían la plaza sostenían odres de aceite y antorchas para arrojar el líquido inflamado a los asaltantes.

Íbamos convencidos de nuestra superioridad, pero el asalto no resultó tan fácil como quisieron creer nuestros jefes. Continuas andanadas de flechas hacían muy penoso el avance; tenías que sortear los cuerpos caídos en el suelo y esquivar los que se te venían de arriba desde las torretas móviles. Los defensores de la ciudad arrojaban bolas de pez ardiendo desde pequeñas catapultas hasta que dieron en dos máquinas de las nuestras, que comenzaron a arder. Otra más quedó desmantelada por una bala de piedra que la partió en dos.

Pelayo temblaba y me miraba con ojos horrorizados. Yo tenía ganas de llorar y salir corriendo, maldecía la hora en que me había enrolado en aquella barbarie. Horrorizado, iba de un sitio a otro con mi criado tratando de ayudar, sin disparar el arco ni una sola vez, intentando poner a algún herido fuera del alcance de los dardos.

La jornada se fue en vanos intentos por ambas partes. Cuando el horizonte engulló el sol, los cuernos de la parte cristiana tocaron a retirada y la muchedumbre de nuestro ejército comenzó a moverse hacia poniente. Un mensajero se acercó al borde de la barbacana y pidió una tregua para retirar a los muertos. No tardó en responder un

alfaquí desde lo alto, agitando su mano despacio en señal de consentimiento y quitándose el turbante blanco para sellar así el efímero acuerdo.

Nuestro campamento se convirtió en un hospital de lamentos. Venían los alféreces y comprobaban el estado de los heridos; a los más desesperados se los llevaron aparte. Yo me ofrecí para cuidar, con Pelayo de ayudante, de un grupo de doce que tenía reunidos. Alvar Minaya, el lugarteniente del Cid, me preguntó:

—Tú, muchacho. ¿Quién eres?

—Soy Diego de Córdoba, el chico de don Suero Mendoza de Quiñones.

Se acercó. Me puso una mano en el hombro y me miró a los ojos.

—Te pareces a Alvar.

Tal vez pensó que éramos hermanos o fue una manera de aceptar mi vínculo con aquel linaje, lo cierto es que sus palabras fueron un bálsamo para mí en aquellos momentos y cuando ordenó que me quedara al mando de una unidad de seis arqueros para proteger a los heridos, me sentí útil de verdad. Y también orgulloso.

No se me daba mal curar heridas y componer desgarrones. Sabía de emplastos de hongos que secaban las llagas y cocimientos de hierbas que bajaban la fiebre, me lo había enseñado el viejo Alí. Conocía las propiedades del laurel y la genciana, el efecto milagroso de la corteza de saúco raspada, hacía infusiones de valeriana para disipar las pesadillas y cosía con aguja redonda y tripa de cordero las heridas abiertas que no cerraban por sí solas. Me impresionaba que alguno se dirigiera a mí como «el físico».

El asedio se alargaba sin que se viera un fin cercano hasta que se convirtió en rutina. Los soldados mataban el tiempo jugando a los dados, mientras los jefes trataban de ocultar su nerviosismo por no poder entrar en acción. Un día era igual a otro y la monotonía se apoderaba del campamento estragando el ánimo. A mí, sin embargo, apenas me daban las horas para encargarme de todo lo que se me vino encima. De sol a sol era un ir y venir sin tregua, ordenar a Pelayo que hirviera agua a cada paso, seleccionar hierbas, recoger setas y bayas para hacer tinturas, lavar vendajes, cerrar heridas y consolar a quienes se les escapaba la vida y te cogían del brazo con una fuerza brutal que partía el alma. De continuo llegaban mozos con heridas infectadas; a otros había que llevarlos a la zona de incurables o enterrarlos en un camposanto que improvisamos no muy lejos de allí.

Llegó el otoño y el asedio perdió fuelle. Se trataba de resistir mientras se racionaban los víveres. Había que conseguir que no entrara nada a la ciudad sufriente y esperar a que la población agotara su capacidad de resistencia, pues las murallas eran tan recias que no

parecía posible quebrarlas. Algunos de los heridos iban curando, otros que caminaban por su propio pie nos ayudaban con el resto.

Un día fui convocado a la tienda de don Rodrigo. Era la primera vez que iba a verlo tan cerca.

Imponía su altura y la barba tan luenga que le llegaba a mitad del pecho. Me saludó sujetándome los hombros, llamándome por mi nombre y diciendo elogios de don Suero.

—Te he mandado llamar para reconocer tu esfuerzo en esta causa. Sé que naciste en Córdoba y que eres también una víctima de los invasores del Atlas.

—Soy yo, señor, quien ha de daros las gracias por la merced de contarme entre vuestras filas.

—Me han dicho que te comportas de manera ejemplar con los heridos y sabes curar.

Me miró y no supe qué decir, salvo poner cara de inocente.

—He decidido nombrarte alguacil de físicos. A partir de hoy, darás las órdenes para que se preparen remedios según tus conocimientos y los demás médicos y barberos seguirán tus indicaciones.

Aquello era más de lo que podía creer.

—No soy más que un humilde aprendiz.

—Todos lo somos, Diego.

El hombre que había domeñado a los reyezuelos de Albarracín y Alpuente no se daba importancia. Él, que era señor de Lérida y Tortosa, vicario del emir de Zaragoza y protector de Valencia sin querer ceñir ninguna corona, me puso sonriente la mano sobre el hombro y dijo suavemente:

—Arrodíllate.

Lo hice creyendo que me iba a dar su bendición.

—Por la Gracia de Dios Nuestro Señor y el derecho que me asiste como juez decano de Castilla, yo te nombro caballero con honor y cuartel donde pintes tus armas según dispongas, micer Diego de Córdoba.

16

Desde aquella tarde dejé de usar la túnica corta de los menestrales y tuve que ponerme una hopalanda de caballero, abierta en los flancos, con los faldones ceñidos a las caderas por un cincho que me fabricaron con pretinas de distinto tamaño, para mis instrumentos médicos. A mi caballo *Campeador* (ahora lo llamaba *Trueno*, delante de los otros) lo cubrieron con gualdrapas blancas y encarnadas que llevaban en los costados el pendón de Castilla y León, como las que llevaban en la cohorte del Cid. Improvisé mi escudo con una torre coronada por una estrella, por ser Castilla mi guía, sobre un puente en el que tributaba mi amor y pertenencia a Córdoba.

Finalmente el sitio aflojó, cesaron las escaramuzas por ambos lados, disminuyó el número de heridos y los que quedaban fueron curando solos. Yo volví a la música y las romanzas. De esa manera, el físico se transformó de nuevo en juglar.

Al atardecer, cuando el ramaje empezaba a crepitar en las fogatas y el aire se llenaba con el aroma de los guisos, cogía mi laúd y me llegaba hasta la cuadra de poniente del campamento, donde se servía la cena a los alféreces. Comenzaba a mi aire, cantando jarchas mozárabes para ir entonando la voz. A veces colaba alguna composición mía que quería recordar o que hubiera estado pensando aquel día. Venían los caballeros, los escuderos libres de oficio y se sentaban alrededor con sus caras atentas, los ojos brillándoles cuando empezaba con el *Romance del castellano preso* o *Las cuitas del rey moro*:

¡Oh, jinetes de al-Ándalus!
¡Aguijad vuestras monturas!,
pues si quedáis aquí moriréis.
La ropa se deshilacha primero por los bordes,
pero veo que la de la península
rompe ya por el medio.
Nuestro enemigo no se aparta,
¿cómo vivir con la serpiente en su cesto?

Al comienzo de la primavera, El Cid renovó la tenaza sobre la famélica Valencia. Con mayores ímpetus, frente a un enemigo desfallecido sin apenas moral de victoria, era el momento de presentar combate para asestar el golpe final. A su hijo Diego, don Rodrigo le encargó atacar por el sur, mientras Minaya y Ordoño Remírez lo hacían por el norte. Él, con cerca de dos mil infantes, otros tantos arqueros y seiscientos jinetes, se dirigió como una tromba sobre las

puertas de Poniente, la entrada más importante de la ciudad. Yo estaba entre la tropa rabiosa, de los últimos a caballo, con un nudo en la garganta por el estruendo bélico aunque, debo admitir ante vosotros que conocéis la pasión guerrera, que en aquellos momentos sentí la llamada del combate como les sucede a muchos varones alguna vez en la vida.

Mas yo sentía todo aquello no como disputa feroz sino como fuerza para restaurar la libertad de un burgo que había caído en manos de fanáticos. Para mí, aquella multitud con hambre de conquista no eran mesnadas cristianas combatiendo a mahometanos, yo no hubiera podido soportarlo, sino un ejército amigo dispuesto a liberar a los habitantes de Valencia del yugo de aquellos tiranos venidos de África. ¿Acaso no estaban todos cuantos conocía en Córdoba en contra de esos intransigentes que consideraban a los demás como perros infieles sin derecho a vivir?

Al momento del ataque, sonaron los cuernos de guerra con una estridencia desconocida para mí, todos al unísono y de tal forma que su bramido hacía a los arqueros tensar sus arcos y a los infantes levantar de nuevo el pie. Hasta los caballos se contagiaban de su energía y marchaban más ligeros.

Catorce horas duró la andanada, desde las claras del día hasta bien entrada la noche. Cuando algunos de los nuestros ya estaban dentro y comenzaron a descorrerse los goznes y saltar las jarcias que atrancaban las puertas, apareció el valí de los almorávides en lo alto de la Torre Bermeja con un estandarte blanco.

Las paces fueron generosas. Había que ver a la multitud hambrienta aclamando nuestras tropas al día siguiente por calles y plazas, atropellándose para besar el borde de la capa del Cid y recoger las viandas que la cohorte arrojaba a su paso. Las mujeres cubrían su camino con ramos de naranjo y flores de azahar, mientras los soldados abrazaban a los resistentes y se dejaban besar por los niños.

Comprendí, con enorme alivio, que no habría castigo ni venganza. A los beréberes que habían llegado con ben-Yehaf se les permitió volver a Marruecos. Ruy Díaz de Vivar se convirtió en el amo de Valencia. Creo que esta vez ni siquiera ofreció el reino a don Alfonso, pero tampoco quiso corona ni se tituló otra cosa que Señor, considerándose siempre vasallo de Castilla, pues por mucho que murmuren los celosos de la Fortuna nunca ha sido El Cid traidor ni sombra de desleal.

Lo que sí hizo, y ahí están las crónicas para corroborarlo, fue conceder por cuenta propia a la ciudad y su alfoz un nuevo fuero

respetuoso con las leyes y los derechos de todos, pues él era muy concienzudo en esas cosas y entendía de ellas como descendiente de dinastía de jueces. Restauró la fe cristiana, es verdad, pero también protegió la musulmana y puso de su dinero para que se hiciera más grande la mezquita mayor. Pasado un tiempo acuñó moneda como hacen los reyes, pero más por dar trabajo a los artesanos de la ceca y para que el comercio, al que son muy dados en aquellas tierras, floreciera de nuevo. Volvió así el trasiego de mercaderías en el puerto con barcos que llegaban de Sicilia, Alejandría o Constantinopla cargados de marfil, telas finas, labores de metal y especias. En las atarazanas, los antiguos sitiados cargaban ahora madera del reino de Toledo, aceite de las almazaras de Mayerit, piñones y resina de Valdolid, pimentón de Murcia, miel, cordobanes y mucha vajilla de plata que repujaban en la misma Valencia.

Con todo, lo más llamativo fue la corte que organizó don Ruy en el antiguo palacio del emir, a la que fueron llamados trovadores de todos los reinos de la península. Tanta fama ganó que hasta llegaron de Provenza, Aquitania y las repúblicas itálicas, así que en pocos meses la ciudad se convirtió en la Atenas de los juglares con sus maestros y escuelas. A diario se sucedían competiciones de ingenio, recitales de los mejores en las casas señoriales o en la lonja, donde la gente pagaba más por oír a unos que a otros.

No podría explicaros lo que significó para mí aquel jolgorio: un escenario continuo, aprender nuevos aires tales como la forma de trovar de los rapsodas gascones, tan zalamera y cortesana, o la de los napolitanos que parece que te quieren engañar. La modestia debería impedirme relataros en lo que me convertí a partir de entonces, pero como me habéis pedido que no omita nada y ni por discreción o vergüenza oculte cuanto he ido conociendo y haciendo en la vida, os digo que fui el príncipe de los trovadores en esa reunión de fenómenos y lo fui por expreso deseo del joven Diego Rodríguez, el hijo de mi señor don Ruy, que me tomó querencia y solicitó a su padre mi nombramiento como maestro de juglaría y ser mi ayudante, pues tenía verdadera afición a cantar acompañado del laúd. No es que fuera yo tan versado como para enseñar a nadie, Dios me libre, pero sí tuve autoridad para decidir quién había de cantar en las ceremonias o cuál, entre los más virtuosos, debía ceñir la corona de mirto cada semana.

Todo eso lo hacía por la tarde, pues durante la mañana seguía ejerciendo de físico y estudiando con los mejores sabios que vivían en Valencia. Tenía una casa de dos pisos en la aljama, con una bodega para criar hongos y un huerto repleto de plantas medicinales en el que un magnolio me daba sombra al mediodía, cuando me ponía a leer y escribir.

Diego Rodríguez, mi protector en todo, dispuso que cada jornada

viniera un tropel de asistentes para ayudarme a calentar retortas,[24] macerar semillas, preparar ungüentos y fabricar emulsiones que luego guardábamos en damajuanas[25] cada una con su nombre. Al atardecer solía visitar algún enfermo, mujeres y personas mayores que no podían desplazarse o casos graves, aunque entonces yo no prescribía y dejaba hacer a los médicos del lugar, pues mis conocimientos no llegaban a tanto. Al avanzar la noche, cuando ya había empleado la tarde en palacio con los juglares, estudiaba códices antiguos o despachaba cartas para don Suero, que era una de las cosas que más me gustaba. Pelayo se ocupaba de todo lo demás. Dormía poco, tal era el ansia por apurar aquella vida y solía levantarme con las claras del día. Antes de entregarme a mis tareas me acercaba hasta la orilla de aquel mar que me tenía subyugado desde que lo vi por primera vez. No puedo explicaros con palabras la intensidad del sentimiento que me producía contemplar la salida del sol sobre las aguas tranquilas del Mare Nostrum. Por primera vez en mi vida me sentía en paz con el mundo. El rumor del agua y los graznidos lejanos de las gaviotas eran para mí el murmullo de una nueva edad en la que todo podía ser posible. Cuando el tiempo acompañaba, que era a menudo, entraba en el mar vestido sólo con las calzas y me dejaba mecer un buen rato por el oleaje. Volvía a casa renovado, dispuesto para la brega diaria, con el cuerpo fresco y el espíritu ligero.

¡Quién hubiera reconocido en aquel laborioso juglar metido a físico, que robaba horas al sueño para devorar cuanto libro cayera en sus manos, al despreocupado zagal que hacía no mucho cantaba por los entoldados de la Gran Mezquita a cambio de una moneda!

Así se sucedieron tres años, uno sobre otro. Mil días de felicidad por tener siempre algo que hacer, sin darme casi cuenta de que pasaban, por más que alguna vez echara de menos la despreocupación de antaño. Y debo añadir, mis respetables señores, que también sin ninguna pena porque la vida que llevaba en Valencia bien valía el esfuerzo. Ni siquiera el pensamiento de Urraca empañaba mi ilusión. El primer dolor se fue convirtiendo en un recuerdo dulce, tan acariciador como el brasero aromático que me acompañaba las noches de invierno.

No había tiempo para el desmayo ni razón de caer en desidias. Me levantaba con brío e iba a dormir exhausto, pero tan cumplido como el aposentador de palacio, que el hombre sufría de calenturas de tanto como tenía que hacer hasta conseguir que cada cosa estuviera en su sitio y a tiempo.

Durante ese tiempo apretado tuve tan poco rato para mí que apenas hice amigos más allá de los compañeros, ni cortejé mujeres por

no cercenar mi dedicación. Como las musulmanas no hablaban con la libertad de las cristianas, y eran mayoría, no sufrí asedios de ninguna. Total, que me quedé a dos velas. Aunque hubo una mora, sí, una criadilla que venía de cuando en cuando a visitarme, la hermosa Samsara, siempre diciendo que a por hierbas para su señora hasta que acababa en mi cama.

---

24 Vasija con el cuello largo y encorvado, a propósito para mezclas y operaciones químicas.

25 Recipientes de vidrio o barro cocido con un cuello corto protegido por un revestimiento para líquidos y materiales viscosos.

Tercera Parte

BORGOÑA, LA ESPERANZA

17

Ya me veía yo para los restos en Valencia dedicado al estudio y a curar enfermedades, los dos quehaceres que más me importaban, además de tocar el laúd y componer romanzas. De esta manera me sentía feliz, con el ánimo desembarazado de querencias que lo distrajeran ni preocupaciones que lo disminuyesen o estragaran. Libre pero sujeto a la exigencia, entregado a la elevación moral del caballero que siempre repetía don Suero. Y, debo decir, profundamente satisfecho. A menudo me invadía una repentina alegría cuando atajaba una enfermedad o curaba el dolor con alguna pócima. También cuando notaba que la música y mis canciones conseguían aliviar la tristeza y entretener el espíritu. Continuamente me afanaba por conocer los saberes del mundo, pues cada nuevo descubrimiento atizaba mi pasión de aprender.

Llegué a dominar el arte de la trova, perdonadme la inmodestia. A fuer de empeño ensayaba lo que podía, para no quedar en mal lugar entre aquella pléyade de juglares, tan duchos en tañer instrumentos y modular la voz y que sabían atraer la atención de la concurrencia sin que se les escapara nadie. Todas las semanas se añadían nuevas canciones a nuestro repertorio, incluso aprendí a cantar a coro como siempre había deseado, haciendo que mi voz acompañara a la melodía en otro canon, unas veces grave, otras aguda, ejecutando cadencias a la manera de los monjes.

Tenía predilección por interpretar con los trovadores Oldmundo, Sunifredo y Hugo de Tours, un trío de ases que habían recorrido juntos las cortes de Borgoña, Provenza, Aquitania y Barcelona, ganando sus buenos dineros. En Valencia se propusieron recoger romances mozárabes del tiempo de los Omeyas, cantados por cristianos. Como obtenían una cuantiosa bolsa cada vez que cantaban en palacio y todos quedaban maravillados con su arte, decidieron establecerse en la ciudad y crear una escuela de trovadores, pues ya habían dejado atrás la juventud y con ella el gusto por la vida errante. Preferían enseñar a los nuevos, mostrarles el camino de la perfección vocal con su método infalible. Yo les profesaba auténtica admiración y ellos me tomaron afecto. Me convertí en su discípulo predilecto, un ávido aprendiz cuyo mayor deleite era acompañar esas voces tan educadas, tan increíblemente sabias y hermosas. El tiempo que pasábamos cantando los cuatro era como si no perteneciera a este mundo, un ascenso por las altas esferas angélicas del que retornábamos purificados, como habitar un trozo del paraíso del que

tanto hablan las religiones.

Volvía a encontrar a mis hermanos musulmanes alegres, sin que la sombría amenaza de los almorávides los atenazara. Entonces tuve ocasión de aprender a escribir en esa preciosa lengua que avanza de Oriente a Occidente en el papel y en el mundo, aunque nunca llegué a dominar del todo su bellísima caligrafía.

En cuanto podía, seguía con mi instrucción y las investigaciones para mejorar los remedios. Recuerdo que por entonces andaba obsesionado en hallar la forma de mezclar polvo de hongos con talco de yeso y aceite de palma para fabricar resinas que dieran cuerpo a las emulsiones y fabricar de esta manera pomadas para la piel, así como reducir los cocimientos de hierbas hasta obtener píldoras pequeñas que pudieran tragarse fácilmente con un poco de agua.

Me gustaba esa vida, libre de las preocupaciones del labriego o el padre de familia, entregado a los demás pero también a mí mismo, sin depender de oficios ni servidumbres que agotaban el cuerpo y consumían las horas del día. Tenía al fin conciencia de pertenecer a lo que me rodeaba y hallaba un deleite casi vanidoso, mundano, en ser parte de la trama que se desarrollaba a mi alrededor: un huésped natural con rango de embajador en la Corte del Cid, un maestro de música al que todos respetaban, además de médico esforzado. Me movía con desenvoltura por las estancias palaciegas como si hubiese nacido allí; era un cortesano más, y a fe que avezado, por más que cada noche en mi altillo de la cal de Donaire, cuando alumbraba un cabo de vela junto a la yacija para leer lo último del día, siguiera sintiéndome el mismo, sin cambiar un ápice.

Bien es cierto, ahora lo veo, que ya no gobernaba mi vida tanto como creía pues, ajeno a mis cuitas y deleites, el hado tejía su red de hilos cruzados, empeñado en sacar de mí todo lo que pudiera. Y así, tan irremediable como el ocaso que llega al final del día, aquel encantamiento encontró su punto final. La tregua expiró cuando ya me había hecho a ella. Y no era de extrañar tampoco si, como resulta evidente, vivía de prestado los hechos, lugares y personas que el destino me ponía y quitaba como a un niño sus vestidos nuevos para cada estación.

Mi situación era envidiable, me decían, pero lo cierto es que yo ya no mandaba sobre mí mismo como cuando era un antojadizo en Córdoba. La libertad de entrar y salir a mis anchas, tumbarme al raso o echar una cabezadita cuando me viniera en gana, había dejado de ser prenda de mi exclusivo patrimonio. Desde el momento en que dije sí a don Suero, abrí la puerta a otra forma de gastar la vida, viéndome empujado a un mundo que hasta entonces sólo existía en los sueños. Obligado a cumplir y espoleado sin freno, escalé el precipicio en el

que me sumió mi juventud descarriada, hasta alcanzar la cumbre en la que pude aflojar las mandíbulas y respirar el aire despejado que emborracha los sentidos y hace que la inteligencia se enrede con la felicidad.

Pero no podía evitar que se torciesen las cosas o que surgiesen empresas que me reclamaran, en cuya andadura podría hallar cimas más altas o peligrosos barrancos por los que no es difícil despeñarse. Hasta ese momento, lo más cumplido del ascenso en que había empeñado mi vida tras vencer el miedo y seguir la porfía del progreso, fue que logré algo inesperado, señores míos: estar de verdad en el mundo. Fue en Valencia donde se hizo manifiesto, no sé si como premio a mis desvelos o mayor exigencia hacia el futuro. En aquella ciudad que tanto llegué a amar pude sentir el roce de la historia humana, conocer un presente que se volvería pasado en las crónicas escritas, atisbar cómo se macera el futuro en el caldero de la alta política y penetrar, en fin, por los vaivenes de mi siglo hasta los mismos escenarios donde se representaban los dramas y pasiones que atañen a todos.

Y aunque vivía todo aquello con entusiasmo, pues daba pleno sentido a mi aventura, os digo igualmente que lo acataba con humildad ya que al cabo no era más que eso, un regalo de la Fortuna. Convencido como estaba de mi buena estrella, cuyo merecimiento se me escapaba, era consciente de continuar a merced de la Providencia, con el dedo apuntándome cuando fuera dado, al albur de su voluntad inescrutable.

Y el dedo volvió a señalarme, trastocando aquel mundo mío. Un día vinieron a decírmelo con heraldo, sello condal y palafrenero: doña Urraca me mandaba llamar a su corte de Zamora con el encargo de crear allí un cuarto principesco de trovadores y músicos, sin dejar resquicio a una negativa por mi parte. Se escudaba la requisitoria en su voluntad de seguir la tradición juglaresca de su madre doña Constanza. Tal vez hubiera algo más, quise creer para no declararme en rebeldía.

Desde su matrimonio con el conde Raimundo, a quien como buen borgoñón le complacía el arte de la trova, gastaba aires de reina en el señorío de Galicia que le entregó don Alfonso con motivo de su boda y se rodeaba de las mismas cosas que una soberana. Tampoco era de extrañar, pues así lo hacían los duques de Borgoña o Aquitania que, siendo vasallos del rey de Francia, actuaban en lo suyo como monarcas.

Alfonso VI había creado este principado para Urraca y Raimundo, con el título de condes a la usanza de Carlomagno, tales eran sus modos de emperador en el cenit de su poder. Ya estaba en ciernes de

formar otro, llamado *Portucalense*, con las tierras lusitanas conquistadas al sur de Galicia para entregarlo a su hija bastarda Teresa, una mujer enérgica por quien tenía debilidad de padre, y como regalo de bodas con Enrique de Borgoña, primo de don Raimundo.

Además del principado galaico a su hija, el rey había donado al marido de Urraca las villas leonesas de Salamanca y Zamora junto a las castellanas Segovia y Ávila, con el mandato de poblar sus campos y engrandecer esas ciudades a las que había concedido obispado. Ella, que nunca descuidó sus tareas políticas, eligió la ciudad de Zamora como residencia con el fin de alentar el poblamiento y apuntalar el avance frontero del reino castellano-leonés.

Sean cuales fueran las auténticas razones, la gran verdad era que la serenísima infanta, mi Urraca, me llamaba para completar su Corte. Sin embargo, entre la frialdad del documento, me pareció entender que palpitaba otra verdad: el deseo de verme. No podía olvidar yo, y trataba de creer que ella tampoco, la delicia de aquellos contados ratos en el cuarto de bordar con su cabeza en mi hombro, mientras le acariciaba el pelo y dejaba besos fugaces como golondrinas en el balcón de su frente.

—Confío en volver pronto.

Fue todo lo que acerté a decir cuando me despedí de don Rodrigo y su hijo.

—Que vuestra condición de caballero, ganada con honor y esfuerzo en Valencia, sea reconocida en la Corona de Castilla, micer Diego. Estoy seguro de que sabréis alegrar las horas de nuestra infanta como lo habéis hecho aquí. Esperaremos ansiosos vuestro regreso.

Aquel trato respetuoso del Cid me abrumó. Yo estaba con la rodilla en tierra y la cabeza baja, sin poder articular palabra. Doña Jimena se acercó, sujetó mi rostro con la mano y me miró al fondo de los ojos.

—Seréis nuestro embajador en la corte de doña Urraca. Vos recibiréis nuestras cartas y llevaréis nuestro sello.

—Será un honor, señora.

—¡Diego! —Mi tocayo no pudo contenerse más y se abalanzó sobre mí, levantándome del suelo y apretándome entre sus brazos.

Tuve que dejar la dulce Valencia cuando ya la había adoptado como patria en mi corazón y debía enfrentarme a la idea de vivir cerca de la mujer de mis sueños, soportar verla de lejos, yaciendo con otro hombre.

Empaqueté unos cuantos libros junto a mis cuadernos repletos de fórmulas sanadoras, además de multitud de pliegos con letras de romances y varios instrumentos en perfecto estado. Compré la libertad de Samsara para que se viniera conmigo y cuidara de la ropa. Pelayo llenó dos arcas con ricas telas que me regaló doña Jimena y decenas de camisolas de hilo, justillos de sarga y otras prendas que añadió a mi equipaje como si fuera el novio que parte a unas nupcias lejanas. Pensaba a cada rato en el encuentro con Urraca, mas por mucho que diera en creer que ella era mi dama y yo su caballero andante no había razón, ya que a fuer de ser ella casada y principal, mi papel no era más que el de un juglar a su servicio a quien sus recientes ropajes de caballero tal vez le vinieran demasiado grandes.

Llegué a Zamora con dos mulas cargadas, mis criados Pelayo y Samsara, un palafrenero y el heraldo que me reclamó y ahora anunciaba mi presencia. Parecía realmente un embajador, si es que los embajadores van a la fuerza a los sitios y entre sus enseres cabe una intensa melancolía y la duda de hallar tierra de acogida.

Fui recibido con muestras de contento por parte de mi señora, más frialdad de la esperada en el trato del conde y mucha algarabía entre un puñado de jóvenes trovadores que pretendían ganar el favor de aquella corte reducida. Tuve que olvidar mis redomas y el ir a recoger hierbas, pues durante la jornada debía escuchar las trovas de los encendidos muchachos que llegaban de todas las esquinas del reino y de la lejana Francia. Incluso tomé ventaja de esta afluencia de francos para instruirme en su lengua, pues desde el principio me pareció delicia de poetas.

A mis veinticinco años tenía posición de maestro, según me llamaban allí. Los condes me concedieron una renta que me pareció un disparate y hacía de mí un hombre rico. Por añadidura, me otorgaron en tenencia y libre disposición el señorío de Tordehumos, una villa en la linde de Castilla con León que tenía montes de encina para el carbón, buenos pastos y tierras de labranza junto a una torre del tiempo de los godos rodeada de casas.

Ya no cantaba sino en alguna noche especial o en el cuarto de la condesa, que seguía requiriendo mis trovas a solas. Ella no reclinaba ya su cabeza en mi hombro pero me cogía de la mano cuando terminaba de cantar y me pedía que volviera a recitar la romanza, para escucharla con los ojos cerrados como si quisiera despertar su corazón de un sueño peligroso del que pudiera no regresar.

De esta manera, tan liviana como el vuelo de una tórtola, pasó casi un año. Volví a la cetrería con una pareja de hermosos halcones que me regaló el conde, una vez aplacados sus recelos y tan conquistado por mi arte de trovar que yo creo que poco le importó si cortejaba a su

esposa en la intimidad del palacio, pues ya se sabe que los poetas son seres inofensivos a quienes no hay que hacer mucho caso.

Y así andaba mi persona todo el día, zacaneando entre instrumentos de tañer y resmas para escribir romanzas, afilando plumas de ganso y manchándome los dedos con la tinta que por milagro se convertía en lamentos de amor y gestas guerreras. Tan obsesionado por aquellos ojos «inverosímiles» que se me amontonaban los días sin sentirlo y sólo deseaba volver a contemplarlos.

Pero no se me concedió, tampoco, gozar eternamente con la celada del amor en descuido del mundo. Ni duré como físico en Valencia ni estuve mucho tiempo como maestro de juglares en la corte de Zamora. Esta vez quien reclamó mi presencia fue el propio rey. Don Alfonso andaba en trance de encender otra guerra contra los almorávides y hacía una llamada perentoria a los caballeros del reino para prepararse y acudir con sus mesnadas. Al parecer yo formaba parte de esa leva al servicio de la Corona, pues así me lo dijo el conde sin esperar otra cosa que mi conformidad.

La infanta no pensaba lo mismo.

—Los hombres de armas se aprestan a la batalla, pero vos no tenéis que esforzaros porque no lo sois, maese Diego.

—¿Qué es lo que no soy? ¿Hombre, acaso? —No pude evitar la amargura de mi respuesta.

—Bien sabéis que no es eso, pues que seáis hombre es una prueba que Dios me ha enviado para que sufra por la condición regalada de mi nacimiento.

Aquello significaba una declaración en toda regla, mas yo hice como si no me hubiera enterado pues tampoco era momento de abrir el cofre de mi sentir sino de tomar una decisión que me partía el alma. Debía ser consecuente con mi condición de caballero, más aún siendo adquirida y no heredada. Aunque la hiel subiera a la garganta y me enturbiara el ánimo.

—Bien decís. No soy hombre de armas ni creo que vuelva a pelear nunca más lanza en mano, pero puedo salvar vidas y curar heridos.

—Disculpad, había olvidado que además de médico tenéis el empeño de ser generoso.

—Es deber hacia quien me ha dado mucho.

—¿A quién os referís, al conde Raimundo?

—No —dije yo, dudando—. Al rey, vuestro padre.

—Mi padre no os ha dado nada, Diego.

—Sí —esta vez no dudé—, me ha dado a vos, lo que más quiero.

Ya estaba. Lo había dicho porque tenía que responderle con sus mismas armas.

Los dos bajamos la cabeza y permanecimos callados. Quedamos así, de pie el uno frente al otro, cerca de la ventana. El sol estaba oculto entre unas nubes rojizas y la tarde había refrescado en el palacio, pero el aire que entraba por el ventanal era cálido, con un aroma de retama que venía desde las alamedas del Duero.

Estábamos a mediados de abril y yo había llegado a finales del verano anterior, el tiempo justo para que una mujer que hubiera concebido estuviera en avanzado estado de gestación. Como esa hembra que tenía delante, cuyo embarazo más parecía adorno que deformación del cuerpo.

—Podía haber sido tuyo.

Más no podía decir.

Quizá me estuviera ofreciendo ser su amante si me quedaba.

—Lleváis un infante de Castilla en vuestro vientre, puede que un futuro rey,[26] no un bastardo.

—No son bastardos los hijos del amor, Diego. Mira mi hermanastra Teresa —había dejado aquel «vos» con el que me llamaba de ordinario tras ser nombrado señor de Tordehumos—, es hija del rey y de doña Mayor de Guzmán, pero le han dado en matrimonio un príncipe borgoñón y ha recibido el condado de Portugal. Como yo.

—Los hombres pueden reconocer a sus hijos naturales, pero en las mujeres está mal visto, sobre todo si son de posición.

—¿Crees acaso que somos inferiores a vosotros?

—¡Dios me libre! Si algo habría de creer, bien pudiera ser lo contrario. Siempre he pensado que todas las criaturas somos iguales y que la condición de hombre, mujer, viejo, joven, amo o siervo no añade ni resta dignidad alguna a cada persona. —Bajé la cabeza—. Por eso me subleva tanto la situación de mi madre.

Volvimos a mirar por la ventana, callados. El sol besaba ya el horizonte.

—Estoy decidido, Urraca. No puedo dejar de ir, tengo que ayudar.

—Lo comprendo.

Posó las manos sobre su vientre y por primera vez noté en sus ojos una humedad que la hacía enteramente humana. El efecto de su belleza sobre mí era agudo cual silbo para el halcón, tan certero como sus garras. Las palabras venían a mi cabeza engarzadas como cuentas de un precioso collar, engastadas con el oro del amor desinteresado.

Desabroché un cordón de mi almilla y saqué el topacio que llevaba allí, alojado en el hueco del esternón.

—Siempre te llevo conmigo, cerca de donde palpita el alma.

Ella se arrancó la toca que le ajustaba el rostro y me ofreció su velo.

—Toma. Quiero que seas mi caballero y lleves mis colores.

Vi caer su cabello rubio sobre los hombros y cómo se abría su cara, igual que una tarde de verano tras la tormenta. Alargué la mano con naturalidad, hecho como estaba ya a los dones que la vida me relegaba sin pedirme más que una mente limpia y el corazón entregado. Tomé aquella gasa inmaterial de color malva y la besé antes de introducirla en mi pecho junto al topacio. Tiempo habría de ponérmela en el brazo, sin que nadie supiera a quién pertenecía. Sería la prenda de nuestro amor callado. Un sortilegio ante cualquier desventura.

Sin pedir su venia, la tomé entre mis brazos y ella se dejó hacer. Por unos instantes contemplé su rostro de cerca y os juro que entonces tuve cumplida satisfacción de la vida y allí mismo hubiera podido irme de este mundo con la sonrisa en los labios. Pero como no quiero alargarme en las delicias del amor que vosotros tenéis vedadas por disciplina y voto, sólo os diré que la besé, sí, que sus caricias se sucedieron a las mías y que aquello, mis freires, era casto y a fe que incluso santo, pues no hay mayor beatitud que el querer verdadero aunque tengamos que renunciar a su encantamiento.

Y así abrazados, sabedores del amor que nos teníamos y aliviados por haber sido capaces de expresarlo, quedamos largo rato en el asiento de piedra junto a la ventana, sobre almohadones de pluma, donde a ella le gustaba hacer sus labores.

—No te expongas, vida mía, no vale la pena. Los hombres van a la guerra porque no saben hacer otra cosa, pero tú tienes mucho de que ocuparte. Sigue con tus estudios, cura a los heridos, consuela a los moribundos, pues eso estoy segura de que sabrás hacerlo, pero no tomes las armas ni ofrezcas tu pecho para que lo atraviesen. Sería muy triste, tan inútil como cortar un almendro en flor para hacer leña.

Se había puesto seria y trataba de razonar como la gran señora que era, dueña de vidas y haciendas, consciente del mundo en que vivía pero sin resignarse a ser víctima de enredos ni políticas, ni que lo fuera tampoco quien de verdad amaba.

—Lo prometo, princesa mía. Por el amor que te tengo y porque detesto la guerra tanto como tú.

—Y no olvides la música.

—Nunca...

Nos volvimos a quedar en silencio. No había arrobo ni reproche entre nosotros. Como tampoco quería que hubiera tristeza, me puse a hablar al descuido, de lo que tenía ocupada mi mente aquellos días.

—¿Sabes? —le dije muy serio aparentando naturalidad—. En mis

estudios de filosofía acabo de descubrir algo increíble: un sabio griego asegura que la esencia del cosmos es la música.

—No me parece descabellado. ¿De quién se trata?

—Del gran Pitágoras, que era tan versado en la ciencia del cuerpo como en la filosofía del espíritu. Para él, la música es la expresión más genuina de la existencia, o al menos la más elevada.

—¿Y cómo es eso?

—La materia, dice, está compuesta de pequeñas partículas esféricas como si fueran notas musicales que se alinean en cuerdas o en una suerte de cadenas que se entrelazan unas con otras. Cuando las partículas vibran y se mezclan, viven, y su existencia es el sonido que producen. La música está ahí aunque no la oigamos. Él lo aplicó a los siete planetas y lo llamó música de las esferas porque su aliento es lo que da armonía al mundo visible.

—Si fuera así, todos seríamos redondos y felices...

—No te rías de mí. La cuestión es que las esferas conviven unas con otras, se unen y se separan formando superficies según su vibración y bajo la ley de la necesidad armónica. Fíjate, jugando con los números y sus equivalencias en la geometría, Pitágoras descubrió el triángulo isósceles, el que tiene la base más estrecha y los lados más altos, porque hasta entonces tanto los egipcios como los sumerios sólo habían usado el equilátero, que es el triángulo perfecto donde se encierra la conciencia divina.

—Como las pirámides que los viajeros han visto en el valle del Nilo.

—Exacto. Nadie debía haber pensado hasta entonces en elevar más los lados y estrechar la base.

—Tal y como hace ahora en los tejadillos de algunas iglesias el nuevo estilo de arquitectura.

—Como la de Santa María en Valdolid, sí, pero espera, no me distraigas.

Urraca rio ante la vehemencia de mis palabras. Con una mano se tapó la boca haciendo burla y con la otra me cogió del brazo, apretándolo. Aunque sólo pestañeé y reí con ella, os digo que de esta manera, risueños los dos, sentí su amistad más allá del amor y el deseo, os lo juro. Y eso me complacía en verdad porque creo que las mujeres son iguales a los hombres y además me agrada que sea así. Pienso que con ellas se puede hablar de todo porque son despiertas y comprensivas, aunque los hombres no lo admitan en público pero lo busquen cuando están en su intimidad.

—Bien, trataré de encontrar el hilo de lo que os estaba contando, quiero decir, que te estaba contando. Perdóname, Urraca, estoy un poco nervioso.

—Pues el hilo era, si no me equivoco, el triángulo isósceles.

—Tu memoria hace honor a tu belleza.

—Cuidado, juglar, estábamos con el enredo de los triángulos no del amor cortés, no vayas a perderte en ese jardín.

—Me temo que ya lo estoy. Bien, decía que... mmm...

—Pitágoras descubrió una figura geométrica de tres lados con la base más estrecha —dijo ella muy lentamente, mirándome a los ojos.

—Sí, eso es. El *tetraktys*. Lo llamó así porque está formado por una base de cuatro círculos, más otra franja encima de tres, otra de dos y en la cúspide, una sola esfera. Trazando una línea entre los vértices dio con esa forma que era otra expresión, más dinámica decía, de la vida superior, como los arcos de este estilo nuevo que en vez de terminar redondeados, en bóveda, suben hacia el cielo formando ojivas.

—Yo he visto una.

—¿Ah, sí?

—Una forma así, aunque natural. Fue hace años, en un monasterio de Asturias, entre las montañas. La entrada es una enorme ojiva. Una de mis damas, la Fernández de Castro, que tiene allí estirpe y es tan leída, me dijo por lo bajo que había sido un templo druida, de los celtas, dedicado a la diosa madre.

—¿Ah, sí?

—Una cueva grande con ara de sacrificios excavada en la roca y que ahora es altar.

Yo iba a decir de nuevo «¿ah, sí?», pero ella me cortó muy seria.

—¡Ah, sí! En realidad, esa forma que dices es la del útero original, el ara donde se origina la vida. En la base está la vida material, es decir, el conjunto de esferas del que me hablas, y hacia arriba su música, es decir, el deseo de vivir. Los druidas sabían muy bien lo que hacían.

Me quedé alelado y debí poner tal cara de desconcierto ante una revelación tan evidente que a mí ni siquiera se me había pasado por la imaginación, que ella tuvo que continuar, creo que para animarme.

—Yo también he hecho mis estudios, señor don Diego.

—A fe que sí. Y ya que eres tan versada, ¿podrías decirme qué hizo nuestro sabio Pitágoras con el dichoso triángulo?

—Pues no sé, templos no haría. Según tengo entendido los pitagóricos no levantaban santuarios sino que todos sus ritos se hacían al aire libre con el cielo como bóveda. Dímelo tú.

Había apoyado el mentón sobre su mano y con la otra me acariciaba el pelo.

—Después de tus filosofías no sé qué te va a parecer, pero en fin, allá va: el triángulo que dibujó lo fabricó en madera de cerezo, un árbol cuya flor canta al cielo la maravilla del mundo y cuyo fruto está hecho para deleitar; luego atravesó unas cuerdas hechas de tripa de cordero viejo sin sacrificar y de esta manera inventó la primera lira.

—¡Loado sea Dios!

—Sí, así logró una música más compleja que se amoldaba perfectamente a la que hacían algunos pastores con sus flautas. Él fue quien descubrió la octava musical, dividiendo cada cuerda en dos según proporciones determinadas, menos la de la cúspide. Lo que obtuvo fue un período perfecto, un sistema en el que se desenvuelve la música con precisión matemática. Parece increíble, pero todo el universo está basado en relaciones numéricas y proporciones de geometría.

—Por eso existe la belleza, que no es sino armonía de la proporción, ¿verdad?, algo así como un éxtasis existencial de la materia.

Volví a mirarla estupefacto. Estaba claro que yo debía estudiar más.

Entonces entendí por qué los juglares de la Provenza decían que había que cantar a la inteligencia de la dama, a su sensibilidad, y no sólo al deseo erótico como sostenían los napolitanos. Con Urraca podía expresar libremente mis pensamientos, hacerle partícipe de lo que realmente me importaba como esos descubrimientos filosóficos que me tenían maravillado, mientras ella escuchaba con embeleso sin asentir sumisa, como se suponía que debía hacer una dama, sino que participaba con sus propios conocimientos y excitaba el diálogo. Una conversación así, con la amada, valía por todas las caricias de una noche de amor. En ese momento comprendí que el placer del entendimiento es superior a todos y que el diálogo en pie de igualdad, trenzado con armonía, era como la danza que descubrí en Valdolid, un apareamiento espiritual cuyos frutos exceden los del amor físico.

Contentos porque a nuestro amor se añadía el placer de comprendernos y compartir las cosas del espíritu, estuvimos otro rato sin hablar, con la mente prendida en la melancolía exacta, mientras los vencejos iban y volvían raudos entre el foso y los torreones, saludando a cada paso nuestra presencia.

Tenía que irme.

Llevábamos solos demasiado tiempo y los cuchicheos de las damas y los guardianes podían traspasar las estancias de Urraca hasta llegar a las de don Raimundo.

Besé la palma de sus manos. Ella atrajo mi cabeza a su regazo y me mantuvo allí. Recuerdo en su calor palpitante una sensación familiar, presentida. Antes de levantarme para besar su mano, me sujetó el brazo, miró a la manera de un caballero cuando reta a otro y dijo sus últimas palabras.

—Y no lo olvides nunca, juglar. Por encima de la música de las esferas está el habla, que no sólo transporta el concierto del espíritu sino la voluntad del alma.

—Una facultad superior que nos hace libres y acerca nuestra naturaleza a los mismos dioses —repliqué yo como si la frase quisiera continuar su pensamiento o fuera su colofón.

Ésas fueron nuestras últimas palabras, paganas pensaréis, pero creedme si os digo que hablábamos de lo sobrenatural sin necesidad de encomendarnos a Dios ni hacer uso vano de su nombre. Los dos pensábamos que el lenguaje sin traba de ceremonia ni dogmas era lo que nos hacía fuertes como humanos.

---

26 Doña Urraca, en efecto, está embarazada de Alfonso VII.

18

Don Suero me llamó a Salamanca, para que desde allí nos uniéramos a las mesnadas del rey camino de Toledo. Venía conmigo una compañía de trescientas lanzas que puso bajo mi cuidado el conde Raimundo. La marcha desde Zamora fue agradable aunque tensa, pues además de los soldados debía dar órdenes a otros quinientos hombres entre escuderos y criados de a pie que se ocupaban de la impedimenta. Llegamos a la ciudad al atardecer y fue un regalo para nuestros ojos, hechos a la inmensidad del paisaje, ver los muros de piedra rubia iluminados por el sol poniente.

Tras cinco años de separación, al fin pude ver a don Suero en unas dependencias auxiliares del palacio que había mandado construir don Raimundo. Cuando nos encontramos quise besarle la mano, rodilla en tierra, pero él me sujetó por los hombros con sus brazos de hierro palmeándome la espalda, mientras yo trataba de contener la emoción que me producía tenerlo cerca.

—Estás hecho un hombre, muchacho.

—Me alegro tanto de veros, mi señor…

—¿A qué tanta ceremonia? Ven otra vez a mis brazos, que ya tenía ganas de darte un buen coscorrón.

Nos soltábamos y nos volvíamos a abrazar. Tocaba yo sus manos sarmentosas y las notaba ásperas, como sin vida. Había envejecido mucho en ese tiempo mi señor don Suero. Y yo lamentaba ahora no haber estado con él.

Sin mediar más fuimos a la sala de banquetes donde ya estaban reunidos los capitanes y alféreces que habían llegado a la ciudad. Incliné mi cabeza ante los altivos mayorazgos, ofrecí mi antebrazo a los que se acercaban a saludar a don Suero y me dejé abrazar por los más campechanos, que fueron muchos. Durante la larga comida, todos brindamos por el éxito seguro de las armas del rey. Mientras levantaba mi copa con los demás, no dejaba de pensar «que no dure mucho».

Contaban que Yusuf, el nuevo caudillo almorávide, estaba muy irritado por la pérdida de Valencia a manos del Cid. Desde el segundo desembarco sus tropas habían crecido, pues a los miles de jinetes que trajo de las montañas del Rif se habían unido otros venidos de la antigua taifa de Badajoz y los temibles arqueros del reino de Granada. Su ejército triplicaba el castellano y era evidente que esta vez no venía a ayudar a los reyezuelos musulmanes, sino que su verdadero deseo era recuperar todo el al-Ándalus del califato o quién sabe si la

Península entera.

A pesar de la inferioridad numérica, en aquella sala reinaba la confianza en la victoria, convencidos como estaban de pegar más fuerte. Supongo que siempre es así en todas las guerras. Los grandes señores leoneses añadían con insolencia a sus ansias de ganar, la codicia por las parias perdidas; los fanfarrones capitanes castellanos hacían bromas obscenas sobre la cobardía de los beréberes y sus pequeñas gumías, sin querer recordar el quebranto que sufrieron en Sagrajas. Don Suero sonreía, asentía aquí y allá, preguntaba por hijos y parientes, pero no decía nada de la guerra. Él sí tenía presente aquella derrota, la ausencia de Alvar se lo recordaba todos los días.

Los más fervientes atizadores del fuego bélico eran, sin embargo, los francos. Atraídos por la bula del papa Alejandro II, que concedía la remisión de sus pecados a cuantos combatieran a los musulmanes en la península Ibérica, se hicieron más numerosos desde que doña Constanza impuso a un abad borgoñón venido de Cluny para la mitra toledana. Con la llegada del conde Raimundo y su primo Enrique, empeñados en ayudar a Castilla en la Reconquista, el número de borgoñones aumentó de manera espectacular y con ellos los cluniacenses, esos monjes benedictinos que se habían convertido en la vanguardia de Roma gracias al gobierno de hierro de Hugo de Borgoña, elegido papa Calixto III, hermano de mi señor don Raimundo y él mismo monje cluniacense. De Borgoña, decían, llegaba la esperanza de Spania.

Imbuidos de su poder y sus dogmas, estos monjes de San Benito no se recatan en nada. En los reinos hispánicos han reformado la liturgia mozárabe para adaptarla a los usos romanos, porque dicen que está impregnada de paganismo. Siempre van con el ceño fruncido y las cejas levantadas pensando que todos los hispanos somos mezcla impura de moros y judíos, gente de poco fiar. Son altaneros. En Castilla sólo encuentran apoyo entre los grandes linajes y los reyes, pues la gente del común los mira con desconfianza. Comprenderéis bien lo que os digo, vosotros que conocéis la doblez de los monjes de Cluny ya que, según tengo entendido, aborrecéis la impostura de su pretendida pobreza. Yo también he sido testigo de su afán por acumular rentas y propiedades y he visto cómo la facilidad en conseguir legados de los magnates les ha hecho avariciosos. Sé que bajo sus hábitos blancos esconden cuerpos dados a la molicie, pues cuidan más la mesa del abad que las almas de sus feligreses. Andan muy crecidos aún con su influencia en los reinos de Castilla y no se arredran ante el crecimiento del Císter, pues quieren hacer del norte peninsular otra rica provincia de su dominio abacial. Príncipes y condes reciben a sus abades, les escuchan y atienden sus peticiones, pues muchos están emparentados entre sí. Desde su casamiento con

doña Constanza, el rey Alfonso les ha otorgado gran número de donaciones en tierra y dineros para levantar monasterios, con el ánimo de reforzar la ruta jacobea que cada año atrae a más gentes de Europa, por lo que ellos absorben las rentas que produce el maná del peregrinaje. Y a fe que lo han logrado en sólo tres generaciones regias, pues gozaron de la protección de Sancho el Fuerte de Navarra más la querencia de su hijo Fernando I de Castilla, cuya esposa, la reina doña Sancha de León, dicen que fue quien impulsó la alianza familiar con la dinastía ducal de Borgoña. El casamiento de Alfonso VI con doña Constanza y los de sus hijas con los condes borgoñones, han sido las ruedas de su carro vencedor.

Pero en fin, unos a sus rezos, otros al combate y yo a lo mío, que no era lucha ni holganza piadosa sino curar heridos y entretener las horas de campamento con una cohorte de juglares que fui reuniendo y que según mandato del conde Ansúrez debían ser también diestros con las armas para saber defenderse y actuar cuando hubiera batalla. Desde el principio dejé claro que las fuerzas que había llevado eran del conde Raimundo y que me limitaría a mis labores de físico y a dirigir a los juglares. Incluso traté de explicar que los músicos pertenecían a la retaguardia y no necesitaban defenderse como tampoco atacar. Lo dije sin vacilaciones en el consejo de alféreces que presidía el conde Ansúrez, adonde fui llamado para comunicarme la orden.

Estaba allí de pie, frente a los ceñudos rostros de aquellos godos guerreros, yo, un mestizo curandero y trovador. Mi respuesta les debió parecer una insolencia porque sentí clavadas miradas de desprecio.

—No sólo los juglares, sino también los mozos que os asistan en vuestro desempeño de físico.

El conde Remírez, que se encontraba de pie junto a don Pero sujetando un pergamino, dijo esto con acritud, dando por terminado el asunto, pero entonces don Pero rodeó la mesa y vino hacia mí. Según hablaba, me cogió por el hombro y fue sacándome de la sala.

—Tienes que comprenderlo, hijo. Lo que no quieren los alféreces reales son saltimbanquis y holgazanes que puedan interferir si el enemigo nos sorprende vivaqueando. Por eso tampoco van mujeres ni niños a esta campaña.

—¿Pero cómo podré instruir a los juglares y hacer acopio de medicinas si mis ayudantes han de ejercitarse con los soldados?

—No te preocupes. Simplemente tienen que saber parar una espada y sostener el escudo. Nada más. Yo diré en el consejo que se han cumplido las órdenes —sonrió, queriendo tranquilizarme—. Harás lo que tienes que hacer según tu criterio, que me consta que es acertado y leal. Te nombro Alférez Mayor de juglaría y Maestro de

físicos. Todos los que estén a tu cargo te obedecerán y sólo tendrás que justificarte ante mí o ante el rey.

Sonreí yo también con los labios fruncidos. Siempre conseguía este conde poderoso hacerme sentir digno y valioso.

—Os lo agradezco de corazón, señor.

Quise arrodillarme para besarle la mano, pero lo impidió, tomándome por el hombro de nuevo y sonriendo. Tal vez como ayo de la infanta Urraca sabía algo más y me estaba protegiendo por órdenes suyas más que por querencia hacia mí, pensé de pronto como si un grajo agorero hubiera cruzado ante mis ojos. Ahora dudo mucho que lo supiera, pues de ser así no me hubiera protegido en absoluto, mas cuando se es aprendiz en las lides del amor y en las más enredadas de la alta política, nadie está libre, y no es que quiera disculparme a la ligera, de torpes vanidades que la desazón provoca.

Las siguientes palabras del conde disiparon mis temores y me reforzaron el ánimo. Había llegado allí con el alma en vilo, pequeño aunque firme, y salía engrandecido por el trato igual de aquel gran hombre.

—No tienes que agradecerme nada sino yo a ti, Diego de Córdoba. La felicidad que has traído a mi gran amigo Suero es tanta y tan noble, que yo también te considero hijo mío. Y ahora vete, muchacho, dile a tu señor que le esperamos en el Consejo. No sé cómo aún no está aquí, con lo mirado que es con la hora exacta.

Fui a verlo y lo encontré en el lecho respirando con dificultad. Me alarmé y le toqué la frente. Tenía fiebre.

—No es nada, sólo una calentura. Debí coger frío ayer en la parada de los vasallos que vinieron de Saldaña. Dile a Pelayo que avise a don Pero en el Consejo. Me temo que no voy a poder ir y debe ser ya la hora.

—Descuidad, mi señor, no os esforcéis en hablar mucho. Y ahora descansad, voy a preparar un cocimiento de hierbas para aliviaros la fiebre.

—Lo tomaré porque tú lo mandas y hay que hacer caso a los médicos, pero ya verás como mañana se me pasa.

—Claro que sí.

No me gustaba su aspecto ni su respiración. No es que fuera demasiado viejo, aunque ya había pasado los setenta, pero el mal que le estragaba el cuerpo debía ser grave para domeñar su enorme fuerza. Tenía que conseguir que me dejara palpar y reconocerle el pecho.

Me dirigí a mi cuarto agobiado por todo lo que tenía que hacer. Debía preparar un remedio para don Suero, escribir a don Rodrigo y doña Jimena para darles cuenta de lo que estaba sucediendo, revisar

el equipo de alambiques que me había llegado de Zaragoza aquella mañana y examinar a tres aspirantes a juglar que esperaban mi aprobación.

Cuando llegué a la habitación, me senté en el lecho con la cabeza entre las manos. En vez de ponerme a trajinar de inmediato como solía, cogí el laúd del escaño y comencé a cantar. Por encima de las premuras, más allá de la angustia de la guerra o el fardo de responsabilidad que me iba cayendo sobre los hombros, reinaba una imagen adorada, la presencia sobrenatural de mi infanta. Y un sentimiento que, sin yo quererlo, me dejaba incapaz, paralizado de estupor.

Qué no daría yo
por besar la punta de tus dedos,
ver otra vez ese antojo
que tienes junto al corazón.

Llamaron a la puerta y antes de que pudiera enderezarme se abrió con fuerza. En el vano, forzando una postura juglaresca y haciendo una reverencia con la gorra en la mano, estaba el hijo del Cid.

—¡Diego!

—¡A mis brazos, maestro!

—Qué alegría, no sabía que vendrías.

—Mi padre lo decidió la semana pasada. Por cierto, se quejaba de que no había recibido embajada tuya.

—Lo lamento, iba a escribirle hoy.

—No te preocupes, él nunca da nada por bien hecho.

—¿Y cómo es que ha decidido finalmente ayudar al rey?

—Bueno, ya sabes que a ellos les gusta enfadarse y reconciliarse, siempre a la greña. Para mi padre, don Alfonso nunca dejará de ser el hermano pequeño de don Sancho, el príncipe con quien él creció y de quien era alférez mayor hasta que lo asesinaron. Para el rey, don Rodrigo significa demasiada independencia y tal vez excesivo carisma, pero no puede olvidar que es hijo de un gran juez de Castilla del tiempo de su padre. Todo esto te lo digo a ti porque eres mi mejor amigo, pero no se me ocurriría confiárselo a nadie.

—Pierde cuidado, seré una tumba... y gracias.

—Gracias, ¿por qué?

—Por distinguirme tan alto con tu amistad.

—¿Distinguirte? ¡Como si lo necesitaras! Y, por cierto, si quieres pagar mi devoción vas a tener ocasión de hacerlo.

—¿Y eso?

—Pues porque mi padre me ha dado permiso para figurar en tu

tropa de trovadores, cuando me dejen libre mis ocupaciones militares.

—¡¡Noo!!

—Sí, señor. Ya puedes prepararte.

Sin más, Diego me arrebató el laúd y se puso a cantar.

Madrugaba el conde Olinos
mañanitas de San Juan
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar.
Mientras bebe su caballo,
se le oye este cantar,
las aves que iban volando
se pararon a escuchar…

Los días en Salamanca fueron otra cosa con Diego Rodríguez al lado. Era tan alegre que con él la melancolía resultaba imposible y como además tenía talento para la música, daba gusto oírle cantar. Fui delegando en su buen criterio los asuntos de los juglares, que estaban felices de tener como jefe al hijo del mismísimo Campeador. Por mi parte, daba gracias a los ángeles, o quien quiera que hubiera tenido la misericordia de concederme el don de su amistad: era rápido de inteligencia, hermoso de cuerpo, comprensivo, amable de trato y ocurrente a todas horas, ¿qué más se puede pedir en un amigo?

Me afanaba en elaborar toda clase de remedios mientras a lo lejos escuchaba ejercitarse a los mozos que pretendían dedicarse al arte de trovar y oía a Diego decir cosas como «No, no, otra vez, rapaz, como si le cantaras a la Virgen». El conde Raimundo había dado orden de que se me entregaran al menos doscientos celemines de plantas medicinales que se cultivaban en los huertos y las casas de labranza de la comarca. A diario me llegaban azafates con haces de salvia, tomillo o mejorana, espuertas de valeriana, pasiflora, verbena y clavo, cestillos cerrados con cálices lechosos de amapola que había que destilar, corteza de sauce para macerar y romero verde que mezclábamos con alcohol de vino para los dolores de la espalda.

Con un equipo de cinco ayudantes silenciosos, dos de ellos monjes benedictinos llegados de Francia que no eran suntuosos sino más bien lo contrario, humildes, silenciosos y trabajadores, salía al campo a recoger hongos, aunque últimamente me interesaban más las cortezas y los líquenes.

Aquellos dos frailes, que seguían la regla reformada de San Benito que había fundado hacía poco un joven también borgoñón llamado

Bernardo, conocían muy bien las plantas medicinales, aunque siempre encontraban algo nuevo que les provocaba gestos de incredulidad y hasta gruñidos de asombro ante el espécimen desconocido. Cuando yo me acercaba a ver qué era, hacían señales con las manos y la cabeza como indicando que allá, en su tierra, no había aquello. Pero nunca hablaban. Tenían voto de silencio.

El más joven era rubio como un querube pero con la fortaleza de un combatiente. Y muy serio. El otro era mayor, risueño, con cara de pillo. Como no sabíamos sus nombres les llamábamos «el uno» y «el dos», pero un día que estábamos en la botica trasegando líquidos yo quise llamar la atención de Dos porque se le iba a derramar, sin que se diera cuenta, la cocción de cáñamo que estábamos preparando. Tras evitar el percance fue a mi mesa, tomó un carboncillo y escribió sobre un tablero «Ethelbert», señalándose. Luego escribió «Gottfried» y apuntó con el mentón al rubio. A partir de aquel día intercambiábamos información por escrito, sobre todo para los procedimientos de elaboración y las reducciones, aunque el rudo angelote no participaba y miraba a su compañero con una mezcla de desdén y condenación porque aquello, estaba claro, le parecía conversación, un gran pecado.

A don Suero le traté con cataplasmas y apliqué sanguijuelas en sus brazos y abdomen para que le sacaran sangre y pudiera renovarla. Aprovechando que descubría la espalda, le pedí que me dejara explorarle.

—Palpa, hijo mío, aunque poco en su sitio vas a encontrar.

Por debajo de la axila izquierda tenía un bulto. Bastante grande. Lo toqué varias veces, busqué su forma, trataba de ver si se movía.

—Yo creo que es un trozo de corazón, que se ha petrificado.

—¿Por qué no me lo dijo vuestra merced?

—¿Y qué había de decir? Cuando la podredumbre anida, la suerte está echada.

—La vida nunca está sentenciada del todo. Se puede luchar también contra los enemigos de la salud. Hay remedios.

—¿Cuáles?

—Podría extirparlo.

—¿Sajarlo tú? ¿De verdad lo harías?

—Creo que sí.

—Mucho has aprendido en estos años, Diego.

—Nunca he dejado de hacerlo, mi señor.

Mandé llamar a un médico judío que tenía fama en Salamanca y le

consulté el caso. Se mostró favorable a extirpar el absceso y se ofreció a estar presente para ayudarme o por si se complicaban las cosas. Lo agradecí aliviado.

—Si veis que no estoy seguro, tiemblo o cometo un error, arrebatadme el escalpelo sin dudarlo. Tenéis mi permiso.

—Así lo haré si vuestra señoría lo manda, pero confío en que no tenga que actuar salvo tal vez para indicaros el camino del filo. Yo lo he hecho muchas veces.

—Sois muy amable, maese Jacob.

—¿Quién no haría algo por don Suero? Todos los hombres de bien en la comunidad hebrea le estamos muy reconocidos. Gracias a él hemos podido establecernos en Ávila, Segovia y otros lugares nuevos.

No tenía ni idea de esa protección, así que bajé la cabeza con un gesto de asentimiento, como si yo mismo formara parte de ello.

La responsabilidad comenzó a abrumarme, pero necesitaba intentar esa pequeña gesta. Era como si de pronto tuviera la posibilidad de recompensar al hombre que había puesto en mis manos el cayado con el que echar a andar por el mundo. O tal vez fuera porque lo quería demasiado y no deseaba perderlo. Egoísmo o gratitud, estaba convencido de poderle curar.

Llegó la hora decisiva y allá nos fuimos al cuarto el médico hebreo, dos barberos con experiencia en coser venas, tres ayudantes con paños y el bueno de Pelayo con el instrumental guardado en fundas de cuero. El pobre crío iba compungido y hasta le temblaban las manos.

Don Suero nos recibió con su guasa habitual, feliz de verme en aquel cometido y con tanta asistencia.

—Parecen sus mercedes una zarabanda de enterradores.

En el cuarto esperaban otros dos hombres, dos soldados de origen teutón y grandes mostachos muy adictos a don Suero, encargados de sujetarle y aplicar en su boca paños mojados de alcohol con tintura de amanita para que sintiera menos el dolor. Se lo había pedido yo encarecidamente y me juraron que aunque el señor maldijera, ellos se encargarían de amarrarlo fuerte.

Pero no hizo ninguna falta.

Don Suero se puso de costado, afianzó una mano al travesaño del lecho y alzó la otra sujetándose la cabeza. Luego miró a sus fieles godos.

—Vosotros quedaos ahí cerca, pero no tocadme. Al menos de momento.

Marqué la zona con carboncillo húmedo, abrí, observé el morbo con sus límites y lo fui despegando de los tejidos con facilidad. A medida que avanzaba me llenaba de contento, sin apenas darme cuenta de que lo único que se oía en el cuarto era mi respiración trastornada y un gemido ronco de cuando en cuando.

Don Suero sanó con rapidez. Su naturaleza de titán se impuso con facilidad y en menos de dos semanas ya andaba dando voces por la casa. Fuera, mantenía en jaque a los capitanes en el Consejo, como de costumbre, y reclutaba nuevos soldados. Diego Rodríguez seguía acompañando mis horas de retiro al llegar la noche, pero ahora lo veía menos. Mantener en forma y disciplina a su mesnada le exigía un tiempo que a los dos se nos escapaba de las manos.

Con la primavera mediada llegaron noticias de don Alfonso, que al fin avanzaba por el reino de Toledo. En veinte días debíamos reunirnos con él en Talavera.

Mis preparativos continuaron a ritmo febril. Teníamos en la bodega tinajas enteras de preparados líquidos con las que íbamos rellenando odres que pudieran transportar las mulas. Los polvos minerales de magnesio y plata, así como los sulfuros y nitritos, los guardamos en churlos y frascos pequeños guarnecidos de cuero. Siete orfebres trabajaron sin descanso para surtir la enfermería de campaña con tijeras de distinta forma y tamaño, pinzas y férulas. Un batallón de mujeres nos ayudó a preparar cientos de ovillos hechos con bandas de hilo resistente que cargamos en una carreta.

19

Cierta mañana, dos semanas antes de partir, don Suero puso una de esas sonrisas ladinas que yo tan bien conocía, mientras me ayudaba a separar unas hierbas de San Juan recién traídas del campo. El viejo truhán me guiñó un ojo con aire de complicidad, al tiempo que hacía por ayudarme.

—Cuando termines eso, siéntate en la sala de la chimenea porque tengo una sorpresa para ti, rapaz.

No sé por qué pensé en un halcón nuevo, tal vez por la forma de llamarme «rapaz» o porque el que me dio en Valdolid había muerto. Puse cara de ilusión, pues es lo que esperaba de mí, pero la verdad es que no tenía ningún interés en un ave nueva ni sabía qué podía hacer yo cazando perdices y palomas con tanto como debía apurarme para tener listo el equipo médico.

Dejé al fin la escudilla que tenía en la mano, mientras él me empujaba hacia afuera.

—Vamos, vamos. Ve a sentarte allí —seguía espoleándome mientras llamaba a Pelayo y se reía entre dientes.

Esperé sentado en uno de los butacones, con los ojos cerrados tal y como me había pedido. Tenía prisa por volver a mis trabajos pero hice por contenerme.

—Puedes abrirlos.

La voz era extrañamente calma.

Mi mente estaba lejos, abstraída. En mi cavilar continuo sobre la existencia, se me ocurría que los elixires que fabricaba se asemejaban a poemas, hechos con retazos de Naturaleza en vez de palabras y cuyo fin era proporcionar bienestar.

Me costó reconocer el timbre de gravedad en la voz de don Suero, pero al instante recordé el que salía de su garganta por las noches, junto al fuego, cuando atravesábamos Castilla como dos aventureros. Grave y acariciador al mismo tiempo, penetraba sin dificultad hasta el fondo del entendimiento.

Cuando abrí los ojos, lo que contemplé me dejó anonadado y completamente incapaz de hablar, reír o siquiera moverme. La figura que encontré parada ante mí semejaba una aparición surgida de otro mundo.

Era una mujer.

Envuelta en un velo que la cubría casi por completo, temblorosa y delicada. La misma cara, surcada por arrugas que parecían sostener su

piel cansada. La cabellera rubia que fue estandarte en el serrallo, ahora cana, recogida atrás y cayendo en ondas sobre las sienes. Los mismos ojos grises, un océano de melancolía, en los que una vez reconocí el amor del mundo.

Mi madre. En carne y hueso.

Removiendo mi serenidad alcanzada.

No supe qué hacer.

Sentía alegría, pero también dolor.

Ella se acercó y puso sus manos sobre las mías, que permanecieron yertas sobre las rodillas. Eran cálidas, de suavidad extraordinaria, firmes al sujetar mis dedos. Apenas se atrevía a mirarme y yo no dejaba de hacerlo. Ninguno decíamos nada hasta que del fondo de su entraña llegó el susurro que desveló la palabra esperada.

—Hijo.

La dijo despacio, nítida, con voz sigilosa al principio y un eco estridente al final, como si al pronunciarla se fuera haciendo patética verdad. Madre despojada, no podía evitar que aquel inocente vocablo, maldito para los dos, se cargara de angustia hasta hacerse lamento.

Me abrazó. Volvió a repetir esa palabra cuya ausencia había torturado las noches en vela de mi juventud cordobesa: «Hijo, hijo mío.» La condición natural que se me negó demasiado pronto.

Rodeado por sus brazos, doblado más que sentado, de mi garganta salían extraños gemidos que debían venir de algún recóndito rincón de mi naturaleza. Me daban como latigazos en la espalda, punzadas y estremecimientos que me recorrían las extremidades y la garganta ahuecándome las aletas de la nariz.

Al fin me eché a llorar.

Ella también.

Cuando me hube calmado, comencé a levantarme despacio. Después de tensar las piernas, contener los espasmos y dejar que ella secara mi rostro con su velo, fui yo quien pronunció la otra palabra añorada:

—Madre.

Detrás de ella, pude ver los ojos de don Suero anegados por un caudal que le caía por ambas mejillas, mansamente, hasta llegar a la boca y humedecer su sonrisa beatífica. Entonces apoyé el mentón sobre la cabeza de mi madre y apreté su cuerpo. Cerré los ojos y el salobre escozor de los párpados ayudó a cauterizar mi herida. No había lugar para el dolor, no era el momento.

Volví a abrirlos y esta vez, os juro por cuanto respeto de sagrado, estaba sonriendo con toda la franqueza de la que fui capaz. No quise lamentos ni abandonarme al suplicio de la queja. Corté el paso a la

amargura. Fue como extirpar un tumor antes de que se adueñara del cuerpo.

Nos sentamos los tres y mi madre dejó caer su velo. Tenía un porte digno, una cabeza magnífica. Sus manos, sus movimientos, todo en ella denotaba una elegancia natural aunque algo ajada. Lo que más me impresionó fue la triste intensidad de su mirada.

—Tantos años soñando con este momento...

—Ahora no debéis preocuparos, doña Elvira. Estáis en casa y el momento durará siempre.

Don Suero, que estaba sentado cerca de nosotros, apoyó su mano sobre la de mi madre. En los ojos de ella surgió una expresión de sorpresa, casi infantil. Luego se sobrepuso, dio unas palmaditas en el dorso de la mano de don Suero y muy derecha en su asiento, tratando de encontrar las palabras exactas como si le costara pensar en castellano, habló.

—Le estoy infinitamente agradecida a don Suero, que hizo lo imposible por dar conmigo y pagó las arras del rescate, y al rey don Alfonso que escribió al sultán almorávide solicitando mi liberación.

Tratando de evitar un silencio embarazoso, al advertir mi ansiedad y ver que yo no decía nada, don Suero tomó la palabra para terminar de explicarme cómo habían logrado sacar a mi madre de su encierro.

—Sabíamos que Yusuf está en contra de mantener los harenes y que ha dado en matrimonio a la mayoría de las mujeres del serrallo cordobés, como es el caso de la princesa Zaida que ahora es nuestra reina. En el caso de tu madre, como favorita del emir y por tanto de su propiedad, le consultó a ella primero como viuda real. Aunque resulte extraño entre un soberano y su prisionera, le preguntó si deseaba quedarse con él o partir, pero así son estos hombres del desierto, fervientes musulmanes y respetuosos con las esposas ajenas.

—¿Pero acaso él llegó a desposaros?

Mi voz me sonó extraña en aquel momento. Era la primera vez que empezaba una conversación de adulto con mi madre y lamentaba hacerlo preguntando por aquel padre irreal que había tiranizado nuestras vidas.

—No, cuando apareció Zaida, yo ya no era una jovencita deseable.

No pudo, en su candidez, clavarme daga más envenenada. Fui incapaz de continuar, salvo intentar ahogar el rencor que, furioso como un torrente, se desató en mi interior.

El ambiente quedó cargado irremediablemente. Ellos se dieron cuenta de mi estupor y trataron de parecer naturales, hablando de esto

y lo otro, de dónde iba a quedarse, de los criados asignados o su manutención. Yo asentía a todo. Mi madre me miraba de reojo, con gesto alarmado.

Las horas corrían con el vértigo de la partida, pero a mí me hubiera gustado que fueran aún más aprisa. El encuentro con aquella realidad había roto mi ensueño de forma brusca, sin darme lugar a reaccionar con serenidad. En vez de alegrarme, me sumió en una extraña melancolía. Iba como ausente de un lado a otro, contestando con monosílabos, haciendo a conciencia lo que me tocara a cada momento pero con la cabeza en mis propios pensamientos. Tal vez fuera un golpe de madurez sobrevenida o el desengaño precoz de un joven de veintiocho años que había pasado sus últimos diez en trance de ilusión.

Pensaréis que exagero, pero recuerdo que en aquellos días mi ánimo decayó de manera enfermiza; no veía en las flores el prodigio de su belleza desafiando el tiempo, sino la tragedia de lo efímero, la derrota de la existencia; los fármacos que obtenía de la Naturaleza, que antes consideraba remedios prodigiosos para curar, se me antojaban ahora venenos ocultos, llenos de peligros. Presa de una angustia que no hacía sino crecer, me asaltaban signos de decrepitud en las personas con las que me cruzaba, la herrumbre de los edificios, los caminos polvorientos y los animales sucios. Ni los cánticos de los muchachos a mi cargo me consolaban, muy al contrario, la mayoría me resultaban vanos e impostados, casi ridículos. Por las noches me deslizaba en el lecho con el pálpito de un aguijón metido en el cuerpo, sintiendo la tenaza del tiempo como un goteo que llegaba a crisparme. Mi mente se había convertido en una estancia incómoda, con el ambiente cargado, de donde quería salir cuanto antes. Me despertaba y aún seguía atado a la roca de mi desánimo, como un prometeo inútil tratando de aparentar ser válido.

Fueron dos semanas de enorme ajetreo. Incluso llegué a gritar a algunos de mis colaboradores. Estaba furioso. No quería prepararme para una guerra, me preocupaba don Suero, no sabía qué decir a mi madre y aborrecía la forma en que me comportaba. Daba órdenes continuamente o permanecía callado durante horas haciendo inventarios y comprobando existencias. A los juglares apenas les hacía caso; como Diego tenía cada vez más ocupaciones de índole militar, me limité a encargar a Gonçalvo, el más despierto de la tropa juglaresca, que vigilara para que todos supieran bien los romances y tocaran el laúd al menos tres horas diarias.

Llegó el momento y partimos hacia Talavera. Traté de convencer a don Suero de que se quedara, pero fue en vano.

—Nuestro destino viene hacia nosotros, zagal, hagamos lo que hagamos. Prefiero morir en un campo de batalla con el recuerdo de mi

valiente hijo, que gemir como un inútil en la soledad del lecho. Además tengo que velar por ti, caballerito, que aún no tienes las barbas luengas de patriarca.

A mi madre la llevaron a casa de don Suero en Valdolid. Yo dejé Salamanca con la aprensión de que nada volvería a ser como antes. Añoraba mi vida en Valencia, las mañanas de estudio y las tardes trovando. Y todavía más, los largos días zamoranos.

—Alegra esa cara, hombre. Venceremos a Yusuf y volveremos a nuestras romanzas.

Diego Rodríguez estaba encantado. A pesar de ser tan juglar como yo, él sí había nacido para la guerra.

20

No voy a relataros el quebranto de aquella jornada aciaga. La batalla que reñimos con los almorávides en Consuegra fue de los peores desastres en el reinado del Sexto de los Alfonso.

Quisiera olvidar lo que vi y sufrí, pero aún recuerdo vivamente cómo aquella turba de fanáticos, en oleadas a galope tendido, llegaba entre estandartes verdes y gritos de guerra santa, miles de cada vez, con la voracidad de las langostas. Ni toda la caballería de los reinos de León y Castilla ni los arqueros navarros ni nadie en nuestro lado, fue capaz de detener la marea que comenzaba al grito de «Alá es Grande» y parecía multiplicarse en cada acometida. Seguramente vosotros, que sois guerreros y estudiosos, habéis oído hablar del descalabro que sufrieron allí los cristianos hace ya veinticinco años.

De nada sirvieron mis preparativos para atender a los heridos durante un largo asedio, pues todo se consumió en una jornada. Más que médicos nos convertimos en enterradores por la gran mortandad que hubo aquel día y los dos siguientes. Con mi tropilla de juglares entristecidos, tenía órdenes de dar cristiana sepultura a los muertos y rezar a cada uno un responso. Entre tanto enterramiento yo cosía heridas y vendaba, pero a veces lo dejaba en manos de los barberos y me dedicaba a atender a los que agonizaban para que se fueran en paz de este mundo. Comprobé que la mejor medicina era cantarles a media voz y despacio, mientras les sujetaba la cabeza, el romance del caballero de la rama dorada, ese que cuenta cómo un lancero cae en el campo del honor y entonces la batalla cesa mientras se escuchan sus lamentos por la amada, los suspiros por los hijos que ya no verá, la añoranza de la patria perdida.

Con todo, no fue lo peor el espanto de ver combatir entre sí seres humanos hasta matarse, con ser éste grande. Ni tampoco el abatimiento que sentí al observar el semblante desencajado de don Suero y el mismo rey Alfonso. El mazazo brutal, lo más funesto —ahora sí comprendía el sentido total de la palabra—, fue que Diego Rodríguez, primogénito del Cid y el mejor de los amigos, murió en aquella batalla maldita.

Andaba yo entre los cuerpos amontonados al concluir la refriega, intentando comprobar quién permanecía aún con vida, tan ensangrentado y perdido que debía parecer un herido más en aquella procesión de desamparados, cuando alguien me llamó.

—¡Micer Diego! Acá, mi señor, apuraos.

Dejé la mano yerta de un mozalbete en la que me había empeñado

por encontrar el latido de la vida y acudí corriendo.

Mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas manchadas, un soldado mantenía al capitán recostado sobre su pecho. Aún tuve tiempo de contemplar el rostro lacerado de mi amigo, su mirada brumosa que intentó sonreír y no pudo. Sentí tal vértigo que sólo acerté a abrazarlo para sujetar el dolor que me invadió. Quise gritar, pero ni de eso fui capaz. Balbucía maldiciendo el sinsentido de la guerra, pero hube de dominarme porque sentí los dedos de mi amigo asiendo los míos, tratando de retener lo que le quedaba de vida.

Intenté sobreponerme y le hablé.

—No te vayas, compañero. No me dejes aquí, hermano mío, que aún tenemos trovas que tañer los dos juntos. Yo te curaré, Diego. No voy a irme de tu lado.

Él quiso hablar también. El soldado y el chico que me avisó lo incorporaron un poco. Tuvo un acceso de tos y movió los labios. Acerqué mi oído.

—Cántame… el romance… del caba… llero, el… de la rama… dorada.

Y se lo canté muy quedo, lo más suave que pude, esforzándome por no quebrar la voz a cada rima.

No quise darle sepultura y ordené que lo llevaran a mi tienda para embalsamar su cuerpo. Allí mismo me propuse enviárselo a don Rodrigo y doña Jimena en la mejor condición, como el más esforzado servicio que podía rendirles.

El joven que lo sostenía se presentó ante mí despojándose del almófar y se ofreció para custodiar el cadáver.

—Me llamo Nivard de Beaumont. Soy borgoñón.

Hablaba con acento franco, aunque en claro romance castellano. Dije que sí maquinalmente a su ofrecimiento, sin saber aún si yo mismo quería hacerlo o si podría soportarlo.

Dos soldados cargaron con el cuerpo sin que el tal Nivard hiciera nada por ayudarles. «Su linaje le impide coger cuerpos muertos o cosas pesadas», recuerdo que pensé con amargo cinismo, pero quedé sorprendido cuando, al echar a andar hacia la tienda, él me rodeó el hombro con su brazo y lo mantuvo ahí hasta que llegamos.

Pedí conformidad al conde Ansúrez para mantener sin enterrar el cadáver de Diego y prepararlo para el traslado. Usé resina de mirra mezclada con palo santo e incienso, pez diluida en esencia de trementina, agua de cilantro, sal marina y aceite de cedro. Guardé sus vísceras en un cofre y lo sellé con lacre y herrajes rematados por los

escudos de Vivar que llevaba en su montura.

Nivard, por su parte, solicitó al conde Raimundo que le permitiera quedarse conmigo. Yo no le había dicho ni pedido nada, pero se lo agradecí. Era un muchacho sereno, de maneras nobles y mirada risueña, algo más joven que yo, pariente lejano de don Raimundo y a quien la familia ducal de Borgoña quería educar, y tal vez casar, en la corte castellana.

Desde ese momento no se separó de mí y aunque no era ducho en materia de brebajes y pócimas, aprendía rápido. No cantaba, pero leía muy bien. Con el tiempo me acostumbré a que acompañara mi trabajo silencioso entre las vasijas recitando poemas de su tierra como la *Chanson de Roland*, que siempre conseguía emocionarme o las historias de los nibelungos, la derrota de Atila en los Campos Cataláunicos y las sagas épicas de los merovingios. Tenía preciosos libros que habían sido miniados en las abadías de Champagne. A él debo la buena caligrafía que tengo ahora, porque se empeñó en enseñarme el modo de escribir de los benedictinos.

Muy penosa fue la vuelta de Consuegra, que hicimos a los cinco días, tanto nos ocupó enterrar a los muertos y recoger los desperfectos de la batalla que pudieron salvarse. Por las noches, en el fuego de campamento, yo cantaba melancólicas romanzas y endechas de amor entre soldados cabizbajos y lágrimas furtivas. Lo hacía con la misma convicción que curaba a los heridos y atendía a los agonizantes. Aliviando su dolor, podía soportar mi propia vida.

Tras la victoria, los almorávides se retiraron a Badajoz dejando que lamiéramos nuestras heridas, mientras preparaban un nuevo enfrentamiento. Era evidente su estrategia: pretendían que el miedo anidara en el otrora invencible Alfonso VI para que se viera obligado a retirarse de la línea del Tajo.

Por fin dejé los restos de Diego en manos de Alvar Minaya y lo que quedaba de sus mesnadas que volvían con El Cid. Yo casi lo preferí. Me hubiera partido el alma presentarme en la adorada Valencia con el cadáver de su príncipe. No quería ver a la brava doña Jimena desmoronarse ante el cuerpo sin vida de su hijo mayor.

Esta vez fui yo quien pidió al borgoñón que permaneciera a mi lado. Aceptó de buen grado.

—Eres un gran médico, Diego, pero como bardo te aseguro que serías famoso en mi tierra. Nadie me emociona tanto como tú con los cantares de gesta o cuando recitas esos poemas tuyos.

Retorné a Valdolid con el conde Ansúrez y don Suero, acompañado por Nivard, mientras el rey se dirigía a Toledo junto al consejo de

alféreces y el príncipe Sancho, con el objetivo de invernar y defender la ciudad en caso de ataque de los almorávides.

Yo volví a mis quehaceres médicos, pero sólo por las tardes. En esa época dedicaba las mañanas íntegramente al estudio en compañía de Nivardo, que así empecé a llamarlo. Todo me interesaba: los tratados sobre la Naturaleza, la filosofía de Averroes y Aristóteles, los libros de viajes, las lenguas. Cumplida la jornada de estudio, llegaba el momento de las trovas, de recitar o componer algún poema, pero siempre en la intimidad, pues no eran tiempos para alegrías, y hasta en Zamora la condesa Urraca había clausurado el cuarto de juglares, respetando así el sombrío humor de su marido.

A mi madre no la veía mucho pues comencé a habitar otra casa, cercana a la de don Suero pero más pequeña y adecuada a la vida de recogimiento que me proponía llevar. Acudía a visitarla dos veces por semana y siempre que cenábamos junto a don Suero y otros parientes permanecíamos tensos, silenciosos, a la espera de lo que dijeran los demás. A ninguno de los dos nos gustaba quedarnos solos, porque no teníamos nada que decirnos o si lo teníamos, no queríamos hacerlo.

Don Suero tampoco estaba muy comunicativo. Había perdido su alegría de antaño, tenía el rostro ensombrecido, casi petrificado, y se le veía muy delgado.

Por mi parte, tardé más de seis meses en superar mi abatimiento, pero no trato de engañaros si afirmo que salí fortalecido de la postración que padecí, porque de nuevo me negué a que se convirtiera en amargura y comprendí que, a pesar de todo, debía seguir el camino del aprendizaje. Mi obsesión por dedicarme a los demás, ya fuera entreteniéndolos o sanándolos, cesó como por encanto. Superé sin proponérmelo el dilema que a veces me acuciaba entre el arte y la ciencia, la doble condición de físico y juglar que con tanta claridad había visto Nivardo. Ahora lo que me preocupaba de verdad era mi formación, ser realmente bueno en lo que hiciera. Seguía preparando pócimas y ungüentos, porque me apasionaba y siempre descubría algo nuevo, pero lo entregaba sin pedir nada a cambio y no visitaba enfermos a no ser que fuera un caso especial o alguien por quien me sintiera obligado. Tampoco enseñaba el arte de trovar a nuevos juglares aunque sí recibía de vez en cuando alguno que venía hasta Valdolid para que le escuchara o con el propósito de pedirme versos.

No es que me hubiera hecho misántropo o un egoísta avaro de sus cosas con apenas treinta años. Sencillamente, había llegado a la conclusión de que la primera tarea en la vida es cuidar de uno mismo, algo que no había hecho nunca salvo en lo más perentorio de la existencia. Comprendí entonces, así fue y así os lo expongo, que el amor al mundo y las criaturas, a las pequeñas cosas de cada día,


empieza por el amor y el respeto a la propia persona.

21

Una nueva tristeza nos embargó cuando el siglo daba sus últimas bocanadas. Cinco emisarios con estandartes negros vinieron a la ciudad para anunciar la muerte de El Cid, en el verano de 1099. Los musulmanes españoles le hicieron tanto duelo como los cristianos; cuentan que aún pusieron su efigie rígida cabalgando, sujeta al arzón de la montura, para espantar a los beréberes que acechaban los muros de Valencia y hacerles creer así que volvería a defender su tierra después de muerto.

Tampoco esta vez quise ir, pues allá sólo me esperaba sufrimiento. Valencia quedó en mi recuerdo como una dulce evocación junto al inmenso mar, el atanor en el que se había fraguado mi súbita metamorfosis y donde pude sentirme libre, a fuer de ser yo mismo.

En esas mismas fechas llegó recado de mi madre pidiendo que fuera a visitar a don Suero en su castillo de Castromonte, pues se hallaba enfermo con fiebres y vómitos violentos que le dejaban exangüe. Por esas extrañas coincidencias difíciles de entender, o sincronías que dicen los alquimistas, cayó malo el mismo día que le dieron la noticia del fallecimiento de El Cid. A pesar de que nunca fueron grandes amigos, ni al parecer tampoco enemigos aunque don Suero estuviera del lado de Ansúrez, a mi señor le afectó sobremanera. Pelayo me contó que se le demudó el rostro, trató de decir algo pero no pudo, luego pidió un asiento y ya con más resuello exclamó para sus adentros: «Ya había muerto cuando supo lo de Consuegra. Ahora nos queda el consuelo de su memoria.»

—Parecía que estuviera hablando de sí mismo, micer Diego. Es la primera vez que lo he visto como un anciano desvalido.

Lo hallé en la cama tapado con varias frazadas a pesar de que el tiempo era bueno. Respiraba con dificultad.

—Diego, hijo, al fin has venido.

—Sí, mi señor, aquí estoy. No temáis, yo os sanaré de nuevo.

—Mi única sanación es dejar este mundo y ponerme en manos de la Divina Providencia.

—He traído remedios...

—Déjate, ya no queda mucho tiempo. Pelayo, avisa a doña Elvira y al padre Bonifacio.

Me sobrecogí al escuchar el nombre de mi madre, pues no sabía

que se encontraba allí.

¿Y el fraile? ¿Es que iba a escenificar una agonía este tormento de don Suero? ¿Para qué tanto aparato si aún no deseaba los santos óleos?

Poco después entraban en la cámara el presbítero y mi madre. Con los ojos bajos, recatada como siempre que hacía su aparición, estaba aún más elegante que de costumbre, ricamente vestida y adornada con joyas. Vi que se había puesto alheña alrededor de los ojos cuando se acercó a besarme. Luego hizo una inclinación a don Suero.

—Gracias, doña Elvira, estáis muy hermosa. Poneos aquí, a mi derecha. Tú, Diego, a la izquierda, que pueda verte. Padre Bonifacio, os lo ruego, permaneced a los pies del lecho y vosotros, mis fieles Dagoberto y Pelayo, quedaos ahí, cabe la puerta.

El sacerdote extendió una estola y abrió el libro que llevaba en la mano. Supuse que iba a darle la extremaunción aunque no veía la naveta con el óleo, pero no fueron las postrimerías lo que comenzó a leer el bueno de don Bonifacio, que había sido compañero de juegos en la infancia de don Suero, sino los salmos de David en los que llora la muerte de Jonathan, su mejor amigo.

—Bien, no necesito más. Quiero irme de este mundo con las cosas bien arregladas y vosotros encarnáis mejor que nadie mis últimas voluntades. Desde que murió mi queridísima mujer y poco después mi único hijo, he vivido de prestado, esperando este momento.

Hizo una pausa. Aunque empezó su parlamento fatigado y con la voz ronca, iba ganando poco a poco en claridad y energía.

—Ahora ya estoy cumplido y me resigno porque es ley natural que los viejos dejemos paso a quienes como vosotros —me miró— tenéis toda la vida por delante. No lamento nada de lo que he hecho, aunque llegado al término de mi vida sí preferiría haber peleado menos y estudiado más: música, medicina, poesía, que ésas sí son cuestiones importantes y no hacer la guerra de continuo.

Volvió a mirarme de nuevo.

—Diego, hijo, como en ti hallé disposición y méritos y has sabido responder con creces, voy a dejarte lo único que realmente tengo: mi linaje, mi casa, el honor de un nombre al que nadie ha conseguido arrebatar su dignidad.

—Mi señor…

Traté de arrodillarme, pero él negó con la cabeza y me pidió que continuara de pie.

—Por esta razón, por tu dignidad, y porque yo mismo quiero perdurar de alguna forma a través de ella, voy a hacerlo de la mejor manera que puedo y sin que juez, señor, ni obispo pueda negarte los

derechos recibidos de tu padre adoptivo. Voy a tomar por esposa a doña Elvira, tu madre aquí presente. A partir de este momento eres Diego de Mendoza y Quiñones, conde de Castromonte y Fuensaldaña, además de tu señorío propio en Tordehumos. Tu madre será condesa con casa propia. Proceded, Bonifacio, caro amigo.

Ante mi completo aturdimiento, el sacerdote ofició el sacramento del matrimonio mientras mi madre, anegada por una emoción que la desbordaba, se permitió tomar la mano de don Suero antes de que fuera preciso.

—Ya he cumplido el voto que hice en San Pedro de Cuéllar si te bautizabas —añadió don Suero con ojos risueños—, así que estoy tranquilo. Dagoberto, Pelayo, sois libres si lo deseáis, os he dejado tierras y rentas en mi testamento, pero os encarezco, si no tenéis mal en ello, que no abandonéis al señor don Diego.

—Señor.

Ambos criados se acercaron al lecho y rodilla en tierra recibieron la bendición de don Suero mientras trataban de contener las lágrimas.

Yo ni siquiera parpadeaba, aunque de buen grado me hubiera abandonado al llanto. El hombre que me había dado la auténtica vida, padre por adopción y afecto, se me iba ahora, antes de que pudiera devolverle todo lo que su bondad me había otorgado.

Nos miramos por última vez, en silencio. No había nada que añadir en ese instante supremo. Con su gesto, don Suero había redimido a mi madre y restañado por completo mi dignidad.

—Esposa, hijo, amigos fieles, adiós.

Cerró los ojos y quedó como en suspenso. Así estuvo más de una ampolla, respirando cada vez menos, hasta que se fue sin hacer ruido.

Hacía dos años que en tierras francas el papa Urbano había predicado la Cruzada contra los otomanos que tenían cautiva Jerusalén y asaltaban las caravanas de los peregrinos. Nivardo propuso que acudiéramos a la llamada, como ya habían hecho tantos caballeros francos. A mí su guerra, me perdonaréis el atrevimiento, me parecía como la de Yusuf, un desordenado afán de conquistar tierras a las que no se tenía derecho y que en el fondo servía para entretener a tanto segundón desocupado. Las órdenes de Jerusalén otra cosa, pues han nacido para proteger a los débiles.

Nivardo movía la cabeza y decía «¡Ah, los poetas!», pero lo cierto es que tampoco insistía demasiado. A fin de cuentas ya teníamos nuestra cruzada en casa contra los sarracenos del Magreb, que estaban deponiendo uno a uno a los reyes de taifas hispanos. La bula alejandrina que concedía la remisión de los pecados en lo que

llamaban los pontífices de Roma, la «lucha contra el infiel en nuestra amantísima Hispania», había sido renovada. Los reyes, los grandes señores y hasta los menestrales, obtenían el perdón por sus adulterios o lavaban sus crímenes yendo a la guerra y matando moros. No había penitencia mejor para un caballero.

En el año 1100 los cristianos tomaron Jerusalén. No quiso su conquistador Godofredo de Bouillon aceptar la corona que le ofrecían sus pares y fue elegido rey su hermano Balduino. Siempre me ha admirado la capacidad de renuncia de esos caballeros borgoñones, como Bernardo de Claraval, sus cinco hermanos y todos los amigos y parientes de los condes de Champagne, que teniendo palacios y servidores eligen la vida austera de oración, trabajo y privaciones de los reformados cistercienses. Hay en la renuncia una fascinación que va más allá del gusto por el oropel y las satisfacciones de la vida regalada, vosotros lo sabéis bien que lleváis una existencia por encima de las cosas de este mundo y tan austera.

Ese mismo año el conde Raimundo organizó una campaña contra los musulmanes en el reino de Toledo. Quería hacerla solo sin el concurso del rey, no sé bien si para no exponerlo y proteger su trono toledano o porque deseaba hacer méritos ante el monarca frente a las conquistas de su primo Enrique por tierras lusitanas.

Nivardo afirmó solemne que, pensara yo lo que pensara, esta vez él iría con su señor.

—Podría obtener su venia para te quedaras conmigo, si así lo deseas —respondí lacónico mientras me afanaba en copiar con vitelas[27] nuevas un códice lleno de herrumbre sobre las virtudes y clases de cataplasmas—. Puedo nombrarte contador de mis dominios o mayordomo de mi casa y así quedarás libre de tu voto de vasallaje hacia el conde.

—No es la obediencia feudal a mi tío lo que me obliga, Diego, aunque sí que cuenta. Tampoco combatir a los musulmanes, pues tras oírtelo a ti dudo mucho que la guerra sea la mejor forma de defender la religión.

—Entonces, ¿qué es?

Lo pregunté sin pensar, esperando alguna respuesta caballeresca de las que a él le gustaban, pero su silencio me hizo volver la cabeza e insistir.

—¿Qué es? ¿Por qué callas?

Nivardo se acercó con los ojos bajos y vino a sentarse en un pequeño escabel junto a mi mesa. Me miró desde esa posición como un lebrel, apretó los labios y muy serio, sin dramatismos, hizo su confesión.

—Yo también necesito que se perdonen mis pecados… mi gran

pecado. Hace tres años maté a mi hermano mayor.

Abrí los ojos y la boca. Tardé en decir algo coherente.

—Sería por accidente, imagino.

—No. Por celos. El amor de una mujer.

Callé. ¿Qué podía decir? Esa otra guerra de los hombres aún más peligrosa que la de las armas, porque actúa callada en cualquier hogar, fría y letal como el veneno. Comprendí por qué me pedía con tanta insistencia que le cantara romanzas de amores desdichados, por qué rehuía a las mujeres y también la melancolía que con cierta frecuencia le atenazaba, lejos, expulsado de su tierra.

—Si la bula del Papa puede lavar mi falta ante los ojos de Dios, lo haré, aunque a mí no me sirva de consuelo ni menos aún disculpe el crimen horrendo que cometí.

Me levanté y lo abracé.

—Vete, pues. Treinta lanzas con el estandarte de los Mendoza de Quiñones te darán escolta. Lleva contigo a los físicos Mosén Isak y Abraham de Peñafiel, son duchos en remendar heridas y muy buenos con toda clase de remedios. Reuniremos vendas, árnica, en fin, todo lo que puedas necesitar.

—Sabía que podía contar con tu comprensión. Creo que eres el hermano que la Providencia ha puesto en mi camino para que repare mi culpa.

—Bueno, espero no significar ninguna penitencia para ti —respondí con humor, tratando de quitar hierro a la inesperada confesión.

—No, Diego, si acaso un ejemplo.

—No digas tonterías, no hay nada en mí que pueda ser imitado.

Lo dije azarado, en una reacción de modestia ante tamaño elogio; jamás me habían dicho algo que halagara tanto mi conciencia.

Las armas cristianas fueron de nuevo derrotadas. Esta vez el desastre ocurrió en Malagón y entre los que se libraron, afortunadamente, se encontraban Nivardo y el propio conde Raimundo, que había calculado con excesiva imprudencia sus fuerzas, más entregado al afán de agradar al rey que guiado por un frío sentido de estratega, aunque ésa es naturalmente mi opinión y puede que no sea fiable del todo.

Con el regreso del borgoñón, volvimos los dos a nuestra rutina de estudio matinal y lecturas vespertinas. Dos veces por semana íbamos a cazar con los halcones a mi predio de Tordehumos y cuando el tiempo era muy frío nos resguardábamos al calor de los braseros en nuestra

estancia de trabajo. Valdolid puede llegar a ser tan gélido en invierno como Córdoba, o más, pero es seco y se soporta bien con poca lumbre y buen abrigo.

Me trasladé definitivamente con mi madre a la antigua casa de don Suero, ahora mía. Las relaciones con ella mejoraron, aunque no así el diálogo, que nunca prosperó. Tal vez fuera porque tenía dificultad para expresarse en castellano —fue raptada cuando contaba sólo quince años— y siempre que hablaba en árabe yo hacía como si no escuchara, o contestaba con parquedad. Pero abundaban entre nosotros los gestos de reconocimiento y cariño.

Pelayo siguió como criado mío y Dagoberto me pidió licencia para regentar el molino que le dejó don Suero, casarse con una moza a la que tenía echado el ojo y criar a sus hijos. Se lo concedí de buen grado. A Samsara la encomendé atender a mi madre. Aquella hermosa joven del desierto arábigo era la criatura perfecta para cuidar los asuntos de tocador de doña Elvira y tener en buen estado su guardarropa. También porque por las noches, incluso en alguna tarde descuidada, venía por mis aposentos y nos calentaba la cama, unas veces a Nivardo, otras a mí.

Él había vuelto como renovado del revés de Malagón, pues sentía que había quedado en paz con la iglesia y así se lo había comunicado solemnemente a su familia. Ahora, cuando veía a Samsara, ya no retiraba la vista y se hacía el sordo, sino que seguía con deleite la cadencia de las caderas de aquella ninfa del paraíso y silbaba al compás de sus movimientos.

La buena estrella de los almorávides seguía su curso ascendente en el firmamento cristiano. Los invasores amenazaron Zaragoza y Toledo, después de hacerse con los reinos taifas de Jaén, Córdoba, Sevilla, Badajoz, Almería y Granada. En 1102 cayó Valencia, otro mazazo en mi conciencia que se atenuó al enterarme de que doña Jimena y su corte habían podido escapar con vida.

Poco después el conde Ansúrez me pidió que le acompañara en el viaje que iba a emprender a los condados catalanes. Su hija María, casada desde hacía diez años con el conde Armengol V de Urgel y por cuyo enlace había aportado como dote la villa de Valdolid, había quedado viuda. Yo debía ir, con otros mayorazgos de los linajes, para recibir el traspaso de poderes por la devolución de las arras de manos del pequeño Armengol VI.

Don Pero, como abuelo suyo, tomó sobre sus anchos hombros la tarea de la regencia, pues no había pariente capaz más próximo y su madre no se atrevía sola a hacer frente a las aspiraciones territoriales

del conde de Barcelona Ramón Berenguer III, con quien el hábil Ansúrez estableció sin demora alianzas en la frontera que fueron muy ventajosas, pues no tardó en ocupar el castillo de Balaguer y más tarde otras fortalezas en la orilla del Segre que fue arrebatando al emir de Zaragoza.

La estancia en aquellas tierras, que se alargó casi un año, fue muy provechosa para mí. Trabé amistad con un círculo de médicos y alquimistas hebreos en Gerona que me enseñaron grandes cosas sobre las propiedades de los minerales y la forma de mezclarlos, mientras yo aprendía a expresarme en catalán, esa hermosa lengua suya que parece hecha para trovar.

No puedo olvidar una tarde que estábamos reunidos en casa de Roger de Baltallot, como hacíamos a diario, cuando llegó de visita Benoît d’Esquise, un sabio provenzal que había sido monje benedictino en Troyes y ahora vivía en un eremitorio cerca de Tarbes, relajado de la regla y dedicado a sus estudios.

Inevitablemente, le pregunté por qué había dejado la orden.

—En el monasterio sólo me ocupaba de producir licores y preparados de raíces para el reuma. Necesitaba seguir estudiando para desentrañar los procesos íntimos de la Naturaleza, pero la vida en comunidad me distraía. Micer Gaston, el hermano del duque de Provenza, que es muy aficionado a la alquimia, nos reunió a cinco monjes de los que llaman «raros» en las abadías de Champagne y nos dio en sus dominios del sur unas tierras con rentas y criados para que nos pudiéramos dedicar en cuerpo y alma a la ciencia de la vida. Nunca se lo agradeceré bastante, pues tenemos total libertad. De vez en cuando, vengo hasta Gerona para intercambiar libros o hallazgos con otros que andan en la misma faena.

No había prejuicio ni malentendido alguno entre los hebreos y el antiguo monje. Hablaban del estudio del conocimiento a través de los símbolos y las tradiciones herméticas de las grandes civilizaciones. Estudiaban en la Naturaleza el secreto de la vida y sus infinitas formas de reproducirse.

Él también me preguntó cómo había llegado hasta allí.

Mezclando palabras de franco, catalán y algunas de hebreo que estaba aprendiendo, le conté a grandes rasgos mi origen y transformación. Traté de explicarle mi afán por conocer las artes y las técnicas que ayudan a sobrellevar la existencia humana. Le dije que la poesía, la música y la medicina eran las tres columnas que sostenían el edificio que yo mismo estaba construyendo para alojar a cuanto peregrino se acercara hasta mi modesta morada.

—Lo que tú estás buscando, amigo mío, es la piedra filosofal. Y tengo la impresión de que ya la tienes entre las manos aunque es

probable que aún no te hayas dado cuenta. Hablas de construir y en verdad no es metáfora desatinada. Desde el principio de los tiempos civilizados los hombres construyen moradas de perfección para el espíritu, templos donde habita el poder de lo supremo. Pero eso es sólo la obra externa, como bien dices, y en efecto, existe otra interior, más metódica y silenciosa, que es la del conocimiento y abarca las demás. Para esa obra que dura toda la vida no hacen falta muros ni bóvedas. Basta con el firmamento y si acaso una cueva de piedra donde guarecer nuestra fragilidad humana.

Asentí. Benoît tocaba la fibra de mi espíritu como un consumado filósofo. Yo sabía que esa búsqueda interior era la que me animaba cuando observaba maravillado cómo un cocimiento de bayas de endrina podía robustecer la sangre de un niño escuálido o que la corteza de arce aliviaba los dolores menstruales. Lo mismo me ocurría cuando cantaba romances en público y los rostros curtidos de los soldados se llenaban de alegría como si volvieran a ser niños.

Tal vez mi cueva, mi eremitorio, era aquella estancia que fui trasladando de Valencia a Zamora y de Valdolid a Salamanca y Urgel, con mis libros y enseres de trabajo. A la luz de las palabras de Benoît, comprendí por qué había renunciado a entregarme por completo a los demás si debía buscar en mi interior primero, por qué deseaba siempre volver al retiro íntimo donde apenas soportaba a nadie que no fuera la compañía silenciosa de Nivardo, o las lecturas con su voz modulada que eran como la oración diaria del espíritu, el canto de los pájaros que solía despertarme en mi pajar de Córdoba.

---

27 Hojas de piel de ternero recental, más suaves que el pergamino de cordero, que se utilizaban para las páginas de los libros antiguos, antes de la aparición del papel.

22

En Castilla las cosas no habían cambiado sino a peor. El que fuera gran conquistador se había convertido en un achacoso monarca sin el resuello de antaño. Difícil de creer pocos años antes, don Alfonso era al final de su vida un gobernante medroso, con escasa influencia política y un territorio menguado bajo amenaza almorávide por distintos flancos.

También mi madre tuvo su transformación: se había vuelto muy piadosa y rezadora. Acudía a la colegiata, donde tenía banco propio, todos los domingos y hasta tres veces más por semana. Cumplía con los preceptos de la Iglesia, tal vez por los años que no pudo hacerlo, y se dedicaba a realizar con Samsara labores interminables de bordado que luego regalaba a criadas y vecinas. Se hizo muy popular. Todo el mundo la quería y debo admitir que se comportaba como una verdadera dama. Pero yo seguía sin ver en ella a mi madre. Tenía la impresión de que esa mujer había suplantado a la dulce heroína de mi infancia.

Fueron siete años de hierro, aquellos primeros de la nueva centuria. Siempre alerta, escuchando a los soldados entrechocar con desgana las espadas en patios y corrales, haciendo sus ejercicios sin empuje ni ánimo, con la conciencia de los derrotados.

A Urraca no la volví a ver en todo ese tiempo. Sabía de ella por los viajeros que llegaban de Zamora y las habladurías de la Corte, nada más, nunca respondió a mis cartas. Pero al cabo de esos siete años en que viví encerrado entre libros, siguiendo mis experimentos y tocando el laúd por las noches, cuando creía que su recuerdo pertenecía ya al pasado y debía enterrarlo junto a las demás ausencias, llegó una noticia que aunque trágica, me llenó de esperanza: el conde Raimundo había dejado de existir el tercer día de abril del año 1107.

El mensajero que portaba el despacho del fallecimiento traía también una carta de Urraca para mí. Llamó a la puerta en la rúa de Francos una tarde en que mi casa, algo poco habitual, estaba llena de invitados. Celebraba mi treinta y siete aniversario, según los cálculos que mi madre había hecho para fijar la fecha del nacimiento, y aunque a regañadientes, di mi consentimiento para organizar un pequeño baile. Inmediatamente suspendimos el festejo, dejé que Nivardo despidiera a los más rezagados y subí corriendo a mi dormitorio para leer el pergamino doblado con el lacre de la infanta.

Cerré la puerta con cuidado y me senté al borde del lecho para calmar los latidos de mi ansia y poner compuertas a la humedad que

me desbordaba los ojos.

> Querido mío:
> Te llega la nueva del fallecimiento de mi esposo al tiempo que mi deseo largamente acariciado de que nos reunamos de nuevo. No respondí a tus misivas en estos años por decoro al Príncipe mi Señor que se encontraba débil, marchito por las derrotas, enfermo de cuerpo y con el ánimo menguado. En estos años no hemos vuelto a tener cuarto de juglares ni a escuchar tañer instrumento alguno.
> Mi Augusto Padre el Rey Emperador y el Serenísimo Príncipe Mi Hermano se hallan en Toledo, preparándose para una nueva campaña. Haremos allí las honras fúnebres de mi Esposo el Conde, dentro de cuarenta días. Mi voluntad es que nos encontremos en Valdolid y tal vez que me acompañes hasta Toledo, pero es sólo el ruego de una amiga y no una orden de la hija del Rey, por lo que podrás decidir libremente.
> Sé muy bien que no es comportamiento propio de una viuda escribir a un hombre requiriendo su presencia durante el primer luto, pero ya conoces lo que pienso sobre los casamientos forzados y el amor de verdad. Un matrimonio dinástico, impuesto a mi voluntad, puede marcar mi conducta pero no mi corazón. Al Conde lo he querido como esposo, a ti te amo.
> En las cartas enviadas al Papa y al duque de Borgoña, les confié la necesidad de encontrar un preceptor adecuado para mi hijo Alfonso y te propuse para el cargo. Tanto Su Santidad como Su Alteza me han dado sus bendiciones. A mi padre se lo diré en los funerales, como cosa hecha.
> Todo lo demás que tengo que contarte, que es mucho, lo haré cuando volvamos a encontrarnos. Entretanto, deseo que sepas que te llevo en mi corazón en todo momento.
> Que Dios te guarde, mi añorado jilguero.
>
> Yo, Urraca, infante de Castilla y Condesa de Galicia.

Debajo, escrito con letra apretada, añadía: «No debo recordarte la conveniencia de que destruyas esta carta de inmediato.»

Respiré hondo. La había leído deprisa, atropellando las líneas y devorando las palabras. Me tumbé en la cama. Quería releerla despacio y paladear aquel manjar para mi espíritu.

Era cierto, después de todo. Me seguía amando.

Y además me llamaba y anhelaba mi compañía, respetando mi libertad. No sabía qué pensar. A la intensidad de la alegría le traicionó un oscuro desasosiego por lo que podría suponer aquel vuelco otra vez

en mi vida.

En primer lugar, decidí no acudir con ella a los funerales. Ciertamente, no me parecía la mejor estrategia diplomática para mi posición aparecer ante la Corte en su compañía, si iba a ser el preceptor del infante y estando ella de luto.

Me reí para mis adentros. Tal vez me estaba volviendo un engreído. ¿Cómo me atrevía a contradecir los deseos de la infanta?

Me debatía entre la risa y la duda, entre querer gritar mi felicidad desde la ventana a quien pasara o meter la cabeza debajo de la almohada y ahogarme en suspiros, cuando se abrió la puerta sin llamar y apareció Nivardo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, mejor que nunca —contesté tratando de poner la mejor cara posible.

Nivardo torció el gesto.

—¿Acaso te complace el fallecimiento de mi señor el conde?

—No es eso, amigo mío. —Era natural que le ofendiera mi actitud, él sí estaba afectado por la muerte de su pariente—. Perdóname, te lo ruego. Es… esto.

Le mostré la carta. Quise explicarle lo que la condesa me decía en ella. Balbucí, no encontraba las palabras, hasta que algo se rompió dentro de mí como una frasca de vidrio soplado cuando se golpea demasiado fuerte con el metal. Miré a Nivardo con aire suplicante, me temblaban las manos, comencé a sollozar.

Debía ser una visión lastimosa ver a un hombretón de casi cuarenta años llorar por la carta de una dama, pero Nivardo venía de la cuna del amor cortés, conocía mis sentimientos y era mi amigo. Me abrazó como si fuera un muchacho y así pude dejar que se desbordara la emoción que con tanto ahínco había sujetado esos años.

—Me sigue amando, quiere tenerme a su lado.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Me solté de su abrazo y lo miré a los ojos. La decisión vino sola.

—Ir con ella. Y quiero que me acompañes, así podrás enseñar al niño el idioma de los francos y los usos de Borgoña. Pero no ahora, sino a la vuelta de las exequias.

Así se lo dije a Urraca en respuesta con el mismo emisario. Y así lo hicimos porque ella consintió en todo y hasta alabó mi prudencia en retrasar la partida y se mostró de acuerdo con los argumentos que le expuse.

Como quería quedarse en Zamora y no venir a Valdolid hasta que

hubiera transcurrido al menos un año del luto, fui yo el que se trasladó a la ciudad leonesa con tres carretas de enseres, seis baúles de libros y todo lo que pude recoger de mi taller de alquimia. Venía conmigo Nivardo como maestro de Gramática, Geografía e Historia, aunque su cometido tenía más que ver con el tributo de la amistad y el placer de la compañía. Y también Pelayo, que se hubiera dejado matar antes que abandonarme a mi suerte. Mi madre permaneció en la casa de Valdolid, atendida por Samsara y los demás criados, entregada a sus labores y obras de caridad, para lo que mandé proveer su peculio con las rentas de Fuensaldaña.

En Zamora la vida discurrió sin sobresaltos importantes. No teníamos fastos ni aún escuchábamos música, pero por las tardes se recitaban poemas en el cuarto de la condesa y ensayábamos bailes para cuando acabara el luto. El infante Alfonso era un mozuelo despierto, ágil de entendederas, que tenía gusto por las cosas que le enseñábamos. Yo seguía con mis estudios de alquimia y volví a ejercer la medicina para ocuparme de la salud de la pequeña corte y los casos agudos que me traían de continuo.

Urraca y yo paseábamos por la orilla del río y nos sentábamos a menudo solos para hablar. No dejábamos que nuestros sentimientos nos traicionaran, no nos besábamos ni nos tomábamos de la mano. Era tanta la felicidad de verla todos los días, que lo demás no importaba.

—Si somos discretos, nos mantendremos siempre juntos —solía decir ella.

Alguna noche, sin embargo, se corrían las cortinas de mi lecho y aparecía ella en camisa de dormir.

—Hazme sitio, Diego, que esta noche vamos a amarnos.

No era, como veis, doña Urraca mujer de melindres sino que sabía imponer su voluntad. Le gustaba la franqueza pero también el decoro, así que al amanecer se iba a su cuarto y todo volvía a ser como antes.

En Toledo arreciaban los vientos de guerra. Al sultán Yusuf, fallecido en aquellas fechas, le sucedió su hijo Muhammad, tan belicoso como su padre y con ansias por demostrar sus dotes de caudillo. Don Alfonso y el príncipe Sancho necesitaban dar un golpe de gracia al dominio almorávide en la Península, o al menos detener el avance que como en los tiempos de Almanzor amenazaba ya los condados catalanes.

El encuentro definitivo fue en Uclés.

Tampoco voy a describiros aquella derrota, la mayor de todas, donde Castilla perdió importantes plazas y, lo más grave de todo, a su heredero, el infante don Sancho.

El reino quedó sobrecogido. La pérdida había tocado al monarca en lo más íntimo: su único hijo varón, el reino de Toledo que le dio tanta gloria, la fama de conquistador. A Urraca se le fue la alegría. Iba y venía por el palacio como ausente, dando órdenes secas y quedando a menudo en suspenso, con el rostro destemplado. A mí apenas me escuchaba, aunque la verdad tampoco sabía bien qué decirle salvo que estaría con ella, hasta el final.

Se había convertido en princesa heredera.

El rey no tardó en pedirle que fuera a Valdolid. Tenía que ser jurada por los magnates y obispos mientras se le buscaba un marido.

—Esta vez vienes conmigo. Te lo ruego.

Asentí. Fue el único momento en que ella estuvo a punto de llorar.

El conde Ansúrez se apresuró a venir a Zamora para dar escolta a su ahijada y poner a buen recaudo al infante Alfonso, que desde ese momento se convertía en pieza codiciada para las alianzas de los linajes. Don Pero declaró sentirse satisfecho de mi presencia junto a la princesa, hasta el punto de nombrarme edecán suyo en los asuntos relacionados con la Infanta y por si llegaba el caso de faltar él, yo pudiera sustituirlo como consejero áulico de la heredera.

Cuando llegamos a Valdolid, el rey ya había decidido el marido que quería dar a su hija. Acuciado por la necesidad de detener la marea almorávide y con el ánimo de buscar la unión peninsular en toda la mitad norte, resolvió ofrecer la mano de Urraca al rey de Aragón, Alfonso I, conocido como el Batallador. Tras sopesar su decisión desde el punto de vista dinástico, sin tener en cuenta el carácter del elegido pero sí sus virtudes guerreras, afirmó ante sus senescales que sólo el rey aragonés, quien además poseía como titular la corona madre de Navarra, podía ser garantía fiable para un reino descorazonado. Así se lo comunicó nada más llegar a Ansúrez, que había sido el verdadero mentor de esta unión.

Lo demás, ya lo sabéis. Ella casó con el Batallador en el castillo de Monzón. Su augusto padre, un anciano de ochenta años consumido y triste, murió poco después y doña Urraca fue jurada reina propietaria de Castilla, León, Asturias, Galicia y soberana consorte de Navarra y Aragón.

Ambos monarcas firmaron capitulaciones por las que se concedían *imperium* y principado sobre los estados del otro, pero las venturas que habrían de venir con tales bodas y tantas coronas nunca llegaron sino que, al contrario, se multiplicaron las desgracias. Alfonso de Aragón encontró en Castilla un enemigo mayor que los almorávides: los linajes, que veían con malos ojos su injerencia en los asuntos del reino. Doña Urraca dejó muy claro que a ella le correspondía ejercer como soberana pero a don Alfonso no le satisfizo en demasía el papel de mero cónyuge y testigo mudo. Su dignidad de varón y la condición de esposo, decía, exigían de su persona mayores responsabilidades.

Haciendo honor a su apodo, pues razones tendrían quienes así lo titularon, el Batallador estaba más que dispuesto a hacer valer sus prerrogativas, bien lo sabéis vosotros que conocéis su determinación a ultranza. Los nuevos reinos de su corona, de los que en buena ley era titular pues los adquiría por ley canónica de matrimonio, eran gemas demasiado preciosas como para dejarlas al albur de los magnates. Estaba resuelto a ser un monarca de pleno derecho, ahora que había conseguido reunir los territorios peninsulares de la mitad norte salvo los condados catalanes de la Marca Superior. Deseaba titularse él también *Imperator totius Hispaniae* al modo del antiguo reino de León, como fue la voluntad del monarca castellano en el lecho de muerte cuando se dirigió a su futuro yerno como heredero de su fama y continuador de la reconquista leonesa: «Hijo mío —le había dicho—, os entrego un reino poderoso que ha sido faro en la recuperación de nuestra amada Spania y que con vos volverá a ser tan temido y victorioso como lo fue en mi juventud, bien seguro estoy de ello. Sois un cristiano ejemplar y la providencia de Dios os asistirá. Cuidad bien nuestro imperio, atended a mi hija y respetadla como legítima titular de esta corona gloriosa.»

Cualidades tenía, no puede negarse, quien fue saludado como cruzado ejemplar por el Papa, nuevo Carlomagno entre los francos y bienhechor de las órdenes de Jerusalén que se estaban formando por entonces.

El Batallador deseaba tomar las riendas de la Reconquista para

sojuzgar el reino taifa de Zaragoza, detener las conquistas almorávides y recuperar Toledo. No quería interferencias de nadie, ni siquiera de la reina legítima de León y Castilla y mucho menos de los magnates, ya había llegado a un acuerdo con el moribundo Alfonso VI y eso era más que suficiente. Sentía sobre sus anchas espaldas el peso de la tradición. Estaba consagrado a la guerra santa, la yihad cristiana que sus antepasados habían aprendido de los propios musulmanes. Y para que no olvidaran los méritos de su familia, don Alfonso recordó a los linajes castellanos que su hermanastro primogénito, Pedro I, había mandado levantar la fortaleza de Iuslibol[28] con el lema papal de la cruzada. Pero los magnates tenían igualmente presente la fuerte vinculación aragonesa con la sede pontificia, un juro regio de hacía cuarenta años pronunciado por el rey Sancho Remírez cuando peregrinó a Roma y puso el incipiente reino a disposición de la cátedra de San Pedro. Les horrorizaba pensar que la reciente corona castellana pudiera terminar como territorio pontificio, bajo la administración de la Curia.

Todo esto, a fe mía que lo conoceréis. No quiero, pues, distraeros con asuntos que pertenecen a la crónica de nuestros días. Pero ya que me habéis pedido explicar cómo he llegado hasta aquí, debo considerar ciertas cosas para lo que ha de venir ahora.

Sigamos, pues, con el relato.

El Batallador se obstinaba en gobernar Castilla, de modo que la reina se fue hasta Aragón para hacerle entrar en razones puesto que, como os he dicho, no era mujer que se dejara avasallar impunemente. Yo estuve todo el tiempo junto a ella y no es vanidad si digo que fui su sostén en aquellos momentos de desasosiego. Ya en Nájera, nada más reunirse la pareja, tuvo lugar el primer conflicto entre los dos, un malhadado encuentro en el que hubo palabras gruesas, amenazas, golpes con el puño en la mesa por parte de don Alfonso y un soberano portazo que dio la Reina Nuestra Señora cuando vio que no podía seguir porfiando.

Al conde Ansúrez se le demudó el rostro en los primeros compases de la reunión. Como muestra de buena voluntad había prestado vasallaje al rey de Aragón tanto en calidad de ayo de la reina como de Alférez Mayor de Castilla y León, llegando a poner en entredicho su regencia de Urgel. Don Pero jugaba esa carta por conveniencia política, pero también porque así se lo había pedido Alfonso VI en su agonía y porque en el fondo, al igual que El Magno, confiaba más en las prendas de guerrero del Batallador que en las virtudes de gobernante de doña Urraca, por ser mujer. Puedo afirmarlo sin temor a errar porque fui en todo momento acompañante del conde, salvo en

el momento de su jura en que permanecí al lado de mi señora unas leguas antes, porque ella no quiso asistir.

Yo sufría la injusticia con la que era tratada y el abuso que pretendían hacer de su condición femenina. A ella le animaba a no claudicar y con Ansúrez llegaba a situaciones de tensión casi insoportable.

—¿Y qué crees, amigo Diego? ¿Que no sufro yo también? La tuve entre mis brazos en su bautizo y prometí a la reina doña Constanza que siempre velaría por ella. Pero es Castilla, ahora, la que urge mis cuidados. Hemos pasado de señorear la frontera del Tajo a replegarnos al Duero. En Galicia y Asturias, los Castro, Manrique y otros linajes quieren coronar al Infante y romper con el de Aragón. Pero yo debo acatar el mandato de mi señor don Alfonso, que gloria haya, y no es otro que prestarle apoyo a quien hoy es nuestro rey. Además, creo firmemente que es el más capaz para continuar la tarea de la Reconquista y empujar al sultán de Marrakech hacia el Estrecho.

Capaz sí era, debo admitirlo. Y tal vez hubiera resultado un buen monarca para Castilla, como lo está siendo en Aragón, si no hubiera cometido el error fatal de despreciar a Urraca. Para él las mujeres son seres complicados e incomprensibles que hay que mantener al margen de las decisiones. Bastante tienen con criar buenos soldados, debe pensar. Pues don Alfonso es un guerrero puro que no gusta de palacios ni músicas; ama la vida de campamento, siempre de un sitio a otro y con el cielo como techo. Prefiere la compañía de sus capitanes a las más hermosas mujeres de la Corte.

Ni siquiera intentó consumar el matrimonio con mi señora. Tengo buenas razones para pensar que le produce aversión el cuerpo femenino. Tampoco es que insistiera doña Urraca en ello, a pesar de que el monarca era hombre apuesto, joven y de buen cuerpo. La reina pensó que un matrimonio sin consumar era la mejor arma para preservar su independencia y el futuro de su hijo frente a un posible heredero nacido del aragonés. Y debo añadir que ella no planificó esta situación, que aunque la favoreciera le venía impuesta, pues lo cierto es que cuando estuvieron juntos, en vez de gustarse y hallar placer en la compañía mutua como ha de suceder en un matrimonio, se aborrecieron desde el principio.

Después de la boda, y a imitación de su suegro, el Batallador tomó el título de emperador en aquella ceremonia en Huesca a la que la reina no acudió. Doña Urraca volvió a Valdolid y él mandó emisarios a las Cortes de León, Castilla y Galicia exigiendo su proclamación y que lo jurasen como soberano. Ante la negativa y falta de enmienda, el monarca entró en Castilla con un ejército grandioso que fue rindiendo una por una todas las plazas que atravesaba, hasta que puso

a la Reina presa.

Ahí rompí relaciones con don Pero Ansúrez.

El conde trataba de convencer a la soberana de que cediera a los requerimientos de su esposo y excusaba su propia insistencia por el vasallaje jurado. Cuando ella le recriminó con dureza lo que llegó a calificar como «traición a la Corona que vos siempre habéis defendido», él respondió desafiante que «esa corona la lleva ahora el Batallador».

Entonces yo me interpuse entre los dos.

—Es suficiente, conde. La Reina ha dejado las cosas claras y ha dicho su última palabra. Estamos en guerra con el rey de Aragón y sabremos defendernos y restaurar los derechos de estos reinos, ganados con la sangre de tantos hijos suyos. Elegid vuestro bando, si es que sois capaz.

Ansúrez me miró con un gesto en el que creí adivinar tanta extrañeza como rencor. Sin que su buena disposición hacia la reina y hacia mí mismo perturbara mi voluntad, yo lo contemplaba en el espejo de mis propios sentimientos, evitando admitir lo que hubiera de sensato en sus razonamientos. Alfonso I era un buen rey, sí, probablemente el mejor candidato para rescatar a Castilla de su postración y devolverle la gloria pasada, pero la reina Urraca quería gobernar por sí misma y no dejar que sus reinos se perdieran, o quedaran desnaturalizados en la antigua corona de Navarra o en la más pujante de Aragón. Y en ese trance, sin duda alguna, era menester apoyar a la soberana natural. Así se lo expresé al conde y os juro que así lo pensaba, más allá del amor que sentía hacia quien ocupaba el trono. Para mí se trataba de una cuestión de lealtad a la Corona de Castilla, mi patria de adopción, y de fidelidad al honor de los Mendoza-Quiñones, el linaje que con absoluta generosidad me había entregado mi añorado don Suero.

Pero también pretendía que se mantuviera el principio de dignidad equitativa ante la condición de mujer. Los fueros castellanos nos daban la razón: una hembra tenía capacidad para heredar y ocupar el trono; si su voluntad era reinar por sí misma, no era de ley impedírselo. Por esta razón Urraca y yo decidimos hacer de esta causa derecho de costumbre, para futuras generaciones y en previsión de nuevas reinas propietarias.

Don Pero cabeceaba mientras escuchaba mis argumentos y asentía, pero su preferencia por el varón era insoslayable, más teniendo en cuenta el panorama bélico. No había posibilidad de acuerdo y la situación me obligaba a tomar partido. La memoria de don Suero presidía mis pensamientos en la toma de decisiones. A él le hubiera costado más enfrentarse al conde por su vieja amistad, pero yo estaba

convencido, y aún lo estoy, caballeros, de que hubiera apoyado sin tibieza la postura que, con más agallas que esperanza, yo tomé con decisión.

—La Casa de Mendoza y Quiñones está del lado de la Reina Nuestra Señora, como a buen seguro lo estaría mi padre que en gloria esté —añadí, para dar empaque al momento y por rendir tributo a don Suero, pero también porque quería aliviar la tensión de doña Urraca, a quien veía al borde de las lágrimas.

Había allí quince caballeros, cada uno con señorío y mesnadas. Cinco se fueron con el conde. Diez se quedaron conmigo.

Gracias a que la soberana mantenía muchos fieles a la memoria de su padre entre soldados, alcaides y capitanes, conseguimos liberarla de la prisión poco después. Yo hice que los mayorazgos que permanecieron a mi lado jurasen poner vida y hacienda al servicio de ella para protegerla de un marido que por muy rey que fuera la maltrataba de palabra y, me duele reconocerlo, también de obra.

Como Aragón quedó descuidado de defensas por la guerra en Castilla, los almorávides tomaron Zaragoza en el año 10. El Batallador lamentó aquellas «malditas e descomulgadas bodas»[29] que lo habían apartado de su reino y se fue hasta Huesca a reorganizar de nuevo su conquista. Pero cuando quiso volver a Castilla era tarde para sus propósitos de dominio, pues los magnates habían reunido un ejército que finalmente pudo vencer a los aragoneses. El monarca terminó sitiado en Carrión, mermado de apoyos, aunque los burgueses de Sahagún y otras villas del camino de Santiago mantuvieron su alianza con él porque prometió librarlos del régimen señorial y aliviar sus cargas tributarias.

Mientras tanto, el alto clero en Castilla se movía para que el pontífice declarara nulo aquel matrimonio entre primos con tercer grado de consanguinidad. Los cluniacenses, recelosos de un monarca como el Batallador que se enfrentaba y perseguía a los obispos, movieron sus poderosas influencias cerca de la Santa Sede.

La Reina me pidió que intentara conseguir cuanto antes la nulidad matrimonial y juntos convinimos que lo mejor era que viajara a Borgoña para recabar apoyos directos, tanto de la orden benedictina a la que pertenecía el Papa, como de la familia condal, pariente del pontífice.

Fue allí, en Borgoña, donde oí hablar por primera vez del conde Hugo de Troyes, que luego habría de tomar el título de Champagne. Me encontraba en la ciudad de Mâcon, con la misión de llevar al gran monasterio de Cluny una carta de doña Urraca que solicitaba del abad

apoyo para su nulidad matrimonial y tratar de arrancarle un compromiso frente al papado.

«Acaba de regresar de Tierra Santa», me dijeron. Todo el mundo hablaba de él y de un joven benedictino llamado Bernardo, vinculado a su casa, que se había unido a los monjes rebeldes de Citeaux[30] para reformar la molicie y vida mundana de los cluniacenses con la vuelta a la regla primitiva de pobreza, silencio y trabajo manual. Bernardo quería fundar una nueva orden monástica de observancia benedictina y estricta práctica contemplativa mientras el conde tramaba establecer en Jerusalén una orden de caballeros que, haciendo los votos para defender la Cruz, tomaran la espada.

El propio abad de Cluny estaba al corriente de lo que pasaba, y también preocupado. El conde Hugo acababa de donar a Bernardo una fuerte suma de dinero, junto a un amplio terreno en Clairveaux[31] para que levantara allí un nuevo monasterio en el que instalar a sus monjes reformados.

—Tal vez sea lo mejor —dijo el abad entre dientes. Y añadió, mirándome, mientras me entregaba la carta para doña Urraca—: No creo que quieran hacernos la guerra aquí en Borgoña, esos monjes reformados.

—¿Por qué lo decís?

Mi curiosidad era tanta que ni siquiera le di las gracias ni mencioné más el enojoso asunto de la nulidad de mi soberana, con el que el abad se había mostrado totalmente de acuerdo.

—La idea de cruzada del conde Hugo es más ambiciosa que todo lo que se ha hecho hasta ahora. Quiere organizar algo más sencillo y duradero que una costosa expedición encabezada por príncipes con la inevitable obligación de retornar a Europa. Sé que está buscando la manera de permanecer en la Ciudad Santa con una orden militar de caballeros que hagan también los votos benedictinos. También sé que ha intentado convencer a Bernardo para fundar allí monasterios según la regla reformada, pero éste se niega porque rechaza que sus monjes tomen la espada. Me han dicho que últimamente ha buscado el concurso de su senescal Hugo de Payns, primo de nuestro monje Bernardo y que ya peregrinó con él a Jerusalén hace unos años. No sé qué ocurrirá, micer Diego, ambos son casados y no pueden ser monjes, pero confío en el conde Hugo. Es un hombre piadoso y de gran discernimiento. Dios no lo dejará de su mano.

No pude indagar mucho más porque tuve que volver deprisa a Spania, con el fin de estar presente en la villa castellana de Peñafiel, donde iba a sellarse un pacto entre los regios esposos y sus facciones.

Hubo concordia, pero de poco habría de servir aquel acuerdo arrancado a cara de perro entre los dos bandos y con un Alfonso cada vez más airado con la reina, a quien acusaba de haberle engañado con falso consentimiento para el matrimonio. Doña Urraca blandía la no consumación y la consanguinidad como causas de un proceso de nulidad que estaba ya en marcha en Roma.

—No voy a contrariar los deseos del Papa, Alfonso. Debemos separarnos hasta esperar el arbitrio del Pontífice.

El rey la contemplaba ceñudo, rodeado de sus capitanes, en el salón del imponente castillo que corona una gran peña a orillas del Duero. Tras dar unos pasos enérgicos arriba y abajo, con el puño bajo el mentón, ordenó a quién «aún era su esposa ante los ojos de Dios» que lo acompañara, ella sola, a una estancia contigua.

Algunos caballeros castellanos quisieron interponerse; varios aragoneses sacaron sus espadas y se acercaron a ellos amenazantes. Doña Urraca alzó la mano y habló con gran serenidad.

—Haya paz, señores. Si el rey quiere comunicarme alguna decisión a solas, debemos respetar su deseo.

Mirándome a los ojos cuando pasó por delante, la reina se dirigió a la saleta con aquella dignidad que había ganado en los últimos años y hacía de ella la viva imagen de la majestad.

Antes de entrar, se volvió hacia su marido para hacer una última advertencia:

—Y no olvidéis en ningún momento, señor, que soy hija del emperador Alfonso y la reina Constanza de Borgoña y nieta de Fernando el Magno de Castilla y doña Sancha de León.

Dentro se oyeron voces destempladas, gritos, incluso golpes. Yo estaba tan alarmado que hice amago de acercarme a la puerta para poner término a aquello, pero las espadas de los aragoneses me lo impidieron. Luego supe que don Alfonso trató de forzar a la reina para consumar su estéril matrimonio, que recibió un fuerte bofetón como respuesta y que acabó exigiendo villas y dineros si se retiraba.

Salieron descompuestos, con la ropa maltrecha, sin ganas de volver a verse y dejándonos a todos, castellanos y aragoneses, abatidos, con mayor odio que antes.

En 1114 se reunió un concilio en Plasencia que finalmente declaró la nulidad del enlace.

Urraca había ganado.

Sin apoyo entre los estamentos castellano-leoneses, decepcionado y bajo amenaza de excomunión, el Batallador retornó a Aragón. Bien es

verdad que no acabaron ahí las penurias de la reina. Hubo de enfrentarse con el mismo empeño a la desunión del reino, al intento de coronación de su hijo en Galicia y al continuo afán por apartarla del gobierno. Yo me mantuve a su lado sin fisuras ni mover un ápice mi lealtad.

Durante doce años.

Sacrifiqué horas de estudio y el cuidado de mis asuntos porque ahora cumplía que me dedicara a ella. Su necesidad era la mía. Su amor, mi mejor consuelo. En Urraca hallé comprensión, pero también el jardín a cultivar, la amiga con altura de miras y gusto por la filosofía con quien podía hablar a mis anchas. A menudo nos quedábamos solos en sus habitaciones o las mías, sin importarnos lo que pudieran murmurar, con la sola intención de conversar o recitar poemas. Entonces no era ella más la reina ni yo su consejero. Fuimos sólo Urraca y Diego.

En el año 25 el príncipe Alfonso se levantó contra su madre. Era un joven prudente que hasta entonces supo guardar respeto por los derechos de su progenitora, pero el linaje de Lara lo tenía envenenado. Querían manejar su voluntad, sentarlo en el trono cuanto antes. Afirmaban que la reina había causado ya demasiados conflictos, que era de temperamento intratable y que, además, estaba amancebada con un antiguo juglar. El príncipe acabó cediendo y se mostraba ansioso por ceñir la corona, pero los deberes dinásticos no son cosa que se pueda cambiar al antojo de los magnates ni por la impaciencia de un joven, por heredero que sea.

—Tampoco esta vez vamos a entregar el reino a cambio de nada, Diego.

Yo me sentí halagado con aquel «vamos» en el que Urraca depositaba algo tan caro al amor como compartir la voluntad y forjar juntos la esperanza.

Busqué partidarios, reuní mesnadas. Aticé rivalidades para ganar favores de quienes se detestaban. Dejé a la Reina en Ponferrada, camino de Santiago de Compostela, con el objetivo de pactar una alianza con Gelmírez, su poderoso obispo. A cambio de cuantiosas rentas y el gobierno del condado, el mitrado pasó de enemigo a aliado.

Decidimos, además, que yo acudiera de nuevo a Borgoña para ganar apoyos y conseguir dineros, pues las arcas estaban vacías y Urraca debía a los prestamistas judíos más de lo que podía recaudar durante diez años. La Corona no recibía ya oro de las taifas y el reino andaba desquiciado con malas cosechas, robos y asaltos. Pero no podíamos alertar a nuestros enemigos ni darles pistas de lo que estábamos tramando. Había que urdir alguna treta y ganar tiempo,

mientras sacábamos ventaja del desconcierto.

En bando público, doña Urraca hizo saber que se disponía a enviar el corazón preservado de su esposo el conde don Raimundo a la abadía de Chaumont para quedar custodiado entre los restos de la familia ducal, como había sido su voluntad testamentaria y que hasta la fecha no se había cumplido. Añadía la proclama que para la misión de acompañarlo había sido nombrado enviado especial don Diego de Mendoza y Quiñones, conde de Fuensaldaña y Sarriá, señor de Tordehumos y Mayordomo de la Real Casa.

Ése era yo, mis respetados freires, un representante regio que debía ocultar los verdaderos motivos del viaje hasta a mis acompañantes para preservar la discreción de mi embajada. Don Suero se hubiera reído de mis tribulaciones ante la coincidencia con la empresa que hizo que nos conociéramos, pero a mí me pareció que aquello era señal y aviso: lo que había empezado de manera pareja, bien podía acabar de igual suerte. Por algún extraño motivo que debo achacar más al pálpito que a la razón, pensé que mi aventura mundana podría estar llegando a su fin, que la epopeya del pícaro pudiera estar agotándose sencillamente porque el camino del aprendiz de las maravillas de la vida había concluido ya.

Y así es como vine por segunda vez a vuestra tierra. Me hospedé primero en la abadía de Clairvaux, pues la influencia monástica se hallaba ya en manos de los reformados cistercienses, y yo debía buscar su apoyo. Allí me recibió el abad Bernardo, macilento por los ayunos pero tan sagaz, infatigable y cuerdo, que pude comprender por qué su voz resonaba en toda Europa y sus seguidores continuaban acudiendo en tropel a las decenas de abadías que se estaban construyendo.

—Un hijo no debe levantar el brazo contra su madre sino estar con ella en lo que sea menester, micer Diego. Si ahora que ya tiene la edad, y siendo mozo cumplido según decís, desea ejercer el gobierno, ha de buscar primero el beneplácito y la guía de la Reina, pues su corona es la legítima. Pero doña Urraca, que es mujer de discernimiento y brava según tengo entendido, como lo fue su madre doña Constanza, tampoco debe negarse a los deseos del hijo, que son naturales y están dentro de la ley de Dios. Buscad el entendimiento. Mis abades en Castilla están a vuestra disposición para concertar paces y apaciguar las facciones. Yo mismo iré, si está de la mano de Dios que mi bendición aplaque los ánimos.

—Agradezco a vuestra paternidad tan generoso ofrecimiento en nombre de mi señora la Reina y para bien del reino.

El abad asintió con un gesto de la mano como tratando de quitarle

importancia, luego hizo una pausa, se levantó, fue hasta un atril que sostenía un libro abierto y escribió algo en él mientras hablaba sin mirarme, como si dictara sentencia.

—También os pido, como caballero que sois, que respetéis la persona de la Reina. Sé que tenéis intimidad con ella.

Pasé súbitamente del beneplácito a la irritación por lo que me resultaba una intolerable alusión a mi sacrificado papel. ¿Quién era el abad Bernardo para afearme la relación de amor y la lealtad que le tenía a Urraca, si ninguno cometía adulterio? No respondí a su entrometida requisitoria y me limité a agradecerle su apoyo. Una semana después, tras compartir los rezos y cánticos de los monjes, observar el trabajo en el huerto y, sobre todo, leer cuanto pude en la biblioteca, me trasladé a Dijon para ser recibido en el palacio de los duques de Borgoña.

Ahí me llegó la noticia.

Un mensajero demudado me entregó un memorial con el sello de Castilla y el nombre de Alfonso. Temí una baladronada, otra derrota, la Reina presa o cualquier desgracia como las muchas que tuve que soportar en los últimos años.

Pero era aún más. La última prueba.

Urraca, la soberana que gobernaba mi vida con tanta potestad como su reino, la mujer que se había convertido en mi alegría y a la que amaba desde hacía lustros, había dejado de existir. Su cuerpo fatigado yacía entre los sepulcros regios de San Isidro en León.

¿Qué podía hacer?

Mi embajada perdió sentido y quedé sin horizonte, abandonado de ánimo para sobrellevar el día a día en la corte borgoñona. Volver no era posible, siendo yo el mayor enemigo vivo del nuevo rey. No me quedaba, pues, otro camino que el destierro voluntario. Y al punto comprendí que debía emprenderlo como mi señor El Cid, enfrentando la soledad con gallardía.

Se cumplía así mi presentimiento. Las cosas parecían volver a su origen en el ciclo de la vida. Con la muerte de Urraca se agostaba el amor como sentimiento vivo, aunque no su verdad ni tampoco la entrega que había significado en mi vida madura. Ahora debía aceptar la situación humildemente, obrar según la sabiduría que había adquirido con el correr del tiempo. Concluir. Quedaba así como al principio, lo mismo que el apostador pertinaz que fuerza su suerte. Si salí de Córdoba siendo un golfo ignorante que no poseía nada y lo quería todo, bien podía retornar a mi orfandad como un jugador prudente que se aparta del oropel, tras haber logrado mucho.

Mi decisión se me apareció clara como el cielo de Castilla al alba. La Conciencia Universal que yo tanto respetaba, se llamara Alá, Santa

Trinidad, Yahvé o Principio y Fin de Todas las Cosas, me dictaba su última lección magistral: debía volver al principio, dejarme llevar por la rueda del eterno retorno que predicó mi admirado Pitágoras.

En pocas horas fui aceptando con mansedumbre el devenir y la pérdida. Poco a poco tomé la decisión: renunciaría al bienestar, al regalo de una vida plácida. Fue entonces cuando pensé que tenía que abandonar incluso el gobierno de mí mismo para darme a los demás, a quien necesitara la ayuda que yo pudiera prestar. Sólo así habría de encontrar la paz definitiva y podría prepararme para dejar este cuerpo, volver al Todo y tal vez renacer más limpio, en mejores circunstancias.

---

28 «Dios lo quiere», en lengua provenzal.

29 Expresión literal del monarca aragonés recogida en las crónicas medievales.

30 Císter, en castellano.

31 Claraval.

24

Después de solicitar venia al abad Bernardo y gracias al duque de Borgoña, me acogieron los monjes del monasterio de Fontenay como hermano lego en el *scriptorium*, en tanto yo decidía si quería unirme a ellos. Había decidido que lo mejor era hacerme monje, pero dudaba entre el régimen cómodo y estudioso de los cluniacenses, cuya hipocresía en el fondo aborrecía aunque su riquísima biblioteca me atrajera irremediablemente, o la vida de sacrificio del Císter, más auténtica pero también más ignorante.

Mandé a Pelayo de vuelta a Valdolid con órdenes tajantes para que Nivardo tomara posesión de mi casa y hacienda, salvo lo que legué al Císter por su hospitalidad y una parte que me reservaba en caso de necesidad. «Algún día nos volveremos a encontrar», le decía en la carta que entregué a Pelayo para él, «pero entretanto yo hago aquí lo que podrías hacer tú, mientras que en Castilla tú eres quien debería ser yo: un digno sucesor del linaje de Mendoza y Quiñones».

Con parecidos ruegos le encargaba atender a mi madre: «Dile que la sigo amando como cuando no la tenía. Ahora soy yo el ausente pero puesto que la recuperé para dicha de los dos, la entrego a tus cuidados para que halle en ti la piedad filial que yo no supe darle.»

Sin pretender que comprendiera por completo mis razones, le exponía mi decisión de abrazar la vida monástica: «El ideal de una vida en común, despojada y contemplativa, es lo único que puede llenarme a estas alturas de mi vida. Tú eres joven y tienes ante ti gran parte del camino que debes transitar en la vida. Toma mi herencia como tributo de amistad y legado de este maestrillo que vuelve a ser lego en la tierra de tus mayores. Confío en la discreción que guía tu inteligencia y conozco bien la bondad que gobierna todos tus actos. Te ruego que mantengas el estricto sentido de la justicia que compartimos y conserves con honor la memoria de don Suero. Y no dejes de amarme, como yo a ti.»

Dediqué mis horas a iluminar códices y traducir manuscritos del árabe y el hebreo. Pasaban los meses y las estaciones y no echaba de menos nada. Poco a poco fui encargándome de la botica del monasterio para volver a mis quehaceres, a calentar alambiques, encender retortas, macerar plantas, reducir polvo de hongos.

Hasta que un día me llamó el abad.

—Hace casi dos años que vivís entre nosotros y aún no me habéis

dicho si deseáis tomar el hábito cisterciense. Sabemos que dedicáis parte de vuestro tiempo a la alquimia y leéis libros que pudieran ser impíos. Debéis cesar en vuestro desatino, don Diego, renunciar a vuestra vanidad y ser de los nuestros, o abandonar de inmediato este cenobio.

Pedí un tiempo de reflexión.

No me gustaba el tono de admonición con el que me advertía de una supuesta desviación de conducta que sólo existía en la suspicaz imaginación de su mente demasiado obtusa. Tampoco la alternativa intransigente entre mostrar sumisión o ser expulsado. Además, en el fondo despreciaba su noción del trabajo manual como forma de santificarse y pensaba de corazón que la cultura referida sólo a Jesucristo y su Iglesia quedaba amputada en su verdadera dimensión. Estaba, además, cansado de tener que aceptar lo que me viniera, sin que yo pudiera poner las condiciones. Desde que don Suero me arrancó del soportal de la mezquita, me había pasado la vida acatando los hechos consumados, teniendo que reverenciar a la Providencia por los continuos dones, siendo obediente y besando la mano de quien me hacía el favor.

Pero ahora tenía cincuenta y cuatro años y ya no debía nada a nadie, todos mis apoyos habían muerto. No había ningún papel que representar salvo el de la dignidad ante mí mismo. Había llegado el tiempo de enfrentarme al mundo por voluntad propia, tomar mi camino solo.

Mas ¿adónde ir? No podía hacerme cisterciense, pues aunque no me disgustara convivir con ellos, no soportaba su intolerancia. Tampoco el espíritu de la orden volcado hacia la utilidad material de las labores del campo, la fragua y el taller, pero negado al conocimiento de lo filosófico. No llegaba a identificarme con esos monjes obligados a continuos rezos, ayunos y flagelos, felices de su condición de esclavos. Llegué a pensar que mi destino podría ser la orden de los Hospitalarios fundada hacía poco en Jerusalén, un lugar desde luego adecuado para alguien que había sido médico. No había pensado en llamar a vuestra puerta porque la milicia no era lo mío, ni tampoco la lejana Jerusalén. Pero eso era antes de conocer la otra misión del Temple, su cometido secreto.

No sabía qué hacer. Comenzaba el verano de 1128; hacía dos años que había muerto Urraca y tres desde que salí de Castilla; me habían expulsado de Fontenay y no tenía nada que hacer salvo vagar de corte

en corte con mis trovas de amor, agotando los escasos dineros que me quedaban porque un conde de Castilla no debía mancillar sus manos con dinero menestral.

Entonces llegasteis vosotros cerca de donde yo estaba, como siempre ha ocurrido en los azares de mi vida con la probada enseñanza de ofrecerme guía al espíritu y fuerza a la voluntad.

«Se llaman a sí mismos templarios y son monjes soldados», me dijeron.

En toda Francia no se hablaba de otra cosa. Después de permanecer ocho años junto al Templo de Salomón, el Gran Maestre templario Hugo de Payns volvía a Champagne con el encargo cumplido de su conde y traía con él la regla de la milicia para que fuera aprobada por la Iglesia y reclutar adeptos. Decían que en Jerusalén el rey Balduino os había concedido las caballerizas que se encuentran sobre las antiguas ruinas del Templo de Salomón y que de este enclave vuestras mercedes toman el nombre. En Troyes estaba a punto de celebrarse un concilio en el que el mismo abad Bernardo iría a defender la nueva orden ante toda la Cristiandad.

Supe entonces que vivís en comunidad, que observáis estricta pobreza, obediencia y castidad, pero que además de orar, combatís. Algunos de los jóvenes borgoñones que me relataban estas cosas estaban decididos a ingresar en vuestra milicia por ímpetu conquistador y para defender la Cruz, pero me dijeron que había también viudos desengañados del mundo o maduros caballeros que querían lavar sus pecados, dispuestos a abrazar la milicia cuando estuviera plenamente admitida por la Iglesia, pues aunque el patriarca de Jerusalén la había bendecido, aún debía autorizarla el papa de Roma y los obispos de Francia.

Tras abandonar Fontenay resolví acudir a Troyes, que no dista más de ciento veinte leguas, para escuchar de cerca lo que iban a exponer aquellos hombres de los que se decían tantas cosas. Anhelaba conocer al Gran Maestre, intentar hablar con él, pero cuando llegué a la ciudad supe que había emprendido viaje a Flandes, Inglaterra y Escocia para hacerse cargo de las numerosas donaciones que le habían ofrecido los reyes y nobles de aquellos reinos.

En tal caso, pensé con atrevimiento, tal vez podría recibirme su señoría el conde de Champagne.

Como el duque de Borgoña conocía mi situación y sabía que había dejado en tutoría mis bienes a su sobrino Nivardo, me acogió con amabilidad, hospedándome en el hermoso palacio que tiene en la ciudad. A petición mía, hizo las presentaciones con el conde Hugo y ese encuentro cambió mi vida, hermanos, lo que no ha de extrañaros ya que su voluntad y entendimiento ha inspirado vuestra fraternidad.

Durante los cuarenta días de preparativos que transcurrieron hasta comenzar la asamblea, mientras llegaban los padres conciliares y el maestre retornaba de Inglaterra, traté mucho al conde Hugo. Su Alteza y yo tomamos pronto confianza y pasamos varias tardes paseando por el Bosque de Oriente junto al hermoso lago que queda cerca de la ciudad. Durante nuestras pausadas caminatas, que fueron como bálsamo para la fiebre de mi espíritu, yo iba relatando al conde las mudanzas de mi vida. Recuerdo cuánta admiración le producían y el regocijo que mostraba por el modo en que le contaba mi ascensión a las distintas esferas, como daba yo en llamar a los puntos y escalones de mi *tetratkys*.

—Así llamo al triángulo pitagórico en que se ha convertido mi andadura en este mundo y que, del mismo modo que el maestro heleno, me gusta interpretar como una lira con acordes unas veces afortunados y otras más lastimeros, pero siempre hermosos.

—¿Y ésa es la música que interpretáis con vuestras canciones?

—Sí. Tal vez por ello tuve siempre facilidad para tañer el laúd y temprana afición a cantar y componer romanzas. Creo que el triángulo de mi vida adulta se ha formado gracias a la base de la poesía, más el escalón de la alquimia médica y el punto culminante de la música. La fuerza del amor hacía que todo funcionase y estuviera en equilibrio. Y cuando esto sucede soy capaz de sentir la armonía, quiero decir la felicidad en esta vida terrenal, aunque tal vez esto sea demasiado pagano y debiera decir, la armonía de la Creación.

El conde se quedó mirándome sonriente y pensativo.

—Sois un filósofo, Diego. Me asombran vuestros pensamientos.

Ya que callaba, continué.

—Creo que esta escala de valores dispuesta en esferas armonizadas sobre cuerdas como en los instrumentos, o rayas a la manera de los cantorales, es lo que ha producido la música en mi existencia, un estado de felicidad que no se ve ni puede palparse pero sí existe y es posible comunicar.

Con la sonrisa permanente en el rostro, las manos cruzadas atrás y una mirada divertida que tan pronto se perdía en el horizonte como resbalaba por el suelo, él escuchaba con atención. Pero yo también deseaba conocer su peripecia en Oriente, saber qué le impulsó a crear vuestra orden a través de su senescal.

—¿Qué encontrasteis en Jerusalén, conde? ¿Qué tiene que ver el Templo de Salomón con la redención de Cristo?

—Cuando acudí en peregrinación a Tierra Santa por primera vez, hace ya veinte años, Jerusalén estaba en paz bajo dominio cristiano. La cruzada del año 1000 había dado sus frutos, aunque todavía los invasores otomanos asaltaban a los peregrinos por las rutas del sur

para esclavizarlos o pedir rescates. El califato fatimita, que tolera a los cristianos, se hallaba cercado en Egipto y en Siria había sido barrido por completo.

—¿Creéis que los otomanos seguirán avanzando, que intentarán reconquistar Jerusalén para Alá?

—Estoy seguro, de ahí la necesidad de una fuerza militar permanente que les hiciera frente para defender Jerusalén y librar a los peregrinos de la tiranía de los otomanos.

—Todos los que han acudido allí parecen haber pensado lo mismo.

—En efecto, micer Diego. Pero existen matices muy importantes. Los hospitalarios de San Juan, que fundaron los navegantes de Amalfi, eran monjes benedictinos que tenían un cometido preciso, atender a los enfermos. Levantaron sus primeras casas antes de la cruzada y nunca se mostraron hostiles a los musulmanes hasta que llegaron los otomanos. Entonces se hicieron también soldados. Además de los enfermos, en sus hospitales acogen como huéspedes a los comerciantes de Génova y Venecia, que son quienes mejor conocen el terreno y la complicada red de pactos familiares entre las tribus árabes. Llevan varias décadas implantados y os aseguro que sacan rédito de su actividad, pues los mercaderes italianos pagan sus buenos dineros por esta red que les da seguridad, y así los Caballeros de San Juan pueden construir más hospitales.

—¿Y los caballeros del Santo Sepulcro?

—Se concentran en la defensa militar de los enclaves principales en los que sucedió la pasión de Cristo, aunque todavía es pronto para saber si cumplen bien su objetivo pues sólo hace un par de años que se fundó su orden.

—Entonces, ¿por qué una orden más?

El conde me tomó del brazo y adquirió otro tono en su conversación, más confidencial.

—Digamos que tener aseguradas la atención de los enfermos y la custodia de los Santos Lugares nos deja libertad de acción para llevar a cabo nuestros propósitos.

—Que son ayudar y defender a los peregrinos, según tengo entendido.

El conde Hugo se detuvo y volvió a mirarme a los ojos.

—Ésa es nuestra tarea exterior, por así decirlo, nuestro deber hacia la Cristiandad, que es a la que pertenecemos. Pero nos mueve un impulso aún mayor, conde Diego, un afán de conocimiento superior por encima de credos y profetas que pretende llegar a la Noche de los Tiempos y al alba de la Humanidad.

Habíamos reanudado el paso y esta vez fui yo quien se detuvo para

mirarle fijamente a los ojos. Estábamos en la cresta de un montículo desde el que se divisaba la superficie centelleante del lago. La mirada del conde era intensa e inescrutable, de tal manera profunda que me sentí inquieto, empequeñecido. Y se le había borrado la sonrisa.

—¿Un conocimiento superior...? —comencé a decir casi balbuceando, desconcertado por el efecto de sus palabras.

Debía sentirme tan inseguro en aquel momento que al intentar penetrar en la intensidad de su mirada me incliné sin quererlo hacia él, perdí pie y me resbalé con unos guijarros. Involuntariamente, apoyé mi mano sobre su brazo. Él la sujetó con firmeza hasta que recobré el equilibrio. Sin soltar del todo mi mano siguió hablándome.

—Sí, amigo mío, un conocimiento tan vasto que ni en toda una vida podríais abarcar; tan antiguo que se remonta al tiempo anterior del Diluvio. Una sabiduría que desentraña las leyes del Universo, que explica el mundo como un prodigio de inteligencia en acción nacido de la Conciencia Única y Universal.

Me quedé mudo, sin saber qué decir. Nunca unas pocas palabras saciaron tanto la sed de mi espíritu.

Él había soltado mi mano, pero yo seguía con ella ahí, en su antebrazo, incapaz de hacer o decir nada, como si cualquier movimiento pudiera romper el encantamiento de ese instante en el que sentía abrirse un arcano desconocido ante mí, una puerta abierta que me atraía con fuerza. El conde, notando mi embarazo, hizo un gesto mundano y desenvuelto, consiguió que mi mano encajara detrás de su codo y tiró de mí para seguir paseando del brazo, como esos señores principales que caminan de esa guisa amparados en la amistad o el mismo rango.

Quise estar a su altura y me decidí a hablarle con total confianza.

—Pero, conde Hugo, durante todo el tiempo que llevo aquí, en el que apenas he oído hablar de otra cosa que no sean los Caballeros del Temple, no he escuchado nada semejante.

—Es natural. Ésa es nuestra tarea interna, como iniciados, y por lo tanto oculta.

Mi sorpresa fue aún mayor. Iniciados, oculta... ¿qué querría decir?

—¿Qué significa ser iniciado?

—Ser admitido por un maestro con autoridad en el círculo infinito de la sabiduría; aceptar el trabajo de perfeccionarse a sí mismo, profesar la humildad que requiere el aprendizaje en silencio y con discreción, mantener la observancia de la pureza y la vida natural, sin oropeles.

—Y vos fuisteis iniciado.

—Sí. Por un maestro que la Providencia puso en mi camino.

—¿Y por qué no os fuisteis al desierto, como los eremitas, para llevar esa vida?

—Por que creo que el hombre no ha nacido para estar solo sino en comunidad. La convivencia fraternal domeña nuestra voluntad, amigo Diego. Nos ayuda a mantenernos en la ruta trazada.

—Como los benedictinos —dije yo como un eco de mi mente en la que empezaban a bullir muchas preguntas.

—Sí, pero distintos. No queremos estar apartados del mundo sino permanecer en él y obrar en consecuencia.

—Entonces, ¿cómo...?

Llegados a este punto, vuestro fundador me interrumpió amablemente y sin detenerse ni girarse del todo pero volviendo su persona hacia mí, me dijo en tono divertido mientras daba unos golpecitos en mi mano.

—Me temo que ya no puedo deciros más, amigo mío. Para saber lo que queréis saber, tendríais que haceros templario.

—Comprendo —asentí con la cabeza gacha, desilusionado.

—Sólo así estaríais sujeto al juramento de nuestro secreto y yo podría confiaros la verdadera naturaleza de la orden.

Seguimos caminando en silencio. A lo lejos, se divisaban las torres de Troyes y ya empezaba a oírse la algarabía de la ciudad. Me solté de su brazo y tuve un arranque espontáneo.

—Sois el último maestro que la Providencia ha puesto en mi camino y no quiero desaprovecharos. —El conde sonrió y dejó que continuara—. ¿Os parece que antes de retornar a la ciudad, nos acerquemos a esos árboles de allá abajo para continuar nuestra conversación?

—Lo haré de buen grado, pero mejor os llevaré a otro sitio en el que hablaremos más cómodos.

25

Yo había tomado mi decisión pero quería, necesitaba, saber más. No era por un impulso banal de curiosidad, mi propia vida dependía de ello.

Anduvimos entre matorrales y rocas por un sendero marcado por el tránsito de otros hasta que llegamos a un bosquecillo de mirtos y abedules cerca de donde yo decía. El señor de Champagne me guio hasta un claro en el que había al menos una veintena de piedras dispuestas en forma circular, todas ellas desbastadas y pulidas, en torno a otra mayor algo más elevada que semejaba un trono con respaldo y brazos.

—Dicen que aquí se reunían los druidas celtas en asamblea. Al parecer era un santuario sagrado. —El conde observaba divertido mi expresión atónita—. Es muy agradable para charlar, un lugar perfecto para hacerse confidencias. Yo he pasado tardes enteras aquí conversando con mi senescal Hugo de Payns y otros caballeros.

Luego se sentó en la piedra grande como quien lo hace por costumbre. Con el semblante serio, el torso erguido y sujeto por el respaldo, los brazos descansando con las palmas hacia abajo, su figura adquirió una solemnidad inesperada. Yo permanecí frente a él, de pie, mirándolo como hipnotizado, mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas. Recuerdo sus ojos grises escrutadores como los de un halcón, su barba recortada que acentuaba aquella mueca eternamente divertida, la cinta de oro que sujetaba sus cabellos cruzándole la frente con la sobria advertencia de estar ante la presencia de un conde soberano. Aquel porte, la digna actitud que se esforzaba por escucharme, reforzaron mi convicción.

—Bien, conde Diego, soy todo oídos.

—Confieso que llevo semanas obsesionado con la idea de pedir la entrada en vuestra milicia, pero creo que aún debo escuchar lo que ha de decirse en el concilio.

—Hacéis lo correcto. Es una decisión sólo vuestra, que debéis tomar tras mucha reflexión y sabiendo bien lo que hacéis. Nada ni nadie debe forzaros.

—Pero, señor, es que ahora necesito saber más. Habéis encendido un fuego en mi espíritu que no hace sino crepitar y pedir combustible para alimentar la luz y el calor que desprende.

—Habláis con la inocencia del justo y también con sabiduría, mas no me es dado desvelar los secretos de la Orden a un profano sin que

al menos haya hecho un juramento de fidelidad.

—Eso puedo hacerlo ahora mismo, mi señor.

Acto seguido me acerqué a él, doblé mis rodillas y mi cara quedó a la altura de sus manos. Él se inclinó hacia mí en actitud expectante.

—¿Qué pretendéis, don Diego?

Miré al suelo. Tomé aire. Recordé a don Suero.

—Serenísimo señor, os suplico que aceptéis mi voto de lealtad y homenaje en todo lo que prescriben las leyes y costumbres de la caballería. Recibid mi fidelidad como prenda de vasallaje y admitidme, si lo creéis oportuno, en el círculo de vuestras confidencias porque no os defraudaré y sabré guardar la debida discreción.

El rostro del conde expresaba franqueza y cordialidad.

—Me complace lo que decís. Y si ése es vuestro deseo, sea. No es muy regular este proceder pero, por los clavos de Cristo, tenemos que saber vencer las dificultades y hacer en cada momento lo más conveniente. ¡Ea! Hagamos la ceremonia sin dilación, aquí mismo, que no es mal lugar éste para que un hombre adquiera un compromiso de honor en su conciencia.

Sin otro preámbulo el conde extendió las palmas hacia arriba. Yo se las besé tres veces, puse mis manos entre las suyas y pronuncié el juramento que tantas veces había visto hacer entre vasallo y señor.

—Os juro por tres veces lealtad con este pleito-homenaje, que hago por mi voluntad y con la ayuda de Dios, y prometo por mi honor guardar secreto de cuanto digáis.

—Así sea —se limitó a decir el conde—. Y aunque esto no os hace caballero templario, me permite al menos contaros cómo llegué a la decisión de fundar la milicia y qué fue lo que verdaderamente me motivó. Con ello conoceréis las líneas maestras de la orden, aunque os sigan veladas sus enseñanzas y exigencias.

Apreté aquellas manos como un día hice con las de mi señor don Suero. Luego uní las mías sobre la cara con un gesto de recogimiento, como si estuviera orando. Pero mi plegaria no iba dirigida a nadie. O tal vez fuera al Todo, porque se apoderó de mí un sentimiento de gratitud enorme. Cuando creía que estaba al término de mi aventura y que sólo me esperaba el retiro, aparecía un mundo insólito que me ofrecía la posibilidad de seguir consagrado a lo que me pidió mi padre adoptivo antes de mi primer baile con Urraca: aprender más allá de lo necesario, no dejarme llevar por pasiones vanas, tomar con gratitud lo que me ofreciera la existencia, ser capaz de decir que sí con humildad o no con discernimiento, aceptar los consejos de mis mayores, tener coraje y no desdeñar lo difícil.

Volvía a tener una oportunidad de oro si quería encelarme de nuevo con la vida, un reclamo para el buscador de verdades en que finalmente me había convertido.

De nuevo tenía dónde dirigirme, una meta hacia la que avanzar y mirar alto.

Todo esto pensaba mientras el conde me ayudaba a levantarme y con especial ternura ponía su boca en mi frente, el pecho y los labios para sellar la alianza con el ósculo de la paz.

Entonces comprendí que mi aprendizaje no había concluido aún. Y os confieso que me sentí pletórico, como si volviera a tener veinte años, dispuesto a emprender la tarea que vislumbraba tras las palabras del conde. En ese momento, como me ocurrió tras el baile con Urraca, sentí el sabor metálico del triunfo. El mundo, al cabo, estaba bien hecho.

Para volver a nuestro diálogo, nos sentamos en dos de los sillares pétreos, uno frente al otro.

—En primer lugar debo advertiros que aunque yo fui el instigador, quien verdaderamente ha hecho realidad nuestra milicia ha sido el maestre Hugo de Payns, como seguramente sabréis.

—Él os había acompañado a Tierra Santa en vuestra primera peregrinación, según tengo entendido.

—Así es, fuimos en el año 4 y en el 8 y volvimos de nuevo en 1114, para preparar el terreno.

—¿Teníais ya un plan?

—Bueno, al menos una clara visión de lo que queríamos.

—¿Y qué es lo que queríais?

—No os impacientéis. —Me pareció que el conde Hugo dudaba antes de continuar—. Bien, creo que lo mejor es que os lo cuente desde el principio.

—Os escucho.

—Cuando concluyó nuestra primera peregrinación a los Santos Lugares, yo quise quedarme un tiempo más con los benedictinos del Císter, que ya se habían establecido en Jerusalén. Deseaba recogerme en oración y silencio antes de regresar a Champagne. Me acogió el abad Esteban Harding, quien me explicó que estaban traduciendo unos extraordinarios manuscritos del árabe y el hebreo, unos antiguos códices traducidos a su vez del griego, el arameo y otras lenguas que seguramente serían de mi interés. «Estamos gozando con la verdadera sabiduría», me dijo, sí, eso fue exactamente lo que dijo, y aquellas escuetas palabras produjeron en mí un cataclismo interior. Despedí a los caballeros francos que me acompañaban menos al senescal y ambos pasamos varias semanas en el *scriptorium* leyendo aquellas

traducciones. Y para seros sinceros, micer Diego, quedamos anonadados con lo que encontramos allí.

—Comprendo —dije, sin querer interrumpirle pues estaba ansioso porque continuara.

—Lo que ocurrió es que a medida que pasaba el tiempo fui comprendiendo que tras mis creencias cristianas había grandes y antiguas verdades que desconocía. Descubrí cosas que me maravillaron. Como los monjes no tenían respuesta a las preguntas que se nos agolpaban al senescal y a mí, decidí ir a las fuentes. Compré una casa en la ciudad y allí conseguí reunir a un grupo de hombres sabios para dialogar libremente. Aquellos maestros eran una amalgama ruidosa de rabinos, mulás y teólogos cristianos del antiguo rito copto, que se traducían unos a otros para que les pudiera entender. De sus explicaciones deduje que existía una comunión mística de conocimiento entre los seguidores de la Cábala judía, los sufíes mahometanos, los antiguos cristianos y los gnósticos y que gran parte de aquel legado de símbolos y sabiduría venía de tiempo inmemorial. El punto geométrico en el que coinciden y parecen concentrarse sus creencias es el lugar donde un día se alzó el Templo de Salomón y en el que hoy se levanta la Mezquita de al-Aqsa. Y ese lugar, mi querido amigo, resulta ser un polo de fuerza telúrica donde ya el profeta Enoc habría construido bajo tierra el primer templo a la armonía universal y en el que según la tradición hermética colocó, bajo el séptimo arco de la bóveda, un triángulo de oro con el nombre inefable de la divinidad sobre una piedra negra caída del cielo. Ahí estuvo desde el alba de la Humanidad el Tabernáculo sagrado donde moraba el símbolo de la Conciencia Única, el Espíritu como fin y principio de todo. Y ahí, según todos los indicios, debía estar guardada el arca que los hebreos construyeron para albergar la presencia divina, a través de una piedra de inusitada y poderosa fuerza que ellos creyeron recibir del cielo como sello de su alianza con Yahvé.

—¿Creían todos en el mismo principio?

—Las gentes del desierto nabateo, en el que se encuentra Jerusalén, parecen haber encontrado respuesta a las grandes cuestiones. En aquella casa que habité un tiempo junto a las murallas, los sabios me abrieron sus corazones y sus viejísimos códices. Comprobé que en su forma de entender la religión todos tenían la misma noción de una conciencia divina que se iba reencarnando sucesivamente en maestros, hombres de carisma, profetas y mesías a quienes insuflaba la verdadera sabiduría. Un dios misericordioso y universal que velaba con amor por el libre albedrío del devenir humano. Descubrí un mundo que aquí en Occidente difícilmente comprendemos, salvo algún alquimista honesto. Cristo, me dijeron, no es más que el continuador de una larga tradición de mesías

redentores, todos con la misma cruz de agravio y sacrificio, en las distintas razas humanas. Para estos maestros, el Nazareno es la reencarnación de Osiris, que como él resucitó al tercer día, el espíritu de Krishna también muerto por los suyos, la voz de Zoroastro anunciando el combate del Bien contra el Mal. Y no es de extrañar, me explicaban con naturalidad, porque Jesús de Nazaret era un rabino iniciado en los misterios antiguos que llegaron a Judea a través de Salomón y se remontan más allá de Babilonia, hasta las primeras castas de sacerdotes que se convirtieron en constructores de templos y guardianes del conocimiento. Él mismo, me aseguraban, pertenecía a la hermandad de los esenios, una comunidad de hombres y mujeres iguales que vivían apartados bajo unas reglas de exigencia espiritual y querían construir la casa del Padre en este mundo. La misión de Jesús, insistían los rabinos, fue anunciar el reino del Padre en el otro mundo y el modo de alcanzarlo a través de las buenas obras en éste. Él era un maestro, un rabí ungido y tocado por el ojo despierto de la Conciencia Universal, pero no el único, ni tampoco el primero o el último.

—¿Y por qué volvisteis a Europa?

—Tenía que cuidar de mi familia y atender mis deberes dinásticos. En mi persona han confluido diferentes designios patrimoniales por los que el condado de Champagne se ha convertido en uno de los grandes señoríos surgido del antiguo reino franco de los merovingios. No es fácil la supervivencia, encajados como estamos entre el poderoso ducado de Borgoña y el trono de los Capetos surgido a orillas del Sena. Ahora que pretendemos que el reino de Francia se consolide sobre los antiguos territorios de las Galias romanas, no puedo estar mucho tiempo ausente. Formo parte de la Curia Regia, como los grandes señores de Aquitania, Provenza o Normandía, y por ello debo estar vigilante para que nadie tome ventaja de mi lejanía. Las pasiones del espíritu no deben alejarnos de nuestra tarea en el mundo, micer Diego. Como veis, me ocurre lo mismo que a vos.

Dijo esto con una sonrisa y riéndose entre dientes, mientras me ponía una cariñosa mano sobre el hombro. Su cercanía, y la complicidad con que me trataba, me impulsaron a seguir adelante. Cada palabra suya era una libación para mi espíritu, cada frase un oráculo. Arropado por su brazo, fui directo a lo que quería saber y él deseaba trasmitirme.

—Pero no olvidasteis lo aprendido en Palestina.

—No, ciertamente. Mi conciencia reclamaba pasar a la acción. Tenía que establecer algo, algún tipo de organización que me permitiera mantener aquello que conocí, la reunión de hombres dedicados al estudio. Pero no quería fundar un monasterio ni promover una orden de monjes apartados de todo. Quería sacerdotes,

sí, pero vivos, en contacto directo con el mundo, una mezcla de acción y estudio. Hasta entonces, los hombres sólo se reunían en cenobios monacales dedicados a la contemplación y la plegaria a la divinidad, aunque últimamente, con la reforma de mi pariente Bernardo, también se han entregado a la labor callada fuera del *scriptorium*, incluso a labores más duras que las del campo como las herrerías y la construcción de toneles o la destilación de la uva. Ellos hacen de su vida trabajo, oración y silencio, lo apruebo, pero lo que yo quería era una cofradía de hombres especiales, una hermandad que fuera la vanguardia de Occidente. Tendrían que guardar los votos monásticos, naturalmente, y permanecer fiel a nuestra Iglesia, la de Jesucristo resucitado, pero al tiempo que defendían a los peregrinos habían de dedicarse a interpretar los arcanos del conocimiento. Una tarea difícil. Necesitaba una milicia de caballeros dispuestos, pero yo no podía hacerme cargo.

—Supongo que cuando volvisteis a Jerusalén en 1108 y 1114 vuestro proyecto avanzó.

—Así es, tomó una forma más concreta. Nuestra meta era ya convertirnos en herederos del impulso que llevó a Salomón a construir el Templo como morada de perfección. Debíamos hacernos también constructores, pero aún no sabíamos cómo organizarnos sin levantar sospechas de herejía. Un suceso del año 19 nos dio la solución.

Yo reí de puro contento como si hubiéramos llegado a un final feliz, pero mi explosión de júbilo no era sino prueba de nerviosismo e intriga. El conde Hugo me contempló compasivo, afirmó resignado con la cabeza y me hizo levantarme con su brazo. Comenzó a hablar más bajo, casi en un susurro, como si temiera que alguien pudiera escucharnos.

—Un grupo de peregrinos fue asaltado brutalmente durante la Pascua de 1119, cuando se dirigían desde Jerusalén a las riberas del río Jordán para conmemorar el bautismo de Jesús. Los turcos los sorprendieron a mitad de camino, mataron a muchos de ellos y a los demás los esclavizaron. Aquello causó una gran conmoción en los reinos latinos. El patriarca de la Ciudad Santa, Gormond, me envió una carta en la que me pedía formar una milicia que protegiera los caminos y defendiera a los peregrinos.

—Y ése fue el principio.

—El principio más adecuado. Nos daba la posibilidad de que aquellos caballeros devotos que yo quería reunir en pos de un ideal tuvieran un cometido específico de defensa de la Cristiandad, lo que a su vez nos daría una bula especial en la Iglesia que se traducía en libertad para proseguir nuestros estudios. A partir de ahí ya podríamos organizar la Logia de Perfección a la manera salomónica para

dedicarnos al Arte Real de la Construcción de Templos y al estudio de los símbolos como forma de perfeccionamiento espiritual.

—No entiendo... ¿Por qué una simple milicia iba a tener tan altos y oscuros ideales?

—Así había de ser si queríamos formar parte de la Sagrada Tradición del Conocimiento. Con aquella solicitud, vi por fin cómo podía hacerlo. Nuestra milicia serían monjes soldados, es decir, respetados, admirados y ayudados por el poder de la Curia y de los príncipes, pero seríamos independientes de todos, incluso de nosotros mismos, sí, no pongáis esa cara, quiero decir que necesariamente debíamos establecer tres niveles: los caballeros iniciados, los sargentos de armas y los obreros artesanos.

—Asombroso.

—En realidad no tanto. Al lado de las cosas que habíamos leído sobre los tiempos antiguos, como las enseñanzas de los sabios caldeos, los sacerdotes egipcios o de vuestro Pitágoras, lo nuestro era una aventura más bien modesta.

—Entonces decidisteis fundar vuestra milicia en Tierra Santa.

—Encomendé a Hugo de Payns y a Godofredo de Saint-Omer que volvieran a Jerusalén con cinco seguidores elegidos, como pide la Geometría de los antiguos. Allí pronunciaron sus votos y mi querido pariente, el rey Balduino, aceptó nuestra petición de que nos donara las caballerizas de su palacio donde según nuestras noticias se hallaba el Sancta Sanctórum del Templo de Salomón, convenientemente escondido. Afortunadamente, cuando los caballeros de San Juan decidieron añadir a su regla la condición militar, se ocuparon también de la vigilancia de los caminos y la atención a los peregrinos. Los siete templarios pudieron concentrarse en la tarea que más nos interesaba y que no era otra que intentar encontrar el Arca de la Alianza y los primitivos documentos del Templo. Durante siete años hemos excavado distintas galerías en ese lugar y seguimos haciéndolo.

—¿Hemos?

—Sí, yo pronuncié mis votos en el año 23 y un año más tarde lo hizo el Conde Fulcro de Anjou. Así, tras los cinco seguidores que simbolizan la Estrella de cinco puntas de Israel y los siete consagrados, símbolo del Candelabro, debíamos ascender a la cifra de los iniciados a ocho más uno, al nueve simbólico que representa los nueve maestros que defendían los nueve arcos que conducían a la Cripta Sagrada, morada de la unión humana con la Gloria y la Inmortalidad que significa el Arca de la Alianza.

Yo, mis respetados freires, no tenía ya palabras sino sólo oídos, pero aun así tuve arrestos para formular la última pregunta, casi como un suspiro.

—¿Nueve?

—Sí, ahora somos todavía nueve pero pronto se unirán muchos más. El conde de Anjou se ha quedado en Jerusalén, junto a otros dos caballeros con los que forma el triángulo sagrado de la Conciencia, para guardar la llama viva, mientras el Gran Maestre regresaba a Occidente con la misión de cimentar la orden. Contamos ya con un gran número de legados y donaciones. Ahora falta recibir la bendición del papa Honorio, conseguir el apoyo del abad Bernardo y que el concilio otorgue la sanción eclesiástica de la Curia. Por supuesto, queda la misión más importante de todas: reclutar caballeros para nuestra empresa.

—Ya. —Un nuevo suspiro salió de mi boca, huérfano de cualquier palabra más.

—Y ahí es donde vos entráis, si no me equivoco.

—Sí. —Yo era ya un rosario de monosílabos, con la mente abierta como un vaso de ofrendas y el alma encogida por cuanto se me estaba revelando.

—Tranquilizaos, micer Diego, aún tenéis tiempo para decidiros. Pensad que nuestra obra vendrá de Oriente a Occidente, como la luz, no tenéis por qué trasladaros a Jerusalén porque se os puede necesitar aquí. Pero no desmayéis tampoco, pues el tiempo apremia y pronto el Gran Maestre tendrá que retornar a Tierra Santa. Tened en cuenta que él es el único que puede ordenar nuevos caballeros. Y por si os sirve de algo, yo creo de verdad que tenéis hechuras y experiencia para estar entre los iniciados.

Sí, sería un honor, pensé, mas ¿qué podía hacer yo en una orden militar cristiana? Nada se me hacía más repugnante que empuñar la espada contra mis antiguos hermanos musulmanes, por muy otomanos y fieros que fuesen. Ni contra ellos ni contra nadie. Hacía tiempo que esa determinación había cristalizado en mi interior, tras los desastres y muertes que había padecido.

Varios fueron los encuentros entre el conde y yo, siempre en conversaciones de esta guisa. Yo apenas respondía ya sino para preguntar, aunque de vez en cuando volvía a hablar de mi admirado Pitágoras, pues el filósofo tuvo también su hermandad espiritual con sus ritos y una milicia tan exigente que le causó la muerte, como a los mesías de la Historia Sagrada.

Una tarde en la que habíamos agotado ya las cuestiones filosóficas, micer Hugo me preguntó la razón concreta de mi viaje a Borgoña. Ni siquiera habíamos hablado de ello. Le expliqué que había llegado para buscar apoyos a mi señora doña Urraca con la excusa de acompañar el

corazón de su marido el conde Raimundo, que a punto estuvo de ser rey de Castilla y León si hubiera vivido dos años más.

—Trajisteis el corazón del poder y su espejismo, que se pudrirá donde nació. Pero tal vez vinisteis porque os esperaba aquí otro poder aún mayor, cuyo corazón empieza a palpitar y reclama vuestra sangre. Aupado por la música que ennoblece el alma, todo vuestro camino con sus tentaciones y oprobios en realidad os ha traído hasta aquí, amigo mío, para que os encontréis de verdad a vos mismo y dediquéis vuestro noble esfuerzo en la construcción del templo que ya se alza en vuestro interior. Yo creo que es un premio a vuestros desvelos. Tenéis condiciones para ser caballero del Temple, yo diría que está escrito en vuestro destino. Os halláis en el lugar adecuado, en la geometría justa para recibir el conocimiento sagrado. No desperdiciéis la ocasión, micer Diego.

Bien, ahora podía elegir, no se me imponía nada. Y además tenía algo que llamaba poderosamente mi voluntad. Nunca en mi vida la «geometría» y la voluntad habían estado tan dirigidas hacia el mismo punto.

Así pues, llegado al final de mi relato, solicito vuestra comprensión, mis señores freires. Éstas son las razones y los hechos por los que pido humildemente que me admitáis entre vosotros. No por recomendación del Serenísimo conde de Champagne ni porque tenga vedada la vuelta a mi patria de adopción que es Castilla o a la cordobesa de origen, sino porque he reflexionado poniendo a prueba mi voluntad porfiada. Confío en que mi descendencia del emir de Córdoba y la titularidad del linaje Mendoza de Quiñones, que tan generosamente me otorgó mi padre don Suero, sean pruebas de nobleza suficiente para ingresar en vuestra orden de caballería, como exige la regla. Pero tampoco me hace falta ser caballero, lo fui el tiempo necesario. Me conformaría con ser sencillamente un hermano lego dedicado a elaborar medicinas, copiar manuscritos o hacer de intérprete.

Tal vez no sea un cristiano ejemplar, ni siquiera puro, pero no me duelen prendas en defender el estandarte de quien como Jesucristo, murió por amor a los demás. Tampoco tengo vocación guerrera ni me anima el espíritu de cruzada, pero sé curar y eso es lo que ofrezco.

Estoy solo. Enterré mi amor terrenal y he dejado atrás a mis amigos. No quiero honores ni linaje ni posesiones. Sólo la renuncia más completa puede colmar mi espíritu. Deseo pertenecer a vuestra

fraternidad, ser uno más en una familia de hermanos, pues nunca tuve una cierta y es lo único que añoro en esta vida. No quisiera acabar apartado en mi rincón, abandonado de todos.

Os advierto que no tomaré las armas y menos contra mis hermanos musulmanes, pero tengo oficio en la política, hablo lenguas y soy capaz de concertar paces y establecer diálogos cuando sea necesaria la concordia. No soy joven, pero me conservo sano y fuerte. Puedo enseñar a los jóvenes a leer, escribir o hablar en público. Y a tañer instrumentos o componer canciones y romanzas. Siempre fui leal, jamás he traicionado a nadie.

Como me pedisteis que relatara mi origen y explicara cómo he llegado hasta vosotros, así lo he hecho. Y de esta manera espero vuestra respuesta: con el ánimo resignado y el corazón abierto.

Epílogo

El Gran Maestre templario, Hugo de Payns, colocó la última vitela sobre las demás y guardó el grueso manojo entre las tapas de cordobán en que llegó envuelto el manuscrito.

En su consignación del día anotó:

> Otro puro de corazón y voluntad templada dispuesto a unirse a nosotros. Tiene discernimiento, conoce el arte de la diplomacia y habla la lengua árabe. Además es experto en ciencia médica, sabe de botánica y posee una hermosa caligrafía.
>
> Sus condiciones me parecen razonables.
>
> Creo que es apto para ser iniciado y un buen candidato para dirigir una encomienda en Occidente, pues debe quedar relajado del servicio de armas y no formará parte de los capitanes.
>
> Diego de Mendoza y Quiñones es un caballero de honor y linaje que posee altas virtudes y un espíritu conforme a las exigencias de nuestra Regla.
>
> Yo lo afirmo, mis freires, y así lo declaro para dar fe.

El destino vuelve a jugar sus piezas al tablero con el conde don Diego de Mendoza y Quiñones o Diego de Córdoba o Abdú a secas, pues de todo ello, el juglar que ahora pretende ser nada, sólo conserva la voluntad de convertirse en un monje más, con montura, jergón y escudilla. Otra capa blanca entre la muchedumbre de caballeros que llaman a las puertas del Temple buscando la remisión de sus pecados o saciar la sed de su espíritu.

Tras firmar el documento y rubricarlo con su sello, Diego contempló el anillo que le regaló el conde de Champagne con el símbolo de la Milicia. Dos hombres encaramados en un solo caballo.

¿Qué significaba aquello?

—En la fraternidad tendréis que compartirlo todo, amigo mío. Una vez entregado a los demás, podréis olvidaros de vos mismo —le dijo el conde al entregárselo. Y había añadido enigmático—: Así conoceréis la verdadera vida.

Con su respuesta al formidable envite que el destino ponía a su alcance, el antiguo juglar doblaba el último recodo en el peregrinar de su existencia. Decidió someterse al veredicto, fuera el que fuese. Si lo aceptaban, se dejaría llevar. En caso contrario, no habría de


lamentarlo. Siempre encontraría plazuelas donde cantar romanzas o atrios en los que hacerse el ciego.